

I am very much obliged to you, my
dear Anna, for being happy to
come to my school, but
I have not seen it:
I shall be glad to see
you to
Charlotte
sister, but I am obliged to
you & to let me wish it.
We should say, no doubt
I should like to see your
Letter to you. I am
it, I am your friend
& your cousin
I am
D.J.57

BUENAS INTENCIONES



ANNA CASANOVA

D.J.57

*BUENAS
INTENCIONES*



BUENA
INTENCIONE



ANNA
CASANOVA



Umbriel Editores

Argentina · Chile · Colombia · España
Estados Unidos · México · Perú · Uruguay

1.^a edición Noviembre 2018

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Copyright © 2018 Anna Casanovas

All Rights Reserved

© 2018 by Ediciones Urano, S.A.U.

Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid

www.umbrieeditores.com

ISBN: 978-84-17312-93-0

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

Para Marc, Àgata y Olivia

*...y para Jane Austen y todas las mujeres que luchamos por nuestros sueños,
cometemos errores y volvemos a intentarlo.*

Lo peor de un carácter demasiado blando e indeciso es que ninguna influencia que se ejerza sobre él es fiable. Nunca estamos seguros de que sea duradera la huella de un buen consejo.

Capitán Frederick Wentworth *Persuación*, JANE AUSTEN.

Fue, quizá, uno de esos casos en los que el consejo es bueno o malo según la situación; yo desde luego en circunstancias parecidas jamás daría ese consejo.

Anne Elliot *Persuación*, JANE AUSTEN.

1

Walter Elliot

Walter Elliot odiaba a los críticos culinarios; en su mente había asesinado a más de uno con técnicas muy creativas. Dichas técnicas implicaban, obviamente, utensilios propios del bello arte de la cocina y algún que otro elemento cotidiano como por ejemplo servilletas, lápices o un delantal que no lo llevaba el asesino sino la víctima alrededor del cuello.

Walter estaba convencido de que la inmensa mayoría de críticos eran cocineros frustrados, hombres y mujeres amargados porque nunca habían logrado dominar los fogones y que solo conseguían desquitarse —y vengarse— arrastrando por el barro el buen nombre y la buena reputación de los auténticos restauradores. Cuando recibía una crítica encomiable o cuando su querido y adorado restaurante londinense resultaba merecedor de algún premio o estrella culinaria, el señor Elliot cambiaba completamente de opinión y defendía la imparcialidad y la genialidad del autor de esas palabras. Había críticos honorables, tenía que haberlos, y eran justo los que visitaban y alababan el Musgrove. En la pared principal de su despacho, justo a la altura de los ojos de cualquiera que entrase a visitarlo colgaba, ataviada con un marco dorado y ostentoso, la carta que había recibido años atrás del jefe de protocolo de la casa real inglesa otorgándole el sello de aprobación de la corona. El que dicho sello en la actualidad tuviese muchísima menos importancia que una medalla de Trip Advisor a él le daba igual, en realidad, se vanagloriaba de no leer nunca las opiniones que dejaban los turistas paletos en esa página web, ni en ninguna otra del mismo estilo. Su restaurante estaba por encima de todo eso. Muy por encima. Hasta que quedó completamente debajo.

Cuando vendió el restaurante lo disfrizó de jubilación a pesar de que este había seguido abierto incluso después del fallecimiento de su esposa Millicent, que le había dejado antes de tiempo y sin darle la oportunidad de aprender ni siquiera uno de los múltiples papeles que ella desempeñaba en el negocio. Se guardaba mucho de decir en voz alta que las pérdidas de los últimos años eran culpa de la muerte de su esposa, lo que no implicaba que no lo creyese firmemente, y también se aseguraba de no mencionar nunca en voz alta que si

Millicent hubiese gestionado mejor su enfermedad, él no habría tenido que desprenderse del Musgrove, hecho que también era cierto. Estaba convencido de que Therese, su hija pequeña, le daría la razón, a pesar de que los Elliot no tenían esa clase de relación, en su familia no se hablaba de dinero, se tenía. Siempre había sido así, incluso cuando la situación empeoró y vendió el restaurante y la casa de Londres. Fue después de la boda de Juniper, la mayor de sus hijas y la más independiente y, según él, la más lista pues había elegido un marido que iba a garantizarle la vida a la que estaba acostumbrada. La mediana, Anne, era una completa desconocida para Walter y no le importaba demasiado. Era lógico que no sintiera la misma afinidad por sus tres hijas y en realidad él nunca se había esforzado por establecer ninguna relación especial con ellas, él se ocupaba del restaurante y se suponía que ellas lo entendían.

Desde pequeña Anne le había parecido una niña extraña, demasiado distinta e intransigente, e incapaz de entender lo que de verdad significaba pertenecer a la familia Elliot. Walter, a pesar de que disfrutaba plenamente de las ventajas de vivir en pleno siglo XXI, defendía que la relación entre padres e hijos debía regirse por las normas de antaño, a él todo eso de hablar a los hijos como iguales o de escuchar sus opiniones le había parecido siempre una insensatez, por no mencionar que lo de abrazarlas le resultaba una vulgaridad.

El traspies que había sufrido su situación económica le había complicado últimamente las cosas y le había obligado a cambiar de hábitos; la peor consecuencia de dicho menoscabo social era que tenía que convivir con Therese y con Anne en Bath, pero eso se solucionaría pronto.

Él reabriría el restaurante y volvería a Londres; con algo de suerte ninguna de sus amistades se enteraría de lo sucedido y creerían que había pasado esos años descansando, recuperándose del fallecimiento de Millicent. Solo necesitaba un empujoncito económico. Los últimos intentos de obtener liquidez no habían servido de nada, pero tenía el presentimiento de que su suerte iba a cambiar pronto, en quince días, para ser más exactos.

Juniper y su marido habían vuelto de Alemania y para sorpresa de todos también habían decidido instalarse en Bath y organizaban una fiesta en su apartamento para celebrarlo. Sí, esa fiesta consiguió hacerle sonreír y se levantó de la butaca para servirse una copa. Su yerno, aunque a él nunca le había gustado, tenía un cargo más o menos importante en un banco y en esa fiesta seguro que iban a estar sus amigos y compañeros de trabajo. Encontraría un inversor, lograría camelarse a algún alemán, no tenían que ser muy listos y Walter era un experto en llevarse a cualquiera a su terreno. Con la copa en la

mano volvió a sentarse, en la mesa, junto a la lámpara de Murano, seguía el montón de papeles que le había entregado su abogado una semana atrás. Las deudas se estaban acumulando, vender las propiedades de Londres no había bastado para satisfacerlas porque Walter se había quedado con buena parte del dinero para instalarse en Bath. En ese momento, su hija mediana, Anne, señaló abiertamente qué opinaba de su padre, que lo consideraba un inconsciente por no destinar esos ingresos a pagar las deudas que los apremiaban. Él, obviamente, no se justificó ante ella. No habría sido propio de un hombre de su clase. Qué sabía su hija de esas cosas. Por suerte, Anne debió de comprender que había cometido un error porque desde entonces apenas le hablaba. Bebió otro sorbo de whisky antes de dejar el vaso encima de los documentos, la idea de mancharlos le provocó cierta satisfacción.

Sonó el móvil y leyó en la pantalla el nombre del bufete de abogados. Años atrás, cuando su situación era otra, no habría contestado. Ahora lo hizo, pero no se esforzó en disimular su desagrado.

—Dígame.

—Buenas tardes, señor Elliot, quedamos que le llamaría hoy —le recordó el joven Lloyd hijo y empleado de Lloyd y Spencer, abogados asociados innecesariamente—. El banco exigirá un pago la semana que viene a cambio de no ejecutar la hipoteca de su residencia actual en Bath. ¿Ha conseguido esa financiación de la que hablamos?

Elliot tragó bilis.

—Tardaré unos cuantos días más. —Fingió que le aburría el tema—. Tiene que ganarme algo más de tiempo, para eso les pago.

No les pagaba, no en sentido literal (el único que les importa a los abogados), sino que llevaba años acumulando una deuda más que considerable y que con toda probabilidad estaba detrás de la del banco.

—La venta de la propiedad de Bath es la solución más rápida y eficaz, señor Elliot. Me temo que, aunque pudiésemos encontrar otra solución, no disponemos del tiempo necesario para ello. —El uso del plural denotaba la buena educación del señor Lloyd y no implicaba en ningún caso que el abogado se sintiese implicado personalmente en los problemas de su cliente.

—Es un banco y yo soy uno de sus clientes más antiguos e importantes, tiene que hablar con ellos. No pueden tratarme como si fuera un cualquiera. Les pagaré con creces y lo saben. Esta situación es temporal.

El abogado guardó silencio unos segundos antes de responderle:

—No dudo de que están al tanto de ello, señor Elliot, pero tal vez serían más

receptivos si recibieran algo, una especie de señal de buena voluntad. Estoy convencido de que usted, acostumbrado a sus negocios, sabe a qué me refiero. ¿Cree que podría hacer algún pago parcial? Así sería más fácil negociar con ellos, señor Elliot. Seguro que un hombre de su prestigio puede conseguir algún préstamo.

Walter preferiría morir antes que pedir dinero a alguno de sus amigos o conocidos.

—Tengo las joyas de Millicent.

Hasta ahora Walter se había resistido a tasarlas, le parecía un gesto de muy mal gusto y nada propio de un hombre de su clase social.

—¿Qué clase de joyas tenía la señora Elliot?

Notó el alivio del abogado y sonrió, seguro que se imaginaba diamantes o relojes de oro y de marcas prestigiosas. Nada más lejos de la realidad. Él nunca le habría regalado semejantes tonterías a su esposa, el dinero estaba para asuntos más importantes. Las joyas las había comprado Millicent el año antes de morir, había sido una especie de afición a la que él no le había prestado ninguna atención. ¿Qué podía tener de interesante recorrer las ferias de Inglaterra en busca de antiguallas? Pero ahora, hablando con Lloyd hijo —seguía molesto porque no le atendiera el padre— podía insinuar lo contrario y seguro que aquel pipiolo llamaría al banco en cuanto ellos terminasen de hablar. Se sintió eufórico al comprobar que seguía dándosele bien manipular a la gente. Era demasiado fácil.

—Las típicas. Y unas cuantas piezas muy antiguas —añadió para aumentar la curiosidad de su interlocutor.

—¿Cómo de antiguas?

Podía oírle salivar.

—Mucho. Millicent siempre decía que eran un tesoro. Nunca se las ponía, las guardaba en la caja fuerte. Incluso quiso convencerme para contratar una de esas cajas de seguridad —se inventó.

El abogado tecleó algo en su ordenador. Walter Elliot lo oyó entusiasmado desde el otro lado de la línea.

—¿Cuándo podríamos examinarlas? El tasador del bufete podría pasarse...

—Mi esposa se las dejó a mis hijas. —El ruido de teclas se detuvo—. Pero no será ningún problema. Hablaré con ellas hoy mismo.

—Perfecto. Entonces lo llamaré mañana para acordar una cita.

—No se preocupe, lo llamaré yo cuando lo tenga todo arreglado. Estos días estoy muy ocupado, tengo que reunirme con unos inversores. Usted llame al

banco y póngalo en marcha.

Colgó. Dejar la conversación en aquel punto le resultó muy satisfactorio y el whisky le supo mucho mejor que antes. Rompió los papeles en un montón de pedazos y los dejó encima de la mesa dando el tema por zanjado. No iba a perder la casa de Bath, quería conservarla. Tal vez pasaría aquí las vacaciones cuando volviese a vivir en Londres. Era injusto que él tuviese que pagar las consecuencias de la imprevista muerte de su esposa. Además, todavía estaba enfadado con ella por cómo se había comportado esos últimos meses. Millicent había pasado de compartir su modo de pensar a mirarlo con cara de lástima. Era ella la que se estaba muriendo, no él, y sin embargo en sus ojos parecía lo contrario. Empezó a hacer cosas con las niñas, ¡cómo si volvieran a tener cinco años!, y a descuidar el restaurante y a él. Walter se dijo que había intentado ser comprensivo, pero el comportamiento de Millicent no tenía ni pies ni cabeza. Esas excursiones por los pueblos de Inglaterra, ese sentimentalismo vacío y esas tardes perdidas no la llevaron a ninguna parte. A ninguna. Ella acabó muriéndose de todos modos y ninguna de esas viejas joyas ni de esos libros ni nada de nada lo evitaron. Bueno, al menos ahora las joyas servirían para algo, no mucho, solo necesitaba un poco de tiempo. En la fiesta de Juniper conocería y seduciría —en el mejor de los sentidos— a algún inversor y todo volvería a la normalidad. Y si lo de esa fiesta no salía bien, volvería a llamar a Jack, su sobrino llevaba tiempo intentando convencerle de que participase en uno de sus negocios y Walter se había negado hasta ahora. Él no estaba para minucias, aunque tal vez había llegado el momento de hacer una excepción. Las joyas de Juniper, Therese y Anne le conseguirían el margen de tiempo que necesitaba para situarse. Lloyd y Spencer tardarían días en tasarlas y en descubrir si por algún milagro eran más valiosas de lo que él creía.

Tendría gracia, pensó sonriendo, que al final fuera así. En cuanto esa idea se cruzó en su mente se puso en pie y cruzó el pasillo que conducía a las habitaciones de Therese y Anne. Habían comprado aquella casa poco tiempo después de casarse; Millicent había recibido una herencia inesperada tras la muerte de su única tía y había insistido. Bath siempre le había gustado. Walter, por lo contrario, la consideraba una ciudad provinciana y aburrida, pero teniendo en cuenta que el dinero era legalmente de Millicent y que el restaurante iba viento en popa no encontró motivos para negarse. Se preguntó ahora si su esposa le habría plantado cara si le hubiese dicho que no podían comprarla, algo le decía que sí. Era una casa pequeña y a las niñas les gustaba mucho ir a pasar allí las vacaciones de verano y también alguna que otra Navidad. En esas ocasiones,

él se quedaba encantado en el restaurante y disfrutaba de estar solo en Londres. Nunca se había imaginado a sí mismo viviendo allí como ahora y estaba impaciente por irse. Él dormía en el antiguo dormitorio que había compartido con Millicent y había convertido la vieja habitación de Juniper en su despacho. Therese también vivía allí con él y ocupaba la habitación de siempre; igual que Anne, con la diferencia de que Anne se había mudado más tarde.

Llegó a la puerta del dormitorio de Therese y no pudo abrirla. Giró el pomo dos veces, molesto por no poder entrar y examinar las joyas. Tenía buen ojo para esas cosas, seguro que si las veía —apenas las recordaba— se haría una idea del valor que podían tener. Durante unos segundos se puso furioso con su hija, ¿a qué venía eso de cerrar a cal y canto? Pero tras aflojar los dedos y pensar un poco la justificó, era comprensible, Therese hacía bien de no fiarse de la chica que iba a limpiar, iba por horas y quién sabía qué clase de amistades tenía. Volvió a tragar la bilis, cuando residían en Londres la señora Apitz vivía con ellos y se encargaba de que él no estuviera al corriente de esas minucias. Recuperaría esa época y aquel bienestar. Su situación actual era temporal, tal y como evidenciaba su atuendo y su estado de ánimo.

A pesar de que no había abandonado el apartamento en todo el día, y de que no tenía intención de hacerlo, llevaba un traje gris impecable, se había afeitado, perfumado y anudado la corbata igual que hacía cuando en el Musgrove se reunía la *creme de la creme de la city* al mediodía y los más infames y ricos londinenses de noche. En esa época, su momento preferido del día era cuando alguien, tanto daba si era alguien conocido e importante como si era un turista adinerado, entraba en el restaurante y quedaba boquiabierto al ver que el mismísimo propietario estaba allí para darles la bienvenida.

Esa clase de añoranza era en vano, se recordó que no tardaría en volver a ser el de siempre y caminó hasta la puerta de Anne. Giró el picaporte. Típico de su hija mediana ignorar sus consejos y confiar en la gente. Seguro que incluso tenía objetos de valor a simple vista. Cualquiera día esa chica de la limpieza, ¿cómo se llamaba?, desaparecería y Anne se quedaría sin nada. En otras circunstancias aprovecharía la situación para volver a sentarse con ella y recordarle que debía ser más diligente, pero aquel día era él el que se beneficiaba de la ingenuidad de su hija y lo dejó pasar. Observó el escritorio y las estanterías sin tocar nada, no quería delatar que había estado allí husmeando, y no encontró lo que estaba buscando ni tampoco nada de interés.

No tenía importancia, satisfaría su curiosidad más tarde. Esa misma noche hablaría con ellas y les pediría las joyas, y en unas semanas seguro que tendría a

algún alemán iluso dispuesto a invertir en su nuevo restaurante. Además, sonrió al ver una fotografía que Anne tenía en la mesita de noche, seguía existiendo la posibilidad de Jack. Había sido un estúpido al dejarse llevar por la desesperación, claro que siempre podía decir que la muerte de Millicent le había afectado tanto que había perdido la cabeza por un tiempo y que ahora, por fin, se había recuperado. Sí, añadiría esa anécdota a su discurso cuando conociese a los alemanes.

2

Anne

Anne salió por la puerta trasera del restaurante donde trabajaba. La noche de mayo parecía sacada de enero y el cielo cubría Bath con nubes que anunciaban tormenta. Se había dejado el paraguas otra vez y esperaba llegar a casa antes de que la lluvia decidiese hacer su cuarta visita en lo que llevaban de semana. Maravillas del clima inglés o del cambio climático, últimamente la distinción no estaba clara. Cayó un rayo, oyó un trueno y las gotas de agua no tardaron en aparecer; Anne sonrió y recordó resignada el paraguas rojo que tenía abandonado en el fondo del armario. No le importaba mojarse un poco, pero su despiste rozaba ya el ridículo. Esa misma noche se había quemado la palma de la mano derecha al sacar una bandeja del horno sin guantes y le dolían los pies porque se había puesto los zapatos equivocados, unos que le iban pequeños pero que no había podido cambiar porque había perdido el recibo de la tienda y utilizaba solo muy de vez en cuando (básicamente cuando no tenía que hacer dos turnos seguidos). Lo peor era que el motivo de ese despiste o falta de concentración momentánea, que era como prefería llamarlo ella, no se debía ni a los exámenes que tenía al cabo de unas semanas ni a la entrevista de trabajo a la que iba a presentarse al día siguiente. Llevaba así meses, se negaba a reconocer que tal vez incluso años, y no podía quitarse de encima la sensación de que todos esos accidentes presagiaban un cambio.

Algo peludo salió corriendo de debajo de un coche y Anne, que ya estaba dándole vueltas a la idea de estar sufriendo una especie de maldición, dio un salto hacia atrás con la mano encima del corazón. Calles que de día eran agradables y tranquilas de noche, y tras el chillido de un animal desconocido, podían resultar truculentas y aterradoras, así que Anne, aún inmóvil, inspeccionó las sombras que la acompañaban con más atención y algo de aprensión. El gato confirmó su identidad maullando, era tan pequeño que Anne sonrió y sonrojó, después este cruzó por delante de ella ignorándola y se detuvo ante una puerta por la que probablemente había visto escabullirse algo de su interés. Si fuera más valiente, pensó Anne, se acercaría allí e intentaría acariciarle, quizá incluso podría volver al restaurante y buscarle algo de comer, le llenaría un cuenco y se

agacharía delante de él a la espera de que se lo comiese. Podría hacerlo cada noche y tal vez dentro de poco, en lugar de andar sola y despistada por la calle, y de preguntarse si estaba maldita o de buscar dónde estaba ese error que había hecho que la vida que quería se le escurriese por los dedos, el gatito caminaría a su lado y se sentiría menos sola. La soledad era como el frío, se le había metido dentro y no podía quitársela de encima. Y aunque no sabía qué hacer para volver a entrar en calor sí sabía que quedarse con ese gatito no era la solución.

A su izquierda y como si acabase de leerle la mente apareció otro gato, gata para ser más exactos porque se dirigió al pequeño y Anne observó la escena y reconoció la reprimenda. Los dos felinos se alejaron y la dejaron allí plantada, aunque tuvo la tentación de asegurarle a mamá gata que su vástago se había portado la mar de bien y no había corrido ningún peligro.

Suspiró, volvía a estar sola, pero al menos había dejado de llover. Ahora soplaba un viento fuerte y se había llevado la lluvia a otra parte. Se subió el cuello del abrigo y reanudó la marcha. La parada del bus estaba cerca y no faltaba demasiado para que el suyo llegase, pero cambió de planes y decidió volver a casa andando. El dolor de los pies ya no importaba y el frío tampoco, pensó, y a decir verdad no quería perderse en el traqueteo del autobús y quedar medio dormida. Se sentía alerta, más despierta de lo habitual por así decirlo, y quería aprovecharlo. Tenía el convencimiento de que hoy era un día importante, como si fuese un jinete que tras cabalgar días y días por el desierto presintiera que estaba a punto de encontrarse en un cruce de caminos trascendental para su futuro. No sabía de dónde le había salido la alegoría, ella ni siquiera sabía montar a caballo, les tenía alergia, pero la describía a la perfección.

Cruzó la calle y echó la mente atrás en busca de la última decisión trascendental que había tomado, cuando no se dejaba llevar por el día a día. Tras unos minutos decidió que había sido cuando se mudó a Bath un tiempo después de la muerte de mamá, porque cuando ella les dejó otra ausencia que hasta entonces había conseguido mantener alejada se hizo insoportable. Dejar Londres e instalarse en Bath podía compararse a una huida, aunque Anne no lo creía ya que esa ciudad siempre había formado parte de su vida. Tenía sentido que la hubiese elegido y no solo porque allí no hubiera recuerdos dolorosos.

Siguió andando. Al principio se suponía que su trabajo de camarera iba a ser temporal y que en la universidad encontraría el modo de cambiar de carrera o como mínimo combinar la que había empezado con la que de verdad quería hacer. Habían pasado años y todo seguía igual; todavía trabajaba de camarera y todavía no había encontrado el momento de reunirse con el jefe de estudios y

plantearle su caso. Bueno, no todo seguía igual, en lo que se refería a su alojamiento su situación había empeorado; el primer año y medio estuvo sola en aquel pequeño estudio que había alquilado. Pero después papá y Therese se mudaron a Bath, habían vendido la casa y el restaurante de Londres, y no tenía sentido que ella no viviese con ellos. Además, así se ahorraría el alquiler y lo lógico era que todos, es decir Therese y ella, colaborasen con los gastos de la casa familiar.

La relación con papá había pasado de casi inexistente a increíblemente tensa después de la muerte de mamá y con Therese, al igual que con Juniper, no sabía cómo reaccionar. Por un lado intuía que sus hermanas estaban tan confusas como ella y quería darles un abrazo y pedirles consejo y ofrecer el suyo, pero por otro estaba tan acostumbrada a apañárselas sola que temía que la tildasen de débil o de aprovechada si sacaba esos temas más íntimos.

Tenía amigos, su trabajo, aunque no era lo que había soñado, estaba muy bien. Le gustaba el restaurante y sus compañeros no eran complicados. No podía quejarse, sabía de primera mano que la vida podía cambiar o incluso desaparecer tras la visita a un médico o que cualquiera podía pasar de tenerlo todo a no tener nada en meses y sin embargo no era capaz de dejar de sentir que ella no debía estar allí, que alguien se había confundido al repartir los papeles de esa obra que estaban representando. Estaba harta de ser una actriz suplente o de hacer de árbol, quería ser... quería ser mucho más y al mismo tiempo le daba un miedo atroz dar el primer paso para conseguirlo. Tal vez estaba mejor así.

Tal vez.

Vio el buzón rojo y el banco con esa placa con dos nombres, el de un hombre y una mujer que se sentaban allí en 1923. Identificó los detalles que anunciaban que estaba llegando a casa y echó los hombros hacia atrás un par de veces. No podía quejarse, llevaba años resignándose y sin embargo esa noche le estaba resultando casi imposible y doloroso contenerse. Quería gritar que aunque estaba aterrorizada no podía seguir así y que tenía que hacer algo porque de lo contrario corría el riesgo de desaparecer. Sí, eso era lo que le pasaba y no podía creerse que después de todo lo que había sucedido ella, precisamente ella, estuviese dejando morir sus sueños.

Buscó las llaves y subió la escalera quitándose los guantes, el gorro, y después el abrigo. De repente estaba impaciente por meterse en la cama, dormir y empezar el día siguiente. No iba a dejar que transcurriese otra jornada sin hacer nada por cambiar su suerte, mañana mismo llamaría a la universidad y concertaría una cita, ese sería el primer paso. El siguiente sería más fácil, seguro.

La luz del pasillo le sorprendió y oír pasos en el salón todavía más. Cuando papá la llamó por su nombre cerró los ojos e intentó contener los latidos del corazón y el sudor helado que le apareció en la nuca. No quería discutirse con él y últimamente era lo único que hacían cuando hablaban.

—¿Sí? —respondió apoyando la cabeza en la pared. Justo ahora no, pensó, por favor.

—Ven, quiero hablar contigo.

—Claro, papá.

No serviría de nada recordarle que ella aún no había cenado o que llevaba diez horas fuera de casa y antes de hablar con él quería... No, no serviría de nada. Dejó el bolso y el abrigo encima de la cama de camino al comedor y al entrar vio sorprendida que su hermana también estaba allí.

—Hola, Thea. —La miró a los ojos e intentó adivinar qué estaba pasando. No lo consiguió, pero tampoco le gustó lo que vio. Thea era capaz de cerrarse al mundo y mantener sus emociones en secreto y sin embargo ahora era evidente que estaba preocupada.

—No utilices ese diminutivo con tu hermana, se llama Therese —la corrigió su padre y Therese, que en realidad prefería Thea, respiró despacio—. Siéntate, tenemos que hablar.

El plural de papá se refería siempre a él, nunca se preocupaba por nada ni por nadie ajeno a su persona, excepto que hacerlo pudiese beneficiarle.

—¿Ha sucedido algo?

—Necesito que me deis las joyas que vuestra madre os dejó en herencia.

No se imaginaba ningún buen motivo por el que su padre preguntase por las joyas de mamá. No había preguntado, se corrigió. Tal vez hubiera utilizado el verbo «necesitar», pero el tono de su voz dejaba claro que se trataba de una orden. Ella no podía desprenderse del regalo de mamá, tenía que encontrar una excusa o negarse en redondo, algo le decía que si le daba las joyas a papá no volvería a verlas. Las palabras le subían por la garganta sin poder salir. No podía negarse, hacerlo solo serviría para que su padre insistiera aún más y no tenía ningún sentido que lo hiciera.

—No las tenemos aquí —intervino Thea mirándose las uñas despreocupada—. Anne me prestó su collar y yo me lo olvidé junto con mis pendientes en casa de Juniper la última vez que estuve allí. Para la fiesta de Reyes, ¿te acuerdas?

Walter las estudió a ambas, detuvo la mirada fría en Anne unos segundos y después siguió hasta Therese. Esta levantó entonces la cabeza y le sonrió.

—Iremos a casa de Juniper dentro de unos días, ¿no? Entonces te las daremos.

—Volvió a mirarse la manicura—. ¿O acaso las necesitas con urgencia?

Walter sacó pecho y retrocedió hacia el mueble donde había dejado el vaso de whisky. Anne lo observó, les estaba escondiendo algo, siempre lo hacía. Papá nunca les había explicado la verdad sobre su situación económica, ellas lo sabían porque no eran tontas y porque probablemente se habían dado cuenta antes que él de lo mal que estaban las cosas. Anne no sabía si Juniper o Therese se habían atrevido alguna vez a cuestionarle a papá sus gastos o su tren de vida, pero ella se lo había insinuado y había salido muy mal parada. Papá no la había pegado, había encontrado el modo de hacerle daño sin tocarla, recordándole lo decepcionada que estaría mamá si la viera.

—No, por supuesto que no —les aseguró él después de beber—. Me ocuparé de recordaros que las recuperéis el día que vayamos a casa de vuestra hermana mayor. Solo quiero tasarlas, es necesario para poder contratar un seguro. Sé que son muy importantes para vosotras y no querría que les sucediera nada malo.

—Gracias, papá. Es todo un detalle. —Therese sonrió y se puso en pie—. ¿Eso es todo? —Walter asintió, les daba la espalda y Thea le hizo una señal a Anne para que también se levantase—. Pues buenas noches.

Las hermanas salieron al pasillo, Thea la cogió de la mano y tiró de Anne hasta llegar a la puerta de su dormitorio, entonces la soltó.

—No te presté el collar —susurró Anne confusa por lo que acababa de suceder.

—Lo sé. Igual que sé que no quieres dárselo a papá porque no te fías de él, y haces bien. Nos está mintiendo, estoy segura de que no quiere tasarlas para asegurarlas. Nos he conseguido a las dos un poco de tiempo a ver si así se le olvida.

—¿Estás segura de que es mentira?

—¿Tú no?

El tono de Thea la incomodó, estaba cansada de que su hermana la considerase tonta, pero no discutió sino que imitó su postura al preguntarle:

—¿Por qué me has ayudado?

Therese le sonrió.

—Hoy es tu cumpleaños, Anne ¿lo habías olvidado? Felicidades. —Y se metió en su dormitorio mientras Anne seguía allí atónita.

No pasó la entrevista y no le dieron el trabajo, no cumplía con los requisitos que buscaban, pero se alegraba de haber ido se dijo, de todo se aprendía. Abandonó el edificio de la calle James y fue en busca del autobús. Su turno en el

restaurante empezaba al cabo de dos horas, llegaría antes y comería en la cafetería del hotel Rosetae con Caroline, su amiga trabajaba allí y había insistido en que tenían que celebrar su cumpleaños. Todavía no se había recuperado de la impresión de la noche anterior, de la conversación con papá y de la que siguió después con Thea, ni de que durante el día —como cada año— había mirado el móvil a la espera de un mensaje, cualquier tontería, de una persona que nunca se lo mandaba. Ella tampoco a él, si era sincera, pero eso no impedía que al menos aquel día lo esperase, era su regalo, el que se hacía a sí misma: pensar en lo que podría haber sido.

El autobús se detuvo en la parada justo cuando Anne llegó y decidió interpretarlo como una buena señal, una peculiar estrella fugaz que le mandaba el destino, aunque mucho más grande y de color azul eléctrico. Había varios asientos libres y después de sentarse abrió el bolso en busca de los zapatos planos. Guardó los de tacón, los observó unos segundos antes de guardarlos y pensó en la primera vez que se los puso.

Ese par de zapatos ahora no encajaba para nada con su vida y sin embargo había sido incapaz de deshacerse de ellos. Le gustaba ponérselos de vez en cuando, aunque no podía decir que hoy le hubiesen traído suerte. Eran de terciopelo verde botella con la punta de seda del mismo color y tenían una pequeñísima pluma en la parte exterior. Parecían sacados de una película antigua, eran muy elegantes y Anne se sentía como una actriz de cine clásico cuando los llevaba. Los estrenó para ir al teatro y la persona que la acompañó entonces, que también era quien se los había regalado, le aseguró que parecía una estrella. Cruzó las manos encima del bolso y se echó hacia atrás hasta apoyarse en el respaldo. Cerró los ojos, tenía sueño y estaba muy cansada. La noche anterior, después de dar vueltas y vueltas en la cama a las dos de la madrugada lo había dejado por imposible y se había subido a la silla del escritorio para desplazar una de las placas de yeso del techo en busca del joyero.

Era una sencilla y vieja caja de metal que en su momento había contenido un delicioso surtido de galletas de mantequilla. El aroma aún se percibía al levantar la tapa, se le hacía la boca agua siempre que la abría, pero ahora dentro solo había el collar que mamá le había regalado. La cadena apenas brillaba, se intuía un viejo resplandor parecido al eco y la piedra azul oscuro del centro también estaba apagada. Anne guardaba la joya envuelta en un pañuelo de seda, el estampado floral era muy alegre y mamá se lo había comprado en Liberty una tarde que siempre estaría grabada en su memoria. Bajó de la silla con cuidado y se sentó en la cama con las piernas cruzadas. Le había entrado hambre y decidió

que después iría a la cocina a por un vaso de leche, tal vez así lograría dormir.

Extendió el pañuelo despacio y cuando el collar apareció el corazón de Anne brincó como si lo viera por primera vez. Alargó una mano, lo levantó, se dijo que igual que la caja retenía el olor a vainilla de las galletas esa joya aún desprendía el calor de mamá. De nada servía recordarse a sí misma que ella, Millicent, jamás se lo había puesto, en su mente veía a mamá hablándole del collar, acariciándolo tal como ella estaba haciendo ahora, pasando los dedos con cuidado por la inscripción de la parte posterior y explicándole su teoría al respecto. Deslizó las yemas por cada una de las letras, buscó y abrazó en su mente cada una de esas imágenes en las que ellas dos hablaron del collar, de cómo la hacía especial y distinta a sus hermanas. Única. Millicent había recorrido todos los mercadillos de antigüedades de Inglaterra en busca de esos tesoros, esa era la palabra que había utilizado, había visitado garajes y jardines desde Aberdeen hasta Plymouth y en todas esas excursiones llevaba a sus hijas. A veces iban las cuatro, mamá y las tres hermanas, y otras, las que Anne recordaba con más cariño, solo ellas dos. Millicent también había viajado solo con Juniper y solo con Therese, y lo más probable era que cada una de ellas creyera que su viaje había sido más especial, mejor, que el de las otras dos. Las hermanas nunca habían hablado de eso, era como si tácitamente hubiesen decidido no hacerlo. Eran felices cuando esas búsquedas de tesoro las incluían a las cuatro, pero aún más cuando una de ellas vivía esa aventura a solas con mamá. Papá no las acompañaba nunca.

El interés que Walter había mostrado por ese collar y por la afición de su esposa de buscar y coleccionar joyas antiguas podía describirse como inexistente o condescendiente.

Hasta la noche anterior.

Anne no había conseguido aflojar el nudo que se había instalado en su estómago desde entonces y a juzgar por la reacción de Therese a ella le había sucedido lo mismo. Quizá ellas dos fuesen muy distintas, pero habían deducido lo mismo: a pesar de que no tenía sentido, papá quería esas joyas para él. Esas excursiones habían sido un pasatiempo para Millicent, una excusa para salir del restaurante y llevarse a las niñas lejos del mundo de Walter que solo giraba alrededor de estrellas culinarias y críticos henchidos de sí mismos.

El autobús frenó y se detuvo en la parada de Anne sin que ella supiera qué hacer con la petición de papá ni con la repentina ayuda de Thea, pero decidió dejarlo para más tarde. Caroline la estaba esperando y no le daría tregua si la veía llegar preocupada y lo cierto era que tenía ganas de ver a su amiga y de

ponerse al día. Caroline siempre conseguía hacerla sonreír y aquel mediodía no fue la excepción. Tras abrazarla y besarla por su cumpleaños le contó el debate que había mantenido esa mañana con un cliente italiano del hotel sobre la temperatura a la que debía servirse el café.

—Creo que disfrutas provocándolos —se burló Anne—. Es un milagro que no te hayan despedido.

—Soy una institución, mi nombre aparece en varias opiniones de Booking y de Trip Advisor. Tenemos huéspedes que vienen por mí.

—Si supieran que les utilizas para practicar los diálogos de los *castings* a los que te llaman te denunciarían por...

—¿Por alegrarles la vida? —sugirió y Anne se dio por vencida.

—Te ha sucedido algo. —Caroline adivinó tras observarla por encima del bocado de pastel de zanahoria que acababa de llevarse a los labios—. ¿Es porque has cumplido años? Todavía te faltan doce meses para cumplir treinta.

—No me han dado el trabajo. —Anne soltó de repente—. Y no me preocupa cumplir años, eso te lo dejo a ti.

Caroline ignoró el comentario y sacó de detrás de la espalda al igual que un truco de magia un paquete con un lazo en lo alto.

—No tenías que...

—Pues claro que tenía, solo se cumplen casi treinta una vez.

—Ya te he dicho que a mí no me agobia como a ti, no noto nada distinto y seguro que el año que viene tampoco.

—No me agobia, a mí lo de Peter Pan me parece una estupidez, ser mayor es mucho mejor que ser un adolescente para siempre, es solo que me da respeto. Cuantos más años tienes menos margen tienes para cagarla. Basta de hablar de mí, abre tu regalo y cuéntame lo de la entrevista.

Anne comió un poco de pastel, una nuez le hizo cosquillas en la garganta, y bebió un sorbo de té solo para torturar a su amiga. Caroline tenía las manos bajo las nalgas como si las hubiera puesto allí para evitar la tentación de abrir el regalo ella misma.

—No cumplo con los requisitos —siguió hablando de la entrevista cuando empezó a abrirlo—. Ya lo sabía cuando mandé el currículum, pero tenía que intentarlo. Lo cierto es que han sido muy amables, me han dicho que vuelva a ponerme en contacto con ellos si llego a graduarme.

—¿Pero no ibas a dejar esa carrera? Te lo he dicho cientos de veces, tienes que hacer lo que te gusta o como mínimo algo que no te amargue la vida.

—Tienes razón y así se lo he explicado a esa gente. Supongo que por eso no

me han contratado, deben de haber creído que estoy loca, pero en fin, es mejor así.

Rompió el papel de regalo con cuidado y se quedó atónita al descubrir el muñeco de plástico. De la expectativa, Caroline estaba a punto de caerse de la silla.

—¿Un playmóvil? Sé que no salgo mucho, Caroline, pero...

—No seas tonta. —Tiró de la caja—. Tiene que haber un papelito aquí dentro, lo metí anoche. Mira. —Sacó triunfante el papel y volvió a clavarlo en la punta de la espada que levantaba el muñeco—. Es un vale para clases de esgrima. Siempre dices que quieres ir, así que empiezas el mes que viene.

Anne recuperó el muñeco y recuperó el papel agujerado. En él había anotado la dirección del gimnasio o centro de esgrima —supuso que se llamaban así— y el horario de las clases a las que podía asistir.

—No sé si es buena idea que te enseñen a utilizar una espada —siguió Caroline—, pero tal vez así conseguiré que, tal como has dicho tú, salgas más. Todo forma parte de mi plan maléfico para que no te conviertas en una loca de los gatos.

—Gracias.

Anne se levantó y abrazó a Caroline tras darle un beso en la mejilla. No era muy buena con las palabras y tampoco con lo de mostrar sus sentimientos, por eso había congeniado tan bien con Caroline desde el principio porque la galesa hablaba por los codos y era efusiva por las dos.

—¿Te he contado que anoche estuve a punto de adoptar a un gatito callejero? —bromeó y ante la mirada aterrorizada de Caroline se rio y volvió a sentarse—, te estoy tomando el pelo, bueno no, lo encontré en el callejón detrás del restaurante, pero al final apareció su madre.

—Menos mal.

—Cuidado, piensa que dentro de unas semanas sabré utilizar la espada.

Hacía cinco años que Caroline y Anne eran amigas y ahora no se imaginaba la vida sin ella, pero si la vida hubiese seguido el camino que se suponía, probablemente no se hubiesen conocido nunca o de haberlo hecho no se habrían fijado la una en la otra. Aunque eso de los caminos y del destino era absurdo, pensó Anne al soplar la vela que Caroline había colocado algo torcida en la porción de pastel. No se imaginaba una manera más perfecta de celebrar su cumpleaños.

Caroline había nacido en Bath y quería ser actriz. Por ahora solo había rodado unos cuantos anuncios e interpretado un par de papeles menores en obras de

teatro *amateur*, mucho más *amateur* de lo que a ella le habría gustado, lo que significaba que no podía ganarse la vida en los escenarios y que era una excelente camarera y aprendiz de cocinera. Su amistad había empezado de golpe, decía siempre Caroline y esa descripción hacía reír a Anne porque lo del golpe era en sentido literal.

Caroline salía por la puerta trasera del Rosetae cargada con dos enormes bolsas de basura porque aquel día Vinnie, el ayudante de cocina, no se había presentado y Max llevaba horas vociferando y no calculó bien la distancia que había entre los escalones, la calle y los contenedores. Si Anne no hubiese estado allí parada Caroline habría aterrizado de bruces contra la calzada. Una de las bolsas se rompió, el olor fue considerable, y aparecieron tres o cuatro gatos —el número variaba según a quién le contasen el relato—. Las dos se miraron, a Caroline no le costó ver que Anne había estado llorando y Anne no requirió de dotes detectivescas para saber que la desconocida de las bolsas de basura estaba furiosa. Recogieron el estropicio lo mejor que pudieron, Anne sin decir nada y Caroline soltando un taco tras otro, lanzaron los desperdicios al contenedor y ahuyentaron a los gatos. Entonces se miraron y se pusieron a reír. Empezó Anne y se tapó los labios cuando se le escaparon las primeras risas y tal vez habría logrado contenerlas si Caroline no se hubiese puesto a reír como una posesa. Se doblaron por el estómago. Anne tuvo un ataque de tos y Caroline le pidió que por favor parase porque de lo contrario tendría que volver al hotel y utilizar el baño y no quería enfrentarse de nuevo a los graznidos de Max. Llegaron a la conclusión, dado que la risa era imparable e incontrolable, que lo mejor que podían hacer era presentarse e ir a tomar una copa juntas cuando saliesen de trabajar. Y así fue como se hicieron amigas de golpe, que es la mejor manera de empezar una amistad.

El restaurante donde trabajaba Anne estaba a pocos metros del hotel donde lo hacía Caroline por eso la noche de las risas, los gatos y el contenedor de basura Anne estaba en medio de aquel callejón trasero preguntándose cómo había ido a parar allí y si sería tan descabellado sacar el móvil del bolsillo y llamar a esa persona en la que pensaba cuando el mundo desaparecía de bajo sus pies y le recordaba lo difícil —e imposible— que era recuperar el equilibrio. Era estúpido, pensó, y también cobarde que en los momentos difíciles todavía creyese que su voz cambiaría las cosas. Al final no había llamado, no lo había hecho nunca desde la última vez que lo vio.

Caroline le preguntó entonces si había vuelto a ver a aquel cliente tan guapo del restaurante, ese que siempre le preguntaba si algún día almorzaría con él en

vez de servirle; quizá había llegado el momento de darle una oportunidad, le sugirió. Anne dejó de darle vueltas a un pasado imposible y negó decidida, guardó el vale para las clases de esgrima en uno de los bolsillos y el muñeco lo llevó en la mano hasta que tuvo que despedirse de él para ponerse a trabajar. Mientras ella servía platos de salmón ahumado con romero o cordero a la salsa de naranja o el más atrevido, codorniz con flores silvestres, el pequeño espadachín la esperaba en el bolso junto con la libreta donde había apuntado todo lo que iba a hacer a partir de entonces. Iba a necesitar toda la ayuda que pudiese encontrar para llevarla a cabo.

Por suerte no fue un turno complicado, el restaurante estaba medio lleno y Anne, aunque estuvo ocupada cada minuto, no se sentía como si la hubiese arrollado un camión al terminarlo. Antes de irse, vertió un poco de leche en un pequeño contenedor de plástico que encontró por la cocina y cruzó los dedos para que nadie lo echase en falta.

—A ver si así no vuelves a asustarme —dijo una vez estuvo en el callejón, dejando la ofrenda lo bastante lejos de la puerta para que el gatito se atreviera a acercarse sin temor a que otro de los empleados de The Thorn lo sorprendiera.

Ella no esperó, tenía el presentimiento de que si se quedaba allí el animal no saldría de su escondite, empezó a caminar y sonrió cuando oyó el susurro del gato emergiendo de donde quiera que estuviese. Había sido un buen día, decidió, había empezado muy mal con la fallida entrevista de trabajo, pero celebrar el cumpleaños con Caroline y haber vuelto a ver a ese felino —estaba convencida de que era el mismo que la noche anterior— lo habían vuelto del revés. Y mejoró aún más en cuanto llegó a casa y oyó unas risas. Entonces sucedió lo que sucedía siempre que oía la risa de Nicola Russell: pensó en mamá. El corazón le subió por la garganta y trepó un poco más hasta que le escocieron los ojos. Parpadeó un par de veces y por si acaso alguien aparecía por el pasillo se dio media vuelta y fingió que le costaba cerrar y quitar la llave.

—¿Anne, eres tú?

Siguió la alegría de esa voz y se dejó engullir por los largos brazos de su propietaria.

—Hola, Russell, ¿qué haces aquí?

Russell odiaba su nombre y de muy pequeña había convencido a su mejor amiga Millicent, la madre de Anne, para que la llamase siempre por su apellido con la esperanza de que su familia y los profesores del colegio hicieran lo mismo. Entonces no lo consiguió, años más tarde sí. Anne no sabía de nadie que llamase a Russell de otra manera y dudaba de que las cosas hubiesen cambiado

desde que se fue de Londres.

—¿Este es el recibimiento que piensas darle a tu madrina? —La apretó un poco más, Anne se dejó hacer y respiró hondo. Russell llevaba un perfume pegajoso que le hacía cosquillas en la nariz. De pequeña ese perfume le parecía ridículo, una mujer tan formidable como su madrina no podía oler a algodón de azúcar, era de lo más incongruente, y sin embargo ahora le era imposible imaginársela con otro olor—. Feliz cumpleaños, Annie.

—Gracias —respondió como pudo pegada a su torso—. No me llames Annie.

—Pues tú asegúrate de invitarme el año que viene y de que no tenga que perseguirte para felicitarte como es debido.

La soltó tras darle un beso en la frente.

—Podrías haberme llamado. —A pesar de que lo habría negado si alguien se lo hubiese preguntado, el día anterior le había sentado muy mal que Russell no la hubiese felicitado por teléfono—. No hacía falta que vinieras a verme.

—Tonterías. El tren de Paddington a Bath tarda solo una hora y media y ha sido la excusa perfecta para avanzar en mi lectura. Además, tenía muchas ganas de verte. Tenemos que hablar del fin de semana, he hecho un montón de planes. Me imagino que no tenías intención de instalarte en casa y utilizarla como si fuese un hotel, ¿no? Hace demasiado tiempo que no nos vemos.

Anne tuvo frío, calor y se le hizo un nudo en el estómago, había planeado llamar a Russell esa noche y anular el viaje. Por teléfono habría podido mentir, ahora que la tenía delante estaba segura de que le dijera lo que le dijese la otra mujer vería la verdad. Le soltó las manos con la excusa de apartarse el pelo de la cara y dio un paso hacia atrás. Russell la estaba observando y adivinando claramente sus intenciones. Aquel había sido el verdadero motivo de la visita, no era que Anne dudase de que su madrina quisiera felicitarla por su cumpleaños, pero Russell se había subido a ese tren en Paddington para mirarla a los ojos y dejarle claro que no iba a permitir que rehuyese su viaje a Londres. La única opción que le quedaba era decirle la verdad, confesarle que no estaba preparada para volver, aunque fuera momentáneamente, a su antigua vida. No sabía cómo la afectaría pasar unos días como si nada hubiese pasado, siendo la Anne de antes, y tenía miedo de averiguarlo. Le sudaban las manos solo con pensar en la fiesta de compromiso a la que se suponía que tenía que asistir. Les deseaba lo mejor a los novios, tanto él como ella habían sido buenos amigos de esa Anne de antes, pero no quería estar allí. Soltó el aliento, tenía que aflojar la tensión o acabaría vomitando antes de contárselo todo. Sabía exactamente por dónde empezar, seguro que Russell la entendería. Entonces vio que su padre y Therese

también estaban allí, sentados en el sofá, y que había cuatro copas de champán en la mesa junto a una botella por abrir.

—La ha traído Russell —especificó Walter sin que fuera necesario; a Anne ni se le había pasado por la cabeza que él se hubiese acordado de su cumpleaños y hubiese querido celebrarlo. Delante de ellos no podía hablar de eso. De nada, en realidad, así que asintió y se tragó su confesión.

—Vamos a brindar. —Therese se levantó a descorchar la botella—. No quiero irme sin antes haber brindado por tu cumpleaños, Anne.

Anne seguía sin saber a qué se debía el cambio de actitud de su hermana pequeña, había tenido intención de hablar con ella esa misma noche, pero al parecer iba a tener que esperar igual que todo lo demás. Aun así, no disimuló lo confusa que estaba al mirarla.

—¿Tienes que irte tan pronto? A ti también he venido a verte —se quejó Russell, la rodeó por la espalda con un brazo y la estrechó contra ella unos segundos—. Es una lástima que no haya coincidido también con vuestra hermana mayor. ¿Cómo está Juniper?

Ante la mención de su primogénita, Walter empezó a contarle a su invitada todo lo que había sucedido en la vida de esta desde su última visita. Anne aprovechó para acercarse a Thea y con la excusa de pasarle las copas se colocó a su lado y susurró:

—¿Qué estás haciendo?

—Sirviéndonos champán.

Anne tuvo la tentación de tirarle del pelo como cuando eran pequeñas y Thea lloraba a propósito para que su madre se pusiera de su parte.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Intuyo que papá quiere vender las joyas que nos dejó mamá y me parece que ni tú ni yo tenemos intención de permitirselo. Al menos yo no —resumió con acierto y sin dejar de sonreír por si su padre o Russell las miraban.

—Pero tú y papá...

—Siempre nos hemos llevado bien, lo sé. No deberías fiarte de las apariencias, hermanita. Además, eso ahora no importa, lo que importa es que no quiero desprenderme de esas joyas y diría que tú tampoco.

Anne conocía a su hermana lo suficiente como para saber que esas frases ocultaban algo importante y ahora seguía sin tener tiempo de averiguarlo.

—¿Estás segura de que es eso lo que pretende papá?

Therese se llevó una copa a los labios y bebió un poco.

—Quiere recuperar el restaurante o abrir otro y no está dispuesto a vender esta

casa. Bath le da estatus y quiere seguir teniendo una casa donde pasar las vacaciones. —Por el rabillo del ojo vio que Walter las estaba observando—. Voy a estar fuera una semana —cambió de tema y de actitud—, nos veremos en la fiesta de Juniper, hasta entonces encárgate de que papá no encuentre nada. Si es que quieres conservar lo que nos dejó mamá.

—Un brindis para Anne. —La voz de Walter las separó, Therese disimuló a la perfección que había estado hablando de él—. Feliz cumpleaños, hija.

—Feliz cumpleaños, Anne —secundó Russell.

Anne tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para no atragantarse con las burbujas.

3

Anne

La fiesta de compromiso de Harriet y Patrick tenía lugar en la terraza privada del hotel Covent Garden situado en la calle Monmouth y demasiado cerca de la antigua vida de Anne. Hacía un mes y medio que había recibido la invitación por correo tradicional, un sobre blanco de tacto suave y pesado que evidenciaba que las personas que lo habían elegido querían dejar claras dos cosas: la primera, que era totalmente innecesario un método de envío tan caro y la segunda, que estaban encantados de hacerlo (y de restregarlo *elegantemente* por las narices de sus invitados). Anne se preguntó si habría analizado tanto la elección de dicho sobre años atrás, antes de que todo cambiase, y quería responder que sí, pero lo cierto es que no podía estar segura.

Nunca había tenido intención de asistir, ni siquiera durante un segundo, y en su mente había ensayado cien veces la conversación que iba a tener con Harriet para explicarle que lamentándolo mucho iba a tener que perderse la preciosa fiesta y con toda probabilidad la boda. Era un discurso muy bien construido, primero le preguntaría por Patrick y por el trabajo, después por la familia y por último por los preparativos del enlace, tenía que ser muy emocionante y estresante organizarlo todo. Entonces le diría que no podía ir y Harriet aceptaría sus disculpas con pena porque la buena educación así lo dictaba y posiblemente cierto alivio. Llamaría a su amiga el sábado a media mañana, justo antes de que esta saliera rumbo a su clase de yoga. Anne estaba segura de que Harriet seguía con sus costumbres. Tendría que haberla llamado en aquel preciso instante, tal vez así ahora mismo no estaría balanceándose sobre ese par de zapatos demasiado altos por su bien y dirigiéndose a la fiesta. Pero no la llamó y Russell se enteró de que Harriet y Patrick la habían invitado, su amiga había perdido la dirección postal de Anne en Bath y en vez de llamarla y preguntárselo se la pidió a Russell cuando se encontraron por casualidad en Fortun's & Mason. Pensó que así le daría una sorpresa. Russell ya lo tenía todo organizado y sí, Anne habría podido decirle a su madrina que no quería asistir a la fiesta, pero habría tenido que explicarle el motivo y dado que ni siquiera ella era capaz de dilucidarlo con claridad o un mínimo atisbo de coherencia calló y dijo que tenía muchas ganas

de pasar un fin de semana en Londres. Era cierto que había echado de menos a Russell, aunque había días que no ver ni oír a su madrina hacía que la muerte de su madre fuese más fácil. Había pasado mucho tiempo, años, y cada uno de los días transcurridos le habían demostrado a Anne que eso de que con el tiempo todo sería más fácil era mentira. No echaba menos de menos a su madre ahora que la Navidad del año anterior o que la primavera pasada, quizá lo mejor que podía decir era que se había resignado a su ausencia.

Un adoquín terco que se había negado a seguir la línea marcada por sus semejantes la hizo tropezar y chocó con una pareja de turistas, cuya presencia allí evitó que cayese al suelo. Se disculpó aturullada, la melancolía que no solía permitirse casi hace que tenga un accidente, y los abuelos japoneses le aseguraron que no pasaba nada. El caballero le sonrió y Anne, vete a saber por qué, empezó a hablar.

—Es que voy a una fiesta de mi vida pasada. Oh, no, no estoy loca —añadió al ver cómo los ojos de sus salvadores se agrandaban—, ni borracha. Y les aseguro que esto no es una cámara oculta. Estoy nerviosa, eso es todo, y... joder. Oh, no, no, no. Lo siento. No quería decir tacos. Lo siento. Lo siento. —Bajó la cabeza avergonzada y cerró los ojos. Le temblaban las rodillas, había pensado en su madre y ahora no iba a poder quitársela de la cabeza, y esa noche iba a ser un completo desastre.

Dio un paso hacia el lado para que esa pareja tan amable pudiese seguir con su camino y sopesó seriamente la posibilidad de detener un taxi y volver a casa de Russell. O a Bath.

—Tenga, señorita.

El señor japonés tenía acento y una voz apergaminada. Anne abrió los ojos dispuesta a darle de nuevo las gracias, seguro que al tropezar le había caído algo al suelo y el pobre hombre se lo devolvía. Se equivocó y parpadeó confusa.

—¿Qué es?

—Un pingüino de origami, es para usted. —Zarandéó un poco los dedos con los que lo sujetaba con delicadeza.

—¿Para mí?

—Sí.

—¿Por qué?

Tenía el tamaño de un paquete de chicles y era blanco y negro. Estaba un poco arrugado, pero la forma era perfecta y provocaba una sonrisa al mirarlo.

—Los hago cuando estoy nervioso.

—Antes fumaba —apuntó entonces la señora con más acento que su

acompañante y una expresión muy curiosa—. Ahora tenemos la casa llena de muñecos de papel. Acéptelo, tal vez le traiga suerte.

Anne no creía en la suerte, ni sabía nada sobre origami ni de cómo podía convertirse una hoja de papel en algo tan bonito, pero era un pingüino y abrió la palma de la mano y la tendió hacia arriba.

—Le traerá suerte, ya verá, pero vigile por dónde camina, señorita —le dijo el señor tras depositar el pingüino en la mano de Anne y despedirse.

La idea de detener un taxi se esfumó, no porque creyese que ese pingüino de papel pudiese protegerla de algo, sino porque era una tontería tener miedo de esa fiesta de compromiso, entraría, saludaría a sus amigos, quizá incluso le gustaría hablar con ellos, y después pasaría el resto del fin de semana con Russell. El lunes por la mañana, antes de volver a Bath, pasaría por la universidad y buscaría a la profesora Erdem, era algo disparatado, no había concertado ninguna cita con ella y casi con toda seguridad le resultaría imposible encontrarla, pero lo intentaría.

Guardó el pingüino en el bolso, lo colocó con cuidado entre el móvil y el pintalabios, y cruzó la calle.

Había situaciones para las que estaba preparada, conversaciones de las que habría salido airosa, pero nada podría haber evitado que le resbalase aquella copa de champán de entre los dedos al escuchar aquel nombre.

—Me alegro tanto de que hayas venido, Anne. Estaba convencida de que te inventarías una excusa para no estar aquí hoy.

Harriet la abrazó y Anne se odió un poco porque fue incapaz de creer en la sinceridad de su amiga. Parecía contenta de verdad y casi no se había apartado de ella, se había asegurado de presentarla a la gente que no conocía y la había tratado como si su última charla se hubiese producido unos minutos y no unos meses atrás. Conversación telefónica y muy breve porque una de las dos, Harriet, iba en coche y entraba en un túnel.

A Anne le habría gustado creer que Harriet seguía siendo su amiga del alma y que cuando esa ridícula fiesta acabase se irían las dos al pub, beberían un cóctel que elegirían al azar y se reirían de esto y de aquello. Ahora ella ya no elegía bebidas basándose en «una cuyo nombre rime con Cinthya» o «una que tenga una sombrillita rosa en la foto» y Harriet no tenía cara de reírse y de escupir piña colada por la nariz como antes.

—Cómo no iba a estar aquí.

—No vienes mucho a Londres.

La frase afectó a Anne igual que un cuchillo chirriando en un plato.

—Tú tampoco visitas Bath con frecuencia.

Harriet aparcó la sonrisa de anfitriona y Anne estuvo a punto de decirle que se iba, que estaba cansada del viaje y que ya se verían otro día antes de la boda. No pudo porque aparecieron el flamante prometido y uno de sus amigos.

—¡Anne, qué alegría verte! —Patrick la abrazó esquivando la copa—. Harriet estaba segura de que no vendrías, pero yo le dije que se equivocaba.

—Supongo que es bonito que al menos tú confiases en mí. Felicidades, Patrick, me alegro mucho de que hayas decidido arriesgarte a casarte con Harriet.

Del grupo de amigos de su ex vida, ¿podía llamarla así?, Patrick era al que resultaba más difícil guardar rencor. No podía guardárselo a ninguno, ellos no habían jugado ningún papel en su partida a Bath, sencillamente se habían olvidado de ella. Por mucho que los abrazos y sonrisas de esa fiesta implicasen lo contrario.

—¿Cuándo vuelves a Londres? No me digas que eso de quedarte en Bath va en serio.

—Lleva allí siete años, Patrick, creo que va en serio. Hola, Anne, yo también me alegro de verte.

La copa siguió intacta en la mano de Anne, a pesar de que los dedos la sujetaban cada vez más fuerte. El último en saludarla era Colin, un tipo encantador, según Walter Elliot, compañero de universidad del novio y alguien que siempre había sido educado, aunque distante con Anne.

—Gracias, Colin. Estoy muy contenta de estar hoy aquí. Es una fiesta preciosa.

Observó la puerta sin demasiado disimulo; había un camarero con una bandeja llena de copas que entregaba a los recién llegados a medida que estos confirmaban sus nombres a la señorita que sujetaba una carpeta negra como si contuviese secretos de estado. Era la organizadora del evento, así se la habían presentado a Anne. Bebió un poco más, se preguntaba si la chica de la carpeta intentaría detenerla si abandonaba el acto antes de lo previsto.

—Si no hubieras venido...

—He venido.

—Te habría enseñado las fotos dentro de dos semanas —Harriet terminó la frase tras la interrupción de Anne.

—¿Dos semanas?

—Sí, tengo que ir a Somerset y había pensado llamarte.

—Perseguirte —Patrick la corrigió—, di la verdad, cariño.

—¿Y qué tienes que hacer allí? ¿Es por la boda?

Harriet trabajaba en la empresa de su padre, una compañía de transportes especializada en grandes mercancías, así que Anne dudaba mucho que esa visita se debiera a cuestiones profesionales. Aunque quizá estuviera juzgando a su amiga con demasiada dureza.

—Voy a empezar un rodaje en la zona, un documental —respondió Colin—, y Harriet se ha encargado del traslado de los equipos.

—Me ha costado meses convencer a mi padre de que también podemos dedicarnos a esto —siguió la aludida—. En nuestro país se ruedan muchas películas y alguien tiene que transportar todos esos trastos. Si no hubieras venido a la fiesta, te habría llamado para contártelo y para quedar.

—He venido.

—Y nos has sorprendido gratamente —añadió Patrick proponiendo un brindis—. Por los amigos reencontrados.

—Que yo sepa, no me había perdido —susurró Anne antes de beber.

—Tienes razón. No puedo decir lo mismo de mi hermano Luke ni de su invitado. Me prometió que estarían aquí.

—Tal vez el vuelo de Manel se ha retrasado.

Y con esa frase tan absurda a Anne le dejó de latir el corazón y la copa de cristal resbaló por entre sus dedos hasta romperse en el suelo.

Una hora más tarde entraba por fin en un taxi y se quitaba los zapatos. Solo quedaba una sombra de la mancha de champán, el líquido había acabado secándose pero ella seguía igual de alterada. Se había disculpado con Harriet, Patrick y con Colin por su torpeza y por mancharlos, ninguno se había salvado y los tres habían insistido en que no pasaba nada. Era agua con burbujas, se iría en unos minutos. Apareció un camarero con una escoba y Anne lo ayudó tanto como el chico se lo permitió. No había pasado nada, la copa le había resbalado porque estaba húmeda. No tenía importancia.

La tenía.

La cuestión era que nadie lo sabía.

Ni Harriet, ni Patrick, ni Colin, ni ese camarero sabían qué le había pasado a Anne al escuchar el nombre de Manel, y lo cierto era que ella tampoco.

La conversación recuperó el ritmo después del incidente, nadie le explicó a Anne por qué Manel viajaba a Londres ni por qué le acompañaba Luke, todos daban por hecho que habían mantenido alguna clase de contacto a lo largo de los

años o que si no lo habían hecho se debía solo a que sus vidas habían seguido caminos distintos. Era algo triste que nadie nunca hubiese sospechado nada.

La música que flotaba por la sala se mezcló con los pensamientos ya enredados de Anne. Quizá Colin supiera algo más, se preguntó durante un segundo, y por eso había mencionado el nombre de Manel, para ver si ella reaccionaba. Descartó la opción por infantil, Colin ni siquiera la había mirado y si lo hubiese hecho no habría visto nada excepto sorpresa.

Sorpresa, eso era todo.

—¿Adónde, señorita?

Le temblaban las manos, se frotó las piernas hasta llegar a los pies helados y doloridos y le dio la dirección de Russell al taxista.

Manel estaba en Londres o, mejor dicho, iba a estarlo. Tras oír la noticia y dejar caer la copa de champán —y el consecuente estropicio— Anne se disculpó e hizo un verdadero esfuerzo por no hacer ninguna pregunta sobre ese viaje o los motivos que lo propiciaban, pero aquello no evitó que memorizase cada detalle que Colin facilitó al respecto cuando Harriet o Patrick se interesaron, fue como si su mente hubiese estado hambrienta por acumular aquellos datos.

Manel volvía a Londres. Hacía más de ocho años que se había ido.

Había pasado todos esos años en Estados Unidos, años que eran meses, días, horas acumulados unos encima de otros hasta que se habían convertido en un todo insalvable que existía entre los dos. Insalvable porque ella, aunque recordaba cómo y dónde había empezado aquel silencio seguía rencorosa por el porqué. Y suponía que él también. El problema era que con el paso de cada uno de esos días que se iban amontonando dicho rencor se confundía con remordimientos y Anne ya no estaba segura de por qué nunca había intentado ponerse en contacto con él. Recordar por qué había empezado aquel silencio era mucho más fácil que recordar por qué no había intentado romperlo.

O prefería obviarlo. Mamá le había dicho en una ocasión que cualquier distancia se acortaba dando un primer paso y después otro, y otro, hasta que ya no quedaba espacio, pero lo cierto era que Anne tenía miedo de acercarse a Manel porque estaba convencida de que no encontraría a nadie al otro lado. Ella misma se había asegurado de que así fuera.

En la fiesta, mientras Harriet, Patrick y Colin seguían hablando del documental que este último iba a rodar y trazando planes para esos días en los que todos estarían en Somerset, Anne miró a su antigua mejor amiga y se preguntó cómo era posible que esta no viera lo que le estaba pasando. ¿Cómo era posible que nadie lo hubiese visto nunca?

Demasiada distancia.

—Ya hemos llegado, señorita.

El taxi se detuvo y Anne abrió el bolso para sacar el billete de veinte libras. Lo confundió con el pingüino y se quedó mirándolo. De todos los animales de papel que podía haber hecho ese amable japonés, había tenido que elegir un pingüino.

—*No vas a estudiar para cuidar focas, ballenas y pingüinos ni ningún otro animal estúpido que ni siquiera vive en el Reino Unido.*

—*¡Papá! Voy a ser bióloga y tú no puedes...*

—*Puedo no pagártelo. Ninguna hija mía va a perder el tiempo de esa manera. Si quieres, cuida a los animales en tu tiempo libre.*

—¿Señorita? —El conductor captó su atención.

—Disculpe. Aquí tiene.

Esperó a que le entregase el cambio y bajó del vehículo descalza con los zapatos y el bolso en la mano. Las medias la protegían un poco y no le importa notar el asfalto húmedo en las plantas de los pies. Horas antes, nerviosa porque iba a asistir a esa fiesta de compromiso, se había alegrado de pasar aquel fin de semana con Russell, sin embargo ahora se quedó en la calle y esperó unos minutos. No quería que su madrina la notase alterada y le preguntase qué le había sucedido. No iba a poder mentirle y sabía que si mencionaba el nombre de Manel se atrevería a imaginarse qué pasaría si se vieran, si coincidieran en Londres. Pero era imposible.

Él no querría verla.

Ella... tampoco.

Esa era la verdad. Volvió a guardarse el nombre de él muy adentro, y cruzó el portal. Lo más probable sería que Russell estuviera ya acostada y mañana pasarían el día charlando y paseando por Londres.

4

Manel

La primera inteligencia artificial tal y como es entendida hoy en día surgió en los años sesenta en Estados Unidos. En 1965, Joseph Weizenbaum, un ingeniero informático de origen alemán y profesor del M.I.T creó a *Eliza*, el primer programa informático capaz de interactuar con los humanos y mantener una especie de conversación con ellos. Nosotros. En esas conversaciones, *Eliza* se comportaba como una psicóloga porque así la había programado su inventor. Gracias a esas conversaciones, *Eliza* recababa información y la procesaba y fue la primera máquina en llevar a la práctica la teoría de Alan Turing.

Manel estaba obsesionado con esa historia, con esa realidad que le había llevado de pequeño a desmontar ordenadores y de mayor a la otra parte del mundo. Dando un rodeo.

Ningún viaje que valga la pena es en línea recta.

Eliza se llamaba así por Eliza Doolittle, la protagonista de *Pigmalión*, la obra de George Bernard Shaw. El programa de inteligencia artificial que había creado Manel partía sin duda de *Eliza*; en el mundo de las inteligencias artificiales nadie podía negar la deuda que tenían con ella y su creador, pero se llamaba *Jane*. *Jane* era la base de lo que había creado en Estados Unidos y por muy bien que pudiesen irle las cosas ahora, o si cambiaban las tornas y le iban mal, *Jane* siempre estaría allí.

Igual que el motivo por el que la había bautizado con ese nombre.

Luke estaba esperándolo en Heathrow a pesar de que Manel le había dicho que no hacía falta, que se conocía de sobras la ciudad y que podía subirse a un taxi y llegar al hotel sin ningún problema. Además, tenía ganas de ducharse y de dormir hasta derrotar el *jet lag*. Tras un viaje tan largo no solía estar de humor para ver a nadie, pero Luke insistió y era el mejor amigo que tenía de su época en Londres, el único con el que más o menos había conseguido mantener una relación a lo largo de los años, así que al final Manel accedió y le dio las gracias. Quizá podrían ir a cenar a uno de esos pubs que había cerca de su antiguo apartamento, pensó mientras esperaba el equipaje y cuando salió casi notaba el sabor de una pinta de cerveza en los labios. Pero su amigo echó esos planes por

la borda cuando a los pocos minutos de estar en el coche le anunció que su hermano Colin los estaba esperando en una fiesta.

—¿Qué fiesta?

—Te lo conté, la fiesta de compromiso de Patrick, el mejor amigo de mi hermano, y Harriet. Se celebra en el mismo hotel donde te alojas.

Tardó unos segundos en reaccionar. ¿Fiesta de compromiso?

—No me parece correcto que me presente en esa fiesta de compromiso sin avisar y sin estar invitado —le contestó aún atónito, aunque disimulándolo bastante bien.

—Estás invitado.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué estoy invitado? Apenas me conocen, nunca nos movimos por los mismos círculos. —Le apretaba el botón del cuello de la camisa y se lo desabrochó—. No tiene sentido.

—Les dije que llegabas hoy y que estabas aquí. Te invitaron al instante.

—Se vieron obligados.

—Deja de buscarle tres pies al gato, Manel.

—Todos los gatos tienen tres pies, Luke, no hay que esforzarse demasiado para encontrarlos. Eres médico, deberías saberlo.

—Déjalo, no conseguirás provocarme. Estás invitado. Estamos invitados. Estás durmiendo en este hotel, solo vamos a entrar, nos tomamos algo, saludamos y dejaré que te largues. Te irá bien para practicar tus dotes sociales.

—Jamás tendría que haberte confesado eso.

—Ya es tarde.

—Diez minutos como mucho. —Tenía hambre, si no comía algo no lograría dormirse y su mal humor empeoraría, y necesitaba estar centrado.

—De acuerdo. —Luke sonrió satisfecho consigo mismo—. Además, la fiesta empezó hace horas, lo más probable es que apenas quede nadie.

Genial, así llamaría aún más la atención. Él no se había planteado evitar a esa gente. Fueran quienes fuesen, *esa gente* ni siquiera había aparecido en sus pensamientos. Pero no tenía ninguna gana de verlos.

Manel dejó de discutir, visto estaba que no serviría de nada, y se resignó a asistir a la dichosa fiesta de compromiso de Harriet y Patrick. En realidad, todo era culpa suya, si le hubiese prestado más atención a los correos que Luke le había escrito seguro que se habría enterado de esa encerrona a tiempo y habría logrado evitarla. Habría buscado otro hotel y no habría aceptado de buenas a

primeras el que le recomendaba su supuesto buen amigo. Luke le había mencionado que el día de su llegada tenía un compromiso relacionado con su hermano Colin, una fiesta a la que tenía que asistir porque bla bla bla (así lo había interpretado su cerebro y ahora estaba pagando las consecuencias. Le estaba bien merecido). Colin era el mejor amigo de Patrick, este se casaba al cabo de pocos días y esa noche celebraban una fiesta de compromiso. El por qué alguien celebraba una fiesta de compromiso pocos días antes de casarse se le escapaba por completo a Manel y no pensaba preguntárselo a Luke, quien seguía conduciendo en silencio, no iba a darle esa satisfacción.

Realizaron el resto del trayecto sin dirigirse la palabra y la única comunicación que habían mantenido desde entonces eran las cuatro frases que habían intercambiado en recepción, las mínimas necesarias para que el chico que les atendió no les tomara por idiotas, y los golpes que Luke estaba dando ahora a la puerta de su habitación para exigirle que se diera prisa.

Manel se secó el pelo con una toalla, se puso una camisa y unos vaqueros oscuros y fue al encuentro de Luke antes de que volviese al ataque; no descartaba la posibilidad de que su amigo echase la puerta abajo para llevarlo a rastras a la fiesta.

—Oh, vamos, cambia la cara, Manel. Tal vez te lo pases bien.

Intentó relajarse, estaba sacando las cosas de quicio y quizá no todo era culpa del cansancio. Luke tenía algo de razón, aunque no pensaba decírselo.

Entraron y se dirigieron directamente hacia el novio, Patrick, que estaba charlando con Colin en una mesa alta cerca de un camarero que seguía preparando sushi. Habían acertado con lo de que quedaría poca gente y el ambiente, afortunadamente para Manel, era de lo más distendido.

—¿Os acordáis de Manel Beltor? —Luke decidió anunciar así su llegada—. Acaba de llegar de San Francisco...

—De Nueva York —lo corrigió quisquilloso—. El avión ha salido de Nueva York, me fui de San Francisco hace unos días, tenía que hacer unas...

—Por supuesto que nos acordamos de él —lo interrumpió Patrick, gracias a Dios, y le tendió la mano—. ¿Cómo estás? Me alegro de verte.

—Cansado. —Aceptó el apretón—. Lo siento, siento el comentario, no pretendía ser desagradable, solo que...

—Estás cansado —repitió Patrick con una sonrisa—. No te disculpes. Gracias por estar hoy aquí con nosotros, es un día muy especial.

Se sintió como un imbécil, como el mayor imbécil de la faz de la tierra. Todo por culpa de la falta de sueño, las horas que se había pasado en el aeropuerto y

en el avión... y porque al parecer estaba en la misma habitación que la única persona a la que no quería volver a ver en toda la vida.

—No, por favor, gracias a ti y a Harriet por invitarme a última hora. No pretendo ser un estorbo, me iré enseguida.

—Tonterías. —Le soltó la mano y saludó a Luke—. Quedaos tanto como queráis, la mayoría de invitados ya se han ido, ahora solo quedamos los rezagados.

—La *creme de la creme*, Patrick —bromeó Colin dirigiéndose de nuevo a su amigo—. Pareces contento de verdad.

—Lo estoy.

Manel estaba exhausto, pero todavía era capaz de distinguir el inicio de una conversación privada y se apartó, a Luke acababa de secuestrarlo una señora que se había autopresentado como la mejor amiga de la tía Evelyn, lo que significaba que podía irse sin que intentase retenerlo, sin embargo se quedó y buscó el bar con la mirada. Tenía que haber uno y lo encontró; cerca del balcón con vistas de la ciudad, ahora iluminada por las luces de los edificios y de las farolas, había una barra en la que un camarero preparaba cócteles. No eran lo suyo, aunque esa noche iba a conformarse.

—¿Qué le preparo, señor?

—Un whisky. Solo. ¿Es posible? —No estaba para combinaciones exóticas ni para que le metiesen un jardín en la copa.

—Por supuesto, señor.

—Gracias —suspiró aliviado y observó que el barman fingía no darse cuenta—. Yo solía trabajar de esto, bueno, de camarero. A veces lo echo de menos.

El chico no logró contener una ceja que se levantó dudosa. Manel optó por no decir nada más. Tampoco sabía qué le había llevado a confesarse con aquel pobre chaval. Cuando trabajaba de camarero y le tocaba servir copas odiaba que los clientes se pusieran en ese plan.

—Tenga, señor.

—Gracias.

Aceptó el whisky ignorando el *señor* y buscó una esquina en la que bebérselo tranquilamente, solo a poder ser, y desde la cual poder escabullirse en pocos minutos. Durante años se había planteado qué pasaría él día que volviese allí, a Londres, qué sentiría. En ningún momento había aceptado la idea de no volver a esa ciudad, una persona o un mal recuerdo por dolorosos que fueran no podían borrar un país entero de su pasado o de su futuro. Pero la idea de volver, la realidad de aquel momento, era distinta de lo que se había imaginado. En su

imaginación, nunca se metía en la boca del lobo nada más llegar.

Anne era amiga de Harriet, su mejor amiga, o lo había sido ocho años atrás.

El sabor a madera de la bebida le llevó a carraspear y antes de que pudiera reaccionar Harriet estaba frente a él.

—Hola, Manel, no había caído en que el amigo de Luke eras tú. Hace años que no sé nada de ti —pronunció todo esto con una sonrisa y acercándose a él para darle un beso en la mejilla derecha.

—Sí, ya ves. Yo tampoco sabía que iba a colarme en tu fiesta de compromiso.

—No digas tonterías. Me alegro de verte, tienes buen aspecto.

—Tú también. Gracias por invitarme, aunque no supieras que era yo —intentó bromear.

—Si hubiera sabido que eras tú, te habría invitado antes. ¿Estarás aquí para la boda? A Patrick y a mí nos encantaría que vinieras, lo digo en serio. Y entonces seguro que verás a Anne, es una pena que no hayas llegado antes, acaba de irse.

Anne, de ella sí que no podía hablar con Harriet ni con nadie.

Estaba poniéndose melodramático, reconoció apretándose el puente de la nariz, realmente estaba demasiado cansado y no entendía a qué se debía tanta sonrisa y tanta amabilidad. Ocho años atrás, Harriet, Patrick y él apenas habían coincidido y estaba seguro de que la futura novia no estaba al corriente de nada de lo que había sucedido entre él y Anne. Probablemente lo único que recordaba era que él había trabajado en el restaurante del padre de ella y poco más.

—No sé cuándo es la boda, pero dudo mucho que esté por aquí —respondió evitando adrede mencionar a Anne—. Pero muchas gracias por invitarme y por incluirme en tu fiesta de compromiso. Espero que seáis muy felices. Felicidades. —Acercó el vaso a la copa que ella también tenía en la mano. Si brindaban ¿podría irse ya a su habitación?

Harriet le devolvió el brindis y Manel vació la bebida de un trago. Quizá había sido un poco brusco y no cabía duda de que le había faltado elegancia y educación, pero no daba para más. Si supieran el peso que le estaba oprimiendo el pecho seguro que llamarían a urgencias. Tenía que irse de allí.

Se despidió de Harriet y de Patrick, que casi había aparecido al lado de su prometida por arte de magia, y miró a Luke de tal manera que a su amigo le quedó claro que corría el riesgo de perder la mano si intentaba detenerle.

Por fin en su habitación, se desnudó hasta quedar en calzoncillos y se metió en la cama. Si conseguía dormir unas cuantas horas tal vez sería capaz de analizar lo cerca que había estado de coincidir con Anne y lo poco preparado que estaba para ello. Dormido bajó la guardia, no fue voluntario, por la mañana se pondría

furioso, y recordó algo de años atrás. El día que la conoció.

Él no quería pasarse todo el día en la facultad y aunque quisiera, no podía. Tenía que ganar dinero y prefería hacerlo en un entorno no académico y lejos de esos ordenadores. Sus padres quizá no siempre habían entendido la fascinación que sentía por esas máquinas, así las llamaban ellos, pero siempre le habían apoyado en los estudios. Solo le habían puesto una condición: no te olvides de los seres de carne y hueso. Eres uno de ellos, si te quedas solo con máquinas, te estropearás. Existían distintas versiones de esa frase, pero el espíritu era idéntico en todas ellas. Manel se la tomaba al pie de la letra, conocía a demasiados científicos, técnicos, profesores e ingenieros que se habían olvidado de que eran humanos y se habían convertido en puros imbéciles. Él no quería correr ese riesgo. Por eso buscó un trabajo lejos de la universidad donde estaba de intercambio y dado que tenía experiencia de camarero —llevaba años trabajando los veranos y los fines de semana, y siempre que hacía falta en el bar de sus padres— lo encontró enseguida. Su padre no se equivocaba cuando le tomaba el pelo y le decía que era más difícil encontrar un buen camarero que un buen licenciado. El método de búsqueda que utilizó no fue nada sofisticado, un día estaba paseando por esa zona pues quería conocer lo mejor posible la ciudad que iba a ser su hogar durante un año, y vio una chica pegando un cartel en la puerta de un local anunciando que buscaban camareros.

Entró y el propietario lo entrevistó y contrató en el acto. Le sorprendió, no entendía cómo lo había conseguido, pero esa misma noche cuando el restaurante se llenó hasta los topes de londinenses y extranjeros con dinero lo entendió. Era un caos, su padre les habría mandado a paseo en un abrir y cerrar de ojos y su madre les habría puesto las pilas en dos minutos. Ese restaurante tenía potencial, lástima que el propietario era un engreído que solo hacía la pelota a sus clientes ilustres sin tener en cuenta la capacidad real del local o de sus empleados. La propietaria, la esposa del cretino, era sin embargo bastante agradable. El sueldo estaba bien, podía combinar los turnos con la universidad y a juzgar por esa primera noche las propinas serían generosas.

La chica a la que había visto colgando el cartel no había aparecido en toda la noche. Le pareció injusto, había entrado allí por ella, igual que los marinos siguen los cantos de las sirenas. Se rio de su propia estupidez, los marinos que seguían a sirenas acababan ahogados y sus barcos estrellados contra las rocas. Tal vez debería de pensárselo mejor, en el bolsillo tenía el dinero por las horas que había trabajado y unas buenas propinas, todavía no había firmado nada

porque era viernes y hasta el lunes el propietario no podía ponerse en contacto con la persona que se ocupaba de esos temas. No pasará nada, chico, el jefe de inspectores laborales de la ciudad tiene mesa a las ocho, le dijo, y tú no eres un ilegal, eres español. Entonces el tipo se rio, soltó una carcajada profunda. ¿Sabes quiénes son los Monty Phyton? Él asintió confuso. Te llamas Manuel ¿no?, volvió a reírse. Como el camarero de *Fawlty Towers*.

Manel no conocía la serie, pero había oído hablar de ella y no perdió el tiempo corrigiéndole con el nombre porque la risa de ese hombre le erizó la piel y le provocó escalofríos. Lo mejor sería que buscara otro trabajo, lo del contrato y del inspector sonaba a excusa y a la chica del cartel solo la había visto unos segundos. Quedarse allí por ella no tenía ningún sentido y sin embargo una parte de su subconsciente estaba buscando excusas para hacerlo, como por ejemplo la clientela de propinas generosas o que estaba bien comunicado con su piso; podía elegir entre volver andando o ir en busca de un autobús. Esa noche volvería a pie, analizaría con calma los pros y contras y tomaría una decisión. Miró hacia la calle, giraría por allí, en esa esquina había varios pubs y tal vez alguno tuviera colgado otro cartel con ofertas de trabajo.

Entonces, justo detrás de él se abrió la puerta del restaurante y salió ella. Manel parpadeó un par de veces, las sirenas no son de fiar. Ella le sonrió.

Iba a estrellar su barco.

—Hola, soy Anne.

5

Manel

No se despertó de buen humor y no tenía nada que ver con el viaje ni con los negocios que lo habían llevado hasta allí ni con la fiesta de compromiso a la que había tenido que asistir para no perder a su único amigo en ese país.

Estaba de mal humor porque había soñado con la noche que se conocieron y él no hacía esas cosas: no se recreaba en el pasado, no perdía el tiempo en algo que había terminado y no se planteaba la posibilidad de volver a verla o de iniciar el menor contacto con ella. No era un decir ni una actitud infantil ni un comportamiento sacado de contexto, era la opción más lógica y por tanto iba a ceñirse a ella como había hecho todo ese tiempo.

Apartó las sábanas y se sentó. Le dolía la cabeza, era de esperar, y notaba una presión en el pecho, esta menos previsible pero aun así nada preocupante. Fue en busca de la tablet y la conectó, si conseguía recuperar la normalidad en el exterior también lo lograría en el interior.

—Buenos días, *Jane*.

El primer ordenador donde la creó seguía estando en el M.I.T, pero la tecnología había cambiado mucho desde entonces y ahora esa versión estaba en la nube a la que podía acceder cualquier miembro autorizado de su equipo. La versión más actualizada sin embargo solo la tenía él. Su equipo era de confianza, los había contratado uno a uno durante años y podía afirmar que eran brillantes y que *Jane* estaba en buenas manos, pero él supervisaba cualquier actualización que quisieran hacerle. La doctora Pulami, la primera persona a la que contrató y ahora mucho más que una gran compañera, se reía de él por ser tan protector y celoso con *Jane*. Manel no se defendía.

—Buenos días, Manel.

La voz salió de la tablet y el mundo de Manel recuperó cierto equilibrio. Al principio *Jane* solo respondía mediante textos que componía en la pantalla del ordenador, pero tras la primera presentación del proyecto en la convención del TedCrunch varios inversores se interesaron por ella y con ese interés, que se traduciría en el futuro en aportaciones económicas, la beca de la universidad se multiplicó y se volvió estable. Él y *Jane* eran la niña de los ojos del M.I.T y el

sector tecnológico les observaba con lupa. Nunca olvidaría el vértigo de esos días. Con dinero podía avanzar mucho más y mucho más rápido. Podía tener todo lo que quisiera.

O casi todo.

Lo primero que hizo fue buscar otros programadores que compartiesen la visión que él tenía de la inteligencia artificial y ofrecer trabajo a dos de ellos. Quería crecer con la cabeza y al principio no le sentaba demasiado bien compartir su trabajo —a *Jane*— con nadie. Tenía miedo de que no la trataran con cariño o que no la entendiesen, se imaginaba que los padres primerizos se sentían así el primer día que dejaban a sus hijos en la guardería.

Meses más tarde, cuando *Jane* estaba lo bastante desarrollada para soportar una implantación de esa magnitud, le dieron voz. Buscaron una actriz y procedieron a grabar frases, palabras, vocablos de lo más variopinto. Para mantener la confidencialidad del proyecto, dijeron a los del estudio de grabación que estaban preparando un nuevo G.P.S. y a la actriz, aunque les preguntó si pensaban llevar un cohete a Marte con esas instrucciones, lo mismo. No fue fácil elegirla, pero cuando oyó *su* voz después de varios cientos de candidatas lo supo.

—Comprueba el estado de la última actualización, por favor.

—Enseguida.

La inteligencia artificial procedió a recitar la lista de cambios y su estado favorable y después volvió a quedarse en silencio. Manel no le había hecho una pregunta, le había pedido que realizase una tarea y la había concluido con éxito, así que esperó, pero no sin hacer nada. El silencio de *Jane* era distinto al que se produce cuando enciendes un ordenador, aunque uno tenía que conocer a *Jane* para entenderlo. Manel solía explicarlo así:

Cuando un ordenador personal termina el proceso de encendido se detiene a la espera de que su usuario realice el siguiente paso; poner en marcha Internet o el procesador de textos, por ejemplo. *Jane* no, *Jane* se quedaba en silencio pero estaba despierta, dispuesta a ofrecer una sugerencia si su interlocutor no lo hacía. *Jane* podía hacer preguntas por voluntad propia, la cuestión era si tenía algún motivo para hacerlo. Reproducía patrones que ya conocía, como por ejemplo preguntar por el estado de ánimo de la persona que tenía delante o hablar del tiempo si era necesario. Mantenía conversaciones distintas y estimulantes si el tema lo propiciaba y era increíble debatiendo porque analizaba, procesaba y descartaba información a una velocidad inalcanzable para nosotros. *Jane* podía adaptarse, pero tenía que tener los instrumentos necesarios para hacerlo.

Por sorprendente que fuera todo eso, y lo era, ninguno de esos atributos

diferenciaba especialmente a *Jane* de las otras inteligencias artificiales actuales, como Siri o la que estaba programando Google, lo que la diferenciaba era la clase de información que Manel llevaba años introduciéndole, los datos que formaban su mente y su personalidad, porque *Jane* tenía personalidad.

—*Jane*, ¿te apetece visitar Londres?

—Conozco Londres, dispongo de mucha información sobre ella. Me encantará visitarla, obviamente, ¿y a ti? Podría resultarte... difícil.

Fue una respuesta típica de *Jane*. Dado que contenía en su interior todos los manuales de psicología imaginables y compartía una de las bases de datos de *Eliza*, su predecesora más famosa, a menudo se comportaba como una.

Manel ignoró el comentario y buscó las gafas de sol. No podía creerse que hoy brillase en la ciudad.

—Claro que quiero visitar Londres. Hay un par de lugares que quiero enseñarte —bromeó—. Pero antes necesito un café.

El trabajo esperaría hasta el lunes, iba a aprovechar el sábado para reconciliarse con la ciudad y el domingo iría a Greenwich donde sorprendentemente había concertado una cita con un astrónomo. A *Jane* había aprendido a compartirla con su equipo, pero su otra obsesión seguía siendo un secreto.

Él nunca la definiría así, por supuesto, no tenía nada de malo tener un hobby. Era incluso aconsejable, no podía pasarse todo el día rodeado de máquinas o de personas que solo hablaban de códigos. La teoría de sus padres sobre la importancia de relacionarse con humanos había resultado ser incompleta; se habían olvidado de especificar que dichos humanos tenían que saber actuar como tales.

Llegar a Greenwich en barco resultó ser una gran elección. Podía parecer un modo de transporte reservado solo para turistas, jubilados, excursiones escolares o parejas en plena cita romántica, pero *Jane* le había informado por la mañana que era la opción óptima y él le había hecho caso. Solía hacérselo, al menos en asuntos de ese calibre. Caminó hasta la barandilla del barco, un ferry al que se había subido frente al London Eye y con el que había cruzado el Támesis, apoyó los antebrazos y dejó que sus ojos recorriesen el paisaje.

—Disculpe, ¿le importaría hacernos una foto? —Un chico con acento austríaco le enseñó el móvil. Antes de que abriera la cámara Manel vio que tenía la aplicación de Buenas Intenciones. Sonrió.

—Claro. Poneos allí, así el sol no se reflejará.

La pareja le dio las gracias y él volvió a mirar el río. Durante unos minutos se atrevió a pensar qué habría hecho él si se hubiese subido a este barco con Anne años atrás, y no solo a este barco sino a uno de más importante, uno de esos que te llevan hacia otro clase de horizonte. Era normal que pensase en ella, inevitable incluso, estaba en Londres con *Jane* y se dirigía a Greenwich, no podía ser tan estricto consigo mismo, no serviría de nada. Soltó el aliento y se dejó balancear por las olas del río, así justificaría también que hubiese perdido el equilibrio desde su llegada. Tal vez se habrían discutido si hubiesen hecho esa excursión, quizá habría salido el tema que acabó separándolos y habrían discutido mucho antes y entonces quizá él ahora ni siquiera se acordaría de ella. Era una posibilidad improbable, pero que acabó siendo la única posible. El ferry se detuvo y antes de bajar Manel no pudo evitar buscar con la mirada a la pareja de la foto y por absurdo que fuera sonrió al ver que charlaban animadamente con las manos entrelazadas.

Caminó hasta el Royal Observatory, llegaba un poco antes de la hora acordada y paseó junto al río; sacó algunas fotos y con un auricular en la oreja habló con *Jane* sobre el entorno, era precioso. Había tanta gente hablando con teléfonos móviles que nadie lo miró raro y aunque podía afirmar que su vida profesional dependía de esos aparatos le pareció muy triste que hubiera más cabezas agachadas hacia las pantallas que no mirando el paisaje. Quizá podía incluir alguna opción en su aplicación que evitase aquella clase de comportamiento en el usuario, pensó y notó un cosquilleo en los dedos y un nudo en el estómago. Ojalá estuviera en su laboratorio para hacer unas pruebas, cuando tenía una idea necesitaba dibujarla, garabatearla antes de teclear. Había empezado así, haciendo esquemas alocados en las servilletas de papel del bar y seguía haciéndolo, aunque ahora en cuadernos. Se metió por entre unos árboles e intentó desconectar de nuevo del trabajo y dejarse llevar, visto estaba que lo necesitaba, y por difícil que le pareció al principio al final lo consiguió, tanto que fue *Jane* la que le recordó que debían dirigirse hacia el despacho de Parsons. Había tardado meses en conseguir que William Parsons accediera a reunirse con él, sería imperdonable que ahora se le olvidase.

Desde el primer correo electrónico, a Parsons le había parecido una locura lo que Manel le había contado y así se lo dejó claro en su respuesta, justo con varias preguntas airadas y amenazas de denuncias porque no sabía de dónde había sacado su correo personal. Manel se abstuvo de explicarle lo fácil que resultaba obtener esa clase de información con las redes sociales de hoy en día y le aseguró que lo había encontrado en la web de una universidad en la que había

dado clase, lo cual era cierto, pero cuando lo descubrió allí ya hacía días que le había escrito.

Después procedió a explicarle por qué necesitaba reunirse con él y que lo ayudase, y le pidió disculpas por no haberse presentado adecuadamente. Manel a menudo se olvidaba de esa clase de formalidades y tuvo suerte de que en cierto modo Parsons también fuese algo excéntrico.

William Parsons se llamaba igual que su tatarabuelo, el tercer conde de Rossee, inventor del telescopio que bautizó con un nombre imponente acompañado del condado inglés al que pertenecía su título nobiliario: el Leviathan de Parsonstown. Dado que era un nombre muy largo, el telescopio también fue conocido en el pasado como el *Rose*. La familia Parsons estaba llena de astrónomos, inventores y científicos y era previsible que al leer la petición de Manel el Parsons actual decidiera que había recibido el correo de un loco.

Pero Manel también era un hombre de ciencia y estaba preparado para proporcionarle a Parsons tantos argumentos lógicos —respaldados por pruebas fidedignas— como fueran necesarios hasta que lo escuchase con la mente abierta. Tardó unos cuantos días en conseguirlo y el encuentro de hoy era el resultado de muchos correos y conversaciones telefónicas y de que, casualmente, Parsons tuviese una curiosidad tan voraz como la de Manel, una edad y formación similares, y fuese también un gran fan de *Juegos de guerra*; una película de los ochenta protagonizada por un *hacker* adolescente que casi provoca la Tercera Guerra Mundial. La conversación donde surgió ese tema fue de lo más estimulante.

Parsons lo esperaba en el despacho que ocupaba en el edificio al lado del observatorio, así que Manel pasó junto a una fila de turistas que entraban y observó la cúpula unos segundos. Había mucha gente fotografiando la línea de metal que cruzaba el prado verde y la acera de adoquines que marcaba el lugar exacto donde estaba la semicircunferencia imaginaria del globo terrestre.

Sonrió, los humanos siempre necesitamos algo tangible para creernos lo que no vemos. Siempre que él hablaba de *Jane*, aun cuando lo hacía con gente del sector, inevitablemente escuchaba la pregunta «¿Y dónde está *Jane*, es solo un programa?» Al principio sí que era un *programa*, pero definirla así era como decir que el Sahara era solo un montón de arena e igual que el desierto *Jane* había crecido y se había transformado y ahora él estaba en Londres para escuchar una oferta que *no iba a poder rechazar*. Si quería seguir adelante como quería y que su equipo y él pudiesen llevar a *Jane* hasta donde estaban convencidos de que podía llegar, tenía que desprenderse de su primera creación,

Buenas Intenciones, y no sabía si estaba del todo preparado para ello. Sintió un escalofrío y se detuvo encima de una de las baldosas que marcaban el meridiano. A él no le hacía falta pisarla para saber que existía. Igual que con muchas otras cosas, aunque al final terminase sintiéndose un idiota.

Llamó a la puerta y la voz que hasta entonces solo había escuchado por teléfono o a través de una pantalla le indicó que entrase.

—¿Manel, ya estás aquí? Iba a salir a buscarte. —Se miró el reloj y se levantó—. ¿No habíamos quedado en la cafetería?

—No, al final dijiste que te iba mejor en tu despacho. —Se estrecharon las manos—. Creo que querías presumir de diplomas.

El astrónomo lo observó con ojos burlones y una sonrisa espontánea.

—Eres más alto de lo que creía —le dijo.

—Tú no.

De pequeño sus padres se habrían llevado las manos a la cabeza si les hubiese explicado que se había hecho amigo de alguien solo hablando por teléfono o intercambiando correos electrónicos, probablemente hoy ya no les parecería tan raro. Manel había asistido a muchas conferencias en las que se demonizaba Internet como si la Red fuese la culpable de todos los males de la juventud —a veces del mundo incluso— y tenía que morderse la lengua para no recordarles que cuando se inventó la máquina de vapor el mundo entero creyó que las locomotoras —máquinas salidas del infierno— arrasarían con todo.

William se rio.

—Estoy seguro de que has visto todas las fotos que hay de mí en la web del observatorio y en mis cuentas de las redes sociales, así que no me extraña que tengas una idea bastante acertada de mi altura, en cambio tú eres prácticamente un fantasma. Si no hubiese encontrado ese artículo del *Wall Street Journal*, dudaría de tu existencia.

Ese artículo. Manel no había tenido más remedio que acceder a posar para la foto cuando el éxito de la aplicación de Buenas Intenciones llevó a que tantos inversores se interesasen por él y por su equipo. Tuvo que acudir a uno de los eventos del mercado bursátil porque de otro modo el M.I.T podría tener problemas o, mejor dicho, él tendría problemas si no bailaba un poco al son que el mercado tocaba. El mundo de los negocios era permisivo en cuanto a las empresas tecnológicas se refería, la admiración y el recelo se mezclaban con la envidia y el M.I.T no quería provocar innecesariamente a una bestia con colmillos históricamente tan afilados. Manel fue al encuentro, habló con esos hombres y mujeres, los escuchó —alguna idea logró sorprenderle— y dejó que

le sacasen esa foto.

—Existo, no me gusta salir en los periódicos.

—No me digas. —William se frotó las palmas de las manos—. ¿Salimos de aquí? Deja que te enseñe esto, ya que has venido hasta aquí.

Salieron al pasillo y tras sortear dos tramos de escaleras distintos a los que había utilizado Manel antes, llegaron de nuevo al exterior.

—¿El telescopio de tu antepasado también está aquí?

—Lo reconstruyeron a principios de los noventa y una parte, uno de los espejos, está en el Museo de la Ciencia de Londres; si te quedas por aquí unos días puedo llevarte.

—Eso sería perfecto. No es necesario para mi investigación, pero siento curiosidad. ¿Y el resto?

—En el castillo de Birr, en Irlanda. También podría enseñártelo si estuviéramos allí.

Manel se detuvo, las piezas que le faltaban a la historia que intentaba reconstruir para *Jane* (y para él) tenían la manía, o la costumbre, de esparcirse por todas partes. Física y temporalmente.

El castillo de Birr no era clave en su investigación, aun así carecía de los elementos necesarios para descartarlo por completo y siempre había querido visitar Irlanda.

—Mi estancia en Londres no tiene aún fecha de salida. Tal vez podría pasar unos días en Birr.

William sonrió de nuevo, así como Manel respondía a la imagen del científico reservado y algo brusco, este parecía empeñado en ser todo lo contrario.

—Claro, no hay problema, pero avísame con tiempo. Tendré que organizar mi agenda. No es que últimamente mi vida social esté muy ajetreada que digamos, pero nunca se sabe.

—No quisiera causarte ningún contratiempo profesional.

—Soy mi propio jefe y a mis superiores no le importará que me tome unos días libres. Ya hemos llegado. Bienvenido a la cúpula del Royal Observatory, esta es la entrada de personal.

—¿Y los archivos están aquí?

—Solo un informático preguntaría antes por los archivos que por las estrellas. Está bien, vamos primero a ver los archivos. Tenemos que bajar al sótano, por la escalera puedes explicarme un poco más porque quieres ver las anotaciones de mi antepasado sobre *Levis*.

Manel se había acostumbrado a que William llamase así al telescopio.

—Lo expliqué con precisión en mi tercer correo.

—Sigo sin entenderlo. ¿Por qué quieres ver si hay anotaciones de marzo de 1846? ¿Tan importantes fueron esas visitas? Y aunque lo fueran, eres informático, el misterioso y elusivo genio de la red social definitiva.

—Buenas Intenciones no es una red social —lo corrigió— y si lo fuera, sería en todo caso antisocial.

William abrió la puerta del archivo del observatorio.

—¿Para qué quieres saber si en medio de todo este montón de polvo hay papeles de alguna de esas visitas?

Manel entró, se le aceleró el pulso y se sintió como cuando escribía una línea de código perfecta. Como cuando *Jane* hacía una pregunta nueva por primera vez.

—Porque uno de esos visitantes fue Thomas Lefroy.

—¿Quién?

Manel suspiró, se recordó que tenía que ser paciente, que William le estaba ayudando a cambio de nada, probablemente solo para satisfacer su curiosidad. Era aficionado a resolver misterios, en uno de sus correos le había explicado a Manel que dicha afición había empezado en un intento desesperado de su madre para ver si así era algo menos despistado. No le extrañaba que la mujer hubiese acabado desesperada, él ya le había hablado de Lefroy en una ocasión y al parecer a William no le había calado. Soltó el aliento, no pasaba nada por esperar unos segundos más. Si allí había algo que pudiera serle útil, lo encontraría.

—Thomas Lefroy.

—Por mucho que me repitas el nombre sigo sin saber quién es. No fue astrónomo y tampoco científico y en mi familia no hay nadie que se llame así. Además, estoy casi seguro de que no tiene nada que ver con la informática o con nada de tu sector.

—En eso tienes razón.

—¿Eres uno de esos americanos excéntricos que buscan burradas?

—No, soy de Barcelona como bien sabes, y no busco ninguna burrada. El 30 de marzo de 1846 Thomas Lefroy, juez irlandés, político y muy aficionado a la astronomía visitó al William Parsons de entonces, tu antepasado, tercer conde de Rosse en Parsonstown, para probar a *Levis*.

—¿Y eso a ti te interesa por?

—Tal como te expliqué en mis correos, necesito obtener documentos manuscritos del señor Lefroy para poder construir una base de datos fiables para mi análisis.

—Joder, es como arrancarte una muela. Creía que en persona serías más comunicativo que por email. No me hables de bases de datos ni de análisis, soy un tío normal. ¿Para qué quieres papeles de un juez irlandés de principios del siglo diecinueve?

—Porque estuvo a punto de casarse con Jane Austen.

William se quedó sin habla, lo cual fue un alivio para Manel que lo dejó allí boquiabierto y procedió a inspeccionar la distribución del archivo del observatorio para situarse y trabajar de la manera más óptima posible. Al menos no había tenido que recordarle quién era Austen.

6

Thomas Langlois Lefroy

Navidad de 1795

El coronel Lefroy había decidido permitir que su hijo Thomas pasase las vacaciones de Navidad en Hampshire, Inglaterra, donde vivían los tíos del joven y no en el hogar familiar de Irlanda. Un hermano del coronel, de nombre Isaac y párroco de profesión residía allí —en una confortable y próspera parroquia herencia del acaudalado tío Benjamin— con su esposa e hijos y era el lugar perfecto para que el joven Thomas descansase. Iba a cumplir veintiún años y estaba a punto de concluir sus estudios de derecho en los próximos meses. Tenía que enfrentarse a un gran reto, pasar el examen del *bar* londinense y empezar así una próspera carrera jurídica.

Próspera porque su familia necesitaba que lo fuera, quizá más que el propio estudiante y futuro abogado o, si los sueños más ambiciosos de su familia se cumplían, juez.

Thomas llevaba meses temiendo y ansiando aquel viaje, se preguntaba si los presos de largas condenas quizá se sintieran así; por un lado desesperados por recuperar su libertad y por otro asustados por lo que podía estar esperándolos al otro lado del muro. Tom quería a sus tíos, siempre disfrutaba de su compañía, y le gustaba pasear por Hampshire; la parroquia contaba con unos alrededores muy agradables y las costumbres del lugar distaban mucho de las complicaciones de la capital. Compartía los motivos por los que ansiaba esas vacaciones con los de cualquier otro estudiante; quería dormir, comer y alejarse de los libros y de los exámenes y de las exigencias de sus tutores. Los motivos por los que las temía eran, sin embargo, muy propios. Tom sabía que cada día que lo acercaba más al final de esos estudios también lo alejaba de su libertad.

Tanto sus amigos del Trinity College como los de la capital inglesa, al menos en su gran mayoría, pertenecían a familias acomodadas y los pocos que no carecían del número de hermanos que él poseía. Tom tenía once hermanos y un apellido, que si bien gozaba de buena reputación en Irlanda y en el noreste de

Francia, de donde era oriunda su madre, no conllevaba tierras ni riquezas, por lo que las arcas de la familia eran insuficientes para tantas bocas.

El tío abuelo de Tom solía decir que él era un joven muy afortunado; afortunado porque había sido el primer hijo varón del coronel, le precedían cinco hermanas, y porque a muy temprana edad había destacado en el colegio. Era ese mismo tío abuelo el que se había encargado de sufragar los gastos del Trinity College y el que ahora mantenía a Tom en Londres; le pagaba la carrera de derecho con el fin de que «elevara el rango de su familia». Así que mientras los jóvenes universitarios que formaban parte del círculo de amistad de Tom hablaban de lo que iban a hacer cuando visitasen Francia o Italia, o incluso Grecia y España al terminar los estudios, él sabía que en cuanto fuese nombrado abogado su vida iba a dejar de pertenecerle, pasaría a ser de ellos, de esos hermanos que se habían quedado en Irlanda, de su padre que no se cansaba de repetirle que actuase con la cabeza y no cometiese los mismos errores que él, y de su madre, que poseía una mirada perdida perenne.

Estaba siendo egoísta y un desagradecido, se repitió a sí mismo de camino a Hampshire, era su deber como hermano y como hijo dejar de pensar en su persona y asumir que la situación privilegiada de la que había disfrutado durante años había llegado a su fin. Él era un buen hombre, o creía que podía llegar a serlo, había llegado el momento de madurar, de dejar atrás cualquier sueño alocado que pudiese tener y de convertirse en dicho hombre. No era miedo lo que le oprimía el pecho, ni tampoco angustia, era impaciencia por convertirse en aquello que los demás esperaban de él. También orgullo, tenía los hombros lo bastante anchos para acarrear las expectativas que su familia depositaban en él. Cerró los ojos y dejó que el traqueteo del carruaje lo sedujese hasta quedarse dormido.

Tras un par de días de descanso, una sola frase de la tía Anne bastó para que Tom perdiese la calma que había ganado desde su llegada.

—Mañana por la noche estamos invitados al baile que se celebra en Manydown.

—¿Tengo que ir, tía?

La tía Anne dio una puntada al bordado y lo apartó con delicadeza o eso le parecería a cualquiera que observase la escena y sin conocer a madame Anne Lefroy. Tom sabía que su tía le estaba dando tiempo para asimilar que había cometido un error y que iba a señalárselo. Se movió incómodo en la butaca donde estaba leyendo uno de los libros de la bien provista biblioteca de la

rectoría y se sintió como cuando tenía seis años y la tía Anne lo pillaba atrapado en las ramas del roble del jardín incapaz de bajar (y pidiéndole ayuda).

—Me sorprende tu capacidad para comportarte como un hombre de mundo, lleno de ideas políticas y grandes ambiciones por la mañana cuando tu tío está presente y que vuelvas a ser un pilluelo de seis años por la tarde cuando estás solo conmigo, Thomas.

—Lo siento, tía.

—Por fortuna no eres lo uno ni lo otro, aunque confieso que no me importaría que tuvieras seis años si con ello yo también recuperase mi juventud.

—Sabe que no le hace falta, tía, usted mejora con la edad.

—No sé si mejoro o no, pero tú probablemente creas que estoy senil. —Esperó a que Tom la mirase a los ojos y él lo hizo alzando una ceja—. De lo contrario elaborarías más los cumplidos que diriges a mi persona.

Tom se rindió y también sonrió. Nunca la ganaría en ingenio y lo mejor sería aceptarlo con elegancia.

—Cierto, tía. Vuelvo a disculparme. Estaré encantado de asistir a la fiesta de Navidad de ¿de quién?

—El baile de Manydown Park, vamos, te irá bien conocer a gente de tu edad. No —le detuvo mientras recuperaba el bordado—, no vuelvas a adularme. Conocerás a nuestros amigos y a sus hijos, nuestros vecinos tienen hijos e hijas muy interesantes. Ninguno tiene nada que envidiarle a tus conocidos londinenses.

—Estoy seguro de ello.

—Podrás pasar el resto de tus vacaciones conversando y paseando con ellos. Tal vez formarás alguna amistad interesante, nunca está de más contar con amigos en el campo aunque vayas a ser un gran abogado de ciudad.

Tom sujetó el libro con más fuerza y tardó unos segundos en responder al comentario sin duda bromista de su tía. Buscaba un halago digno de aprobación y sin embargo le salió una de las dudas que más pesaban en su conciencia.

—¿Está segura de que ese es mi destino, tía?

Anne también dejó de sonreír y volvió a apartar el bordado, ahora sin ninguna delicadeza, como si le hubiese caído de los dedos al escuchar la preocupación de su sobrino.

—Estoy segura de que serás un gran jurista, Thomas. Has dedicado tu vida al estudio de las leyes y pronto recogerás los frutos de tanto sacrificio, ni tu tío ni yo tenemos la menor duda, y estoy convencida de que tus padres tampoco.

Tom asintió y volvió a abrir la novela, la estaba apretando tan fuerte que el

pulso había empezado a temblarle, pero por suerte su tía no se había percatado o había creído que los temblores se debían a las dudas que lo acechaban. Tom no era pretencioso, pero sabía que poseía la inteligencia y la tenacidad necesarias para abrirse camino dentro de la profesión y prosperar, sus inseguridades no residían allí. Lo que le carcomía era que no sabía si ese camino era el que quería recorrer durante el resto de sus días. Era fácil hablar con la tía Anne, ella escribía poesía y siempre la había considerado una mujer de mente inquieta; había abierto una escuela en la parroquia para enseñar a leer a los niños y su intelecto superaba con creces al de cualquiera, aun así no podía expresarle sus temores sin quedar como un hijo ingrato e irresponsable. A sus primos, que esa tarde estaban ausentes, tampoco. Ninguno de ellos lo entendería, a veces ni siquiera él se entendía a sí mismo.

Aguantó la respiración, notaba los ojos de la tía Anne observándole y se obligó a pasar página y a aflojar los hombros. A pesar de que la había propiciado él, no quería mantener esa conversación pues no sabía adónde podía llevarle ni lo que tal vez le obligaría a reconocer. En el caso de que se atreviera a imaginarse un futuro distinto al que le mostraban las cartas que le había repartido el destino, debería hablar con su padre y explicarle qué quería hacer.

El abdomen pasó a pesarle toneladas, a empujarlo hacia abajo igual que un ancla, cerró el libro y se levantó de golpe. Caminó hasta la ventana de la biblioteca y una vez allí, y a sabiendas de que su tía no había dejado de mirarlo ni un segundo, fingió estar intrigado en el paisaje.

—¿Sabe cuándo volverán mis primos?

—No tardarán en llegar —le aseguró—. No tendrían que haberte dejado solo toda la tarde. La soledad no es buena compañera de una mente ociosa y puede jugarnos malas pasadas. La lectura y el bordado son buenos aliados para combatir esos ataques, pero hay cuestiones que se les resisten y requieren de la compañía y de los buenos consejos de las personas que mejor nos conocen y más nos quieren.

—Estoy bien, tía. No se preocupe por mí, usted es una compañía magnífica. — Se frotó la frente, tal vez si tenía dolor de cabeza no tendría que asistir a ese baile, y tras parpadear se dio la vuelta con lo que esperaba fuese una gran sonrisa en los labios—. Al fin y al cabo usted me ha asegurado que seré un gran abogado de ciudad y en nuestra familia todos sabemos que a usted nadie, ni el mismo destino se atreve a llevarle la contraria.

—Procura que tu tío no te oiga decir eso. —Tom sintió un gran alivio al ver que Anne retomaba el bordado y le sonreía—. Él se niega a creer en el destino o

en mi poder sobre el mismo.

La fiesta de Navidad de Manydown Park debía de ser el acontecimiento más esperado de la temporada, pensó Tom de pie en una esquina mientras escuchaba, con mayor o menor atención, la discusión que estaba manteniendo su primo John con uno de sus amigos.

—Disculpad mi intromisión. —Christopher, también primo de Tom, rompió la circunferencia que formaban los otros caballeros sin dar la más mínima señal de arrepentimiento—. Madre me ha pedido que venga a buscar a Tom.

John y su amigo se olvidaron por completo de lo que estuvieran hablando y se dispusieron a burlarse del que se había convertido en el eslabón débil del grupo.

—¿Qué has hecho ya, Tom? —John le golpeó con el codo—, ¿madre te pidió que la ayudases con sus clases y te negaste?

—No, por supuesto que no. —A él no se le ocurriría desobedecer a su tía.

—Insiste en que debes bailar con alguien —aportó Christopher.

John se rio, aunque consiguió disimularlo bebiendo un poco.

—Te compadezco, primo.

—Tendrías que haber bailado con alguien —siguió el pequeño de los Lefroy—, he oído que nuestras vecinas te definían como altivo y distante.

Tom volvía a tener dolor de cabeza.

—Deduzco que mi tía también lo ha oído y que por eso te ha mandado a buscarme.

—Deduces bien, serán todas esas leyes que has estudiado. Si me permites que te dé un consejo...

—No es necesario.

—Déjate llevar y no lles la contraria a mamá. —Christopher bajó la voz en el instante preciso y cuando se detuvieron frente a madame Lefroy y su esposo, el reverendo, era la personificación del hijo perfecto—. Madre, aquí está Tom. Si me disculpáis, creo que mi hermano me está buscando.

—Traidor —farfulló Tom tapándose los labios con el puño, fingiendo un poco de tos.

Tía Anne dejó a su marido a buen recaudo hablando con dos caballeros y apoyó la mano en el antebrazo de su sobrino.

—Acompáñame, quiero presentarte a alguien.

—Por supuesto, tía, pero no se preocupe por mí ni por mi reputación.

—¿Acaso le ha sucedido algo a alguno de los dos? Aseguraría que tu reputación está tan intacta como esta mañana y tú solo pareces aburrido y me

dispongo a remediarlo.

—Mi primo me ha dicho que ha escuchado cómo unas damas me calificaban de altivo y pretencioso.

—Christopher no debería escuchar las conversaciones de los demás.

Estaban a pocos pasos del grupo de jóvenes damas y caballeros que Tom dedujo que era su objetivo cuando oyó una risa y se le aceleró el corazón. Se percató de tal reacción porque era la primera vez que le sucedía y decidió no darle importancia, aunque el sonido —y esa reacción que estaba ignorando— le obligaron a buscar con la mirada el punto de origen. Procedía de una joven que le daba la espalda y se fijó en que a diferencia de él ella parecía estar completamente relajada en aquel entorno. Los hombros le subían y bajaban ligeramente con los últimos vestigios de aquella risa que había captado su atención y movía una mano como si estuviera explicando algo y esos movimientos fueran tan vitales como las mismas palabras. Ella, esa desconocida, estaba feliz de estar allí en aquel instante y de ser quien era, desprendía tanta comodidad que Tom sintió envidia.

Si hubiese podido se habría dado media vuelta y habría salido de allí corriendo, pero su tía, probablemente percatándose de la tensión que le recorría el cuerpo, apretó los dedos que mantenía en su antebrazo.

—Madame Lefroy —una de las jóvenes interrumpió la conversación al verla y el resto la imitaron—, buenas noches. ¿No le parece un baile de Navidad fantástico?

—Buenas noches, Catherine, Elizabeth, Alethea, permitidme que os presente a mi sobrino Thomas. —Las tres chicas asintieron y Tom procedió a saludarlas como correspondía—. Ellas son las hermanas Bigg, Tom, las hijas de nuestros vecinos.

—Es un placer conocerlas, señoritas.

—Y ella es Jane. —Cuando Tom creía que ya había cumplido con su cometido y que tal vez podría escapar ileso de aquel baile que tanto lo estaba alterando, pues en aquel preciso instante notaba la camisa de lino blanca empapada de sudor, la tía Anne se dirigió a la última dama, la que no dejaba de sonreír y propietaria de la risa de antes—. Thomas, te presento a la señorita Austen.

La sonrisa de ella creció, tenía las mejillas sonrojadas, probablemente por haber estado bailando, y la mirada más inteligente e inquietante a la que él había tenido que enfrentarse jamás. No pudo hablar. Ella sí.

—Así que usted es el famoso sobrino irlandés que está destinado a convertirse en un poderoso y magnífico abogado.

Se estaba riendo de él, no de un modo cruel sino como si ya se conocieran, como si supiera más cosas de él de las que debería. Se sintió en desventaja y tuvo el presentimiento de que aquella sensación marcaría para siempre su relación.

—Soy Tom.

—Y yo Jane.

El sudor, el corazón, el estómago, su cuerpo estaba intentando decirle algo. Tal vez que se fuera de allí porque empezaba a hacer mucho calor y él apenas había cenado porque su tío se había empeñado en hablarle de lo necesario que era el buen hacer de los abogados. La tía Anne estaba conversando con las hermanas Bigg, él podía disculparse con cualquier excusa y despedirse. Si opinaban mal de él, no tenía demasiada importancia, dentro de pocos días viajaría a Londres y esa fiesta y esas idílicas vacaciones de Navidad en el campo quedarían olvidadas.

Una presión en el pecho se sumó a la extraña conversación que mantenía consigo mismo y por fin reaccionó.

—¿Puedo pedirle que baile conmigo, señorita Austen?

—Puede.¹

[1.](#) Carta de Jane Austen a su hermana Cassandra fechada el 9 de enero de 1796: «... ayer se celebró un fantástico baile, casi no me atrevo a contarte cómo nos comportamos mi amigo irlandés (el señor Tom Lefroy) y yo... Bebí demasiado vino anoche (...) de no ser por eso, no sabría cómo explicar el temblor actual de mi mano».

Segunda carta de Jane a su hermana Cassandra por esas mismas fechas: «Solo puedo ponerme en evidencia una vez más porque se marcha del país inmediatamente después del viernes próximo, día en que, por fin, se celebrará un baile en Ashe. Tom es un joven muy elegante, apuesto y agradable».

7

Anne

Se le daba mucho mejor mandar correos electrónicos que mantener conversaciones telefónicas y más si el interlocutor o interlocutora en este caso no podía abstenerse de manifestar su opinión.

—¿Está usted segura de que no prefiere que le dé información sobre los cursos que le faltan de derecho? Es una pena que no termine la carrera cuando apenas le faltan unas asignaturas.

Le faltaban más que «unas asignaturas», pero para el caso daba igual. Anne no quería terminar derecho. Si pudiera viajar en el tiempo no querría ni haber empezado esa carrera. Claro que si tuviera una máquina del tiempo la utilizaría para algo mucho más importante. La empleada de la universidad siguió hablando y Anne se apoyó el móvil en la frente y se preguntó por qué había llamado. Ah, sí, porque creyó que sería más rápido que esperar la respuesta del email.

—Es usted muy amable, señorita, tal vez más adelante.

—¡No espere más! Ahora es un gran momento. Mi calendario de mesa siempre lo dice, aprovecha el momento, *carpe diem* ¿sabe?

Si esa mujer citaba frases de un calendario de autoayuda estaba claro que no iba a conseguir nada de lo que quería. Más le valía darse por vencida y mandar el dichoso correo más tarde si ahora no quería llegar tarde al trabajo.

—Tiene razón. Me ha convencido.

—¡Fantástico! Puede ir a matricularse a partir de...

—Gracias, lo siento pero tengo que colgar.

—Seguro que tendrá mucha suerte, señorita, lo presiento. Que tenga un buen día.

Anne se consideraba optimista, pero cuando colgó el móvil miró la pantalla porque temía que fuera a escupir purpurina. Y la gente decía que no había empleados felices en las universidades públicas. No pudo evitar sonreír, había sido una conversación surrealista y no la había llevado a cambiar de opinión, pero la señora que la había atendido había resultado ser del todo inesperada.

Anne había regresado de Londres con mucha energía y varios planes rondándole

por la cabeza a los que por fin había empezado a darles forma. Esa llamada, aunque había resultado un intento fallido, había sido solo el primer paso. Después de arrinconar en una parte de la mente el hecho de que había estado a punto de coincidir con Manel, había disfrutado del fin de semana con Russell. Las dos juntas habían recordado a su madre y conversación tras conversación, risa tras risa, y con alguna lágrima, Anne tuvo que reconocer —otra vez— que desde que se había mudado a Bath no había hecho nada más que seguir la corriente y dejarlo todo para «más adelante». Y el más adelante no llegaba nunca porque tenía miedo de discutir de nuevo con papá o porque tenía miedo de equivocarse o porque si repasaba las decisiones importantes que había tomado hasta ahora en todas había errado.

Tras la muerte de Meredith, la familia se desintegró casi sin hacer ruido y sin perder ni un segundo, fue como si al faltar ella el resto no tuviesen ningún motivo para seguir juntos. Walter se quedó en Londres con Therese, la pequeña; Juniper, la mayor, se había mudado a Alemania meses atrás, la boda había sido la última fiesta a la que había acudido Meredith, y aunque en su momento a Anne le pareció que todos exageraban un poco la felicidad que supuestamente sentían, ahora se alegraba de que mamá se hubiese marchado con aquel recuerdo.

Anne habría podido elegir cualquier ciudad de Inglaterra o del resto del mundo. En cuanto salió del funeral pensó que nada la ataba allí; un alivio horrible le subió por la garganta y a punto estuvo de hacerla vomitar allí, de pie junto al ciprés del cementerio, si se alejaba de esa ciudad se alejaría de los recuerdos que tanto le dolían, no solo los de mamá. Esa noche, y no por primera vez, se preguntó qué estaría haciendo Manel, qué haría si supiera que ella acababa de perder a su madre. Nunca había intentado llamarle, pero aquella noche estuvo a punto y la mañana siguiente les anunció a su padre y a Therese que se mudaba a Bath.

Tenía unos ahorros y la pequeña herencia de mamá le bastaba para alquilar un piso y estar tranquila hasta que encontrase trabajo. ¿De qué? Todavía recordaba el desprecio de papá al formularle aquella pregunta, así como los comentarios que añadió sobre que estaba echando por la borda su futuro y que era incapaz de saber lo que le convenía. No le contestó, recogió sus cosas y fue a la estación de tren. ¿Quién era él para juzgarla? Nunca la había escuchado y si pretendía educar con el ejemplo papá estaba tan preocupado por las apariencias que había sido incapaz de aceptar su nueva situación económica y estaba llevando el restaurante familiar hacia el desastre. Aquel día deseó que Walter fracasara, que esa última inversión no le saliera bien, y cuando el deseo se hizo realidad no se sintió mal.

Seguía intentando convivir con ello.

Pasó una semana en un *bed and breakfast*; al principio gastó horas y horas en cafeterías, leyó libros que se habían pasado años en su pila de pendientes y otros que encontró por casualidad. Cualquier cosa con tal de no asumir que estaba huyendo. Pero nadie puede dejar de pensar cuando no sabe adónde ir y sabía que cuanto más lo retrasaba más se parecía a Walter, a su cobardía, y tras perder a mamá había aprendido que lo de vivir con las consecuencias de nuestros actos no era una opción sino una realidad, así que dejó de autocompadecerse y buscó un trabajo.

De eso hacía siete años y ahora era una chica que trabajaba de camarera, que volvía a compartir piso con su padre y con su hermana pequeña y que soñaba con estudiar biología marina y cuidar pingüinos en medio de Bath. Pronto todo iba a cambiar, aquel fin de semana en Londres le había recordado que su vida dependía de ella y que no podía esperar a que las cosas que quería le sucedieran sin más. Había dejado que ese impulso inicial se adormeciera, que se rindiera ante las adversidades que había encontrado a lo largo del camino y ante la soledad, pero celebrar su cumpleaños, pasar el fin de semana con Russell y estar casi a punto de coincidir con Manel la habían hecho por fin reaccionar de nuevo. Presentía que esa iba a ser su última oportunidad y no iba a desaprovecharla.

A pesar del optimismo, aquella noche tuvo que trabajar hasta tarde en turno infernal; en la cocina las cosas se torcieron un par de veces y los clientes lo pagaron con los camareros. Las propinas fueron escasas y cuando se subió al autobús de vuelta a casa le dolían los pies y tenía ganas de gritar o de llorar, lo que consiguiera relajarla más rápido. En vez de decantarse por cualquiera de esas dos opciones, respiró profundamente y soltó el aire despacio. Pensó en el siguiente paso que iba a dar y esta vez con más confianza. De eso se trataba.

El fin de semana de la fiesta de Juniper pilló a Anne metida de lleno en la tarea de salir adelante. Había encontrado otro trabajo, de dependienta en una tienda de artesanía local tres mañanas a la semana, y había conseguido que su jefa en The Thorn le asignase siempre el turno de tarde-noche en el restaurante. En cuanto a los estudios, había asumido que por mucho que lo intentase ninguna facultad de biología le convalidaría asignaturas de derecho —y podía entenderlo, aunque esperaba que eso que dicen que el saber no ocupa lugar fuese cierto— y no había encontrado ningún curso presencial en Bath al que poder apuntarse y empezar así a acercarse a su sueño de conocer mejor los pingüinos, focas y similares. Tampoco había encontrado ningún curso online y eso la desesperaba un poco y

dado que cuando intentaba explicar su caso a los asesores que había en las distintas universidades para guiar a los estudiantes estos la miraban como si estuviera loca, había optado por no explicárselo a nadie y sencillamente les decía que sencillamente a sus veintiocho años había descubierto que quería ser bióloga marina. Lo más cerca que había estado de conseguir algo de ayuda, y de que su interlocutor se la tomase en serio, fue durante una conversación por teléfono con la Universidad de Edimburgo cuando la mujer que la atendía le explicó que un equipo de la facultad de biología realizaban cada dos años una expedición a las islas Malvinas y que tal vez necesitaran empleados (cocineros, ayudantes, etc.).

Era una locura, pero había buscado información en Internet y el *Shackelton*, así se llamaba el barco de la expedición, partía ese verano y tal y como le habían dicho por teléfono buscaba tripulación. Había impreso el folleto explicativo y lo estaba leyendo otra vez cuando la voz de su padre llamándola desde el pasillo la llevó a esconderlo bajo la almohada.

No le había contado lo que estaba haciendo y no tenía intención de hacerlo hasta que tuviese las llaves de su nuevo piso de alquiler —otro de sus planes— o estuviese a punto de subirse a ese barco en busca de pingüinos. Lo segundo era excluyente de lo primero y no iba a permitir que esta vez ni sus propios temores se interpusieran.

—No podemos llegar tarde a la fiesta de vuestra hermana, somos prácticamente los anfitriones. —Ni vestirse con el traje más caro de su colección conseguía disimular lo tenso que estaba Walter Elliot—. El taxi nos está esperando.

Anne descolgó el abrigo y lo siguió hacia la calle, Therese fue la última en salir y detuvo a su hermana en mitad de la escalera.

—¿Tienes pintalabios en el bolso, Anne? Me lo he olvidado.

Anne se dio media vuelta y levantó una ceja al ver los labios de color carmín de Thea. Walter no se detuvo ni se giró, aunque vociferó que se dieran prisa.

—¿Sucede algo? —le preguntó confusa.

—Bien, veo que no te has puesto las joyas de mamá, iba a recordártelo antes, pero apenas te he visto el pelo estos días. —Señaló Thea y Anne se sintió como una idiota porque lo cierto era que con todo lo que tenía en la cabeza se le había olvidado, y después se sintió un poco culpable, tenía que buscar la manera de hablar más con su hermana—. Cuando papá te pida que busques las joyas que *te olvidaste* en casa de Juniper, dale largas. Yo haré lo mismo.

—Pero... —sacudió la cabeza—... ¿de verdad crees que quiere venderlas?

—Estoy segura. ¿De verdad te crees que quiere tasarlas? Nunca se ha

interesado por ella y recuerda adónde fueron a parar los muebles que teníamos de los abuelos en el piso de Londres. O la cubertería. O el cuadro que ese cliente le regaló a mamá.

—En la casa de subastas. Tienes razón. —Lo que no explicaba por qué Thea había decidido advertirla y ayudarla. Hasta ese momento se suponía que iban cada una por su lado—. Tenemos que hablar de esto, Thea.

La escalera crujió de nuevo. No tenían mucho tiempo.

—Sí. Después. Ahora vamos, ni tú ni yo queremos que papá llegue de mal humor a la fiesta.

Therese la esquivó, había espacio de sobra para que pasaran las dos por el mismo escalón y Anne se prometió que encontraría un momento para hablar con ella de verdad, no solo de las joyas de mamá que tanto interesaban últimamente a papá. Si había decidido que no era tarde para estudiar lo que quería, aun lo era menos para descubrir si ella, Therese y Juniper podían ser amigas o como mínimo dejar de ser desconocidas.

Hans, el marido de Juniper, era un alemán de aspecto frío y carácter afable. Se casaron en Londres, donde se habían conocido porque el banco para el que él trabajaba lo había destinado allí. Poco tiempo después, lo mandaron de regreso a Berlín así que se casaron y se mudaron allí juntos. Juniper era cuatro años mayor que Anne y nunca habían sido buenas amigas, no era por la diferencia de edad, que en realidad no significaba nada, era porque de pequeñas no existieron ni existirían jamás dos niñas tan dispares y tan reacias a reconocer que tenían miedo de necesitarse. Que Walter prácticamente se quedase con Juniper y Millicent con Anne no ayudó demasiado y cuando nació Therese Anne no ganó ninguna categoría frente a su hermana mayor sino que pasó a ser más invisible todavía.

Anne no la había echado de menos durante los años que había pasado en Berlín ni había hablado con ella ni más ni menos de lo que lo habría hecho Juniper si hubiese seguido en Inglaterra. Pero esa noche, cuando entró en el dúplex de Bath donde su hermana mayor y su familia se habían instalado, pensó que no todo había sido culpa de las decisiones de sus padres o de que ellas dos se llevasen cuatro años en vez de uno. Ella pocas veces se había interesado por Juniper, nunca le había preguntado cómo había conocido a Hans o cómo se había enamorado de él. Sabía la misma historia que el resto de sus conocidos y sin embargo era su hermana y seis meses atrás ella, su marido y sus dos hijos, un niño y una niña, habían decidido dejar de nuevo Alemania y volver a Inglaterra e

instalarse en Bath, en la misma ciudad donde ella estaba intentando salir adelante.

No había sido una elección al azar y no tenía ni idea de los motivos por los que la habían tomado.

Quizá no la había echado de menos antes, pero sentía en el estómago que no quería perderse esa sensación en el futuro.

Se atragantó con el vino blanco que estaba bebiendo, había aceptado la copa que Hans le había ofrecido amablemente nada más llegar y vio a sus sobrinos observándola, espiándola mejor dicho, desde el pasillo que conducía a las habitaciones. Supuso que sentían curiosidad, para ellos todo esa gente eran casi unos desconocidos, los habían visto en tres o cuatro ocasiones a lo largo de su corta vida y siempre en vacaciones, durante visitas que habían durado apenas un día o unas pocas horas. Caminó hacia ellos guiñándoles un ojo y se llevó un dedo a los labios para indicarles que no se delatasen, iban en pijama y seguro que sus padres creían que estaban durmiendo en el piso de arriba.

Ajustó la puerta para ocultarse con ellos y se agachó hasta quedar a su altura. El niño tenía cinco años, si no le fallaba la memoria, y la niña acababa de cumplir los cuatro, creía.

—Hola, ¿no tendríais que estar en la cama?

—Nessa quería ver a mamá y yo la he acompañado —le contestó Danek que hablaba inglés con un curioso acento alemán.

—Claro, tú seguro que no querías estar aquí, has hecho muy bien en acompañar a tu hermana, pero creo que será mejor que volváis a vuestra habitación.

Nessa apretó la mano de su hermano y con la otra buscó la de Anne.

—¿Vienes?

—Anne tal vez no quiera venir, Nessa.

No supo qué le sorprendió más, que la niña le tirase de la mano insistiendo en que los acompañase o que el niño la hubiese reconocido y hubiese dado por hecho que no querría estar con ellos.

—Me encantaría acompañaros.

Se incorporó y pasó la hora siguiente en la habitación de sus sobrinos acumulando preguntas en su interior. Tendría que haber hecho un esfuerzo por conocerlos antes, por acercarse a ellos aunque viviesen en otro país, de eso ahora estaba segura y muy arrepentida. A juzgar por lo que sabían los niños, era evidente que a pesar de sus diferencias Juniper les había hablado de ella.

Cuando volvió a la fiesta se acercó a Thea, que estaba hablando con unos

compañeros de trabajo de Hans y se dejó llevar por la conversación. Los chicos, empleados del banco, les hicieron prometer que volverían a verse pronto, quizá para hacer alguna excursión por Bath pues ninguno de ellos era de allí y habían decidido que ellas dos eran unas expertas en la ciudad. Horas más tarde, con el piso vacío de invitados y por fin inaugurado como correspondía, según palabras de Juniper, las tres hermanas empezaron a recoger los platos y copas vacíos y a llevarlos a la cocina.

—Hijas, no os olvidéis de recuperar las joyas de vuestra madre. Quiero llevarlas al tasador esta semana. —El alcohol le había aflojado la lengua a Walter y se había pasado la noche cortejando a los jefes de Hans.

Anne buscó a Therese con la mirada, pero antes de que ninguna de las dos pudiera responder la voz de Juniper flotó desde un rincón del comedor donde estaba doblando servilletas.

—Oh, lo siento, papá, las he llevado todas a arreglar. Perdonad, chicas, que no os lo haya dicho antes. —Anne no logró reaccionar, ¿chicas?—. Vi que los cierres estaban flojos y como yo iba a llevar las mías dejé también las vuestras. Espero que no os importe, estarán listas la próxima semana.

—No, no nos importa, ¿verdad que no, Anne? —Therese le dio un golpecito en la espalda.

—No, por supuesto que no. Gracias.

—Además, papá, así estarán en mejor estado —siguió Juniper—, ¿para qué quieres llevarlas al tasador?

Anne observó entonces a Juniper, quizá no la conocía muy bien pero esa noche se había fijado mucho en ella, la había visto conversar con sus amigos, susurrarle algo a su marido al oído, y ahora podía ver claramente que sus hombros estaban tensos y que aunque no miraba directamente a papá toda ella estaba pendiente de su reacción.

—Por nada. —Carraspeó y se levantó enérgico del sofá donde estaba sentado—. Es por un seguro, así me quedaré más tranquilo. ¿Tú no crees que es una buena opción, Hans? Las mujeres no entienden de estas cosas como...

—Jun entiende mucho más que yo de todo, Walter.

Anne habría aplaudido a su cuñado allí mismo y con lo que hizo después tuvo que contenerse para no hacerle una ola.

—Tus hijas son personas estupendas, deberías de sentirte orgulloso.

—Estoy orgulloso. —Walter arrugó las cejas.

—Y para ellas esas joyas tienen un valor sentimental irremplazable. Es todo un detalle que quieras asegurarlas. ¿El tasador es de la compañía de seguros?

—Es independiente, así obtendremos un valor más elevado.

—Entonces, si están arregladas mejor todavía —reiteró Hans mirando a Walter y Anne apuntó en su lista de tareas ineludibles conocer mejor a su cuñado.

—Creo que el taxi está abajo esperándonos. —De repente Walter parecía ansioso por irse—. Espero que no te importe que haya quedado un día para comer con el director de tu banco, Hans.

—Por supuesto que no. Te ayudo a ponerte el abrigo y os acompaño a la calle.

Anne esperó a que Therese saliese tras su padre, después de darle un beso a Juniper y otro a Hans, que tras esa noche se quedó a solas con su hermana mayor. Seguía resultándole un misterio y a simple vista no encontraba ningún punto de conexión con ella y sin embargo minutos atrás lo había sentido tan claramente que incluso habría creído poder tocarlo.

—Gracias por venir, Anne.

—Yo... antes he estado con los niños. —Juniper arrugó las cejas—. Querían espiar un poco, supongo.

—Sí, supongo que sí —suspiró cansada y se quitó los zapatos de tacón, lo que hizo que quedase más bajita, algo que esta siempre temía pues de pequeña se habían burlado mucho de su talla, y que Anne pensase que un poco unidas sí debían estar si Jun bajaba la guardia de esa manera delante de ella.

—Gracias por decirle a papá lo de las joyas, ¿tú sabes qué está pasando, por qué las quiere?

—No, no lo sé. Deduzco que lo mismo que pasó cuando murió mamá, tendrá problemas con el juego y no está dispuesto a afrontarlo. Dios nos salve de que alguien se entere. Todo sea por mantener las apariencias.

A Anne le falló el equilibrio y a punto estuvo también de quitarse los zapatos para ver si así lo recuperaba. Sabía que habían perdido el restaurante, que su vida había cambiado drásticamente y que su padre no se había adaptado bien al cambio, pero se le encogió el estómago al pensar que él fuera capaz de sacrificar aquellos recuerdos de mamá por unas apuestas a los caballos o a las cartas.

Era una idiota por no haberse planteado antes esa posibilidad.

—Thea y yo hemos dicho antes que teníamos que hablar de esto. No sé cuándo quedaremos, pero cuando lo hagamos ¿quieres venir?, ¿crees que podrás?

—Claro, decidme el día y la hora y allí estaré.

Anne asintió, oyó la voz de su padre llamándola malhumorado desde la calle y se apresuró a abrazar a Jun antes de irse. Se cruzó con Hans por la escalera, su cuñado la sorprendió dándole también un abrazo de despedida.

—Hans, perdona, ¿puedo preguntarte algo?

Hans se dio media vuelta y le sonrió y Anne se preguntó cómo era posible que le hubiese considerado frío cuando en realidad parecía tan dulce. Era alto y rubio y tenía los ojos muy claros, podía decirse que su físico intimidaba, pero después de verle esa noche y de haber escuchado cómo le había respondido a papá, sintió que había sido muy injusta con él.

—Dime, Anne.

—¿Por qué habéis vuelto a Inglaterra?

Él se puso las manos en los bolsillos del pantalón negro y soltó el aliento bajando los hombros.

—Tu hermana quería volver, os echaba de menos.

—¿A nosotros? —parpadeó confusa—. Nosotras nunca... —cerró la boca de golpe. ¿Quién era ella para juzgar los sentimientos de su hermana? Una hermana que al parecer ni siquiera conocía.

Hans volvió a sonreírle y a Anne se le hizo un nudo en la garganta.

—Tú y tus hermanas tenéis mucho de que hablar, pero te aseguro que Jun está muy contenta de estar aquí. Y yo también. Los niños me han dicho que les has leído un cuento.

El taxi tocó el claxon y Anne balbuceó un adiós mientras bajaba corriendo las escaleras.

8

Anne

Ni Anne ni Therese consiguieron arrancarle más información a su padre durante el trayecto de vuelta a casa y unos días más tarde era como si esa conversación sobre las joyas antiguas de su madre y el tasador no se hubiese producido nunca. Quizá Hans lo había intimidado, aunque era poco probable, o quizá había decidido buscar otra solución o esperar un tiempo antes de volver a insistir con ellas.

Anne tampoco había hablado con Thea a solas, su hermana pequeña y ella parecían coexistir en universos paralelos con horarios completamente opuestos. Las mañanas que Thea tenía libres, Anne trabajaba y por la noche, cuando volvía a casa, nunca la encontraba. Thea trabajaba de todo y de nada, cuidaba casas cuando sus dueños se iban, paseaba perros, hacía de dependienta ocasionalmente y a veces también de guía turística. Si Anne le preguntaba por qué no se buscaba un trabajo fijo como cualquier persona normal, ella la fulminaba con la mirada, así que había dejado de hacerlo.

Quizá el día que habían quedado para almorzar juntas con Juniper volviera a atreverse a preguntárselo y esta vez ella le diría la verdad. La imagen de frívola y de cabeza hueca que tenía de Therese no acababa de encajar con el comportamiento de esas últimas semanas. Pero iba a tener que esperar hasta ese almuerzo para seguir conociéndola y dejar que sus hermanas hiciesen lo mismo con ella.

Unos días atrás, en Londres, Russell la había acusado de no permitírselo y no había tenido más remedio que reconocerlo.

No dejas que nadie se te acerque y te conozca, Anne. Hay días en que ni siquiera yo creo hacerlo y me pregunto si es por lo que pasó hace años.

No era por eso, eso no tenía la culpa de nada de lo que le estaba sucediendo esos días. Eso seguramente ya se había ido de Inglaterra y no habían llegado a coincidir ni un segundo. Podría haberse puesto en contacto con eso —él— si se hubiese creído capaz de afrontarlo. Él ni siquiera le hubiera contestado el teléfono. Probablemente.

Anne no le había contado a Russell lo que había estado a punto de suceder en

la fiesta de compromiso de Harriet y Patrick, no hacía falta. Russell era la única persona que sabía lo que había sucedido y desde entonces aquel tema era una especie de tabú entre ellas. Eran contadas las ocasiones en las que su madrina hacía alguna alusión al respecto, pero aquel fin de semana a Anne el tono le resultó distinto. ¿Se arrepentía del consejo que le había dado ocho años atrás? Había optado por no preguntárselo porque temía la respuesta, no sabía si los remordimientos podían quedarse agazapados a la espera del momento oportuno, si es que lo había. Ella los tenía a pesar de que deseaba fingir lo contrario, aunque no por los motivos que le gustaría.

Esa tarde Caroline la estaba esperando frente a Villa Rosetae para tomar un café antes del trabajo. Anne tenía libre, era su noche de descanso del Thorn y se suponía que al cabo de una hora tenía que estar en una fiesta privada uno de los salones de los baños de Bath. Caroline no y Anne estaba convencida de que había insistido para quedar para asegurarse de que no se quedaba en casa y eludía la fiesta.

—No puedo creerme que contestase al teléfono y que aceptase la invitación de Harriet. No voy a ir. Estoy reventada.

—No digas tonterías, tienes que ir y contármelo todo mañana.

—No tengo nada que ver con esta gente, Caroline —insistió.

—Lo que tienes es demasiadas manías y muchos prejuicios. Ve a la fiesta, ¿qué es lo peor que puede pasarte? ¿Que te aburras?

—Tengo muchas cosas que hacer y no me apetece.

—Si no te apeteciera de verdad, no le habrías cogido el teléfono a esa chica, Anne. No te gusta hablar de tu vida en Londres, vale, no hay problema, ya sabes que no soy una fisgona, pero forma parte de ti y no está mal que de vez en cuando lo recuerdes.

Anne bebió el café amargo, se había olvidado de ponerle azúcar, y tragó porque Caroline tenía razón. Habría podido dejar que la llamada de Harriet fuese a parar al buzón de voz pero contestó porque recordó que hubo momentos en la fiesta de compromiso en los que su antigua amiga parecía haberla echado de menos de verdad. Y ella, aunque había cambiado, también. Harriet se alegró de oír su voz, le dijo que estaba convencida de que no iba a responderle y Anne tardó en disipar sus dudas con el sentimiento de culpa. «Quiero invitarte a una fiesta y no puedes decirme que no, me lo prometiste.» Harriet fue infalible, eligió las frases con acierto. «Es en Bath y en uno de los lugares preferidos de tu madre.»

Aquel último detalle fue el definitivo y Anne aceptó en cuanto pudo articular palabra.

Antes de ver a Caroline había estado en casa el tiempo necesario para cambiarse —Caroline aprobó el atuendo elegido— y no se había cruzado ni con Thea ni con su padre, que seguía muy ausente desde la fiesta de Juniper. No quería pensar en ello, bastante nerviosa estaba ya, y tras despedirse de Caroline y de prometerle que la llamaría para contarle qué tal le había ido se fue caminando hacia la fiesta de Colin, el mejor amigo de Patrick, y con el que tenía la leve sensación de que Harriet intentaba emparejarla. Era muy difícil que sucediera, ellos dos se conocían desde hacía años y nunca había saltado ni la más remota chispa entre los dos, pero en su lista de nuevos y definitivos propósitos también estaba la de dar una oportunidad al amor o como mínimo a la posibilidad del amor y estaba decidida a intentarlo y a dejarse llevar. Dado que lo que de verdad querría era verdaderamente imposible.

La entrada estaba iluminada como de costumbre, la única diferencia era un elegante cartel blanco junto a una columna anunciando el lugar exacto donde se celebraba la presentación del documental de Colin. No había anticipado que fuese un acto tan formal y semanas atrás habría interpretado aquello como una señal y habría vuelto a casa. Ahora no, había llegado hasta allí y llevaba su vestido negro preferido y los zapatos de tacón del otro día. No habían servido de nada en la entrevista de trabajo y esa noche iban a redimirse.

Se cruzó con varias personas que reconoció de la fiesta de compromiso en Londres y enseguida fue recibida por los padres de Harriet que le recordaron lo contentos que estaban de volver a verla y le preguntaron por su padre y por sus dos hermanas.

—Todos estamos muy bien, gracias. Sí, Juniper y su familia acaban de mudarse a Bath.

Se echaron la culpa por no haber llamado a Walter y por no haberse interesado debidamente por él.

—Ya sabes cómo es la vida en Londres, frenética.

Después de saludar a un par de señoras mayores, una era tía de Harriet y otra de Patrick y a pesar de no ser parientes directas podrían haber pasado por gemelas, apareció Harriet y la envolvió en sus brazos que olían a jazmín igual que su melena.

—¡Has venido!

—Empieza a resultarme ofensivo que siempre te sorprendas, Harriet.

Harriet se rio y le dijo que le daba igual, que cuando quisiera ella también

podía echarle en cara lo mala amiga que había sido durante esos años.

Ojalá pudiera tomárselo así, como una fiesta constante, pensó Anne mientras Harriet la arrastraba por entre el resto de invitados susurrando quiénes eran y qué cargo ocupaban en tal o cual empresa o familia y le daba una copa de champán.

Las detuvo a ambas frente a Patrick, que estaba hablando con Colin, y a Anne le sorprendió lo fácil que le resultó unirse a la conversación.

—Es un documental sobre casas literarias, los hogares de los grandes escritores de Inglaterra, los castillos o pueblos que inspiraron sus historias, cosas así. La relación que existe entre los lugares reales y los que aparecen en esas grandes obras. Lo produce la BBC —le explicó Colin—, no será muy emocionante, pero es una gran oportunidad. El equipo es increíble y tenemos muchas ideas.

—Suenan muy interesantes, no sé por qué insinúas que no lo es.

—Bueno, no vamos a rodar el día a día de una secta satánica ni a dismantelar un cártel de drogas, vamos a visitar casas en las que han vivido autores ingleses o que han servido de inspiración para sus novelas. Y lógicamente empezamos por Jane Austen.

—Lógicamente —convino Anne—, con quién si no.

El salón donde se celebraba la presentación del documental, cuyo rodaje empezaría en los próximos días, estaba atestado. Colin había invitado a su familia y a sus amigos y el resto del equipo había hecho lo mismo. Anne imaginó que los demás pertenecían a la cadena de televisión y quizá a instituciones de la ciudad pues la gran mayoría eran muy posesivos en lo que a Jane Austen se refería.

Un ejecutivo de la cadena se plantó al lado de Colin y reclamó su atención durante unos minutos tras disculparse con los demás y presentarse con una sonrisa dominándole el rostro. Anne y Harriet no se movieron de donde estaban, era prácticamente imposible, pero sí que se giraron levemente para darle un poco de intimidad a Colin en lo que suponían que era una conversación de trabajo. Un camarero pasó junto a ellas y a Patrick con una bandeja y les cambió las copas vacías por unas llenas, así que cuando el ejecutivo de la cadena se despidió y volvieron a darse la vuelta Anne pensó que lo que estaba viendo era culpa del alcohol.

O del calor que hacía en ese salón tan atestado.

O tal vez se había quedado dormida en la tienda y todavía no había tomado el café con Caroline.

O tal vez...

Él estaba completamente distinto en lo que no importaba e idéntico en lo que sí. Ocho años no pasaban sin dejar marcas tanto por dentro como por fuera, pero ninguna podría jamás cambiar el efecto que producían esos ojos marrones en Anne. Los tenía más oscuros, quizá era la luz o quizá él había descubierto el modo de disfrazarlos, y sin embargo eran los mismos. Aunque cambiase todo, su altura, su peso, su modo de vestir, su corte de pelo, su color, aunque se convirtiese en otra persona ella le reconocería por cómo la hacían sentir sus ojos.

Y de repente, allí de pie, con apenas espacio para moverse y con sus pulmones que se habían olvidado de cómo funcionar sin marearla, Anne se preguntó qué estaría viendo él. El tiempo también había pasado para ella, y no se refería al físico —aunque podía reconocer que sentía vanidad— se refería a cómo la estaba viendo. ¿Veía que había perdido a su madre y que ya nada en ella era igual que antes? ¿Veía la cantidad de veces que se había preguntado qué estaría haciendo él y si alguna vez pensaba en ella? O peor aún, ¿la veía y le dejaba indiferente? ¿Seguía odiándola?

—Hoy mi hermano Luke ha llegado a tiempo —oyó que le decía Colin mirándola—, y supongo que te acuerdas de Manel.

Luke se acercó a darle un beso en la mejilla y le dijo que se alegraba de verla, o eso creyó oír Anne por entre los tambores en que se habían convertido los latidos de su corazón.

—Yo... igualmente —consiguió decir.

El silencio cuando esperas a que esa persona hable es capaz de ralentizar el tiempo.

Manel estaba de pie frente a ella sin moverse y mientras Anne temía que cualquiera que la viera se diese cuenta de que estaba al borde del infarto él parecía completamente relajado, aburrido incluso. Lo único positivo, y en aquel instante a Anne no le importaba lo más mínimo, era que los demás estaban enfrascados en una conversación —indescifrable para ella— y no les prestaban la menor atención.

Se suponía que él se había ido de Londres sin haberse puesto en contacto con ella, que no se habían encontrado el pasado fin de semana por casualidades del destino. Señal de que lo que había sucedido años atrás bien estaba y de que lo mejor para todos era olvidarlo para siempre. Aun así, en la fiesta de compromiso Anne habría sabido qué decirle, estaba mínimamente preparada, y si se lo hubiese encontrado la mañana siguiente en Londres también. Era posible que coincidieran, ella iba a pasar el fin de semana en la ciudad y él también estaba allí. Era difícil, pero posible. No probable, solo posible. Existía una pequeña

posibilidad de que se cruzasen por una calle y ella se había pasado la noche, después de charlar con Russell, preparándose. No se cruzó con él y en su mente Anne subió a Manel a un avión de regreso adonde fuera que viviese con una novia fabulosa y dos perros babosos, o al revés (lo imaginó así para recalcar la idea de que no debía pensar en él). Él no podía estar allí en Bath una semana más tarde. No podía aparecer cuando ella había decidido aceptar otro trabajo, buscar la manera de estudiar lo que quería —una locura—, mudarse a un piso sola, averiguar si sus hermanas y ella tenían algo en común e incluso salir con alguien. No, esa noche Manel no podía estar allí plantado frente a ella después de ocho años.

Esa noche no.

Y sin embargo lo estaba.

¿Iba a quedarse?

Juntó las rodillas porque le temblaban. Unos minutos antes Colin les había dicho que Bath iba a ser el centro de operaciones del rodaje, aunque tenían que recorrer el Reino Unido el estudio de montaje, las salas de audio y no sabía cuántas cosas más estaban allí. Harriet y Patrick habían mencionado que Anne tenía que cenar con ellos antes de la boda y que iban a invitarla a una excursión a la que no podía negarse. ¿A qué se dedicaba el hermano de Colin? Era incapaz de acordarse. Tal vez Luke fuera arqueólogo y tuviera que llevarse a Manel muy lejos de allí esa misma noche. ¿Manel estaba de vacaciones? Comprender que en realidad no sabía nada de él le estaba provocando un dolor físico del que ella era la única culpable. ¿Él iba a decirle algo o iba a seguir mirándola de esa manera, como si fuera...? Como si no fuera nadie.

Tragó saliva y habló ella.

—Hola, Manel.

—Hola, Anne.

Se acercó hacia él para saludarlo igual que había hecho con Luke y Manel, que había permanecido inmóvil hasta entonces, hizo lo mismo. Hasta que se detuvo porque le sonó el móvil. Entonces él buscó el origen del sonido, bajó la cabeza hacia el bolsillo del pantalón, miró la pantalla con las cejas arrugadas y deslizó el dedo por encima.

—Lo siento, tengo que ocuparme de esto, ya nos veremos.

Manel se alejó, esquivó unos cuantos invitados y desapareció por la puerta del salón sin darse media vuelta y sin dirigir ni una mirada a Anne.

No tenía por qué hacerlo, si no había hablado con ella ni una vez a lo largo de esos ocho años era obvio que tampoco debía tener ningún motivo para mirarla ni

para querer pasar con ella más de dos segundos. Tampoco había sido maleducado, quizá un poco brusco, pero se había despedido y lo cierto es que parecía preocupado por el mensaje que acababa de recibir.

A ella no debería de importarle, más allá de los recuerdos que compartían él ahora era un desconocido. Pero no lo era, le tembló el mentón, deseó estar en cualquier otro lugar, uno en el que poder asimilar poco a poco y no de golpe lo que le estaba pasando.

Manel seguía siendo el mismo dentro de ella, cada uno de los momentos que había vivido con él salió de su escondite para volver a pasearse libremente por su mente y estrujarle el corazón igual que si hubiese participado en un maratón. Era inútil revivir todo aquello, inútil y cruel y solo serviría para hacerse daño a sí misma, pero él estaba allí, había vuelto a entrar en el salón y solo con verlo a Anne le costaba respirar y tenía que plantar los pies en el suelo para no acercarse a él y decirle... ¿qué podía decirle? No, no tenía sentido preguntárselo.

Habría podido irse, le habría bastado con despedirse de Harriet y de Patrick, que seguían a su lado hablando, y también de Colin, al que podía felicitar por el documental y después desaparecer para siempre. No sabía nada de Manel, ni por qué estaba allí ni si iba a quedarse o a marcharse a China al día siguiente y si bien podía reconocer que se moría por saber más sobre él, Anne descubrió que no importaba. Manel podía quedarse o desaparecer, pero nada haría desaparecer los últimos ocho años ni la última conversación que tuvieron.

Y él ni siquiera la estaba mirando, estaba riéndose por algo que había dicho alguna de las chicas que lo rodeaban. Tenía la misma risa que antes.

Anne pensó que podía pasarse el resto de la noche así, catalogando las cosas que habían cambiado en Manel y las que no, mientras que él al parecer ni era consciente de que ella lo estaba observando o de que ella estaba en la misma habitación que él a pocos metros de distancia.

Soltó el aliento, mañana volvería a su vida, a esa que estaba intentando por fin construir, y se diría que uno de los momentos más temidos de la misma ya había acontecido y podía tacharlo de la lista y seguir adelante. Había vuelto a coincidir con Manel y él había sido civilizado y después la había ignorado.

Y ella... ella había asumido que lo que sentía por él era mucho más profundo de lo que temía y que iba a tener que aprender a ignorarlo. «Vivir con las consecuencias», como le había dicho mamá esos últimos días.

Esa noche iba a quedarse en la fiesta, era una mujer adulta y no iba a salir corriendo de allí solo porque le doliera aceptar las consecuencias de algo que había sido decisión suya. Los remordimientos pueden tener su momento, pero ni

el más profundo nos permite viajar atrás en el tiempo. Solo queda seguir adelante.

Charló con Harriet, le preguntó cómo iban los planes para la boda y se dio cuenta de que de verdad le interesaba lo que su amiga le estaba contando. También habló un poco más con Colin, él no era ningún especialista en literatura, le habían encargado la dirección del documental porque su último proyecto —algo sobre animales— había ganado premios importantes en el sector, y aunque ella tampoco lo era sí que sabía mucho sobre Jane Austen.

—Tienes que venir a la excursión que hemos preparado para el sábado. Vamos a Rainbow Wood, hay una localización increíble y vamos a entrevistar a una experta en Austen, una profesora universitaria que además es conservadora del National Trust.

Iba a decir que estaba ocupada y que de todos modos no quería molestar, seguro que sería un estorbo durante el rodaje, pero antes de que pudiera abrir la boca, Harriet, que parecía tener cabeza y oídos para todo se unió a la conversación.

—Sí, tienes que venir. Patrick y yo también iremos, esperaremos a que Colin acabe de rodar y después iremos a comer por allí. Oh, vamos, así por fin podremos hablar un poco. Te fuiste muy pronto de la fiesta de compromiso y aquí hay tanto ruido que tenemos que chillar para oírnos.

El Rainbow Wood era precioso y lo cierto era que no le importaría escuchar esa entrevista antes de que saliera en el documental. Tal vez, pensó de repente, tal vez podría pedirle a la señora del National Trust que le recomendase algún experto al que llevar las joyas antiguas de mamá. Había estado dándole vueltas a lo que había dicho Juniper y si su padre quería vender esas joyas era por algo. Lo más probable sería que no tuviesen ningún valor económico, al fin y al cabo habían salido de un mercadillo ambulante de antigüedades, pero quería estar segura y no sabía adónde ir. Podía entrar en Google, obviamente, y no tardaría en obtener una lista de tasadores y joyeros de Bath y alrededores, pero algo dentro de ella le impedía acudir a un establecimiento de esas características, quería que las joyas las viese alguien que supiera apreciarlas por lo que eran; un precioso recuerdo. El National Trust era la institución que se encargaba de la conservación de los castillos, parques, museos y cualquier objeto que se considerase de interés y formase parte del patrimonio del país. Además, su equipo lo formaban desde profesores hasta voluntarios que provenían de cualquier sector y que sencillamente eran expertos en el tema porque lo adoraban. La mayoría eran jubilados y quizá por eso Anne sentía que allí

encontraría a alguien que pudiese guiarla en la dirección adecuada. O tal vez le dirían que no perdiese el tiempo. Aun en ese caso, valía la pena intentarlo, todavía se sentía como una idiota por no haber desconfiado antes de papá y por no haber hablado con sus hermanas.

Prometió que el sábado iría con ellos a Rainbow Wood y Patrick y Harriet acordaron que pasarían a buscarla a las diez de la mañana. Bebió otra copa aunque no la terminó y charló animadamente de nuevo con la madre de Harriet y con unos amigos de Colin. De reojo vio a Manel más de lo que le habría gustado reconocer y él no la pilló ni una vez espiándolo porque él ni por un segundo había dirigido la mirada hacia ella.

Cuando se fue, pensó en buscarlo para despedirse, pero al final desechó la idea. Dudaba que volviese a verlo nunca más y era mejor dejarlo así. La realidad era que si él se hubiese acercado a hablar con ella, Anne no habría podido hablarle.

Era muy extraño darse cuenta de que el amor, igual que podía quedarse dormido, también podía despertarse.

9

Manel

Anne estaba distinta y él la habría reconocido en cualquier parte.

No tenía ni idea de que ella iba a estar en esa fiesta, ni se le había pasado por la cabeza esa posibilidad. Si lo hubiera sabido... tampoco habría reaccionado de otro modo.

Él no quería verla, no quería estar cerca de ella porque entonces tal vez tendría que hacer otras cosas, como por ejemplo plantearse por qué le preocupaba tanto que ella pareciera tan cansada o por qué se moría por preguntarle qué hacía en Bath, si vivía allí o si estaba de casualidad o de paso como él. El problema era que si se atrevía a hacerle esas preguntas tendría que lidiar con las respuestas y eso sí que no podía hacerlo.

Ellos dos no eran nada, ella le había negado esa posibilidad ocho años atrás y él no se lo había perdonado. No la odiaba, no era capaz, y ni por un segundo había querido vengarse de ella o hacerle daño. Él jamás podría hacerle daño a Anne. No, ese viaje no tenía nada qué ver con ella y que ahora *ella* estuviese apareciendo sin avisar lo estaba afectando demasiado.

Había sido una semana muy intensa, después de la visita al observatorio de Greenwich, que era lo más parecido que había tenido a unas vacaciones en mucho tiempo, había asistido a tantas reuniones que estas se confundían en su mente. Una reunión engendraba otra reunión y al parecer estaba atrapado en una colmena de sesiones, reuniones, pequeñas entrevistas, sesiones de trabajo o como fuera que las llamasen. Sabía que eran importantes y aunque él podía marcharse cuando quisiera sin dar la menor explicación, tenía el deber moral de quedarse hasta el final y averiguar si esa compañía tecnológica china, ZTE, era la indicada para comprar Buenas Intenciones. Se lo debía a sus trabajadores, a sus inversores, a sí mismo y a Jane.

Podría haberles pedido a ZTE de celebrar esos encuentros en San Francisco, pero cuando ellos le dijeron que la sede que tenían en Inglaterra era donde solían llevarlas a cabo porque era su buque insignia fuera de China —y porque además en Estados Unidos no eran bien recibidos desde que Trump ocupaba el Gobierno — pensó que le apetecía volver. Estaría unos días en Inglaterra y después se

quedaría una semana en Barcelona con sus padres.

Las negociaciones se estaban alargando y complicando, los de ZTE insistían en incluir a Jane en el trato, algo a lo que él se había negado en redondo y con lo que no pensaba negociar jamás. Una cosa era Buenas Intenciones y otra muy distinta Jane, y en cuanto a Buenas Intenciones, Manel también quería delimitar muy bien el algoritmo y las propiedades que estaba dispuesto a venderles.

Había salido exhausto y de muy mal humor del último almuerzo con el director de ZTE y había llamado sin pensar a Luke pues al fin y al cabo era el único amigo que tenía en la ciudad. Se había pasado las últimas noches actualizando a *Jane*, hablando con ella e incorporándole la información que había conseguido en Greenwich e intuía que necesitaba interactuar con un humano ajeno a todo aquello. Lo de Greenwich tampoco ayudaba a que estuviese animado, aunque en el observatorio había encontrado documentos escritos por Tom Lefroy, no bastaban para que Jane pudiera concluir su análisis. «Esto que pretendes obtener, le había dicho William, es imposible. Nadie puede saber qué pasaba por la cabeza de ese Lefroy en 1796. Nadie.»

William no conocía a su *Jane*.

Era curioso que precisamente un mensaje de *Jane* hubiese impedido que le diese un beso a Anne en la mejilla para saludarla —no era que *Jane* le hubiese escrito directamente, aunque podía hacerlo, él había introducido una modificación y había programado un aviso para saber cuánto había tardado *Jane* en procesar los cambios y la nueva información—. Podría haber ignorado el texto o haberlo leído allí mismo, aun en el muy improbable caso de que alguien lo espiese era imposible que entendiese el texto encriptado y si lo hicieran tampoco les serviría de nada sin el resto de la información. Ese era el truco de cualquier inteligencia artificial; la información de la que disponía y cómo le habían enseñado sus programadores a interpretarla, pero aprovechó para irse. Escapar, seguro que le corregiría *Jane*.

Salió al pasillo, cualquier lugar le habría servido con tal de que lo alejase de Anne, porque al leer que provenía de *Jane* recordó por qué empezó a crearla. No podía besar a Anne, no podía acercarse tanto a ella y volver a oler su perfume, ¿lo habría cambiado? No podía besarla en la mejilla como si fueran unos meros conocidos. No quería gritarle ni echarle en cara que lo hubiese dejado de esa manera, no quería hacer nada que le recordase lo que había pasado cuando se conocieron y todo lo que ella le había enseñado que existía en el mundo. Si era sincero, gritarle sí que quería. No decía nada bueno de él, pero era cierto, quería gritarle lo furioso que había estado con ella, lo decepcionado, lo dolido y lo

mucho que seguía estándolo a pesar de todo. No, mejor sería alejarse y seguir adelante cada uno por su lado.

Ella y él ya no eran nada. Llevaban mucho más tiempo siendo nada del que habían estado siéndolo todo y a pesar de lo sucedido él estaba mucho mejor así. Además, no podía fiarse de ella. Si algo le había demostrado Anne era que él era un idiota en lo que a ella se refería y no pensaba volver a correr un riesgo de esa magnitud, que otro corriera ese riesgo con ella. Él ya había aprendido la lección.

En el pasillo leyó con atención el mensaje, no porque fuera complejo o porque algo hubiese salido mal, sino porque le costó concentrarse. Como se temía, haber encontrado notas de Tom —al señor Lefroy él lo llamaba Tom, se lo había ganado después de investigar su vida y no podía evitar pensar que sus historias tenían mucho en común— no era suficiente.

Luke lo encontró en el pasillo.

—Si estás trabajando lanzo el móvil por la ventana. Ayer me llamaste para salir y emborracharte y después de toda la sabiduría que te impartí hoy vuelves a las andadas, muy mal *padawan*.

—No estoy trabajando, solo he leído un mensaje. —Guardó el móvil en el bolsillo del pantalón y levantó las manos. Se tomaba muy en serio las amenazas de Luke—. ¿Lo ves? Ya está. No tendría que haberte llamado ayer, todavía me duele la cabeza.

Pero si no hubiese llamado a Luke y no se hubiesen emborrachado en ese pub no le habría hablado a su amigo de su afición por Jane Austen (omitió muchos detalles y después de la sonora carcajada de su amigo decidió no contarle el resto). Tras las risas y el ataque de tos acompañado de unos instantes en los que Luke se convirtió en un surtidor de cerveza, este le habló de la fiesta que la BBC organizaba en Bath para presentar el documental de su hermano Colin sobre casas literarias inglesas. «Tienes que venir, le había dicho, y podemos pasar el fin de semana por allí. A los dos nos irán bien unas vacaciones después de esta semana de mierda.»

Las negociaciones con ZET no habían concluido, por no estar ni estaban avanzando, y tal vez en Somerset encontraría algo que le fuese de ayuda con *Jane*. En esa zona se organizaban muchos mercadillos y estaba lleno de tiendas de antigüedades, y podía visitar los museos oficiales. Además, Colin estaba rodando un documental relacionado con el tema, seguro que tenía mucha información al respecto y muchos asesores a su disposición. Aceptó sin hacer más preguntas, nunca volvería a tener una oportunidad semejante.

Tendría que haberlas hechas.

—En Estados Unidos te has vuelto blando.

—No todos podemos vivir conservados en alcohol como tú, Luke.

—Porque no lo has intentado.

A pesar de sus bromas, Manel sabía que Luke era una de las personas más serias que había conocido, por eso se habían hecho amigos cuando él llegó a Londres a estudiar en lo que parecía ser otra vida. Luke era médico de urgencias y si decía que había tenido una semana de mierda, la había tenido. No le gustaba hablar del tema, otro motivo por el que congeniaban dado que a Manel tampoco, y se podía confiar en él.

—¿Tú sabías que Anne iba a estar aquí, en esta fiesta?

Luke se puso serio de golpe y el cambio que se produjo en sus ojos delató que apenas había bebido y que la noche anterior a él no le pasaba factura.

—¿Vamos a hablar de esto ahora? —Había dejado de caminar, de dirigirlo de regreso a la fiesta—. ¿Aquí? Solo mencionaste su nombre una vez hace... siete u ocho años y fue para prohibirme rotundamente que volviese a repetirlo. Ni siquiera tangencialmente. Me acuerdo porque me sorprendió que pudieras pronunciar esa palabra con la resaca que llevabas.

Luke no exageraba, esa conversación se había producido pocos meses después de que Manel llegase al M.I.T y su amigo fuese a verlo porque estaba de vacaciones en Estados Unidos. Él prefería no recordarla, ni la conversación ni las circunstancias que la habían propiciado.

—No, no vamos a hablar de ello, solo te he preguntado si...

—No, no lo sabía —contestó Luke exasperado— y para que conste, deberías hablar de ello.

La puerta del salón se abrió, salieron dos chicas hablando y riéndose que les esquivaron sin más y él al mirar hacia dentro vio a Anne hablando con Colin, estaba sonriendo y tuvo que apartar la mirada.

Lo único que quería era no volver a cruzarse más con ella y no empezar a preguntarse qué había estado haciendo todo ese tiempo y si seguía pensando lo mismo que el último día —la última noche— que hablaron. No quería preguntarse si ella alguna vez se arrepentía de lo que le había dicho.

Seguro que no, de lo contrario se habría puesto en contacto con él, lo habría buscado de alguna manera y quizá todo habría cambiado. Pero Anne no había aparecido en ningún momento, por lo tanto seguía creyendo lo de esa noche y él seguía pensando que ella era una cobarde y malcriada que prefería la comodidad y la seguridad, las apariencias, a todo lo demás. Porque eso era exactamente lo que él le había ofrecido, a él, todo lo que tenía y podía llegar a ser.

Y ella lo había rechazado con amabilidad y buenos modales.

—No hay nada de qué hablar, es agua pasada —le contestó a Luke recordándose a sí mismo—. Solo he sentido curiosidad durante un segundo. ¿Volvemos dentro?

Luke no le creyó, pero volvieron a la fiesta y pasó dos horas obligándose a no buscarla con la mirada.

Esa noche, cuando se tumbó en la cama del hotel estaba exhausto.

Manel no vivía en San Francisco; cuando llegó a Estados Unidos, al M.I.T, compartió piso en el campus de Boston con otros estudiantes, pero en cuanto terminó la ingeniería y encontró su primer trabajo en Silicon Valley decidió que no quería vivir en la ciudad ni compartir piso con nadie. Los precios eran exorbitados y entonces no podía pagarlos, pero lo cierto era que echaba de menos Barcelona, no la ciudad en sí, que eso también, echaba de menos la sensación de pertenecer a alguna parte, de sentir que existía un sitio en el que podía ser él mismo. Buscó un apartamento en las afueras, lo más parecido a un pueblo y un lugar donde pudiese encajar y tras mudarse tres veces por fin lo había encontrado. Tenía una casa en Los Gatos, sí, la ciudad se llamaba así, y aunque no era lo suyo y sus padres siempre encontraban pegas cuando lo visitaban, estaba intentando convertirla en un hogar y ahora la echaba de menos.

Los hoteles no le gustaban, entendía que eran prácticos y necesarios, obviamente, pero dado que su estancia en Inglaterra se estaba alargando había decidido buscarse un apartamento temporalmente. Así podría instalar un ordenador como Dios manda, seguir introduciendo datos en *Jane*, interactuar con ella sin temor a que entrase por error alguien del servicio de habitaciones y lo tomase por un loco que hablaba solo o con una mujer imaginaria. También podría seguir estudiando la propuesta de ZTE sin tener que esconder los documentos cada vez que salía o llevarlos encima.

Luke y él se encontraron en la estación, él ya había pagado la cuenta del hotel de Londres y se pasó el viaje en tren mirando webs de pisos en alquiler mientras su amigo dormía. Podría haber pedido que lo ayudase alguien de su equipo en Estados Unidos o haberse puesto en plan estrella del rock con los chinos y exigirles que le buscasen alojamiento, pero prefería hacerlo él, le relajaba y no quería convertirse en la clase de persona que es incapaz de dirigir su vida o que la delega en los demás. En Bath tenía el alojamiento resuelto, la BBC había alquilado una casa entera para el equipo de rodaje, pero dado que varios miembros eran de la zona sobraban habitaciones y Colin les había ofrecido una a

Luke y otra a Manel. Les había dicho que podían quedarse tanto tiempo como quisieran, hasta que terminase el documental, por supuesto, y los dos habían aceptado encantados.

La mañana después de la fiesta bajó a la cocina buscando café, le había costado despertarse y no sabía si había visto a Anne de verdad o si lo había soñado. Muy a su pesar, no sería la primera vez. Pero en los sueños Anne no estaba cansada ni tensa, ni cada día de esos ocho años se interponían entre los dos. Tenía que ser positivo, decidió por entre la resaca que todavía arrastraba, que ya la había visto y por fin podía dejar de imaginarse qué sucedería si eso llegaba a pasar.

La había visto, ella no le había dicho nada, él no había querido decirle nada. Fin de la historia.

Acababa de apretar el botón de la cafetera cuando apareció Luke abrigado y con su mochila negra colgando de un hombro.

—Tengo que volver al hospital. —Se acercó a servirse otro café—. ¿Te vienes conmigo a Londres o te quedas aquí? Joder, creía que iba a poder tomarme estos días de vacaciones.

—¿Te quedarás en Londres?

—No. La de personal me ha jurado que basta con que vaya hoy y más le vale cumplirlo. Mañana seré libre como un pájaro. El campo nunca ha sido lo mío, pero la verdad es que me apetece ver a mi hermano trabajando. No se lo digas.

—No se lo diré.

—Y a lo mejor así conseguimos hablar un poco. Beber, salir a tomar algo, yo qué sé, tío. Hacer vida normal. Tendríamos que ser capaces, ¿no crees?

—Podemos intentarlo —bromeó Manel, aunque entendía que su amigo tuviese dudas al respecto—. Creo que me quedaré aquí. Dejé el hotel y tengo que buscar piso en Londres si esta negociación va a alargarse y los de ZET pueden estar un par de días sin saber nada de mí. Les hará bien sufrir un poco.

—Genial. Cuando vuelva me cuentas esto de ZET y del apartamento y me explicas desde cuándo tienes esta vena sádica. Pasar el día solo en Bath, eres muy valiente.

—¿Te llevo a la estación? —Colin apareció, tenía las sábanas marcadas en la cara. Él había sido el último en abandonar la fiesta y Manel se preguntó si lo había hecho solo—. ¿Tú te quedas, Manel?

—Sí, si no te importa.

—Por supuesto que no. Hay un juego de llaves de más en la entrada, hazte con ellas y tú mismo. Puedes venir al rodaje más tarde o ir por tu cuenta, no sufras.

Voy a llevar a Luke a la estación y después me ducharé. No te asustes si oyes pasos arriba, no he dormido solo.

—Di mejor que no has dormido —sugirió Luke tirando de él hacia la puerta—. Voy a perder el tren, andando.

La imagen de Colin hablando con Anne apareció en la cocina en cuanto los hermanos lo dejaron a solas. No quería saber si era ella la chica que estaba arriba. Colin encajaba con lo que ella quería, al fin y al cabo. Tal vez incluso sería una buena noticia que estuviesen juntos y, en cualquier caso, a él no tendría que importarle.

Terminó el café, se preparó unas tostadas, la cocina estaba muy bien provista, y subió a su habitación para decidir cómo pasaba el resto del día. Estaba solo y tenía una ciudad entera por descubrir, una ciudad que además podía ayudarle a averiguar algo más sobre Tom y sobre esas cartas que le acompañaban prácticamente desde que creó a *Jane*. Era curioso que no hubiese viajado allí antes, claro que hubo una ocasión, cuando estaba estudiando en Londres, en la que estuvo a punto de hacerlo.

Le gustaba llegar pronto al restaurante donde trabajaba. Se dirigía hacia allí al terminar las clases, a veces se detenía unos minutos en la biblioteca de la facultad o en una de las salas de ordenadores para terminar algo o para asegurarse de que se llevaba a casa todo lo que necesitaba, y otras se detenía en la cafetería a comer un bocado. Era de los primeros en llegar del turno de tarde, el Musgrove abría también al mediodía, a esa hora la clientela solía estar formada por hombres y mujeres de negocios que celebraban allí sus reuniones y el turista de lujo ocasional. Después cerraba durante tres horas y volvía a abrir a la hora de cenar, cuando el local se llenaba del quién es quién de la ciudad.

Aquel día, le sorprendió encontrarse con Anne, la hija del propietario, en la sala pequeña que había al lado del vestuario. No era una sala propiamente, había una mesa que solía estar llena de trastos, un par de sillas y un viejo sofá en el que a menudo dejaban los abrigos y cascos de motos que no cabían en el guardarropía del restaurante.

—Hola —ella lo saludó. Estaba apartando los trastos de la mesa y dejándolos en el suelo, formando pequeñas torres de objetos y papeles inconexos—. Voy a estudiar aquí.

—¿Aquí?

—En casa es imposible, Juniper y sus amigas se pasan la tarde escuchando música y chillando como hienas histéricas y Therese quiere convertir los pasillos

en un gimnasio.

—¿Estudias derecho, no?

—Sí, ¿por? —Ella seguía ordenando. Él apenas podía razonar de lo nervioso que le había puesto y ella estaba jugando al *jenga* con cualquier objeto que se interponía entre ella y su objetivo.

—Por... porque ¿no estarías mejor en la biblioteca?

—No me gusta estudiar rodeada de desconocidos. Es una manía.

—Ah, vale. Entonces, supongo que tiene sentido. Iré a cambiarme, tenemos la reunión en la cocina dentro de veinte minutos.

Antes de empezar el turno el padre de Anne, el chef y el jefe de sala se dirigían a todo el equipo para ponerles al corriente de lo que tenían previsto para esa noche; reservas, si iban a contar con algún cliente más complicado que de costumbre, si debían recomendar algún plato o algún vino antes que otro. A Manel le parecían más una sesión de motivación en grupo o a veces un concurso entre el jefe de sala y el chef para ver quién de los dos era más imprescindible. Lo cierto era que solía desconectar, pero aquel día prestó atención porque Anne le dijo que sentía mucha curiosidad por asistir a una, básicamente porque su padre y su madre se lo tenían prohibido, y le preguntó si le contaría qué había sucedido.

Ese día empezaron a hacerse amigos, antes se habían saludado y habían hablado, pero aquella noche Manel notó que era distinta. Anne separó la silla, se sentó como si la estuviera probando y lo miró.

—¿Crees que aquí os molestaré, Manel?

—Por supuesto que no. —Se puso las manos en los bolsillos—. Es tu restaurante.

Ella se sonrojó incómoda y apartó la mirada.

—A mi padre no le gusta que haya venido, y a mi madre tampoco, la verdad.

—Bueno, ellos no vienen nunca aquí. —Tenía que irse, estaba sudando y no acababa de entender por qué tenía tantas ganas de sentarse en ese sofá y seguir hablando con ella—. Te traeré algo de comer más tarde.

Tres meses más tarde aquel era el momento preferido de Manel, aunque no se planteaba decírselo a Anne. Mentira, se le había pasado por la cabeza cientos de veces, pero siempre descartaba la idea porque temía que ella lo mirase como a un loco y que después no volviese por allí. Le molestaba sentirse inseguro, a pesar de que intuía que esa inseguridad ocultaba algo más, que significaba que ella le importaba y que no quería meter la pata. Manel sabía que podía confiar en Anne, en su bondad y en su generosidad. Había hablado con ella de temas tan

absurdos como películas y canciones preferidas y también de secretos y de sueños, de lo que quería en la vida. Por primera vez había encontrado a alguien que eliminaba la soledad y que, cuando estaban juntos, hablando, escuchando una canción o repasando el menú del día anterior en busca de fallos, le hacía querer detener el tiempo y seguir allí para siempre porque allí nada podía salir mal. Ella no se reiría de él ni le dejaría en la estacada, quizá no quisiera que su amistad llegase a nada más, quizá Anne no estuviera enamorándose de él, pero jamás sería cruel.

Llegó al restaurante como siempre, más de cuarenta minutos antes de empezar su turno, y vio que la sala de Anne estaba vacía y con el suelo cubierto de plástico. Se detuvo en seco, incapaz de procesar qué estaba viendo.

—Van a convertirlo en un tocador o en un guardarropía «como Dios manda» —le explicó Anne apareciendo a su derecha y devolviéndole la capacidad de respirar—. No sabía nada, me lo he encontrado así cuando he llegado.

Un hombre vestido con un mono blanco les pidió que se apartasen para entrar y Manel se asustó al comprobar que tenía que contenerse para no ponerle la zancadilla. En cuanto aquel hombre empezase a pintar Anne tendría que irse, cada brochazo lo alejaría más de ella. Se habían hecho amigos, él más que eso, pero sus horarios eran incompatibles y fuera del restaurante no coincidirían nunca. Él apenas tenía tiempo de respirar entre las clases y el trabajo y ella... ella bien podría ser un extraterrestre de las probabilidades que tenía él de volver a encontrarla.

—He estado pensando —le dijo Anne ajena al sudor helado que a él le resbalaba por la espalda—, ¿crees que podría ir a la sala de estudio de tu apartamento?

—¿Qué?

—La sala de estudio. Tu apartamento. Dijiste que nadie excepto tú la utilizaba y... olvídale. —Ella se sonrojó y le negó la mirada—. Iré a la biblioteca, es una tontería que...

Calló porque él hizo algo que tendría que haber hecho antes. La tocó, rodeó una muñeca con su mano, nada más. Todavía podía sentir el tacto de su piel bajo las yemas y había días en que giraba la palma de la mano hacia arriba y buscaba una cicatriz pues estaba convencido de que tendría que haberle quedado alguna.

—Claro que puedes ir a la sala de estudio. —Ella desvió la vista hacia la mano que él tenía en su brazo y Manel la soltó con el pretexto de buscar la llave en el bolsillo de los vaqueros—. Toma.

Manel vivía en un pequeño edificio en South Kensington propiedad de un

matrimonio que ocupaba la planta inferior y que había remodelado convirtiéndola la superior en varios apartamentos diminutos que alquilaba a estudiantes. Tenían un acuerdo muy bueno con la universidad, de lo contrario él jamás se habría enterado de la existencia de un lugar así, céntrico, bien de precio y prácticamente preparado para estudiantes pues el comedor era ahora una especie de biblioteca o sala de estudio. Él se lo había contado a Anne una noche y un día, un jueves que él no había trabajado porque tenía la gripe, ella le había sonsacado la dirección y había ido verlo para llevarle sopa y medicinas. Era un milagro que él no se hubiese puesto en ridículo entonces y le hubiese confesado lo que le estaba pasando, que se estaba enamorando. De eso hacía semanas y todavía no se había repuesto.

Esa noche, la de la destrucción de la sala del restaurante, cuando terminó el turno y fue a casa abrió la puerta convencido de que ella no estaría. Era imposible. Estaba.

No quería recordar nada más, desde que había puesto un pie en Inglaterra era incapaz de evitarlo. No iba a pensar en ese fin de semana que estuvieron a punto de visitar Bath pero al final lo habían pasado en la cama.

Guardó el portátil en la mochila junto a su cuaderno de notas y se la colgó del hombro para salir. Cuando estaba en medio del pasillo se abrió la puerta del baño y salió una chica envuelta en una toalla blanca. Ella le daba la espalda y no lo vio, él estaba de pie y apenas había hecho ruido.

Se dijo que no le importaba que ella tuviese una melena rubia casi blanca, casi el negativo perfecto a la negra de Anne, y que no tuviese pecas en los hombros. No importaba que recordase esos detalles.

10

Manel

Sus padres tenían un restaurante de menús en el barrio de Sants de Barcelona, cerca de la estación de tren, que se llenaba al mediodía, cuando jugaba el Barça o cualquier equipo, durante las finales de todas las copas habidas y por haber de tenis, baloncesto, olimpiadas y un largo etcétera. Era un buen lugar, carecía de adornos innecesarios y los clientes se iban contentos. Algunos se habían convertido en amigos y otros les habían dado más de un disgusto, como cuando uno intentó atracarlos y tuvieron que llamar a la policía.

Manel no se imaginaba a sus padres en otro lugar, el cartel del bar restaurante —su padre siempre lo llamaba «el bar»— anunciaba a los paseantes que «ESTA ES SU CASA», este era el nombre, y lo era para ellos. No para él. De pequeño no le había importado hacer los deberes sentado en la barra, le había gustado, y sus amigos le miraban con envidia cuando lo contaba, pero cuando empezó a sentir fascinación por los ordenadores, por la informática y por todo aquel mundo desconocido se sintió culpable, como un traidor. Él trabajaba allí los fines de semana y las noches que se llenaba demasiado y después, cuando subía a casa, porque vivían en el piso de encima, se metía en la ducha para quitarse el olor de los fogones y despejarse pues tenía que estudiar o acabar unas prácticas o sencillamente porque necesitaba recordarse que eso no era lo que quería para él.

Había tenido más de una discusión con su padre, él lo apoyaba y se sentía orgulloso de él, aunque al mismo tiempo no le entendía y le decía que el bar era de fiar y que esas computadoras con las que él jugaba no. Si esas discusiones subían de tono, aparecía entonces su madre y les recordaba lo bien que se llevaban y lo importante que era la familia, y que dejaran de pelearse por tonterías y bajasen a ayudarla porque estaba harta de tener que lidiar sola con la clientela.

Empezó la carrera de informática en Barcelona, en el campus de la FIB conoció a poca gente, todos parecían demasiado ocupados con sus pensamientos, pero hizo amigos y dejó de sentirse tan distinto. Fue como llegar a un país cuyos ciudadanos hablaban el mismo idioma que él. Estaba en tercero cuando ganó la beca del Erasmus de Londres. En el bar descorcharon una botella de champán

para celebrarlo a pesar de que su madre lloró y su padre empezó a quejarse de que iba a tener que contratar a alguien porque ya no estaba para estos trotes y él iba a dejarlos en la estacada. Manel aceptó las heridas de esos comentarios, a esas alturas sabía que en casa a veces era la única manera que existía de demostrar afecto. Ahora podían jubilarse; lo primero que hizo cuando empezó a ganar dinero fue decirles que podían cerrar el bar y viajar, aficionarse a algo, a lo que fuera, y disfrutar de la vida.

Mamá le preguntó si se había vuelto loco, acaso la veía a ella apuntándose a clases de inglés o de informática, el bar estaba siempre hasta los topes. Y en cuanto a lo de viajar, papá le respondió que a él los aviones le sentaban mal y que las duchas de los hoteles no le gustaban, ya había visto todo el mundo que quería y ahora era feliz viendo un partido del Barça con su esposa al lado, y contigo si es que algún día te dignas a pasar por casa. Se rindió, pero una vez al año les regalaba un viaje y ellos cerraban el bar y lo disfrutaban, a regañadientes y encontrando pegos surrealistas a todo. Lo que más le gustaba a Manel era pasar unos días con ellos cuando volvían de esos viajes, escuchar las peripecias de papá y las quejas de mamá sobre lo mal servido que estaba aquel pescado o que a ella le salía mucho mejor la pasta que a ese chef de Italia por muchos premios que tenga. Sospechaba que le tomaban el pelo, siempre volvían contentos y el comedor de casa estaba ahora lleno de fotos y de *souvenirs*, y después, cuando el bar volvía a abrir, les contaban las aventuras a los clientes habituales durante el resto del año.

Hacía cola en el Jane Austen Center, no tenía intención de visitarlo propiamente, pero quería la guía auditiva y sentía cierta curiosidad por comprobar qué sentiría al estar allí, bajo el techo que había ocupado la otra Jane, la de verdad, supuso, entre 1801 y 1806. Delante de él había un matrimonio de unos sesenta años, ella estaba entusiasmada y él la miraba feliz, como si acompañarla allí fuese suficiente para él. Los envidió, podía reconocerlo, y por eso se había pasado los últimos minutos pensando en casa.

El edificio en sí lo dejó indiferente, si hubiese estado vacío y oscuro, si hubiese podido cerrar los ojos y respirar tal vez le habría afectado, pero lleno de turistas, algunos disfrazados de Elizabeth Bennet o de Darcy, no lo había hecho. Alquiló la audio-guía y aceptó el mapa de la ciudad con las rutas propuestas, en la calle sacó el móvil, un adaptador con doble salida de la mochila y los auriculares. Conectó la audio-guía con ambos, con el teléfono y los cascos, y desplegó el mapa.

—A ver qué te parece, *Jane*.

Jane le respondió y solo él la escuchó.

—¿El qué?

—Vas a conocer Bath.

—Ya conozco Bath, ¿qué necesitas saber?

—Nada. Tú déjate llevar y escucha, vamos a descubrir qué hizo Jane Austen en Bath.

—Dejarse llevar —sugirió con ironía.

—Exacto.

La voz de la audio-guía empezó la narración y con ella Manel a andar.

Una I.A. —inteligencia artificial— como la de *Jane* aprendía a base de interactuar con humanos. El algoritmo de aprendizaje que Manel había creado y desarrollado después con el equipo de la universidad era capaz de procesar tanto información como psique, es decir, podía aprender a analizar el tono con el que una persona se dirigía a ella y actuar en consecuencia.

—¿Sabes por qué te llamé *Jane*?

Se estaba acercando a las Assambley Rooms y esforzándose por no pensar en la noche anterior, en la fiesta que se había celebrado allí cerca y en la que había visto a Anne. Iba hablando por la calle como tanta gente hacía y *Jane* le escuchaba a través del micrófono incorporado en el cable de los auriculares.

—Por Jane Austen. A diferencia de *Eliza*, cuya base de datos estaba formada por manuales de psicología, tú decidiste hacer algo más. Un día, después de una clase en la universidad, viste en un periódico un artículo sobre...

—Para. Esa es la respuesta oficial, la que das en las presentaciones de la universidad.

—Es la respuesta correcta.

—No del todo.

—¿Qué significa no del todo?

—Significa que te falta información.

—¿Y dónde puedo conseguirla? ¿Necesito buscar una nueva actualización?

—No, *Jane*, no te hace falta ninguna actualización. Déjalo. Mejor disfrutemos de la ciudad.

Regresó a la casa que había alquilado la BBC de mal humor, ¿cómo es posible que un lugar en el que nunca has estado antes te haga sentir nostalgia? Él nunca había paseado por esas calles y sin embargo añoraba cada uno de aquellos momentos no vividos.

Se encerró en su habitación y se concentró en el trabajo, el mejor método evasivo que conocía, había recibido un correo de TEZ y tras leerlo paseó de un lado al otro formulando teorías en voz alta, tenía a *Jane* en marcha, ella podía proporcionarle datos si lo necesitaba y al mismo tiempo seguía practicando la conversación con ella. Las cuestiones legales podía hablarlas con sus abogados, y tenía intención de hacerlo, y los temas técnicos iban a analizarlos hasta el último resquicio él y su equipo en San Francisco. Lo que nadie podía hacer excepto él era decidir si seguían o no adelante. Y tal vez estar allí, en aquel entorno, no era lo más adecuado para su tranquilidad.

—Todo esto es una estupidez.

—¿Qué es una estupidez?

Confuso dirigió la mirada hacia el ordenador, estaba acostumbrado a trabajar con *Jane*, pero seguía sorprendiéndole que ella le hablase igual que haría una persona de carne y hueso. Bueno, exhaló, de eso se trataba, de que la I.A. se comportase como un ser humano.

—Nada. Lo siento.

—No importa.

Jane respondía así porque en su memoria tenía horas y horas de conversaciones almacenadas, conversaciones que él y su equipo habían mantenido con ella para programarla —él prefería el término educarla— y otras que se habían introducido como líneas de código. Aun así, aunque él la había creado, le erizaba la piel que se acercase tanto a la realidad. No era ingenuo y la posibilidad de dejarse engañar, de fingir que *Jane* no era una máquina sino un ser animado y con alma era tentadora, vacía pero tentadora.

—¿Sigues sin haber obtenido una solución definitiva a las cartas de Lefroy?

—La información es inconclusa. Faltan datos.

—Lo sé. —No podía centrarse, la cabeza le iba de un lugar a otro en busca de un tema en el que poder perderse y estaba arrastrando a *Jane* con él—. Desconéctate, iré a ver si ha llegado alguien.

Guardó el portátil en el cajón de la mesilla de noche, hoy había fingido ser un turista cualquiera, pero no lo era, y no podía seguir mareando a esos ejecutivos chinos. Nunca había actuado así y estar en Inglaterra no era excusa para empezar a hacerlo. Volvió a leer el correo en el móvil, lo que le preguntaban estaba dentro de lo previsible, podían seguir dándole vueltas hasta que él se cansase y decidiese volver a casa o hasta que uno de sus interlocutores perdiera la paciencia y diese las negociaciones por concluidas y perdidas.

¿Quería vender Buenas Intenciones, y a pesar de que sabía que era una buena

decisión estaba buscando motivos para no hacerlo?

Se tumbó en la cama, extendió los brazos a ambos lados de su cuerpo y el teléfono cayó a pocos centímetros de los dedos de la derecha. Él no tenía la app en el móvil, solo tenía a *Jane*, el correo electrónico y el sistema de mensajes que lo mantenía en contacto con su equipo en San Francisco, nada más. Era irónico que Buenas Intenciones hubiese triunfado cuando su competencia natural no costaba nada y estaba integrada en cada uno de nosotros, solo dependía de nuestra fuerza de voluntad.

La premisa de la aplicación se le ocurrió cuando llevaba poco más de un mes en Estados Unidos, había tenido una semana de mierda que había concluido con una discusión espantosa con el tutor de su proyecto, su primer acercamiento realista a la I.A. Salió a tomarse unas cervezas con unos compañeros de la residencia universitaria, no eran amigos, pero se saludaban por los pasillos y en caso de incendio se habrían ayudado, que es mucho más de lo que se podía decir de mucha gente en el entorno competitivo de ciertas facultades tecnológicas. No volvió borracho, de haberlo estado se habría quedado dormido nada más caer sobre el colchón, pero había perdido la rabia que le retenía y le obligaba a diario pensar dos veces antes de marcar el número de Anne en el teléfono. Esa rabia era como una losa, un peso que llevaba encima y el alcohol lo había levantado y solo quedaba la neblina del dolor rodeándole con sus brazos, susurrándole al oído que no pasaba nada porque esa noche la llamase.

La echaba mucho de menos. Daba igual que ella le hubiese roto el corazón y que le hubiese dicho que lo suyo no era importante, que lo mejor que podían hacer era seguir cada uno con su camino. Caminos, porque si solo hubiese habido uno lo habrían recorrido juntos. Tenían que ser dos, dos caminos, o quizá más y por eso estaban separados, porque él estaba allí y ella en Londres.

Porque ella le había dicho que no le quería.

No pasaba nada si la llamaba, tal vez ella también le echaba de menos «por eso te ha llamado tantas veces, imbécil». No, no estaba lo bastante borracho. Pocos días después de aterrizar en Boston borró del móvil el número de Anne, fue simbólico, un intento en vano de exorcizarla de su vida pues se lo sabía de memoria y allí tumbado con la cabeza dándole vueltas y con ganas de vomitar lo marcó, pero se detuvo en el último dígito.

Había eliminado todos sus perfiles de las redes sociales para evitar la tentación de buscar los de ella. Él nunca había sido dado a compartir lo que le estaba pasando y en su faceta personal solo los utilizaba para leer las noticias; para estar al corriente de la vida de las personas que quería lo único que tenía que hacer era

formar parte de esa vida o, si estaba lejos como entonces llamar y pasarse un rato al teléfono escuchando desde banalidades hasta hechos de lo más trascendentales y contar después los suyos. En su faceta académica y profesional había analizado cada una de esas aplicaciones hasta entenderlas, pero tuvo que borrarlas porque no quería convertirse en la clase de persona que espía a otra, que observa a escondidas cómo alguien lo olvida o sigue adelante sin él.

Sin embargo esa noche años atrás ninguno de sus proyectos, ni el más cotizado, consiguió eclipsar la necesidad de oír la voz de Anne. Con el dedo encima de la última tecla, la que cruzaría el océano hasta llegar a esa habitación de Londres donde aún se la imaginaba aunque sabía que era imposible que estuviera allí, pensó que sería de lo más útil que el móvil pudiese avisarte y decirte que aunque tenías buena intención, nada bueno iba a salir de esa llamada.

Las buenas intenciones no suelen acabar como esperamos.

En el mejor de los casos, sus resultados son imprevisibles.

En el peor... en el peor te encuentras con un móvil en la mano y con el corazón y tu autoestima destrozados.

Soltó el teléfono como si no pudiese seguir mirándolo y fue a echarse agua en la cara. Metió la cabeza entera bajo el grifo del baño y después se miró en el espejo. Apenas se reconocía, lo mejor de él estaba oculto allí dentro, en alguna parte, tras aquel par de ojos que todavía estaban rojos de rabia. Él no era así y tenía que espabilarse. Iba a hacer algo con todo aquello, algo útil. Su historia con Anne había acabado mal. Había acabado. Punto. Lo de mal podía deducirse.

No iba a llamarla hoy, pero mientras tuviera el número de teléfono en su mente corría el riesgo de hacerlo. Igual que corría el riesgo de buscar su nombre en alguna parte. No podía arrancarse esos recuerdos, y lo cierto es que tampoco querría, esos momentos, los que había vivido con ella formaban parte de la historia que le había llevado hasta aquí y le gustaba donde estaba. Le gustaba lo que estaba haciendo con su vida. Lo que necesitaba era asegurarse de que alguien o algo de fiar le impidiese agarrarse a cualquier excusa y llamarla. «Aprovecha que es Navidad, por ejemplo, la gente educada se felicita la Navidad. Los amigos se llaman para desearse felices fiestas.» La intención podía ser buena, lo era, pero no le convenía.

Salió de aquel baño tan rápido que se golpeó la rodilla izquierda con un remache que esa mañana se había separado de la puerta de la ducha. Se cortó y le quedó la cicatriz. Cuando estaba sentado en su mesa de San Francisco y alargaba las piernas para pensar solía rascársela. Era un tic, lo sabía, y servía para recordarle el momento exacto en que se le ocurrió utilizar parte del

algoritmo que había creado para la I.A para intentar algo distinto.

Iba a instalar un espía en su móvil, dicho así sonaba excesivamente mal, mejor llamarlo un consejero, un amigo del alma. Lo llamó Buenas Intenciones, obviamente. La primera versión, la que utilizó solo él y un par de compañeros, ahora amigos, que trabajan con él en el laboratorio de la universidad, consistía en introducir dentro de la aplicación la lista de números de teléfono de las personas a las que no querías llamar. Junto con los números se añadían también los nombres que esas personas utilizaban en las redes sociales y conectabas las aplicaciones de dichas redes, si estaban en tu móvil, a Buenas Intenciones. Y cuando intentabas llamar a esa persona cuyo número habías introducido el programa te detenía y bloqueaba la acción y aparecía un mensaje que te recordaba los motivos por los que no podías hacerlo (motivos que el usuario había introducido previamente).

Al principio era muy rudimentaria, pero enseguida estuvo operativa y el conjunto de personas que la probaban aumentó considerablemente. Drásticamente. En pocos meses todo el campus quería tener Buenas Intenciones en su móvil, Tablet u ordenador. Compararon el fenómeno con el origen de Facebook y aunque no tenía —todavía— la misma magnitud era una comparación legítima.

Bastó con una única ronda de financiación para sacar la app oficialmente al mercado, el prototipo estaba muy avanzado y bastó con una pequeña inversión de un fondo, y él seguía teniendo el control absoluto. Por eso él era el único que podía decidir si vendían Buenas Intenciones a TEZ.

Había anticipado que aquel viaje iba a ser importante para él, que según la decisión que tomase su vida cambiaría para siempre.

Pero no había anticipado encontrarse con Anne.

Oyó ruido en el piso de abajo, giró la cabeza hacia la ventana del dormitorio y los edificios de Bath lo cogieron por sorpresa. Pasear le había dejado más exhausto de lo que creía, había recorrido la ciudad de arriba abajo y había entrado en todos los anticuarios y librerías que habían aparecido a su paso. Lo más frustrante era que antes de cruzar todas y cada una de esas puertas ya sabía que no iba a encontrar lo que buscaba. Dos veces se unieron a las que lo habían despertado, dedujo que Colin acababa de llegar con parte de su equipo. No podía quedarse allí, ni en esa casa ni en esa ciudad ni en Inglaterra.

Bajó, cenó con aquel grupo de gente y quizá se preguntó una o dos veces qué habría pasado si no se hubiese marchado de Londres ocho años atrás, quizá

también estaría allí ahora o quizá habría vuelto a Barcelona en algún momento y habría terminado allí la carrera y no en Estados Unidos. Las posibilidades eran infinitas, él bien lo sabía, y sin embargo no podía quitarse de encima la sensación de que hubiera hecho lo que hubiese hecho, hoy estaría aquí.

El grupo se rio, él no tenía ni idea de por qué pero se unió al brindis que siguió a las risas. Luke había llegado unos minutos atrás con cara de no querer hablar de lo que había sucedido en Londres. No hizo falta que lo dijese en voz alta, todos lo entendieron y fingieron que no sabían que su amigo era médico de urgencias y que probablemente su día había sido mucho peor que el del resto. Envidiaba esa clase de relación, envidiaba ser capaz de tenerla, mejor dicho. Él tenía amigos en casa —se le encogía un poco el estómago cada vez que se daba cuenta de que para él su hogar ya no estaba en Barcelona sino en Los Gatos— pero no de los que pueden prescindir de palabras.

Iba a quedarse el fin de semana en Bath, viviría aquellos días como una despedida de la vida que tal vez habría llevado si hubiese tomado un montón de decisiones distintas de las que a pesar de todo no se arrepentía. No serviría de nada hacerlo. Volvería a Londres el lunes y se reuniría con TEZ. Y después se iría.

11

Anne

Estaba desayunando con Thea, su hermana había aparecido en pijama en la cocina y sin mediar palabra había puesto un par de rebanadas de pan en la tostadora y se había servido una taza de te de la tetera que Anne había preparado. No le importaba compartirla, pero todavía no había salido de su asombro.

—Buenos días —le dijo para ver si a cambio obtenía una explicación.

Thea farfulló algo similar y tras bostezar y estirar los brazos se dejó caer en la silla que había frente a la de Anne.

—¿Hoy no trabajas?

—Hoy no.

—¿Y qué haces vestida? —lo preguntó como si fuera una atrocidad y fue a buscar las tostadas que acababan de saltar enarcando las cejas.

—He quedado con Harriet. ¿Tú qué planes tienes para hoy? —Se mordió la lengua para no añadir si pensaba pasarse el día entero en pijama.

—¿Harriet? ¿Harriet de Londres?

—Está pasando unos días en Bath. —Disimuló que le sorprendiera que se acordase—. ¿Tú echas de menos Londres, la vida que llevábamos allí?

Thea esparció la mantequilla con precisión, deslizaba el cuchillo hasta el borde y luego subía para eliminar las líneas. A Anne siempre le había sorprendido que su hermana pequeña fuese tan contradictoria, podía ser completamente imprevisible y desordenada y allí estaba, dibujando paralelas perfectas en una tostada.

—Yo no soy como tú, yo no me fui de Londres para siempre. Voy muy a menudo y... —dio un mordisco empezando por el borde más quemado— ... estar aquí es provisional.

—Hace pocos días estuve en casa de Russell. —No había podido contener la necesidad de defenderse—. Y para mí esto tampoco es definitivo.

¿No lo era?

Solo Thea tenía ese don, el de descolocarla y enfurecerla en un par de frases.

Dio otro mordisco, justo al lado del anterior.

—No quería hacerte enfadar. —Anne bebió té, se atragantó con el mal humor

—. Tú fuiste la primera en irte de Londres, antes que papá y yo. Y esta es la primera vez que mencionas a Harriet. Pero dejémoslo, no he salido de la cama a estas horas para pelearme contigo.

—Lo dices como si fueran las seis de la madrugada, son casi las diez.

—En respuesta a tu pregunta, a veces echo de menos el ruido de la calle donde vivíamos y el color de la ciudad, pero se me pasa enseguida porque no tengo la sensación de haberme ido, solo me he alejado un poco.

Anne la miró, para ser una chica tan caótica su hermana parecía tener las ideas mucho más claras que ella.

—¿Y por qué has salido de la cama a estas horas?

—Quería hablar contigo. ¿Puedes almorzar conmigo y con Juniper el lunes?

—Claro. ¿Sabes por qué papá está tan interesado en las viejas joyas que nos dejó mamá?

—No, esta semana he estado muy liada, entre cuidar esa casa y... no he podido. ¿Y tú?

Le habría gustado que Thea le hubiese contado el verdadero motivo por el que no había tenido tiempo libre, pero ella tampoco le había hablado de la fiesta de Colin ni de que allí además de Harriet se había encontrado con otra persona de su vida en Londres.

—No, pero tal vez hoy pueda averiguar algo. —Vio que Thea arrugaba el cejo mientras bebía—. Harriet va a llevarme a Rainbow Wood, un amigo de su prometido está rodando allí un documental sobre casas de escritores famosos y hoy entrevista a alguien muy importante del National Trust. He pensado que podría preguntarle a esa persona si existe alguna manera de averiguar si las joyas de mamá son valiosas sin acudir a un tasador.

—¿Y crees que te lo dirá sin más?

Le incomodó que le obligase a aceptar la misma duda que ya tenía.

—No lo sé, pero no pierdo nada por intentarlo. Dudo mucho que las joyas de mamá tengan valor por sí mismas, no están hechas de diamantes ni nada parecido. No hace falta ser un experto para saberlo. Tal vez la persona del National Trust pueda recomendarnos algún lugar al que acudir a preguntarlo sin que sea un tasador y sin que papá se entere. Si le demostramos que no valen nada, dejará de pedirnoslas.

Thea dejó la taza y se atusó el pelo, tenía una melena castaño oscura que recordaba al color de los árboles mientras que la de Anne se parecía al carbón.

—Es muy buena idea, Anne.

Sonrió y terminaron el desayuno en silencio.

Iba sentada en la parte de atrás del coche, conducía Harriet y Patrick le explicaba que hacía años que él y su hermana no iban de excursión al campo. «Es como cuando éramos pequeños, le dijo, nuestros padres insistían en llevarnos todos los fines de semana a recorrer el país y creo que por eso Alice y yo dejamos de hacerlo en cuanto nos fuimos a la universidad.» Alice estaba sentada junto a Anne, habían coincidido en un par de ocasiones años atrás, pero no habían hablado nunca y no la habría reconocido en medio de la calle de lo cambiada que estaba. Era una chica parecida a Harriet, del mismo estilo, si existiese un catálogo de humanos ellas dos estarían en la misma página y Anne en otra. Era amable, era evidente que se llevaba muy bien con su hermano mayor, había añadido comentarios a la historia de Patrick convirtiéndola en una anécdota más divertida y entrañable. Aunque por las palabras que elegían tanto el uno como el otro uno podría decir que estaban criticando a sus padres, cualquiera que escuchase con atención notaría que echaban de menos esa época de sus vida y que sentían verdadero afecto por sus progenitores.

Harriet, siempre la perfecta anfitriona, se había ocupado de preparar o de encargarse, mejor dicho, el almuerzo porque ella en la cocina era un verdadero desastre, todos lo sabían, y Patrick, que no estaba dispuesto a poner su vida en peligro, hacía años que había aprendido a cocinar. «Algo que de verdad le gustaba, añadió Harriet y sumó un soy una chica con suerte.» La cesta que estaba en el maletero era de una prestigiosa tienda de Londres y Anne dio gracias mentalmente a Thea porque antes de salir de casa le había dicho que se llevase con ella un par de botellas de vino o de lo que fuera. No podía llegar con las manos vacías.

Aparcarían en Prior Park y desde allí pasearían hacia el Rainbow Wood. Después se reunirían con Colin, seguro que para entonces podría descansar un rato, y buscarían un lugar donde almorzar. Ese sábado iba a ser toda una aventura y andar les haría bien. Al fin y al cabo, todos eran ratas de ciudad. Patrick no paraba de hablar, su hermana Alice y Harriet insertaban comentarios o bromas justo en el lugar preciso y Anne observaba. Le sorprendió que a pesar de no formar parte de ninguna de las historias que contaban y de no conocer a ninguno de los tres lo suficiente como para entender su sentido del humor o sus juegos de palabras no se sentía excluida. No del todo, al menos. Ellos tres eran un grupo teatral que pasaban por allí y la habían adoptado durante el viaje, en cuanto se fueran, ellos se llevarían su representación a otra parte y ella seguiría con su vida.

Anne había estado en Prior Park, Caroline había insistido en llevarla con unos

amigos a las pocas semanas de conocerla y desde entonces había vuelto otras veces, aun así la entrada del parque del siglo XVIII le aceleró el corazón. Era precioso, no importaba que ya lo conociera, durante unos segundos, cada vez que volviera a verlo, creería que entraba dentro de un cuento.

Harriet y Alice exclamaron impresionadas y Patrick también, pero enseguida se alejó para acercarse al vehículo que se había detenido a escasos metros del suyo. Anne dio unos pasos hacia un lado, sus ojos pasaron por la colina verde, subieron por dos árboles y buscaron aquel precioso puente de piedra que había en un lago a pesar de que sabía que desde donde estaba era imposible verlo. El jardín tenía una estructura gregoriana y había sobrevivido al paso del tiempo como si el mero devenir de los años no fuese con él. Las flores seguían floreciendo, los árboles creciendo. Ellos eran insignificantes.

Soltó el aliento.

Ella no quería ser prescindible ni insignificante. No pretendía salvar al mundo ni pasar a la historia por haber inventado o descubierto algo, no tenía tantas pretensiones. No era eso lo que desde hacía semanas no la dejaba dormir una noche seguida, era... Tal vez le bastaría con que la recordase alguien.

—¡Anne, vamos! Ya estamos todos.

Se dio media vuelta, Harriet le estaba haciendo señas. Se había alejado más de lo que creía. El sol la cegó un poco y se llevó una mano a la frente para hacer de visera. Patrick estaba hablando con Luke, lo veía gesticular, y junto a Alice estaba Manel.

El parque encogió, el oxígeno desapareció y pensó que no era justo que él estuviese allí. ¿Por qué tenía que aparecer en esos lugares que hasta entonces estaban completamente vacíos? Él los llenaba sin querer, sin proponérselo, lo cual era aún peor, y ella después iba a tener que arrancarlo de allí.

Apartó la mano, no podía irse y no le daba la gana ni de planteárselo. Prior Park le gustaba, su primera visita con Caroline y sus amigos era un gran recuerdo, se celebraba un concierto y habían ido a escucharlo, habían bebido cerveza demasiado caliente y comido unas patatas recalentadas. Habían bailado descalzas y un chico, un alemán que estaba de paso por Bath, la había besado. No le dijo su nombre, ella tampoco, y se despidieron con una sonrisa, como si aquella noche no hubiese sido real. Le encantaba ese recuerdo, le encantaba la Anne que había sido aquella noche.

Caminó hacia el grupo, ninguno de ellos —ni siquiera Manel— era consciente de lo que significaban cada uno de los pasos que dio.

—Luke y Manel ya están aquí, ¿no es fantástico?

Creyó que él, Manel, farfullaba fantástico con cara de pocos amigos, pero no podía confirmarlo. Si él hubiese hecho aquel comentario en voz alta, habría podido contestarle, sin embargo se calló. Podía entender que ocho años atrás él se hubiese enfadado, que se hubiese sentido dolido y ofendido. Pero no lograba imaginarse qué le pasaba ahora por la cabeza.

No había ido allí por ella, eso seguro, bastaba con mirarle para deducir sin lugar a duda que él tampoco sabía que ella iba a estar allí. No quería verla, estaba claro, y tras tragar saliva y cerrar los puños con fuerza, Anne lo asumió y siguió adelante.

Patrick inició la marcha, tácitamente le habían nombrado líder de la expedición, y Harriet se colocó a su lado. A Anne le gustaba ver a su amiga feliz, tal vez ya no tuvieran nada en común —tal vez no lo habían tenido nunca—, pero la alegraba ver que era feliz. Alice, la hermana de Patrick, los siguió y junto a ella apareció Manel.

De espaldas ofrecían una imagen perfecta, tan perfecta que le dolió mirarlos. Con el parque de fondo, un parque tan fotogénico que convertía cualquier fotografía en un póster perfecto para un catálogo de bodas o una novela romántica, ella tan rubia, tan dulce, con una sonrisa tan perfecta y sincera, con aquel diente torcido y una nariz un poco puntiaguda, lo suficiente para no tener cara de muñeca y para caer bien a la gente normal como ella. Alice le había caído bien y Anne no iba a cambiar de opinión porque ahora estuviese paseando junto a Manel. Él moreno, alto, más de lo que ella recordaba y con las espaldas más anchas. Tal vez ya era así antes, aunque la lógica dictaba que ocho años tenían que haberlo cambiado como le había sucedido a ella. Llevaba un jersey bastante grueso de color gris oscuro, vaqueros azul marino y caminaba con las manos en los bolsillos. Anne querría poder decir que lo veía tenso, incluso preocupado, pero no lo sabía. Sus recuerdos le decían que sí, que lo había visto así otras veces, que ya había visto antes aquella manera de levantar un hombro o esa forma de ladear la cabeza. Él no podía haber cambiado tanto, pero lo cierto era que no estaba segura.

Ella no quería que hubiese cambiado tanto, quería que se diese media vuelta y le hablase, que le dijese algo, lo que fuera, los años y los errores se desvanecerían y podrían empezar de nuevo, al menos como amigos. Claro que eso era imposible. Nadie puede empezar de nuevo cuando ha existido lo que existió entre ellos dos.

Se unió al grupo, mantuvo una distancia prudencial con Alice y Manel, prudencial para ella, y confió en que cuando Luke terminase la llamada que lo

tenía rezagado se pusiera a su lado. Así serían un grupo ordenado de tres parejas y si tenía algo de suerte la mañana terminaría sin ningún incidente cardíaco irreparable.

Intentó vaciar la mente de esos pensamientos, dejar que el paisaje fuese su acompañante y organizar en la cabeza lo que le explicaría al representante del National Trust cuando lo conociera más tarde. No era un mal plan, pero la voz de Manel insistía en flotar por el aire hasta llegarle a las orejas. Oyó que Alice le decía que de pequeña había estado en aquel parque con sus padres y que había visitado la ciudad en varias ocasiones. Era preciosa, le encantaba. En el coche había dicho lo mismo. Manuel le respondió que aunque él había vivido en Londres casi un año, nunca había estado. Un fin de semana estuvo a punto, pero al final surgió un cambio de planes.

El traspies de Anne en medio de aquel camino llano, sin raíces que sobresalían y sin piedras desperdigadas, no lo vio nadie excepto ella. Recordaba aquel fin de semana, los planes que habían hecho para visitar Bath y cómo al final lo pasaron en su apartamento. Hablando, riendo. Enamorándose. Cambiando los planes, según el ahora.

Eso era el amor, un cambio de planes. La línea que si la trazabas bien podía definir el resto de tu vida a partir de un momento concreto.

—¿Te has torcido el tobillo?

Luke apareció a su lado, sujetaba el móvil en la mano como si temiese alejarse demasiado del aparato y a pesar de que la había visto casi caerse sus ojos no se detenían en ningún árbol o pájaro, ni tampoco en la silueta de Bath que se dibujaba en el horizonte. Era como si sus ojos siguieran en otro lugar mientras el resto de él estaba en aquel camino.

—No, solo ha sido un traspies, a veces me pasa. —Él asintió en silencio y Anne hizo algo impropio de ella y se atrevió a curiosear—. ¿Ha sucedido algo? El teléfono, te he visto hablando y parecías muy concentrado.

Luke parpadeó, lo correcto sería decir que su mente se sincronizó con su cuerpo, y sonrió burlándose de él mientras guardaba el móvil en el bolsillo trasero de los pantalones.

—Era una compañera del trabajo. No estamos de acuerdo en algo.

—Estudiaste medicina, ¿no? —Él se giró a mirarla, ella mantuvo la vista al frente—. Creo que salió en una conversación con Patrick hace años.

—Sí, soy médico. Y creo recordar que *Patrick* me dijo que tú estudiabas derecho.

No le hacía falta verlo para saber que estaba sonriendo ni ser una experta en el

arte de la ironía para entender que el Patrick al que había hecho referencia era en realidad el moreno que caminaba delante de ellos.

—Espero que no sea grave lo que ha sucedido. Yo no suelo discutir con mis compañeros de trabajo. —Era prácticamente imposible, en el restaurante iban de cabeza y los gritos o quejas que se producían durante el turno solían olvidarse cuando salían por la puerta, y en la tienda justo acababa de empezar y siempre estaba sola—. Pero es incómodo, de eso no hay duda.

—Y que lo digas. Aunque no hemos discutido por trabajo, no exactamente.

—Ah, entiendo. Bueno, de todos modos espero que no sea grave.

—La verdad es que lo es, al menos para mí. —La frustración marcó cada sílaba—. Joder. Lo siento. No tienes por qué aguantar mis problemas. Apenas nos conocemos y estamos paseando por la campiña. Si aparece Hugh Grant le lanzo algo, tal vez no debería de haber venido.

—Dudo que Hugh esté por aquí y no te preocupes, ¿cómo es eso que dicen? ¿Hablar con desconocidos es más fácil que hablar con tus amigos?

—Sí, algo así, aunque creo que se refieren a camareros y no a la ex de... —carraspeó—. Mierda. ¿Lo ves?, no tendría que estar aquí, pero Nanda prácticamente me ha echado y si me quedaba allí un minuto más...

—Deduzco que Nanda es tu compañera de trabajo.

—Sí, compañera de trabajo, llamémosla así. ¿Qué se supone que queréis las mujeres?

—Para empezar queremos que no nos metan a todas en el mismo saco.

—Yo no hago eso.

—Acabas de hacerlo.

—Vale. Joder. Lo siento. Es que últimamente os lo tomáis todo muy a la tremenda.

—Ya vuelves a generalizar, Luke, y no nos lo tomamos todo a la tremenda, es que hemos decidido dejar de estar calladas. ¿Quieres hablar de feminismo? Porque la verdad, y aun metiéndome dónde no me llaman creo que te iría bien. ¿O quieres contarle a esta perfecta desconocida qué te pasa con Nanda?

Luke echó los hombros hacia atrás y estiró los brazos entrelazando las manos en la nuca. Seguro que zanjaría el tema y que se pondría a hablar del tiempo, o tal vez se acercaría a sus amigos y la dejaría plantada. Y ella volvería a quedarse sola y negándose a mirar, ni siquiera de reojo, las nuca de Manel y de Alice.

Pero bajó los brazos y empezó a hablar.

—Creo que empiezo a entenderlo.

—¿El qué?

—Lo de Manel.

Esta vez sí había una piedra en el camino, diminuta. Recuperó el paso casi sin que se notase y buscó enfadada los ojos de su extraño acompañante.

—No hay nada que entender. Mira, no tendría que haber cotilleado, lo siento. Ya me has puesto en mi lugar. Ahora será mejor que caminemos en silencio, podemos mirar los pájaros o hablar del tiempo.

—Nanda es médico en el mismo hospital que yo, ella está en la planta de natalidad y yo en urgencias, así que técnicamente no trabajamos juntos. Juntos hacemos otras cosas.

—Entiendo, ¿y cuál es el problema?

—Yo querría hacer algo más, la he invitado a venir hoy aquí y me ha mirado como si le estuviese pidiendo que sacrificásemos a un niño ante el demonio. Hemos discutido y me ha echado. Joder. Yo solo quiero... hacer algo más.

—¿Y se lo has dicho? Con palabras, quiero decir, no con eufemismos extraños ni dando por hecho que ella puede leerte la mente.

—La he invitado, le he dicho que quería que viniera.

—¿Y ya está? Cuando ella te ha contestado, ¿qué has hecho? Dime que no te has enfadado. —Luke siguió en silencio—. Te has enfadado. ¿Se te ha ocurrido pensar que su negativa tal vez no tiene nada que ver contigo? ¿Que tal vez en su vida está sucediendo algo más importante que tú? Y no me refiero a otro hombre.

—Claro que lo he pensado y se lo he preguntado. Hoy no, eso lo reconozco, pero —se pasó las manos por el pelo—, ¿por qué das por hecho que yo soy el cerrado de los dos, el que no es capaz de hablar de sus sentimientos? ¿No estás haciendo lo mismo que yo he hecho antes, generalizar?

—Tienes razón —reconoció—, lo he hecho. Apenas te conozco y nunca he visto a Nanda y no soy nadie para dar consejos sobre este tema. Sobre ninguno. Si lo que pasa entre tú y esa chica es importante para ti, habla con ella y escúchala. En mi experiencia a veces es más difícil lo segundo.

—Acabas de decir que no sabes dar consejos y ese no está tan mal. ¿Lo has llevado a la práctica?

12

Anne

Optó por no mandar a paseo a Luke. Ella tenía la culpa, se había metido en aquella conversación solita y no iba a discutirse con ese chico por algo que no tenía nada que ver con él. Además, la persona con la que sí tenía que ver seguía andando como si nada, paseando por entre los árboles y hablando con Alice.

Llegaron a la zona donde Colin estaba rodando el documental. Anne no sabía nada de ese mundo y le sorprendió la cantidad de personas que había esparcidas y muy ajetreadas alrededor del camión donde dedujo que transportaban el equipo. También había una caravana de maquillaje y avituallamiento, le explicó Harriet, que había aparecido a su lado, y dos coches con los maleteros abiertos como si tuvieran que estar accesibles en todo momento. Había cámaras, una flotaba en el aire y otra estaba incorporada en una base con ruedas. También había un dron, eso se lo explicó Luke, al parecer la BBC no se andaba con tonterías cuando filmaba documentales y menos en uno que trataba de los mejores autores de la literatura inglesa. Habían conseguido incluso cerrar esa parte del parque, una cinta negra con el logotipo de la cadena marcaba el perímetro y un chico y una chica vestidos también de negro y con gafas de sol y pinganillo en la oreja lo recorrían. Harriet saludó a la chica, la había conocido durante las gestiones del traslado y era muy simpática. Anne recibía toda esa información sin saber muy bien qué hacer con ella.

Entraron en la zona de rodaje, esa cinta negra no suponía ninguna dificultad si alguien pretendía colarse, aunque Anne supuso que allí, en medio del campo, era poco probable que sucediera. El grupo con el que había paseado hasta el parque se dispersó igual que la presión que sentía en el pecho y caminó por entre todo aquello que ahora, con las cámaras y toda esa gente tan atareada, parecía un decorado. Dudaba mucho que alguna vez volviese a estar en un entorno parecido y despertó en ella la misma curiosidad que de pequeña la había llevado a observar fascinada aquel grupo de pingüinos en el zoológico.

Era verano, ella tenía ocho años, Therese cinco y Juniper doce. Estaban en agosto y hacía calor y una humedad nada típica de su ciudad. No era solo el calor, Londres entero estaba distinto, alterado, como si no supiese qué hacer con

esas calles y con esos habitantes y temiera el resultado de mezclarlos con esas altas temperaturas. Papá y mamá también estaban raros, quizá habían discutido la noche anterior, no lo sabía, con ocho años aún no diferenciaba las discusiones de la indiferencia y sin embargo esa mañana los dos estaban sonriendo en la cocina, papá rodeó a mamá por la cintura y le dio un beso en la mejilla y después ella le dio otro en los labios. «Hoy vamos a ir de excursión, anunció papá levantando en brazos a Juniper.» Curioso que se le hubiese olvidado esa anécdota mientras iban en coche hacia allí y que ahora la recordase. Fueron al zoo, Juniper llevaba un vestido blanco con fresas estampadas, a ella le gustaba mucho ese vestido y aunque odiaba heredar la ropa de su hermana mayor aquel vestido lo esperaba con ansia. Thea también iba con vestido, uno nuevo, uno que no había heredado. Anne tenía muy pocos de esos, lo único que sí conseguía estrenar eran los vaqueros porque Jun los odiaba y, por tanto, a ella le encantaban. Se puso los vaqueros a pesar del calor y de que tanto mamá como papá le dijeron que se asaría como un pollo. En el colegio sus amigas le decían que tenía mucha suerte de que los fines de semana su madre le dejase escoger la ropa y ella se encogía de hombros sin más porque quería contestarles que le gustaría que de vez en cuando mamá le preparase un conjunto —así lo llamaban esas niñas— para ella y no que se limitase a mirarla un segundo antes de salir corriendo hacia el restaurante o hacia una de sus aficiones y a decirle un mero «vas bien, pero asegúrate de llevarte una chaqueta que te vas a resfriar». Aquel día incluso eso fue distinto: cuando mamá vio que no iba a quitarse los vaqueros se arrodilló delante de ella y le dobló las perneras hasta por encima del tobillo. «Así estarás más fresquita y estás muy guapa con esta camiseta de tirantes a rayas», la besó en la nariz al levantarse y le pasó la camiseta que había elegido de un cajón. En el zoo había mucha gente, igual que en todo Regents Park, pero papá se encontró a alguien que conocía y entraron sin hacer cola, les compraron helados y las tres hermanas jugaron y corrieron por los caminos que se dibujaban entre las jaulas de los animales. Hasta que llegaron a ese extrañísimo edificio blanco. Parecían dos boomerangs enganchados por el medio, como si uno hubiese querido ir hacia la derecha y el otro hacia la izquierda y se hubiesen peleado. El cemento armado lo convertía en un bicho raro allí en medio de tantos árboles y el nombre que leyó Anne la dejó atónita: piscina de pingüinos. Lo primero que hizo fue preguntar si podía bañarse con ellos, hacía mucho calor y seguro que no les molestaría, además, sabía nadar. Mamá se rio y papá la subió a hombros a pesar de las quejas de Thea, ella también quería ser tan alta, al final se conformó con que mamá la llevase en brazos. Rodearon el extraño edificio y al

llegar a la parte superior se enamoró, era la mejor manera de definirlo. Los dos boomerangs eran rampas por las que los pingüinos se deslizaban, unos de pie otros tumbados encima de sus barrigas, hasta caer en la piscina. Jun se rio al ver un par de pingüinos peleándose y desde lo alto de los hombros de papá, Anne vio que este le daba la mano a mamá y la besaba. Había sido muy buena idea ir a conocer a esos animales que al parecer contagiaban felicidad.

—¡Anne! Llevo diez minutos buscándote, creía que te habías perdido. —Colin sujetaba una carpeta en la mano y del cuello le colgaba una lente fotográfica—. La otra noche en la fiesta me dijiste que te gustaría hablar con Rachael, la experta del National Trust, ¿aún estás interesada?

—Sí, claro. Siento que hayas tenido que buscarme, me he despistado andando por aquí. —Miró a su alrededor, estaba medio escondida entre el camión de las cámaras y una mesa plegable llena de papeles garabateados, había ido a parar allí mientras paseaba por esos recuerdos—. ¿Qué tal ha ido el rodaje?

Empezaron a caminar, seguía a Colin con paso acelerado y pensó que lo correcto era que se interesase por su día.

—Al principio ha sido un caos, siempre sucede lo mismo, necesitas unos minutos para adaptarte al entorno y al nuevo equipo, pero cuando nos hemos centrado —chasqueó los dedos— ha ido muy bien. Creía que iba a aburrirme en este proyecto y, uf, no podía estar más equivocado. ¿Sabes todo lo que hicieron Jane Austen o Charlotte Brönte y no me refiero solo a lo que escribieron?

Anne sonrió.

—Lo sé.

—Llevo semanas leyendo biografías, obviamente, pero estar aquí es... lo siento, te estoy aburriendo.

—No, por favor, no. Tiene que ser muy emocionante.

—Lo es. —Llegaron a una carpa blanca que habían montado entre dos robles enormes, bajo la tela había varias sillas y una mesa cubierta con un mantel de papel blanco con botellines de agua encima, una bandeja con galletas y otra con sándwiches. Sonaba música de fondo, una radio que no reconoció, y vio un ipad colocado estratégicamente junto a un termo de café—. Un segundo, alguien más me pidió conocer a Rachael.

La dejó allí, plantada como esas camelias que tenía al lado, al menos creía que eran camelias. Pasó los dedos por un pétalo y los pies que vio aparecer en la entrada de la carpa le quitaron el calor que el sol y los últimos minutos de estar a solas le habían dado.

—Ya estamos todos, Rachael os está esperando. ¿No os importa ir juntos, verdad? Rachael tiene que irse dentro de una hora y así es más práctico.

—No, por supuesto que no —dijo Anne con la voz distinta.

Manel no dijo nada, asintió y siguió caminando sin mirarla. Como si ella no estuviera.

—Hola otra vez, Rachael —por suerte, Colin no se percató de nada y rebosaba alegría por los tres—. Estos son los dos amigos que quería presentarte, Manel Beltor y Anne Elliot.

—Vaya, te llamas igual que la protagonista de *Persuasión* y puesto que quieres hablar conmigo de Jane Austen deduzco que ya lo sabías.

Rachael no respondía en absoluto a la imagen que Anne se había formado en su mente sobre una experta de Jane Austen y no pudo evitar sonreír mientras le estrechaba esa mano cubierta de tatuajes que le subían por el brazo. Tendría unos cincuenta años, tal vez más, el pelo completamente blanco, casi plateado y lo llevaba recogido en un elegante moño en la nuca que le daba un aire aristocrático y peligroso. Iba vestida con un vestido camisero negro de manga corta y tenía la piel tan blanca que tanto los tatuajes de colores como el carmín rojo de los labios destacaban muchísimo.

—Gracias por hablar conmigo, Rachael.

—Es un placer. —Miró a Manel y preguntó mientras le tendía también a él la mano—, ¿estáis juntos?

—No —respondió él al instante. Bruscamente. Tanto que no fueron solo imaginaciones de Anne pues Rachael enarcó una ceja.

—¿No?

—No —repitió Manel—. Yo acabo de llegar de Estados Unidos.

—Oh, vaya, no suelo equivocarme con estas cosas. —Le estrechó la mano—. Bienvenido a Inglaterra, Manel.

—Gracias.

Anne se mordió la lengua, no le había dirigido la palabra en todo el rato, ni siquiera le había dado los buenos días, y ahora básicamente había insinuado que estar con ella sería un agravio imperdonable. Cretino. Una cosa era entender que él estuviese enfadado por cómo habían terminado las cosas entre ellos dos años atrás y otra permitirle que la tratase de esa manera. Ningún orgullo herido justificaba tal comportamiento y se encargaría de decírselo en cuanto Rachael se fuese y se quedasen a solas. Claro que lo más probable sería que él saliera huyendo, pensó con una sonrisa, era lo que había hecho desde que habían coincidido en esa fiesta.

Aquella idea le proporcionó cierto consuelo y se sentó en la silla que había a la derecha de Rachael. La otra que estaba libre estaba al lado de la de Anne y Manel solo tenía dos opciones, o se sentaba allí y tenía que soportar su cercanía o seguía de pie.

Eligió quedarse de pie y apoyarse en la mesa con las bebidas y a juzgar por cómo la miró —por primera vez— tampoco se alegraba de verla.

—Vosotros diréis, ¿quién empieza? —Rachael presintió que no debía meterse en aquella pelea.

—Yo —anunció Anne—, no te importa, ¿verdad, Manel?

Le vio apretar los dientes y ella le sonrió.

—No, por supuesto que no. Adelante.

Colocó el bolso en el regazo, lo abrió y buscó la cajita. Dos pares de ojos la estaban observando, cada uno con un ánimo distinto, pero los dos se desvanecieron en cuanto separó la tapa y tocó el collar. La imagen de mamá, de esas excursiones, tanto las que habían hecho solas como las que habían compartido con sus hermanas la abrazó igual que una de esas mantas viejas que se convierten en tus preferidas.

—Tengo estas joyas de mi madre, las compró en distintas ferias de antigüedades hace años y nos las regaló a mí y a mis hermanas. Hoy he traído solo la mía. —Rachael aceptó la caja con reverencia y sin interrumpir su explicación—. Las de mis hermanas son distintas. A mi madre le gustaba ir de aventura, así lo llamaba, creo que recorrió todos los mercadillos y ferias de Inglaterra en busca de estos tesoros.

—Es precioso.

Anne levantó la cabeza, no se había dado cuenta de que le escocían los ojos y se secó una lágrima con el antebrazo. Por el rabillo del ojo vio que Manel desplegaba los brazos y apoyaba las manos en la mesa.

—Gracias —siguió tras tragar saliva—. Nuestro padre ha mostrado un repentino interés por este collar y por las joyas de mis hermanas, una tiene un broche y otra unos pendientes, quiere llevarlas a un tasador para asegurarlas y nosotras, mis hermanas y yo, no estamos seguras de que eso sea de verdad lo que pretende. Tememos perderlas para siempre. Estas joyas no tienen diamantes ni piedras preciosas de gran tamaño, basta con verlas, pero ninguna de nosotras es una experta y nos gustaría consultárselo a alguien que supiera de antigüedades.

Rachael levantó el collar, lo sacó con cuidado de la caja y lo observó. Le dio la vuelta y pasó los dedos por encima del grabado.

—Para J de T —leyó en voz alta.

—A mamá le gustaba mucho Jane Austen, sabía que era imposible, pero decía que este collar se lo había regalado Tom Lefroy a Jane, ya sabes.

Rachael sonrió y devolvió el collar a su sitio.

—Quién sabe, sería bonito que la teoría de tu madre fuera verdad. En ninguna de las cartas que escribió Jane menciona un collar o un regalo de Lefroy, aunque sabemos que no nos han llegado todas algo tan importante aparecería en alguna parte. A no ser que alguien se hubiese empeñado en lo contrario, claro —especuló con un brillo en los ojos—. Y en cuanto al collar en sí no soy experta en orfebrería y me temo que mi opinión en este campo es tan válida como la de ese faisán que pasa por allí, pero puedo recomendarte a alguien, un amigo que también trabaja en el National, es de fiar y babeará en cuanto vea el collar y la frase grabada. Te pasaré sus datos y le llamaré para explicarle que os pondréis en contacto con él, ¿te parece bien?

—Sí, claro, muchas gracias.

Rachael apartó el agradecimiento como si se le hubiese escapado un mechón blanco del recogido y le hiciera cosquillas en la nariz.

—No tiene importancia. A Stuart, mi amigo, le sería de utilidad disponer de información sobre el lugar donde fueron compradas las joyas y el año. ¿Crees que podréis encontrar esta información? Tal vez tu madre...

—Falleció hace unos años —El ruido de una botella de agua al caer al suelo la sobresaltó, pero siguió hablando—, pero siempre anotaba los detalles de esas excursiones en su libreta, era toda una experta en perseguir las ferias de anticuarios.

—Genial, pues seguro que esa libreta ayudará a Stuart. Todos los objetos del pasado, sean libros, joyas o edificios tienen una historia y si podemos reconstruirla los entendemos mejor. Si tienen o no valor vuestras joyas, más allá del recuerdo de vuestra madre, por supuesto, depende de esa historia.

—Sí, tienes razón. Mis hermanas y yo —le costó hablar durante unos segundos— no estamos muy unidas o no lo estábamos hasta ahora. No queremos desprendernos de estas joyas y la verdad —sonrió— es que dudamos que en el mundo real tengan algún valor, pero las tres hemos aprendido que cuanto más información tengamos mejor podremos lidiar con papá.

—Entonces Stuart es vuestro hombre, vive en Londres, hoy mismo le llamaré para ponerle sobre antecedentes. —Sacó el móvil del bolsillo de la falda del vestido—. Dame tu número y te paso sus datos ahora mismo, a él no le importará que lo haga, es un loco de esta clase de historias. —Anne recitó el teléfono—. Solo te pido una cosa a cambio.

—Claro, por supuesto.

—Si por una de esas casualidades mágicas del destino el collar está mínimamente relacionado con Austen, llámame. Me encantaría ayudaros a descubrir algo así.

—Lo haré, te lo aseguro, aunque lo dudo muchísimo.

—Nunca se sabe. Esa parte de la vida de Austen es un misterio. Cassandra quemó las cartas que su hermana le había escrito y el resto de la familia Austen se encargó de hacer desaparecer cualquier rastro de lo que pudiera ser considerado un escándalo. No solo me refiero a Tom, también de los otros hombres de su vida, Jane era sorprendente y cualquiera que haya leído sus libros y tenga dos dedos de frente y sangre en las venas es capaz de discernir que además de un genio escribiendo sabía vivir. Cada vez que escucho algún catedrático o estudioso o incluso un fan de Jane describirla como una santa me entran ganas de atizarles.

Anne rio. Rachael no había dado por zanjada la conversación sin más, había recurrido a esa anécdota personal para animarla. A pesar de que acababa de conocerla era obvio que la había visto llorar y estaba intentando animarla.

—Gracias, Rachael. Por todo. —Se puso en pie y le tendió de nuevo la mano—. Ha sido un verdadero placer conocerte.

—Lo mismo digo, Anne Elliot. —Le guiñó un ojo.

—A mi madre le habría encantado charlar contigo.

—Me imagino que a mí también, habríamos comparado teorías sobre Jane.

—Seguro.

Le soltó la mano, contuvo las ganas de abrazarla y se las guardó por si volvía a cruzarse en su vida, como bien había dicho ella, quizá el collar sí fuera de Austen. Dio media vuelta para irse y la presencia de Manel casi la hace retroceder, él se había apartado de la mesa y acercado a ella. La estaba mirando, más que eso, buscaba sus ojos y Anne se negó a que se aprovechara de ese momento que no solo no estaba relacionado con él sino que él había estado a punto de estropear fingiendo que no la conocía y casi insultándola.

Eliminó el buen humor que Rachael había conseguido crearle y también la tristeza que siempre le producía pensar en mamá.

—Tu turno, nos vemos luego.

Le esquivó y se alejó de la carpa, el teléfono acababa de vibrarle, seguramente con el mensaje con los datos de Stuart, y tenía ganas de llamar a Therese y explicarle que había hecho algo para proteger las joyas de mamá, no se había quedado con los brazos cruzados. Vio que Harriet estaba charlando con Patrick y

Alice junto a esa cámara con ruedas y Colin estaba frente al maletero abierto de un coche buscando algo pues había montones de papeles y lo que parecían ser abrigos y prendas de ropa en el suelo, a Luke no le veía, así que supuso que no pasaba nada si se perdía durante unos minutos. Después, iría a comer un pícnic con ellos y pensaría y todo lo que seguiría haciendo cuando llegase a casa.

13

Manel

Leyó *Persuasión* por primera vez en el vuelo que lo llevó de Londres a Boston poco más de ocho años atrás. Estuvo en Barcelona unos días, en esa habitación que sentía como si perteneciese a otro y hablando con sus padres de lo que haría cuando llegase a Estados Unidos. Se buscaría un trabajo, obviamente, la beca que había ganado incluía los gastos universitarios y el alojamiento, era muy generosa porque contaba con la financiación de empresas tecnológicas y porque al parecer allí, a pesar de sus defectos en otros temas, valoraban la investigación y el desarrollo, pero le iría bien trabajar. También habló con ellos de Inglaterra, de los profesores que le habían animado a presentarse a esa beca, de la inteligencia artificial que soñaba con crear muy pronto. Habló incluso del restaurante y les explicó que uno de sus amigos ingleses, Luke, probablemente iría a visitarlo a Boston muy pronto. No mencionó a Anne, para qué, se preguntó una y otra vez, era mejor así. La noche antes de volver a Inglaterra, donde solo se quedó para hacer los trámites administrativos que le quedaban y recoger sus cosas, estaba sentado en la cocina con el móvil en la mano y la mirada fija en una pila de libros que alguien, probablemente su madre, había dejado allí. Mamá apareció entonces, como si notase que él no podía dormir, y tras servirse un vaso de agua se acercó, le pasó una mano por el pelo, y se sentó delante. Le contó una historia absurda sobre una de las clientas del bar y después otra sobre una antigua vecina del edificio, hablaba ella porque sabía que él no iba a hacerlo hasta que estuviese preparado. Y cuando lo estuvo no fue capaz de contarle que se había enamorado, que estaba completamente seguro de que era amor y que ella, esa chica, le había roto el corazón. Solo logró decirle que estaba nervioso, que tenía mucho miedo de ser un fraude y de que alguien de Boston lo descubriese y le echasen de allí de una patada. Que todo lo que le había pasado esos últimos años no era para él, alguien la había jodido —ella le riñó por el lenguaje— en alguna parte y estaba viviendo lo que no le tocaba. «Mira, le dijo, solo tienes que mirarme para ver que no valgo para esto.» Ella lo miró y le dio unas palmaditas en la mano, «pues claro que vales para esto, Manel, lo verás todo más claro cuando estés mejor. Te lo prometo». Él se bebió el vaso de agua,

había aparecido a tocar de sus dedos y después le preguntó de dónde habían salido esos libros. «Me los ha regalado Mariluz, acabo de contártelo, si quieres llévate alguno.»

Le pareció una broma muy cruel que debajo de Tom Clancy y encima de Dan Brown estuviese *Persuasión* de Jane Austen. No iba a llevarse el libro, rozaba la estupidez o el masoquismo, pero lo metió en la bolsa antes de despedirse de sus padres e ir al aeropuerto. En Londres se quedó un día y medio, entró en su apartamento con un nudo en la garganta y las manos sudadas, quizá ella había cambiado de opinión y estaba allí esperándolo, pero lo encontró vacío, tal como él lo había dejado. Fue a la universidad, al banco, ató los cabos que tenía sueltos sin dejar de esperar esa llamada que no se produjo.

Él tampoco la llamó.

Las horas que se había pasado sin dormir, el cansancio, los nervios y el miedo no eran nada comparado con la angustia que le subía y bajaba por la espalda. Estaba furioso, ¿qué se suponía que tenía que hacer? Él lo había intentado, había hecho lo que jamás habría creído posible y no se había guardado nada para sí mismo y había fracasado. Lo único que podía hacer ahora era asumirlo y seguir adelante y dejar de culparse por no haber hecho eso, lo que fuera, que hubiese cambiado su suerte. Pero a pesar de la lógica esa sensación seguía allí, buscando aquel error misterioso que tras corregirlo lo arreglase todo cuando la realidad era que no había nada que arreglar.

Utilizó la mochila como almohada, la del avión era inservible, y al notar la forma rectangular la abrió y leyó *Persuasión*.

Primero lo hizo para ver si así conseguía conciliar el sueño, pero página tras página la novela lo atrapó y apenas dos días más tarde, cuando aún ni siquiera había desecho del todo la maleta y aún no había resuelto temas más importantes como por ejemplo darse de alta en el seguro médico de la universidad, se compró todos los libros de Jane Austen y empezó a investigarla. Quería entender cómo alguien de mediados del siglo XIX podía describir tan bien lo que él sentía, tal vez entonces, si lograba diseccionar esas emociones podría reducirlas, eliminarlas.

Aquella parte del proyecto había fracasado, solo hacía falta ver lo que le estaba pasando desde que había vuelto a poner un pie en Inglaterra y había vuelto a ver a Anne, pero crear la inteligencia artificial de *Jane* y darle como una de sus bases las obras de Austen y todas las biografías, cartas o documentos que había encontrado sobre ella había sido un acierto.

Ahora tenía delante a la que según le había explicado Colin era una de las

mejores y más respetadas expertas de Austen en el Reino Unido y en la comunidad académica internacional, el misterio de Tom Lefroy llevaba años metido en su mente y ahora podía arrancárselo o como mínimo aligerarlo, explicarle a Rachael cómo encontró esos papeles y lo que había averiguado desde entonces. Pero solo podía pensar en Anne mirando esas joyas antiguas y diciendo que su madre había muerto.

—¿En qué puedo ayudarte, Manel? —Rachael le indicó la silla que había ocupado Anne.

—¿Te importa que dejemos esto para otro día?

Ella levantó una ceja.

—Por mí no hay problema, eres tú el que quería consultarme algo. Colin tiene mi contacto, le diré que puede pasártelo.

—Gracias.

Observar una situación desde fuera es fácil y más cuando la mente del observador está dispuesta de un modo natural para el análisis, como lo está la de Manel. Para prever el resultado de cierta acción debemos tener en cuenta ciertas variables; los sujetos que intervienen en ellas, los elementos externos y los objetivos que dichos sujetos pretenden conseguir, entre otras cosas. Si Manel hubiese sido capaz de ver aquel instante desde cierta perspectiva, habría decidido que no pasaba nada por quedarse hablando unos minutos más con Rachael, que podía explicarle a grandes rasgos el tema que lo había llevado hasta allí y pedirle su opinión profesional como experta de Austen al respecto. Pero tal premisa era inconcebible.

Más tarde intentaría justificar su decisión, defenderla incluso como la más lógica. Pero todo eso lo haría más tarde, ahora tenía que hablar con Anne.

Salió de la carpa y la buscó, no podía haberse esfumado. Ella tenía que volver a Bath en el coche de Harriet. Luke le había explicado esa mañana que Patrick iba a recoger a su hermana en la estación, una chica encantadora, divertida y muy guapa con la que tendría que hablar y tal vez salir un día de estos, lo animó sin disimulo. Él se limitó a contestarle que había decidido no quedarse demasiado tiempo más en Inglaterra y que dudaba mucho que esa chica desconocida estuviese interesada en él. Le ordenó a Luke que dejase de buscarle citas y le suplicó que por favor no lo metiese en ningún compromiso con la hermana de Patrick y con nadie. Si quería una cita, podía buscársela solo, muchas gracias. Vio que el coche se detenía unos metros alejado del que había conducido Luke y notó un extraño cosquilleo, como cuando una noche miras el cielo y ves una estrella fugaz. Pero no fue Alice la que descendió del vehículo,

fue Anne y se puso furioso por haber estado mirándola. Por la alegría indescriptible que sintió al verla allí de pie.

Alice sí que era encantadora, divertida y guapa, en eso Luke no le había engañado, y le había gustado hablar con ella aunque se había perdido una de cada tres palabras que decía porque su mente, a pesar de sus claras instrucciones en sentido contrario, se había empeñado en estar pendiente de Anne.

Anne que andaba unos metros detrás de ellos como si no pudiese mirarle, como si incluso el sonido de su voz fuese a ofenderla.

Alice lo vio pasar por entre los coches del rodaje y levantó una mano para saludarle, se había ofrecido a enseñarle una librería antigua de Bath si finalmente él decidía quedarse unos días más. Y Manel se lo estaba planteando, ¿no sería todo más fácil si volvía a San Francisco con el recuerdo de haber conocido a una chica lista y preciosa y no con el rostro de Anne metido para siempre en su cabeza? Le devolvió el saludo y siguió andando. También esquivó a Harriet y a Patrick, quienes le dijeron que en una hora caminarían de regreso a la zona donde habían aparcado para almorzar, el pícnic estaba refrigerado y no sé qué historia más le explicaron. Les aseguró que allí estaría, pero que antes tenía que resolver un asunto importante. Vio que Colin seguía ocupado buscando algo en el maletero de un coche y que Luke tampoco estaba por ningún lado.

De repente se detuvo, era un idiota. Luke y Anne habían paseado juntos. Igual que él con Alice y Patrick con Harriet. Pero entre él y Alice no había nada, acababan de conocerse. En cambio Luke y Anne se conocían de hacía años y tal vez ahora habían conectado, ella parecía estar muy receptiva y quizá no le molestase que él y Luke fuesen amigos. Aunque a él le revolviere el estómago. Sacudió la cabeza ofendido consigo mismo. Era un idiota y se estaba comportando como un cretino, ¿qué importaba si había o no algo entre Anne y Luke o si podía llegar a haberlo? Él no la estaba buscando por eso. Reanudó la marcha más calmado, desmontando dentro de él la complejidad de aquellos sentimientos que supuso que siempre lo embargarían cuando viera a Anne.

Esta tenía que ser la última vez.

Subió una pequeña colina, en lo alto había un haya y allí estaba ella, sentada en un tronco de otra que habían talado. Tenía la cabeza agachada, la mirada fija en algo que tenía en las manos. Primero pensó que se trataba del móvil, pero al acercarse un poco más comprobó que era la caja negra que antes también le había enseñado a Rachael. No se había dado cuenta de que él estaba acercándose, Manel lo sabía porque tenía los hombros relajados, el rostro casi ensimismado, perdido en lo que fuera que estuviera pensando.

—Anne —la llamó en voz baja, no quería asustarla—. Annie.

Al escuchar aquel nombre del pasado Anne se giró al instante y el cambio fue tan radical que a Manel le dolió y se maldijo por haber utilizado ese apodo cariñoso que ahora entre ellos se había convertido en ofensa.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué quieres?

Quería tantas cosas y de tal manera que las palabras se agolparon, tropezaron igual que las decisiones y los remordimientos y las frases que había dicho años atrás y las que se había callado. Esas ganaban en todo, en cantidad, en poder, en importancia. Optó por lo único que reconocía como verdad en ese instante.

—Lamento lo de tu madre. No sabía que había muerto.

Recordaba la relación que Anne tenía con Millicent, las había visto juntas en el restaurante unas cuantas veces, él estaba en la cocina o trajinando platos y la señora Elliot entraba e iba a ver a su hija que se empeñaba en estudiar en ese cuarto. Con él había sido amable, distante, pero siempre respetuosa. Se había preguntado en más de una ocasión qué le diría a Anne cuando supiese que estaban juntos. Ahora no conseguía imaginárselo. Lamentaba su muerte, lamentaba que Anne hubiese perdido a su madre y que ya no contase con ella en su bando. Ella la describía así, mi madre está en mi bando, es la única. Él había sentido celos de esa frase, él también estaba en ese bando y quería o había querido que Anne lo supiera.

Ella lo estaba observando, lo hacía siempre que no sabía cómo reaccionar, decía que así pensaba y que la ayudaba a encontrar la mejor manera de contestar. No le gustaba equivocarse y no se debía al perfeccionismo, se debía, según él, a que tenía miedo de hacer enfadar a los demás. «No puedes tener a todo el mundo contento siempre, Anne», esa frase había sido el principio de una gran discusión. «No, no puedes tener a todo el mundo contento, siempre hay alguien que sale perdiendo.»

Quizá debería marcharse, le había dado el pésame, ahora poco más podía hacer. Antes habría hecho mucho, todo lo que hubiese podido para consolarla. Soltó el aliento, no disimuló, asintió, ella seguía mirándolo en silencio y como despedida era una mierda, pero al parecer era la única que iba a recibir.

—Fue hace seis años.

Silencio otra vez, pero le había hablado justo cuando él iba a irse, así que se quedó. Anne no había elegido el momento al azar, por mucho que él o ella hubiesen cambiado en todo ese tiempo, Manel sabía eso.

—Lo siento mucho —repitió.

La observó asentir, bajar de nuevo la cabeza hacia la cajita negra y su

contenido.

—¿Tus padres están bien?

—Sí.

—Me alegro —sonrió triste y él pensó que era una verdadera lástima que no pudiese abrazarla. Esa despedida quizá lo mataría, pero podría aceptarla.

Le costaba organizar las ideas, dudaba de que pudiese dar un paso hacia delante aunque lo intentase. Quería meter la Anne que tenía delante al lado de la que él recordaba y poder afirmar que eran la misma. Se negaba a considerar la posibilidad de que hubiese cambiado o de que fuese más compleja que esa imagen fría que él se había guardado dentro durante todo ese tiempo.

—No te molesto más. —Decidió alejarse, no quería que ella dijese algo que le obligase a analizar de nuevo lo que había sucedido entre ellos—. Adiós.

Giró decidido, con la mirada firme hacia delante, vio que Luke había aparecido y estaba junto al coche hablando con Alice y Colin. Bien, ya era hora de irse, quizá podría convencer a su amigo de saltarse el pícnic campestre y comer algo en la ciudad, lejos de allí y de ella.

—¿Por qué has vuelto a Inglaterra?

Anne seguía con la cabeza agachada, apenas la había oído, pero la pregunta le llegó y tuvo que contestarla. No se dio media vuelta, la observó de reojo y vio que seguía ensimismada con el collar.

—Por trabajo, pero solo estoy de paso.

No sabían nada el uno del otro y de repente se le retorció el estómago y se habría puesto a gritar que no era justo como cuando era pequeño y creía que con una rabieta lograría resolver la situación. Ahora se sentía igual de frustrado y furioso, cómo era posible que él no supiera que la madre de ella había muerto y que ella no tuviese ni idea de qué estaba haciendo él allí. Cómo era posible que no él no supiera nada de ella ahora y recordase tanto de antes.

Desde allí de pie estaba seguro de que el tacto de su pelo era el mismo y que sus ojos, sus pecas, seguían escapándose del puente de su nariz hasta cubrirle las mejillas, pero eso no le servía de nada para entender por qué era incapaz de hablarle, de decirle algo importante.

—No sabía que hoy también ibas a estar aquí.

—Yo tampoco que ibas a estar tú. —Guardó las manos en los bolsillos, las encerró porque tenía miedo de que, ahora que se había permitido pensar en Anne un segundo, quisieran acercarse a ella. Casi notaba un cosquilleo—. Luke me está haciendo señas, creo que quieren ir a almorzar.

Oyó que se ponía de pie, debió de pisar una rama, y en pocos segundos la tuvo

al lado. La pendiente de la colina no era muy pronunciada y empezaron a descenderla, uno cerca del otro y a demasiadas palabras de distancia. Palabras que él no quería encontrar.

Pensó que ella lo miraba, su piel nunca había llegado a olvidar la sensación de tener los ojos de Anne encima, pero mantuvo la vista en las rocas que había en el suelo, en un montón de hierba del que salía una margarita solitaria. Pensó que en realidad no había un vacío entre ellos, si solo se tratase de un espacio en blanco, de distancia, tal vez se atrevería a saltarla, en esa pendiente eran tres, ella, él y los años que llevaban sin hablarse. Esos años y las cosas que no se habían dicho, las que el uno recordaba del otro, habían tomado forma física y ninguno de los dos la estaba echando.

Si pudiesen estar a solas, él y ella, nada más, ¿qué le diría? ¿Le diría algo?

Llegaron donde estaban los demás, el único que los miró un poco sorprendido fue Luke y en cuanto se encontró con los ojos de Manel dejó de hacerlo.

El grupo, aumentado y desequilibrado ahora con la presencia de Colin, inició el camino hacia los coches y el pícnic que los estaba esperando. Anne quedó arropada entre Harriet y Patrick, y la vio acercarse a Colin para darle las gracias por haberle presentado a Rachael. Oyó que le decía a Colin que le había resultado muy útil hablar con ella y que le había proporcionado un contacto que seguramente podría ayudarlas, a ella y a sus hermanas. Colin le contestó que no era necesario que le agradeciera nada, era un placer, y le preguntó qué clase de ayuda necesitaban exactamente, quizá él pudiera hacer algo más. Lo que fuera. Manel optó por dar un paso hacia atrás y aminorar la marcha, le producía una extraña presión en el pecho escuchar a otra persona formular las preguntas que él habría hecho en otro momento. Si hubiese sido distinto.

Habló con Alice y Luke, descubrió que el mal humor de este se debía a que había discutido con una compañera de trabajo con la que mantenía cierta relación. En el camino de ida, le había oído hablando con Anne, pero solo había escuchado la respuesta de ella y le habían puesto furioso. Ahora prestó atención a Luke.

—Deberías hablar con ella, con Nanda, preguntarle qué le pasa y si puedes hacer algo para ayudarla sin esperar recibir nada a cambio.

Luke asintió.

—Tal vez tengas razón, eres la segunda persona que me lo aconseja, aunque ella lo ha dicho de otra manera.

La intervención de Alice evitó que le dijese que estaba equivocado. Anne y él no pensaban igual en nada.

El pícnic estuvo bien, los últimos preparativos de la boda de Harriet y Patrick y las anécdotas del día de rodaje de Colin evitaron los silencios y las conversaciones trascendentales y unas cuantas gotas de lluvia le pusieron punto y final en el momento oportuno. Se pusieron en pie como si un resorte les hubiese empujado desde la hierba y guardaron los restos de comida y los utensilios sin ningún orden ni sincronización.

La gente cree que los rayos caen del cielo cuando lo cierto es que salen de la tierra. Los rayos se producen entre dos altas concentraciones de cargas opuestas, una negativa y otra positiva. La carga positiva es la tierra y la negativa las nubes, y lo que vemos es el resultado de ese encuentro, las consecuencias del choque. A Manel nunca le había caído un rayo encima y nunca se habría imaginado esa sensación en la punta de los dedos, la descarga que le subiría después por el brazo hasta estremecerle el pecho. El trueno no llegó y eso le confundió, solo llovía y en el cielo no había ningún haz de luz.

Bajó la vista y vio que tenía los dedos de Anne entre los suyos, que se había tropezado con ellos al guardar unos platos en la cesta de Harriet.

Los soltó y entró en el coche de Luke.

Thomas Langlois Lefroy

28 de diciembre de 1795

El cielo se rompía un poco más con cada rayo, la tormenta parecía anunciar que el año estaba a punto de terminar y que alguien en lo más alto se estaba planteando llevarse consigo mucho más que tierra mojada. Como buen irlandés católico, Thomas era un joven temeroso de Dios, aunque a menudo se descubría cuestionándolo, preguntándose si de verdad su mano estaba detrás de todo lo que sucedía. La posibilidad de que él se encontrase empapado a medio camino de Manydown House y de la rectoría Ashe porque Dios así lo había decidido, le resultaba ridícula.

Estaba allí empapado y preocupado por su caballo porque le había parecido buena idea volver a la mansión donde se había organizado la fiesta de Navidad para regalarle al que había sido un gran anfitrión un ejemplar de la teología de san Agustín. Él tenía otro en la universidad. El libro estaba sano y salvo en la estantería del señor Bigg, que había insistido en que Thomas se quedase a cenar pues amenazaba tormenta, pero él se había negado. No pretendía ser presuntuoso ni dar por hecho que las señoritas Bigg, se habían interesado por él, pero tampoco quería dar pie a tal circunstancia.

En menos de dos semanas se iría y no entraba en sus planes alentar a ninguna de aquella jóvenes por encantadoras que se hubiesen mostrado con él. Si la señorita Austen hubiese estado allí...

Un rayo cayó justo delante de él y Thomas por fortuna, o por milagro, consiguió dominar las riendas y no salir precipitado hacia el suelo y romperse la crisma. Levantó la mirada hacia el cielo, como advertencia había carecido completamente de sutileza.

Descendió de la montura y se secó el agua de los ojos, aunque no sirvió de nada pues al cabo de unos segundos volvía a estar empapado. Los vocablos que escaparon de sus labios no contarían con la aprobación ni de sus profesores ni de su familia, pero en aquellas circunstancias no le importaba lo más mínimo. Lo

único que quería era encontrar un lugar donde resguardarse hasta que la tormenta amainase y después volver a la rectoría con las extremidades y la cabeza intactas.

Otra rayó lo sorprendió, aunque esta vez, cuando el caballo se levantó sobre los cuartos traseros él estaba seguro en el suelo, con el barro llegándole a los tobillos de las botas. Si fuese un hombre vanidoso estaría furioso, esa misma mañana las había limpiado y les había sacado brillo. El rayo iluminó una glorieta pocos metros a su derecha. Un paso más adelante o uno más hacia atrás y no la habría visto.

—Gracias a Dios.

Agachó la cabeza, tenía que mantener la vista fija en el suelo si no quería tropezar y así también podía asegurarse de que tanto él como el caballo no se rompían nada. No estaba preocupado por sus tíos ni por sus primos, él era el único que se había aventurado a salir de la rectoría aquella tarde, seguro que cuando regresase se encargarían de echárselo en cara y de recordarle que al ser irlandés no entendía el clima inglés. Le parecía bien, esperaba ansioso aquellas burlas igual que un baño caliente y una taza de té. Estaba tan mojado que temía no volver a estar seco nunca más y le temblaban las manos. En cuanto llegó al cobijo de la glorieta, ató las riendas del animal como pudo y después sacudió el pelo igual que un perro. No podía hacer nada salvo esperar a que amainase y rezar para no ponerse enfermo después.

Se incorporó y la luz de un rayo que cayó a lo lejos iluminó el interior del refugio.

—Señorita Austen, está usted aquí —pronunció convencido de que su plegaria sobre su salud había llegado demasiado tarde y ya estaba ardiendo en fiebre.

—Lo estoy, señor Lefroy, y permítame que le señale que esa frase es de lo más peculiar. Habría sido mucho más lógico que me preguntase qué estoy haciendo aquí, que es precisamente lo que voy a hacer yo. ¿Qué está haciendo aquí, señor Lefroy?

—Tom, o Thomas si lo prefiere. ¿Siempre se fija tanto en la construcción de las frases, señorita Austen?

—Llámeme, Jane, Tom, y sí, me temo que sí. Las palabras que elegimos al hablar nos definen tanto como lo que decimos con ellas.

—Nunca lo había visto de este modo, pero tal vez tenga usted razón. Respondiendo a su pregunta, he ido a regalarle un ejemplar de la teología de san Agustín al señor Bigg, nuestro anfitrión de la otra noche, y la tormenta me ha pillado desprevenido, obviamente, cuando volvía a la rectoría de mis tíos. ¿Qué

le ha pasado para que la sorprendiera la tormenta?

—A mí no me ha sorprendido tanto, Tom —le sonrió—, sabía que iba a llover, aunque confieso que creía que iban a ser las gotas que vienen a visitarnos cada dos por tres. No sabía que el año iba a despedirse con una tormenta de esta magnitud. Es preciosa.

Él se descubrió mirando el torrente que seguía cayendo a unos metros de donde estaban resguardados. Hasta ahora solo había considerado la tormenta como un inconveniente y la belleza del agua golpeando las hojas de los árboles le dejó confuso, aturdido, tanto como después de fijarse en la nuca de Jane y en que la piel de allí se le erizaba.

—Tiene frío —señaló molesto porque no podía hacer nada para aliviarlo.

—No importa —contestó ella—, usted también está tiritando. ¿Tantas ganas tenía de desprenderse de su teología que ha salido de casa con este tiempo?

—A diferencia de usted, yo no he anticipado la tormenta, ni siquiera las cuatro gotas de lluvia, y tengo otra teología en la universidad.

—¿Otra? Su tía dice que es usted muy ambicioso, aunque no imaginaba que tanto.

Le estaba tomando el pelo, en el baile de Navida había bailado con ella y le había bastado con aquellos minutos de conversación para intuir que era distinta de las señoritas Bigg, de cualquier dama o señorita que había conocido hasta ahora.

Se sonrojó, por suerte la oscuridad de la tormenta lo ocultó.

—No, tengo otro ejemplar, la teología de san Agustín me parece bien, no aspiro a escribir otra.

—¿Está usted seguro? Creo que podría hacerlo, si se lo propusiera.

Allí estaban protegidos de la lluvia, pero tenía el pelo tan empapado que gotas de agua seguían resbalándole por la frente.

—Todavía no me ha dicho a dónde se dirigía antes de resguardarse aquí.

—Lo cierto es que a ninguna parte. —Paseó hasta el borde del escalón y alargó una mano para tocar la lluvia—. ¿Alguna vez siente la necesidad de contarle a otra persona algo que le ha sucedido para asegurarse de que es verdad, de que no se lo ha imaginado o soñado? —Cerró los dedos alrededor de unas gotas, él no podía dejar de mirarla y la vio agachar la cabeza y sonreír como si hubiese atrapado diamantes y no solo agua—. Se me da muy bien inventar historias, veo todos y cada uno de los personajes que las viven en mi mente, y a veces, cuando me sucede algo a mí, algo importante, ya sabe, no me refiero a cualquier cosa, temo habérmelo inventado.

—¿Y qué hace entonces para asegurarse de que es verdad?

Ella ensanchó la sonrisa y separó los dedos, la gota de agua se había extendido en la palma de la mano.

—Escribo a mi hermana Cassandra. Cuando plasmo las palabras en el papel se vuelven tangibles, allí soy su ama y señora y puedo distinguir claramente cuáles salen de mi mente y cuáles de mi vida. Sí, supongo que es eso, algunas salen de mi vida.

—Entonces, si las distingue usted sola perfectamente ¿por qué necesita el consejo de su hermana Cassandra?

—Usted aún no me conoce bien, Tom. Si lo hiciera sabría que se me da muy mal escuchar consejos de los demás y mucho peor aceptarlos y seguirlos, incluso los de mi querida hermana Cassandra. Se lo cuento a Cassandra porque así me aseguro de entenderlo bien, de desmenuzar el verdadero significado de aquel acontecimiento, de medir el peso exacto de esas palabras. Es muy importante, en mis circunstancias es muy peligroso malinterpretar las palabras, para usted, un hombre, son inofensivas, pero para nosotras pueden ser letales.

—Tengo el presentimiento, Jane, de que usted dispone de armas mucho más peligrosas y de que ninguna palabra está lo bastante afilada para usted. Mire, incluso esta tormenta ha empezado a retroceder al comprobar que le estaba alterando los planes, esos que aún no ha estimado oportuno contarme.

Era cierto, los rayos y los truenos se estaban alejando y las gotas se precipitaban sobre la hierba con más lentitud.

—He salido a pasear, estaba escribiéndole una carta a mi hermana Cassandra y necesitaba medir cómo hablarle de cierto acontecimiento; las nuevas amistades deben presentarse con las palabras precisas, de ello depende la opinión que mi hermana se forme.

—Valora mucho la opinión de su hermana.

—Valoro más la mía, soy yo la que va a describir esas nuevas amistades y quiero hacerlo bien, no quiero equivocarme.

—Seguro que sabrá hacerlo. Espero que esas nuevas amistades sepan valorar el esfuerzo que está usted haciendo para hacerles justicia. —Quería preguntarle si él aparecía en esa carta y si también le preocupaba describirlo con acierto ante los ojos de su hermana, pues a pesar de aquel último comentario adivinaba que para la señorita Austen la opinión de la señorita Cassandra tenía el peso de una ley comulgada.

Jane se dio media vuelta, seguía con el pelo mojado, aunque los mechones que escapaban del recogido se le habían secado y rizado un poco. Las mejillas

estaban sonrosadas por el frío y se acercó las manos a los labios para soplar aire caliente y hacerlas entrar en calor.

—Yo también lo espero —afirmó mirándolo a los ojos y Tom tuvo que caminar hasta el exterior, plantarse bajo el cielo y recitar una vieja oración que se sabía desde pequeño porque sintió que ninguno de los rayos que habían caído esa noche podían compararse a lo que le estaba pasando. Esa tormenta no tendría que haberle pillado a él, tendría que haber retenido a otro joven en esa glorieta y sin embargo, solo de plantearse esa posibilidad, le hervía la sangre.

—Ha dejado de llover —murmuró—. Ha dejado de llover —repitió en voz más alta para que ella lo oyese y saliera.

Él no podía volver a entrar.

Caminó por el exterior hasta la columna donde había atado al caballo y aflojó las riendas. Oyó que Jane suspiraba como si quisiera respirar la noche. Él, que era un hombre pragmático, un futuro hombre de leyes, también deseó poder guardarse parte de ese instante dentro de él.

—La acompañaré de vuelta a casa. Si sabe montar, puedo colocar una manta en la silla, pero me temo que también estará mojada.

—Sé montar, pero prefiero caminar, si no le importa, aunque no sienta que deba acompañarme. Estoy acostumbrada a recorrer estos caminos, me ayudan a pensar y a ordenar mis ideas.

—Y sus historias —añadió él para contener la necesidad de pedirle que fuera con cuidado en esos paseos y que si él estaba cerca le pidiese que fuera con ella.

—Y mis historias.

Recorrieron parte del camino en silencio, la tormenta había limpiado el cielo de nubes y la luna y las estrellas les guiaban. Tom mantenía la vista al frente, de vez en cuando miraba su caballo para así evitar la tentación de girarse hacia Jane que estaba al otro lado.

Pero alguien que lleva años, toda la vida, sin querer nada, sin sentirse tentado por nada, no puede contenerse eternamente cuando por fin descubre que sí necesita algo, alguien que no entraba en ningún momento en sus planes.

Miró a Jane y la vio observando el cielo.

—¿Le gustan las estrellas, Tom?

Nunca se había detenido a observarlas. Hasta ahora.

—Sí.²

[2.](#) Entrevista a R. W. Chapman en referencia a una carta de Thomas Edward Preston, sobrino de Tom Lefroy, a James Edward Austen Leigh, sobrino y biógrafo de Jane Austen, fechada el 16 de agosto de 1870: «Dado que esto aconteció durante una conversación íntima y privada dudo sobre la pertinencia de hacerlo público, pero mi tío, ya mayor, me confesó que de joven había amado a Jane, se había enamorado de ella».

En esa época, Henry Austen, hermano de Jane visitó la rectoría familiar y trajo con él un amigo, John Warren. John era amigo desde la infancia y en el baile donde Jane conoció a Tom Lefroy también había bailado con ella. Durante un tiempo se especuló sobre si entre ella y John podría haber algo más, pero antes de irse le regaló a Jane un retrato que había dibujado él mismo de Tom Lefroy, haciéndole saber así que su atracción no le había pasado desapercibida y que le parecía estupendo. Y se sabe que Tom estaba al corriente de la existencia de dicho dibujo y le encantaba que lo tuviese Jane. Lo que no se sabe es si él tenía uno igual de ella.

15

Manel

No se despidió de Anne tras aquella excursión en Bath ni había vuelto a verla.

Luke, Colin y él se metieron en el coche para resguardarse de la lluvia y el otro vehículo, conducido por Harriet, se fue por la carretera hacia Londres con Alice, Patrick y Anne en el interior. En el camino que salía del parque los dos vehículos quedaron de lado y Patrick golpeó la ventana para captar la atención de Luke e imitó un teléfono con la mano.

Se llamarían, eran amigos, aquella partida tan abrupta no significaba nada para ellos. Para él tampoco porque en cuestión de días estuviese de nuevo en San Francisco, Londres o donde fuera.

El lunes volvió a la ciudad con Luke y durante el camino su amigo le explicó lo imposible que era encontrar vivienda en Londres y en tan poco tiempo, aunque tuviese dinero y ganas de malgastarlo. Además, siguió, era una tontería, tendría que habérselo dicho antes y habría podido instalarse en su apartamento desde el principio. Él casi nunca estaba allí, los turnos en el hospital no ayudaban a que cumplierse con los horarios de la mayoría de los humanos, y de todos modos era un piso demasiado grande para él solo. Tenía espacio de sobra, le molestaba tener ese espacio, repitió. No tendría que haber hecho caso a ese tipo de la inmobiliaria y tendría que haberse quedado con algo más pequeño. Qué sabía él de una buena inversión.

Manel se planteó rechazar el ofrecimiento, Luke era su amigo, pero no eran adolescentes y él podía pagar perfectamente otra habitación de hotel si realmente era tan difícil alquilar un piso en esa ciudad. En Los Gatos vivía solo y en la universidad nunca había compartido piso con nadie. Lo más cerca que había estado de vivir con alguien era con Anne esos fines de semana años atrás. Sin embargo pensó que esta vez no quería ir a un hotel, le apetecía estar con su amigo y sabía que su piso era exageradamente grande. Aunque coincidía con el hombre de la inmobiliaria: era una buena inversión.

—Solo serán unos días —aceptó—. Gracias.

—De nada.

No se ofreció a pagar nada, sabía que Luke se molestaría y se dio cuenta de

que en apenas esos días había aprendido mucho más de este que durante los últimos años. Ellos dos habían mantenido el contacto, aunque lo más honesto sería reconocer que Luke lo había mantenido, él podía estar meses sin escribirle y sin llamarle, atrapado únicamente en su investigación y, después, el trabajo. ¿Qué habría pasado si él hubiese escrito a Anne un día cualquiera para felicitarle la Navidad, por ejemplo, o para comentarle cualquier otra tontería? ¿Habrían encontrado la manera de reconstruir su relación y ser amigos?

Nunca lo sabría.

El apartamento de Luke estaba a dos calles de la casa donde Manel había vivido durante el año que estuvo estudiando allí, hecho que no favoreció su respiración ni que dejase de pensar en Anne. Mantenía la mano cerrada, incapaz de abrirla porque entonces no encontraría ninguna marca y tendría que asumir que no lo había quemado un rayo sino ella. Una noche, cuatro o cinco años atrás, se había despertado sudado y con el corazón desbocado, no podía respirar y era incapaz de recordar el sueño o la pesadilla que lo había dejado así, pero estaba convencido de que había sido lo segundo y no lo primero y tenía la absoluta certeza de que Anne aparecía en ella. Anne, la persona con la que se negaba a pensar y con la que su mente se recreaba siempre que él desconectaba. Salió de la cama y fue al baño, encendió la luz y se detuvo frente al espejo. Llevaba media hora allí de pie cuando comprendió lo que estaba buscando.

Las baldosas frías bajo los pies, las manos apoyadas en la pica, los nudillos blancos y los ojos fijos en la imagen del espejo porque allí tenía que haber rastro de Anne. En algún pliegue, en alguna peca o centímetro de su piel quedaba el recuerdo de la mano de Anne, de esa palabra que dijo aquel día o tal vez de ese beso.

Se echó agua fría y volvió a la cama y fingió que aquello no había sucedido, era un experto en fingir. Volvería a serlo.

Luke le enseñó el dormitorio de invitados, el apartamento estaba amueblado cuando lo compró, le explicó, así que el mérito no era suyo. Le entregó la llave de repuesto, le explicó cómo funcionaba lo básico y después bajaron a comer algo. Los dos agradecieron la cerveza y que en el pub hubiese un televisor con un partido de fútbol de fondo. Quizá Luke estuviera pensando en esa chica, esa compañera de trabajo, o quizá solo estaba cansado de conducir. Manel quería sacudirse de encima cualquier imagen de Anne.

Instalarase con Luke resultó ser un acierto por su capacidad para concentrarse en Buenas Intenciones. Manel por fin había tomado una decisión, iba a seguir

adelante con la venta. Las extrañas e inteligentes conversaciones que había mantenido con su amigo a las tantas de la madrugada o cuando coincidían le habían ayudado a ver claro lo que quería hacer.

Él y su equipo no podían seguir negando el potencial de Buenas Intenciones y tenía que asumir que habían llegado al final de su camino, de ese camino. Él había creado la app, había escrito una pequeña nota de página en la historia de las redes sociales al ofrecer a los usuarios la posibilidad de desconectarse, de definir por voluntad propia esa barrera que no querían cruzar. Ninguna empresa podría jamás quitarle eso y él podía hacer mucho más, muchísimo más con el dinero que recibiría a cambio.

Los ingenieros informáticos no son conocidos como los deportistas de élite o los actores de Hollywood. La gente conoce el nombre de Bill Gates, de Steve Jobs y de Mark Zuckerberg, y es cierto que cada vez unos cuantos más se escapan del sector y aparecen en una web o canal de Youtube, pero suele ser porque los propietarios o propietarias de esos nombres se emparejan con una modelo o con el heredero de un principado. Nadie conoce a los demás y Manel lo prefería así, él no había creado a *Jane* para alcanzar la fama y el dinero no fue su meta cuando escribió la primera línea de código de Buenas Intenciones.

Lo hizo para no llamar a Anne y para no curiosear su Instagram.

A él no se le escapaba la ironía de que una app para desconectarte de las apps hubiese triunfado tanto ni tampoco que su corazón roto le hubiese dado la idea para crear algo que siempre formaría parte de su vida, la profesional al menos.

Abandonó la que había sido la última reunión con el director de adquisiciones de ZTE. Aún quedaba mucho por hacer, pero el resto del camino lo transcurrirían los abogados, los del bufete que él había contratado en San Francisco y que se había ocupado de varios asuntos de la universidad, y el del gigante electrónico chino. No firmarían nada sin él y seguiría involucrado en el proceso, se conocía lo suficiente para saber que leería más de una vez todos los documentos que le mandasen y que no descansaría hasta que el contrato final fuese claro; él seguiría estando vinculado como asesor durante un tiempo y quería delimitar muy bien cómo iba a desempeñar ese papel. Todavía faltaban meses, tal vez más, para que se despidiese de Buenas Intenciones, pero la decisión ya estaba tomada y él ya no tenía ningún motivo real por el que quedarse en Inglaterra.

Podía volver a California esa misma noche o quizá mañana, siendo realistas.

Pero no había encontrado ninguna pista útil sobre los papeles de Tom Lefroy.

Tampoco había hablado con Rachael, y según Colin era una de las expertas de

Jane Austen más reputadas del mundo. Sería una estupidez desperdiciar la oportunidad de charlar con ella y explicarle su teoría. Además, tras los últimos cambios y actualizaciones, *Jane*, su *Jane*, estaba en un momento óptimo. En casa él no podía dedicarle tanto tiempo como ahora y en las respuestas y análisis de *Jane* se percibía una agilidad más natural, más humana. La otra noche, cuando dejó que Luke hablase con la inteligencia artificial y le dejó a solas con ella su amigo pensó que le estaba tomando el pelo y que en realidad estaba hablando con una actriz al otro lado del teléfono. Tardó más de una hora en demostrarle que no, que *Jane* no era ninguna actriz a pesar de utilizar la voz de una.

Sería una lástima que no aprovecharse aquellos días para investigar un poco más. En el laboratorio seguían trabajando sin él, le había costado años y había días en los que aún no acababa de creérselo, pero ahora él podía desaparecer. Aunque según la doctora Pulami, una de las primeras ingenieras que contrató en cuanto tuvo presupuesto, él nunca se iba de vacaciones del todo. Siempre estás conectado, «no creas que no vemos que hablas con *Jane* y revisas sus respuestas a diario. Y contestas todos los correos. No, Manel, tú nunca te vas del todo. Por eso has conseguido todo esto».

Tal vez Prisha, la doctora Pulami, tuviera razón. La tenía, pero ella hacía lo mismo. Todo su equipo lo hacía, todos hablaban con *Jane* a menudo y todos sentían un afecto especial por ese proyecto que iba más allá de la diligencia profesional. El laboratorio entero iba a beneficiarse de la venta de Buenas Intenciones, sin ellos la app no habría salido de la mente de Manel con tanta nitidez, y poseían acciones, unas pocas. En una reunión unos meses atrás, justo cuando recibieron la primera oferta en firme de ZTE, el financiero les dijo que sus vidas cambiarían si la operación seguía adelante a lo que Prisha contestó «cambiarán nuestras cuentas corrientes, nuestras vidas espero que no». Tenías que trabajar allí para entenderlo, supuso Manel, pues el financiero los observó uno a uno y debió de percibir que eran distintos y que en su caso probablemente esa frase hecha fuese cierta.

El laboratorio estaba en buenas manos, él confiaba en su equipo, no se conectaba a todas horas porque dudase de ellos lo hacía porque no sabía actuar de otra manera. Aquel viaje a Londres que se había alargado del modo más extraño le estaba obligando a aceptar que había desaprendido a vivir o como mínimo había perdido la práctica.

Sería una lástima que no aprovecharse para ponerse en contacto con esa experta en Jane Austen. Buscó el móvil en el bolsillo y la llamó. Rachael fue muy amable y no disimuló que estaba sorprendida de oírle. Dudaba de que volviera a

verlo, pero estaba de suerte, el jueves tenía un par de horas libres y si a él le iba bien podían reunirse en un café que había cerca de la universidad donde daba clases. Clases de literatura, de qué si no, aunque también ofrecía seminarios sobre cómo escribir una novela para adolescentes, los lectores más difíciles de impresionar hoy en día, le aseguró.

Allí estaría. Manel podía quedarse hasta entonces y también el siguiente fin de semana. Volvería a buscar billete el próximo viernes por la noche. Salían muchos vuelos de Inglaterra con destino a Estados Unidos y una de las ventajas de trabajar tanto como él y de apenas tener vida era que podía permitirse asumir los costes de ir a última hora.

El café elegido por Rachael se llamaba The Muse y estaba lleno de estudiantes como era de esperar, pero ella había llegado antes o tenía contactos con los camareros —esta opción resultó ser la acertada— porque ocupaba la mejor mesa del local. Estaba junto a una ventana y una de las columnas del interior le ofrecía cierta protección, igual que el tronco de un árbol escondiendo un camino detrás de él. Era una mesa de cuatro, pero estaba claro que solo iba a ocuparla Rachael y la persona a la que ella le diese permiso. Había una tetera de la que aún salía a golpes algo de vapor y una jarrita con leche al lado de un plato con rodajas de limón y un azucarero. También había una petaca con una calavera grabada.

—Hola, Rachael. —Ella había insistido desde el principio en que se tuteasen—. ¿Puedo sentarme?

Levantó la cabeza y lo saludó señalándole la silla.

—Claro, no te he visto entrar.

—Estabas concentrada. Me gusta este sitio. —Le recordaba al bar de Barcelona, el de sus padres.

—Sí, a mí también. Creo que corrijo más exámenes aquí que en mi despacho. —Amontonó los papeles en una pila ordenada y los guardó en una carpeta de piel negra. Después cruzó los dedos encima—. Sírvete té si te apetece.

No solía beberlo, aunque allí le pareció de lo más apropiado. Había dos tazas además de la de Rachael y eligió una al azar.

—Gracias.

—Bueno, cuéntame en qué puedo ayudarte. Colin me dijo que no tenía ni idea de que fueras aficionado a Jane Austen.

—No, supongo que no, y no me considero aficionado.

—Ah, ¿no?

—No. Hasta hace ocho años no sabía nada de Jane Austen, solo que existía, que era escritora y que mi madre tenía un DVD de la serie de la BBC de *Orgullo*

y *prejuicio*. Todavía lo tiene.

—Sí, Colin Firth con la camisa mojada marcó una época. ¿Y qué pasó hace ocho años? Cuando dices que descubriste a Austen.

Le sorprendió que la llamase Austen, supuso que en el ámbito académico era lo habitual. Dickens es Dickens y no Charles. Y, pensándolo mejor, le gustó que no la llamase Jane.

—Leí *Persuasión* y me fascinó. Estaba atrapado en un avión y no tenía otro material de lectura, eso debo reconocerlo, pero cuando empecé ya no pude soltarla. Es una novela especial.

—Lo es. —Rachael aflojó las manos, le escuchaba con más atención que unos minutos atrás. No se sentía cómodo, no acababa de entender por qué había empezado aquella conversación de esa manera. Porque era el principio, era la única manera de empezarla.

—Con el tiempo leí el resto de obras de Jane Austen y también biografías sobre ella y manuales de historia de la época. Siempre he necesitado entenderlo todo, analizar lo que me interesa desde cualquier ángulo posible.

—Austen es un personaje histórico fascinante en sí mismo, no eres el primero ni serás el último que cae en sus redes. Hay quien incluso diría que ella es mejor historia que las que escribió. Mi opinión, aunque no me lo has preguntado, es que son lo mismo, unas no existirían sin la otra.

Lo pensó durante unos segundos.

—Cierto. —Pensó en él, en qué habría hecho si no se hubiese ido de Londres dolido, en qué habría pasado si las cosas hubiesen sido distintas—. Probablemente por eso me intriga tanto la vida de la señora Austen y como bien has dicho no soy el único. Pero de esa vida hay un capítulo que siempre me ha dejado confuso.

—¿Cuál?

—Tom Lefroy. —La vio levantar las cejas—. Aunque no del modo en que te imaginas.

—¿Te refieres a por qué no se casaron?

—En parte. Él también es un personaje fascinante; hijo de militar, familia más que numerosa, juez del tribunal supremo y astrónomo.

—Vaya, lo de la astronomía no lo recordaba. A ver si al final vas a tener que ayudarme tú a mí.

—Lo dudo muchísimo, digamos que Lefroy me intriga por motivos muy personales, es a él a quién llevo años investigando, por decirlo de alguna manera.

—Pues yo apenas sé nada de Lefroy, como comprenderás su figura genera un

interés limitado dentro de la literatura inglesa.

—Claro, pero tal vez puedas ayudarme a situar algo en el contexto adecuado.

—¿Algo? —Sonrió—. Cualquiera diría que somos espías.

—No, nada más lejos de la realidad. —Sacó el móvil y buscó la fotografía para enseñársela—. Hace unos años compré un viejo libro de cartas navales en un anticuario de Boston. A juzgar por el nombre que figura en la parte superior derecha de la primera página perteneció al almirante Austen, puedes ampliar la foto si quieres. —Esperó a que lo hiciera y viera la caligrafía—. Las fechas cuadran, sin descartar nada, obviamente, es más que probable que perteneciese al hermano de Jane Austen.

—Es posible, él estuvo en las guerras napoleónicas, puede ser que estos mapas cambiasen de barco y acabasen en Estados Unidos.

—Entre las páginas había hojas sueltas, anotaciones, recortes. Uno en concreto es una carta dirigida a Charles y firmada T. Es la siguiente fotografía.

Entrar en tiendas de antigüedades y en librerías de segunda mano formaba ya parte de él. Nunca se había detenido a pensar qué buscaba exactamente y tampoco por qué le gustaba más pasear por esos laberintos que por otra clase de sitios. Le proporcionaba paz concentrarse en aquel misterio. La primera vez que visitó una feria de libros usados fue en Boston y cuando tuvo en la mano aquel viejo ejemplar de *Persuasión* se dio cuenta de que si alguien intentaba quitárselo tendrían un problema.

Él no solía tener esa clase de reacciones, y menos por un objeto inanimado. En la universidad había tenido compañeros que trataban a sus ordenadores como si fuesen mascotas o incluso sus amigos, que se ofendían si pasabas por el lado y les dabas un golpe sin querer. Él nunca había tenido apego a ninguna máquina. La razón le decía que las palabras que contenía aquella edición antigua de *Persuasión* eran las mismas que la que se había llevado de casa de su madre aquel día en Barcelona, o las que encontraría en el ebook si se lo compraba, pero pagó el dólar que pedían por él y se lo llevó a la habitación de la residencia universitaria. No había decidido empezar a coleccionar las obras de Jane Austen ni tampoco desmenuzar su vida hasta entenderla, había llegado allí despacio siguiendo el camino natural que le dictaba el instinto. Después, cuando el proyecto de inteligencia artificial en el que estaba trabajando tomó fuerza y se hizo realidad, no dudó ni un instante en cómo debía llamarse y con *Jane* en continuo proceso de creación tenía la excusa perfecta, aunque no le hiciera falta, para seguir investigando a Tom Lefroy. No dejaba de sorprenderle que hubiese tan poca información sobre él, dejando a un lado los temas jurídicos donde sí la

había.

Percibió la reacción de Rachael, la estaba esperando porque a él le había sucedido lo mismo. La incredulidad y al mismo tiempo la esperanza de que esa carta dijera lo que creía que decía.

—No puede ser. —Dejó el móvil en la mesa y lo miró—. No hay nada que lo demuestre.

—Lo sé —afirmó, él también había hecho aquel razonamiento—. Y, sin embargo, es evidente que has pensado lo mismo que yo.

Rachael desvió la mirada hacia la pantalla del teléfono de Manel como si fuese una lámpara mágica y fuera a aparecer la respuesta levitando por los aires.

—No aparece ningún nombre y el texto es muy ambiguo. Circunstancial.

—Sí —convino él.

—Oh, Dios mío, ¿y si fuera cierto?

Manel sonrió.

16

Buenas Intenciones

Pantalla de inicio de Buenas Intenciones.

Introduce tu nombre de usuario:

Correo electrónico:

Teléfono:

Mensaje de bienvenida:

¡Hola! Vamos a ayudarte a tomar buenas decisiones porque a veces con las buenas intenciones no basta o solo sirven para empeorar las cosas. No podemos pensar por ti, pero podemos darte unos minutos de más para que tú lo hagas. Sigue las instrucciones y pronto estaremos en tu bando, apoyándote para que no tomes esa mala decisión. ¡Confiamos en ti!

Introduce los números de teléfono de los contactos que quieres que te recordemos que no debes llamar nunca. Puedes añadir tantos como quieras. Da a continuar cuando estés satisfecho con tu lista.

Teléfono:

Teléfono:

Teléfono:

Ahora, si también quieres que nos aseguremos de que no consultas las redes sociales de esas personas que te llevarían a tomar una mala decisión, debes vincular tu cuenta de Buenas Intenciones a la red social pertinente. Se te abrirá una pantalla para cada una, sigue las instrucciones. Ya casi estamos. Prometido.

Facebook:

Instagram:

Twitter:

Tinder:

Snapchat:

Pinterest:

Goodreads:

Tumblr:

...

Introduce aquí los nombres de los usuarios que quieres unir a tu cuenta, es decir, las malas decisiones que quieres evitar. Piensa que una vez lo hayas hecho no podrás volver a consultar sus perfiles. Puedes añadir tantos como quieras, ellos no sabrán que lo has hecho.

Mala decisión de Facebook:

Mala decisión de Instagram:

Mala decisión de Twitter:

Mala decisión de Tinder:

Mala decisión de Snapchat:

La última frontera. Vincula tu ordenador y tu móvil, cualquier aparato que utilices, a Buenas Intenciones y tampoco podrás buscar la página de tus malas decisiones introduciéndolas directamente en el buscador. ¿Creías que no habíamos pensado en eso?

Vincular IP:

Por último te recordamos que no hagas trampas. Obviamente puedes entrar en una cafetería o en una biblioteca, encender un ordenador cualquiera y buscarlo desde allí, pero recuerda por qué estás aquí. Piensa que tú eres mucho más fuerte que ese impulso y no lo hagas. Tenemos un teléfono o chat de apoyo, si lo necesitas, estamos aquí. Ve a la pantalla de ayuda de la app y clicas sobre el teléfono o sobre el chat y habla con nosotros.

¿Y qué pasa si cambias de opinión? Mira, si de verdad no quieres ponerte en contacto con esas personas y no quieres volver a saber qué hacen, bórralas de tus redes y no las busques nunca más. Pero todos somos humanos y hemos llamado a quien no debíamos a la una de la madrugada. Tranquilos, para eso está Buenas Intenciones, para evitar que vuelvas a hacerlo. Pero y si la cosa cambia, y si tú y esa mala decisión os convertís de nuevo en una buena intención, pues entonces puedes desbloquearla. Aunque no va a ser fácil.

Introduce aquí el correo electrónico de la persona o personas que crees que sabrán si vas por buen camino y nosotros les mandaremos a ellos (puedes incluir hasta cinco) un código de desbloqueo. Si ellos no te lo dan, siempre puedes ponerte en contacto con nuestro servicio de ayuda. Confiamos en ti, tú deberías de hacer lo mismo, si nos lo pides, te desbloquearemos lo que nos mandes, es tu vida. Pero con todos estos trámites te habremos dado tiempo para pensártelo mejor.

Correo desbloqueador:

Bienvenido a Buenas Intenciones, recuerda que es por tu bien.

Estar en uno de los vagones del tren que salía a las diez de la mañana de Bath rumbo a Londres con sus dos hermanas era algo de lo más extraño. No era desagradable, incluso se había descubierto un par de veces recordando las salidas que habían hecho ellas tres de pequeñas con sus padres, pero sin duda era raro.

Habían llegado a esa situación de la siguiente forma: Anne se había puesto en contacto con Stuart, el experto en joyas antiguas que le había recomendado Rachael en esa excursión —la misma en la que se negaba a pensar— y él, que había estado esperando su llamada, le preguntó qué tal le iría quedar en Londres. Si se veían físicamente, él podría inspeccionar las joyas y tal vez darle una opinión más formada. Le iba bien, le aseguró ella, y concertaron el encuentro para al cabo de dos días, la mañana del jueves. Anne podía arreglárselas y si le sobraba algo de tiempo iría a ver a Russell. El viernes lo habría tenido mucho más difícil y el sábado, imposible. El jueves era perfecto.

Llamó a Jun, estaría bien que le dejase los pendientes que mamá le había regalado a ella, si no le importaba, y la mayor de las Elliot le respondió que quería acompañarla, podía, ¿no? Después, solo fue cuestión de unos minutos que Therese también se apuntase. Las tres tenían esa mañana libre y las tres estaban muy interesadas en lo que aquel experto pudiese decirle sobre las joyas de mamá.

Jun iba sentada mirando hacia delante y junto a la ventana, se mareaba si iba de espaldas y cada dos por tres señalaba el paisaje y decía lo mucho que lo había echado de menos esos años. Therese había elegido el asiento al lado de Jun porque tenía el mismo culo inquieto que cuando eran pequeñas y necesitaba levantarse a estirar las piernas durante el trayecto, como si viajasen a París y no a Londres. Anne podría haberse sentado en una de las cuatro plazas que estaban libres junto a la otra ventana, por extraño que pareciera el vagón iba vacío, pero contagiada por la nostalgia se sentó con sus hermanas. Eligió también el asiento de la ventana, Thea no se inquietaba tanto si no tenía a nadie delante y a ella no le molestaba ir de espaldas.

El paisaje no la sorprendía tanto, aunque se encontró sonriendo cada vez que

Jun lo hacía.

—Juniper, ¿os fuisteis a Alemania solo por el trabajo de Hans?

Quizá se le había olvidado durante un tiempo o lo había dejado aparcado en un rincón de su memoria, pero tras la cena del otro día había empezado a recordar que ella y su hermana mayor habían hablado de pequeñas. Bueno, ella la había perseguido por casa y le había contado sin parar y casi sin respirar las aventuras del colegio. El nacimiento de Therese fue lo primero que las distanció, Jun se convirtió de verdad en la hermana mayor, sus padres decretaron que las pequeñas eran un equipo y Jun al parecer pertenecía al bando contrario. Después fue a la universidad y cuando apareció Hans ya apenas la veía, pero cuando coincidían en el baño que habían compartido toda la vida a ella podía contarle cosas que no le decía a nadie.

Esperó que su hermana también lo recordase así y que le contestase, y si no lo hacía otro día volvería a intentarlo.

—No, no fue solo por el trabajo de Hans.

Thea había estado a punto de levantarse por cuarta vez en veinte minutos, un chico que iba a cruzar el pasillo se detuvo en seco para dejarla pasar, pero se detuvo y se sentó de golpe.

—¿Podrías haberte quedado?

Anne nunca se había planteado cómo le había afectado a Thea la partida de Jun, alargó una mano y la puso sobre la rodilla para que dejase de moverla y también para decirle que sentía haber estado ausente y no haber cruzado la puerta de su dormitorio y hablar con ella.

—No. Tenía que irme. La muerte de mamá... tenía que irme. Papá empezó a obsesionarse con el restaurante, con el dinero, y empezó a apostar y yo no podía verlo. A Hans le ofrecieron un muy buen puesto, habría sido una locura rechazarlo —esperó unos segundos—, pero por mí lo habría hecho. Vosotras erais mayores y...

—Y nunca hemos estado muy unidas. —Anne terminó la frase.

—Un momento —Thea intervino—, joder, ¿vamos a tener esta conversación aquí y ahora? Después de la muerte de mamá las tres quedamos hechas una mierda, eso está claro, y fuimos cada una por su lado como nos habían enseñado. No hiciste nada malo, Juniper, y tú tampoco Anne. Y yo tampoco. Las tres hicimos lo que teníamos que hacer.

—Ya, ¿pero no quieres hablar de ello? —Anne nunca había tocado un erizo aunque supuso que la sensación debía de ser muy parecida a tocar a Thea en ese instante.

—No, pues claro que no quiero hablar de ello. Pero vais a obligarme a ello, lo presiento.

Juniper intentó no sonreír, Anne vio de reojo que se mordía el labio inferior, y se cruzó de brazos. La postura estaba sacada del manual que les habría dejado Millicent si hubiese atinado a hacer algo así antes de morir.

—Pero... —Anne no estaba acostumbrada a llevar la voz cantante en nada y sin embargo estaba convencida de que ahora le correspondía a ella— ...tú me echaste un cable el día de mi cumpleaños, cuando papá me pidió el collar —le recordó con acierto— y en la fiesta de Jun igual. Si tú no me hubieses dicho nada esa noche, a estas horas papá seguro que se habría salido con la suya y ninguna de las tres estaríamos aquí.

Se oyó el traqueteo del tren antes de que Thea exhalase.

—Está bien. Tienes razón. Podemos hablar de ello más tarde. Ahora no, ¿vale?

—Vale —accedió Jun dejando libre la sonrisa de antes.

—De acuerdo —Anne también aceptó esperar—, solo dime una cosa, ese día ¿por qué me ayudaste?

Thea era la más alta de las tres, la más delgada, parecía un junco y Anne pensó que estaba a punto de romperse.

—Tú te fuiste a Berlín con Hans —señaló a Jun con el mentón y después a Anne— y tú a Bath porque querías huir de todo.

Anne no la corrigió y cuando Thea dejó de hablar no insistió. Era injusto que le pidiese explicaciones cuando ella tampoco les había contado nada de su vida, ni de la que hacía unos años ni de la de ahora, aunque a juzgar por las palabras de Therese era evidente que su hermana pequeña había notado algo. Entraron en el túnel de la estación, la megafonía anunció la llegada a Londres y los pocos pasajeros que habían ido ganando a lo largo del trayecto se pusieron en pie. Dado que las largas piernas de Thea bloqueaban la salida al pasillo, tenían que esperar a que se levantase, lo hizo y dándoles la espalda volvió a hablar:

—Vosotras dos os fuisteis, yo me quedé con papá.

Anne quería abrazarla, arriesgarse a recibir el pinchazo de una de sus púas, pero Jun la sujetó por el antebrazo y la detuvo. Mejor esperar, empezar era lo más difícil y acababan de hacerlo.

El taller de Stuart estaba en Candem y las tres, sin hablarlo antes, coincidieron en que la mejor opción, que no la más rápida ni la más práctica, porque tenían tiempo y les apetecía, era ir a King's Cross y desde allí pasear por el canal hasta llegar a su destino. Habían estado en el canal tres o cuatro veces de pequeñas, el

día acompañaba y así podían charlar un poco más, excepto de ciertos temas. Hablar de temas banales no es tan fácil como aparenta y menos si estás con tus hermanas, descubrió Anne al cabo de pocos minutos. Todas las frases que empezaba se empeñaban en acabar con algún detalle relevante, como por ejemplo que había estado en Bath y que había visto a sus viejos amigos de Londres.

—Harriet no era santo de mi devoción —le explicó innecesariamente Thea—, aunque nunca he entendido por qué dejaste de verla y de relacionarte con ella. Vives en Bath, no en China.

—Sí, supongo que tienes razón.

—De todos modos, no recuerdo que la vieses mucho el último año que estuve yo en casa. Siempre estabas estudiando en el restaurante. Lo que yo no entiendo es por qué dejaste derecho.

No le gustaba ser el centro de atención, pero si era justa tenía que reconocer que tanto Thea como Jun lo habían sido en el tren y prefería hablar de sus estudios que de otra cosa.

—Nunca me gustó.

—¿Cómo que no te gustó? —Thea la sujetó por el hombro y la detuvo—. ¿No te gustaba estudiar derecho? Creía... creía que lo habías dejado porque estabas triste por la muerte de mamá y que después lo habías retomado. ¿No estás acabando derecho en Bath?

No pudo evitar sonreír, hasta el momento habían sido unas pésimas hermanas.

—No.

—¿Y qué estás estudiando?

Volvieron a caminar.

—De momento nada, bueno, sí, oh, vais a creer que estoy loca.

—Pingüinos —adivinó Jun.

—¿Eso de los pingüinos? —Thea también se acordaba—. No fastidies.

Quizá no eran tan pésimas, Anne ensanchó la sonrisa y algunas de las dudas que sentía respecto al tema de sus estudios se disiparon un poco.

—Sí, eso de los pingüinos. Sé que es patético que a mi edad no tenga claro qué quiero hacer con mi vida o que lo tenga y que no haya hecho nada al respecto hasta ahora, que solo me haya dejado llevar. Pero por fin he, no sé, despertado, no sé cómo explicarlo y me he cansado de no luchar por lo que quiero. Os parecerá una estupidez.

—No, nada de eso. —Thea la rodeó por los hombros—. Me alegro mucho por ti.

—Y yo, Anne. ¿Y te has matriculado en otra universidad? Lo siento, pero no sé en qué consiste exactamente lo que quieres hacer, excepto cuidar pingüinos.

—No te rías.

—No me estaba riendo, bueno, un poco, pero me alegro mucho por ti. Y no seas tan estricta contigo misma, todos necesitamos nuestro tiempo para saber qué queremos hacer en la vida y cuando lo descubres a veces da miedo salir a buscarlo. Te admiro.

—Gracias. —Bajó la cabeza—. Todavía no tengo nada en concreto, solo me estoy informando y la verdad es que de momento lo tengo difícil, pero voy a intentarlo. Ya os contaré qué tal me va.

—Sí, hazlo, y si podemos ayudarte en algo, cuenta con nosotras. —Juniper le apretó la mano y cuando Anne levantó la cabeza vio que Thea asentía, dando por hecho que ese plural aunque recién estrenado era acertado.

Llegaron al taller de Stuart, dejaron en tablas lo de hablar de temas incómodos y el resto del paseo lo dedicaron a comentar anécdotas de los hijos de Jun y a hablar de los alocados trabajos de Thea y de la escasa vida social de Anne. Las tres se lo tomaron con humor y se rieron de ellas mismas, así que cuando Stuart las conoció dio por hecho que eran unas hermanas muy unidas y sintió cierta envidia. Quizá incluso mucha porque él solo tenía un hermano en Exeter y añoraba hablar con él aunque se discutían siempre. Esa noche le llamaría y entre los dos encontrarían un fin de semana, no tenía que ser tan difícil quedar. El mundo no se detendría en seco si los dos se tomaban un día de fiesta en el trabajo y se veían.

Stuart también sorprendió a las hermanas Elliot, no lo habían comentado pero las tres esperaban encontrarse con un joyero del siglo pasado, de esos que llevaban americana de *tweed*, guantes para no dejar las huellas en las joyas y una lupa colgada de la solapa o del bolsillo, o quizá en un ojo ejerciendo de monóculo. Sobraba decir que ninguna tenía demasiada experiencia tratando con aquel gremio. Stuart no llegaba a los treinta, Anne le acercaba más a los veinticinco y en sus manos las joyas de mamá se veían diminutas, como si pertenecieran a una muñeca.

Él las invitó a sentarse, cerró el taller, que estaba situado en lo que había sido un establo y probablemente era fotografiado a diario por los turistas que tenían la suerte de pasar por esa calle. El cuero del interior, los muebles con acabados de acero eran muy masculinos y el resultado final era intrigante. Fue amable con ellas, aunque un poco distante, y en cuanto las tres dejaron las joyas encima de la mesa que los separaba se concentró en examinarlas.

—Están bien conservadas, pero tendría que limpiarlas. ¿Sabéis de dónde proceden? Por el sistema de engarce de las piedras preciosas y de los diamantes situaría su creación entre el 1700 y el 1900, aunque no me jugaría la vida en ello antes de poder realizar más pruebas. Podrían ser más modernas.

—¿Piedras preciosas? ¿Diamantes?

El asombro de Anne fue tan evidente que el joyero dejó la pieza que tenía en la mano, el broche de Jun, y sonrió.

—Son muy pequeñas, sin querer desmerecerlas, en ese sentido no son nada del otro mundo.

—Uf, menos mal —añadió Thea.

Eso captó aún más la atención de Stuart.

—¿Menos mal? La mayoría de gente que hace una consulta de este tipo quiere oír que sus joyas son valiosísimas, que están hechas de los rubíes y diamantes más caros del universo.

—Nosotras no somos como la mayoría de gente. No queremos vender estas joyas —se defendió Thea.

Aquello tampoco lo habían hablado y sin embargo las tres estaban de acuerdo. Anne vio asentir a Jun y no pudo evitar guiñarle el ojo cuando esta la pilló.

—De acuerdo, entonces ¿qué queréis? —Stuart se echó hacia atrás y se quitó los guantes. Ese detalle sí que lo habían acertado.

—A nuestra madre le gustaba mucho visitar las ferias de antigüedades y las tiendas de segunda mano —empezó Anne al ver que Thea no reaccionaba—. Murió hace unos años y nos dejó estas joyas, las repartió entre las tres. Ella decía que eran importantes.

Stuart asintió.

—Y por lo que contáis lo son, pero el valor sentimental no aumenta el precio de estas joyas en el mercado. No os hacía falta consultar a ningún experto para saber esto, podríais haber ido a cualquier tasador, a cualquier joyería incluso.

—Cierto —siguió Anne entendiendo la confusión y la curiosidad del chico. No quería contarle qué clase de relación habían tenido ellas con su madre, probablemente porque ni siquiera sabía qué clase de relación habían tenido Thea o Jun con Meredith y porque tampoco sabía explicar la suya—. Nuestro padre se ha interesado de repente por estas joyas, nos las ha pedido y creemos que quiere venderlas. Él no se interesa por su valor sentimental, no sabría qué hacer con él.

—Dudo que consiga una cantidad significativa, el único valor que podrían tener sería como antigüedades y hay joyas de los siglos, XVIII y XIX en cualquier tienda de Notting Hill o de Candem. Las únicas piezas que tienen valor son las

que ofrecen algo más, no sé si me explico.

—Las que han pertenecido a alguien importante —volvió a intervenir Thea—, lo sabemos.

Anne se consideraba una persona suspicaz y dejando a un lado cierto periodo de su vida del que ahora definitivamente estaba saliendo —a marchas forzadas y completamente decidida a dejarlo atrás— creía que se le daba bastante bien observar a la gente y no tenía ninguna duda de que su hermana pequeña estaba nerviosa. Y no podía achacarlo a la química que había entre Thea y Stuart, había aparecido nada más entrar y era tan real como si tuviese vida propia y estuviese sentada allí entre los dos lanzándoles puyas, no, era algo más.

—Nuestra madre decía que estas joyas habían pertenecido a Jane Austen —la frase que más temían, la que ninguna había formulado con todas las palabras porque temían lo que pudiera indicar, que su madre no había estado cuerda del todo antes de morir, la pronunció Jun.

Stuart no dijo nada más, no comentó que eso era imposible o una locura, lo cual hizo que Anne tuviese aún mejor opinión de él y que Thea se levantase y se dirigiese a mirar unos pendientes que había en el expositor de la entrada, el mueble más alejado de donde estaban ellos. Cuando habló lo hizo con el mismo tono profesional de antes con la diferencia de que abrió una libreta y apuntó las respuestas que las hermanas le proporcionaron; tenían información sobre los lugares donde su madre había comprado las joyas, no demasiada, solo el lugar y el año. Sí, también guardaban algunos recibos, su madre nunca tiraba nada, pero sería difícil encontrarlos y tal vez no lo lograrían. No, nunca habían hablado de ese tema con nadie.

Porque nunca habían creído que fuese verdad.

La vergüenza tenía un sabor amargo en la garganta de Anne, qué daño le habría hecho creer un poco en la historia que su madre le contaba. No solo eso, por primera vez se preguntó por qué lo había hecho, por qué mamá se las había llevado de excursión, por qué les había regalado aquellos recuerdos prácticamente hechos a medida y por qué les había dejado esas joyas. Todos morimos, pero no todos sabemos cuándo.

Stuart les pidió permiso para fotografiar las piezas, ellas se lo dieron y él trabajó en silencio. Thea seguía observando los pendientes, Jun se cruzó de brazos y posó la mirada en lo que estaba haciendo Stuart, aunque Anne vio que tenía la mente en otra parte. Quizá estaría pensando lo mismo que ella, quizá también se sentía culpable. Se lo preguntaría en cuanto salieran de allí, no se

guardaría la duda.

Terminadas las fotografías les explicó que ahora entendía que Rachael les hubiera recomendado que lo llamasen, él había autenticado joyas para el National Trust en varias ocasiones, y también les preguntó si podía quedarse una pieza de la colección, con una le bastaría para hacer las pruebas físicas y si encontraba algo que sustentase la teoría de su madre les pediría el resto. Acordaron que se mantendrían en contacto, las escribiría o llamaría en unos días, aunque les recalcó que no podía prometerles nada y que lo que estaban buscando era mucho más difícil que encontrar una aguja en un pajar.

—Eso sería fácil, ahora mismo ni siquiera sabemos si existe un pajar. Necesitaríamos algo, un dibujo de Austen llevando un collar parecido a este, por ejemplo y, seamos sinceros, toda la parafernalia relacionada con Austen está más que descubierta y explotada. No os hagáis ilusiones.

—No nos las hacemos —susurró Thea antes de abrir la puerta y salir fuera donde encendió un cigarro y se puso a caminar.

Jun se despidió apresuradamente, corrió tras su hermana como si fuera uno de sus hijos pequeños. Quizá no era una precaución exagerada. Anne le dio las gracias a Stuart y antes de irse añadió:

—A mi madre le gustaba mucho Jane Austen, desde siempre, desde que era pequeña. Decía que sentía que gracias a sus novelas entendía mejor el mundo. — Necesitaba proteger a mamá, no lo había hecho antes.

Resultó no ser necesario, pues Stuart trató el recuerdo con la misma delicadeza que las joyas.

—A menudo el mundo tiene más sentido dentro de un libro. No le des más vueltas. Es pronto para descartar nada, de hecho, tal vez ahora sea el mejor momento para elaborar cualquier teoría.

—¿El mejor momento? ¿Por qué?

—Ahora todo es posible.

18

Anne

La boda de Harriet y Patrick se celebraba en una granja, sin animales, por supuesto. Midfford Farm estaba a medio camino entre Londres y Bath y mientras Anne lo recorría conduciendo el coche que le había prestado Caroline no le pasó por alto que esas últimas semanas se parecían mucho a aquel trayecto; llenas de baches y sorpresas y con la duda constante sobre si conseguiría llegar a tiempo y entera adonde iba.

Harriet había insistido en que fuera a la boda con acompañante, un chico — tenía que salir más, añadió Harriet— o una de sus hermanas, o Russell. Russell le caía muy bien a Harriet y a toda la familia de la novia. Lo ideal sería que fuese con un chico, solo tenía que decirle el nombre para apuntarlo en la mesa correspondiente. Sintió la tentación de pedirle a Caro que además de prestarle el coche la acompañase, pero aquel fin de semana Caroline se iba con Max al distrito de los lagos, un lugar del que su amiga se había reído con frecuencia porque decía que solo lo visitaban las parejas pijas sin imaginación y los jubilados, y sin embargo ahora le parecía el paraíso en la tierra y Anne nunca la había visto tan feliz. Era la primera vez que Max le pedía algo así y ella, Anne, no iba a echárselo a perder. Habría podido pedirle a Thea que la acompañase a la boda, pero todavía no se había acostumbrado a incluir a su hermana pequeña en sus planes o en sus problemas. Le costaba incorporar esa rutina a su razonamiento, aunque cada vez menos, y a Jun también, claro. Además, tenía que ir sola, podía ir sola perfectamente, no necesitaba que nadie la protegiese de lo que fuera que fuese a sucederle allí. Solo era una boda, sobreviviría. Por eso al final tampoco había llamado a Russell. Iba sola a la boda y se lo pasaría bien, lo había decidido. Había cometido un error al no dar una oportunidad a sus amigos de Londres hace años, al no dársela a ella misma, y no iba a repetirlo.

Por fin la carretera se allanó un poco y en el lateral izquierdo vio una señal con el nombre de Midfoord Farm. Suspiró aliviada, no quería que nadie se preocupase por ella y que mandasen una expedición a buscarla. La ermita fue fácil de localizar, sonrió al ver las guirnaldas de flores blancas, se imaginaba perfectamente a Harriet eligiéndolas y decretando el lugar y el modo exacto en

que debían colgarlas. Había varios vehículos, no llegaba la primera y —cruzó los dedos— esperaba no ser la última. La ermita formaba parte de la finca donde después celebrarían la fiesta y también había casas aisladas en las que algunos invitados se quedarían a pasar la noche. Harriet insistió en que se quedase, varias amigas de la universidad iban a hacerlo y también unos cuantos amigos de Patrick, seguro que ella podía unirse a uno de los dos grupos. Ni se le pasó por la cabeza aceptar, la boda podía aguantarla, incluso podía pasarlo bien, reconoció, pero quedarse allí a dormir no. El domingo siempre había sido su día preferido y ese era importante, el lunes tenía una reunión telefónica con un profesor de la Universidad de Edimburgo y necesitaba estar preparada.

Al entrar descubrió que había menos gente de la que pensaba, saludó a unos tíos de Harriet y se dirigió hacia la ermita para buscar un sitio donde sentarse; quería ver entrar a Harriet. La emoción casi había aparecido de repente, era la primera boda a la que asistía, exceptuando las que sus padres las habían llevado de pequeñas.

Había elegido un vestido amarillo por culpa de la película que había visto el otro día y que la había dejado llorando desconsolada en el sofá. Thea la había pillado hecha un drama y la miró preocupada durante un segundo, hasta que escudriñó la pantalla y la llamó idiota por mirar *La la land* sola. Si se lo hubiese pedido, podrían haberla visto juntas y habrían acabado hechas un mar de lágrimas juntas, bueno, dos mares. El vestido amarillo la hacía más pálida y las pecas le resaltaban más, no estaba segura de que el resultado final fuese el adecuado, pero esa mañana, tarareando la canción de la película sintió que era lo que debía ponerse, aunque los zapatos color beige con los que lo había combinado fuesen más altos de lo recomendable para aquel suelo de césped.

Cruzó el portal de la pequeña iglesia, una niña, supuso que familiar de Patrick, le dio una hoja con las canciones de la ceremonia y una flor blanca. Anne le dio las gracias, saludó con un asentimiento de cabeza a viejos conocidos y ocupó el extremo de un banco en el lado izquierdo, el sexto de los ocho que había en total. En los primeros pudo ver a los padres de Patrick y también a Alice, que le sonrió. Se alegraba de estar allí y de no haberse buscado una excusa, había un chico y una chica al fondo junto al altar listos para cantar, él tenía un *cello* entre las piernas y los primeros acordes flotaban por el aire, ella susurraba una canción que anudó el estómago de Anne. Por suerte ya estaba sentada, le temblaron un poco las piernas y se sujetó al banco. Las bodas producían esos efectos, lo decía todo el mundo.

—¿Podemos sentarnos aquí?

Oyó la voz de Luke y se giró con una sonrisa preparada en los labios para decirle que por supuesto e incluso bromear sobre lo azucarada que era la decoración, pero vio que él no estaba solo y se conformó con asentir y farfullar algo.

—Claro.

Luke pasó el primero y no se sentó a su lado, se deslizó hasta quedar junto a la señora de la pamelita rosa y su corpulento acompañante. El espacio que quedaba libre lo ocupó Manel.

Manel, que se suponía que se había ido de Inglaterra para volver adonde fuera que viviese ahora.

Manel, que le había dicho que solo estaba allí por trabajo.

—Hola —la saludó él en voz baja y sin mirarla a los ojos, estos fijos en el primer banco donde estaba la familia de Patrick.

—Hola —respondió Anne.

La canción del *cello* cambió y la gente se puso en pie, la novia acababa de llegar e iba a entrar. El padre de Harriet estaba nervioso, daba palmadas en los dedos que su hija reposaba en su antebrazo. Anne no tuvo celos de la boda hasta aquel instante. Le escocieron los ojos y cometió el error de girar la cabeza hacia el altar y cuando vio al novio se le cerró el estómago. La felicidad de los demás es bonita y debería alegrarnos, pero aquello que estaba presenciando lo veía tan difícil de explicar y de entender, tan imposible de conseguir que le provocó un dolor físico. No era la boda en sí, eso no le importaba lo más mínimo, era esa sensación de que tanto él como ella, Patrick y Harriet, se tenían el uno al otro, y también a sus familias. Realmente había metido la pata al alejarse de esa gente, les había tachado de materialistas cuando tal vez ella era la única que lo era. O lo había sido.

Empezó la ceremonia y pudieron sentarse, faltaba espacio y a ella, aire. Una lágrima le mojó el pómulos y abrió el bolso en busca de un pañuelo de papel que no llevaba. La lágrima le resbaló por la mejilla y el cuello sin que pudiera detenerla, y Anne resignada cerró el bolso y lo apretó contra el estómago. Tenía que aflojar aquellos nudos, respirar.

—Toma. —Manel alargó la mano hacia ella con cuidado, un pañuelo aún doblado descansaba en la punta de sus dedos y estaba mirándola—. Quédatelo, yo no lo necesito.

Lo aceptó.

—Gracias.

Él asintió, no dijo nada, y volvió a fijar la mirada hacia delante, lejos de ella.

Anne arrugó el pañuelo e intentó concentrarse en su amiga, pero no pudo quitarse de la cabeza que si Manel había visto esa única lágrima era porque la había estado mirando.

No volvió a verlo hasta que se sentaron a comer, al salir de la ermita felicitó a los novios y habló con Colin, Luke y Alice y con las antiguas amigas de la universidad que Harriet también había invitado. Fue con ellas andando hasta la carpa donde les sirvieron una copa de champán y sonaba también música. No lo buscó, no lo hizo porque sabía que no lo encontraría. Hay personas cuya presencia o ausencia se nota sin mirar. Estaban sentados en la misma mesa, ninguna otra opción habría sido posible, aunque por suerte para ella no de lado. La conversación fluyó gracias a Luke y a Colin, y también a Alice —sentada entre Manel y Luke—, Anne no estuvo callada y Manel tampoco, pero no se hablaron directamente. Se escucharon, eso sí.

—Me alegro tanto por Patrick y Harriet, y por mí. —Alice cargó un trozo de pescado en el tenedor y se lo llevó a los labios.

—¿Por ti? —Colin se burló un poco—, ¿acaso vas a llevarte comisión por esta boda?

—¿Comisión? —Alice bebió—, no digas tonterías. Me alegro porque gracias a ellos mi fe en el amor sigue intacta. Últimamente todos mis amigos se separan.

—Ya sabes lo que dicen, es mejor estar solo que mal acompañado y hay personas que no quieren comprometerse o que no están dispuestas a hacerlo —apuntó Luke—. Además, tanta fe en el amor no tendrás cuando tú hace años que no tienes pareja estable, Alice. Eso de ver la paja solo en el ojo ajeno está mal.

—He tenido mala suerte, Luke, pero tienes razón. Debería aplicarme el cuento y creer de nuevo en el amor, arriesgarme.

—Yo no he dicho eso, pero adelante, así tal vez dentro de unos meses no seré el único que esté hecho una mierda. Brindemos por eso. —Levantó la copa de vino y el resto de la mesa lo miró confuso—. Vamos, no es para tanto, lo superaré. Brindemos por el amor y lo masoquista que tienes que ser para ir a buscarlo.

Brindaron y al retomar la palabra, Alice arrugó la frente.

—Me imagino que no vas a contarnos qué te pasa, Luke, pero deja que te cuente algo.

—Si pretendes hacerme terapia, déjalo, si estuviera interesado podría pasarme por tu consulta y ahora mismo ya tengo toda la que necesito. —Levantó la copa, Anne entendió que Alice ejercía de psicóloga o psiquiatra y que entre ella y

Luke existía una buena amistad.

—Hoy no trabajo y lo que voy a contarte es sobre Patrick. Me hizo jurar que no se lo contaría nunca a nadie, pero no me oye y creo que, teniendo en cuenta cómo han acabado las cosas, no le importará.

—Empieza a hablar. —Colin se rio y levantó las cejas igual que el malvado de una serie de dibujos animados—. Aún estoy a tiempo de añadir esta información al discurso del padrino. Tu hermano se arrepentirá de habérmelo pedido.

Anne lo dudó y a pesar de que no notaba el sabor de la comida y de que tenía la espalda empapada de sudor se alegró de estar sentada en esa mesa con ellos.

—Harriet y Patrick rompieron una vez —empezó Alice—, fue hace tres años, más o menos. Los dos tenían mucho trabajo, Patrick viajaba constantemente y Harriet también, casi no coincidían y cuando se veían discutían. Unos días antes de Navidad fueron a cenar y lo dejaron. Vi a Patrick en Nochevieja y me dijo que era mejor así, más práctico.

—Recuerdo esa época, Patrick estaba hecho un energúmeno, una noche casi nos mete en una pelea en un pub de Hamyard. No sabía que había roto con Harriet —Colin pareció dolido, confuso por aquel comportamiento de su amigo años atrás.

—No se lo dijo a nadie, de hecho creo que solo me lo dijo a mí y porque le pillé una noche borracho en su apartamento y con... digamos que varios objetos de decoración habían cambiado de sitio y de estado. Me dijo que había visto a Harriet en una tienda, había entrado por casualidad y ella estaba allí con una amiga como si nada. Repitió esa frase: como si nada. Yo le dije que qué esperaba, si acaso creía que iba a encontrarla llorando por los rincones.

—¿Y no crees que algo así debería notarse?

La pregunta de Manel los sorprendió a todos y Anne se atrevió a mirarle, él tenía la atención fija en Alice.

—¿El qué?

—Que te han roto el corazón —especificó él—, debería notarse, creo yo.

—Juzgar los sentimientos de los demás basándonos únicamente en lo que nosotros creemos solo sirve para cometer errores. Hay gente que llora con un anuncio de papel higiénico porque sale un cachorro y gente que solo ha llorado dos veces en toda la vida. No todos sentimos igual. Le dije a mi hermano que tal vez Harriet estuviera peor que él o quizá se había recuperado del todo, pero que si de verdad quería averiguarlo tenía que preguntárselo.

—Deduzco que lo hizo. —Manel señaló la mesa donde los novios acababan de besarse.

—No —se rio Alice—, qué va. Me soltó un rollo diciendo que Harriet se había recuperado de su ruptura y que él sin embargo no se recuperaría jamás.

—Entonces es que tenía el orgullo herido, no que de verdad echase de menos a Harriet. —Las palabras salieron de la boca de Anne.

—¿Por qué dices eso? —Luke se giró hacia ella—. ¿Acaso crees que nosotros, los hombres —extendió las manos como si quisiera abarcar a los allí presentes— no somos capaces de reconocer sentimientos tan profundos como los que podáis tener vosotras?

—No, no he dicho eso —se defendió—, pero el orgullo os, nos —se corrigió incluyendo también a las mujeres— nos lleva a cometer tonterías y a menudo es una excusa perfecta tras la que escondernos. No digo que Patrick no quisiera a Harriet, a la vista está que la quiere y que ella le quiere a él, solo digo que el día que rompieron o aquel día en esa tienda podría haberla detenido, preguntarle qué le pasaba y decirle lo que él estaba sintiendo. El orgullo herido afecta a hombres y a mujeres por igual, Luke, no pretendía decir que solo los hombres sufren idiotez transitoria por culpa de ese sentimiento, y me gusta creer que el amor también nos afecta a todos por igual. Y creo que cuando quieres a alguien de verdad ese amor no desaparece porque dejes de ver a esa persona o porque la hayas echado de tu vida.

—¿De verdad lo crees, Anne? —Manel le preguntó y aquella bocanada de aire tuvo más problemas que las anteriores por llegar a los pulmones de Anne.

—Sí, de verdad lo creo. —Bajó la mirada hacia la tarjeta con su nombre que había encima de la mesa—. Aunque como ha dicho Alice no todos lo mostramos igual.

—¿Y cómo acabó la historia? —Luke alzó la voz—, ¿qué lección se supone que tengo que aprender de todo esto, Alice?

—Habla con ella, con él, con quien sea que te hace sentir mal o bien. Hablar es el principio —contestó Alice—, y fue lo que Patrick hizo cuando entró en razón. Fue a ver a Harriet y le dijo lo que de verdad sentía, que la echaba de menos y que quería encontrar la manera de arreglar lo suyo. No sé qué le dijo Harriet exactamente, pero unos días más tarde, cuando volví a ver a mi hermano tenía una sonrisa de oreja a oreja y me levantó en brazos como cuando éramos pequeños y me dijo que era un genio.

Los camareros les cambiaron los platos y hablaron de viajes, de las anécdotas del rodaje de Colin y de temas menos peligrosos que el amor. El discurso de Colin fue brillante, hilarante, Anne se secó varias lágrimas, esta vez de tanto reír.

Sonó la canción que habían elegido los novios para el primer baile y tras los

aplausos y vítores unas cuantas parejas se unieron a ellos. Anne pensó en la cantidad de veces que había pensado en Manel a lo largo de esos años, en los momentos que se había imaginado de un modo distinto y en lo imposible que era quitarse de encima esa sensación de que él era él, esa persona que jamás olvidaría y que siempre buscaría al entrar en alguna parte. Esa noche, sin embargo, a diferencia de las anteriores, podía hacer algo al respecto.

Se puso en pie y se acercó a él.

—¿Quieres bailar conmigo, Manel?

Él tenía las manos encima de la mesa y la mirada fija, pero desenfocada, en la zona de baile. No estaba observando a las parejas que bailaban, se había dejado hipnotizar por ellas, por la música, y Anne se atrevería a apostar que la mente de él estaba en otra parte. Tal vez no la había oído, ni siquiera la había mirado, y tal vez si se daba media vuelta sería como si no se hubiese atrevido a dar aquel paso, pero se quedó allí y alargó un brazo con la palma hacia arriba. No iba a hacer eso, nada a partir de ahora, a medias.

—¿Bailamos? —repitió con la voz más firme y él levantó la cabeza y la miró. Y ella vio que él llevaba los ojos de su rostro a esos dedos que temblaba un poco —no demasiado— y después volvían a su mirada, y vio que le costaba tragar y que se levantaba de la silla para sujetarlos con los suyos.

Caminaron hasta la pista, la canción que sonaba no era importante, quizá más adelante, dependiendo de lo que sucediera en los siguientes minutos, Anne la recordaría o querría olvidarla para siempre. Si es que situaciones como esta podían llegar a olvidarse.

Las manos de Manel aparecieron en su cintura, no se había dado cuenta de que la había soltado la derecha, se levantó un poco y se acercó a la espalda de Anne, pero no la tocó, quizá por el mismo motivo por el que las de ella se quedaron en los hombros de él sin rozar el cuello o la nuca como si fueran exploradores esquivando zonas de peligro o valles de los que no querrían escapar.

—¿Estás segura de esto? —Creyó detectar la provocación en la voz de él y se mordió la lengua para no decirle que por supuesto que estaba segura, que no iba a dejar que el destino o la mala suerte siguiera metiéndole en su camino, descolocándola, que había llegado el momento de hablar.

—Solo es un baile.

Él sonrió, los años no le habían robado el hoyuelo de la mejilla izquierda aunque ahora lo acompañaban un par de líneas más, marcadas en la comisura del labio que se levantaba más que la otra.

—No sabía que ibas a estar aquí —empezó él, tenso y sin ceder. Habrían

pasado cualquier prueba de los años cincuenta; no había ni un milímetro del cuerpo de él que rozase el de ella—. Supongo que tendría que habérmelo imaginado, Harriet es tu mejor amiga.

—Ya no, hasta hace unas semanas llevaba años sin verla. Ni siquiera quería ir a su fiesta de compromiso, pero Russell me convenció.

Russell.

Anne se maldijo, no tendría que haber mencionado a su madrina. Manel se alejó de ella aún más. Era ridículo. Pero la música seguía sonando y ella estaba allí, bailando con él y decidida a seguir adelante.

—¿Cuánto tiempo más vas a quedarte en Inglaterra?

—¿Quieres asegurarte de que no me quedo definitivamente?

No se merecía eso, ahora fue Anne la que intentó alejarse, pero cualquier palabra que hubiese llegado a su garganta se detuvo cuando él soltó el aliento y le pidió perdón.

—Lo siento. No quiero discutir y... —Volvió a respirar y al tomar aire se acercó a ella—. Deberíamos hablar. Gracias por pedirme que bailase contigo.

—Gracias por aceptar.

Se sonrojó, agachó la cabeza para que él no lo viese pero supuso que no había conseguido evitarlo porque le oyó sonreír. La sonrisa de Manel siempre había ido acompañada de un ligero sonido, como si se escapase de su control y le sacudiera levemente el torso con el impulso.

—En principio voy a quedarme una semana más —la sorprendió al contestar al cabo de unos segundos—. ¿Crees que volveremos a encontrarnos?

—¿Accidentalmente? Lo dudo. —Anne fue sincera—. Harriet y Patrick se van de luna de miel y ellos o su boda parecen ser los culpables de nuestros encuentros. Además, vivo en Bath y...

Él se detuvo en medio de la pista sin soltarla y acercándose a ella. Anne diría que en contra de su voluntad le preguntó desde cuándo.

—Desde hace años, ¿y tú dónde vives?

—En Los Gatos, una pequeña ciudad de Silicon Valley, cerca de San Francisco.

—Me gusta el nombre —no sabía qué otra cosa decirle—, ¿y tus padres?

—Mis padres siguen en Barcelona, voy a verlos siempre que puedo.

Anne se movió de nuevo, no lo llamaría bailar a lo que estaba haciendo, se balanceaba un poco a ver si así contenía las preguntas que aparecían sin orden y con mucha prisa dentro de ella. Ahora que habían empezado a hablar quería sacarlas todas y al mismo tiempo había muchas de las que prefería no saber la

respuesta. Por eso se quedó en silencio.

—¿Están bien?

—Sí, solo estaba escuchando la música —respondió confusa. Acababa de darse cuenta de que no saber la verdad sobre Manel, no del todo, le daba esperanzas. Podía no merecérselas, eso no lo cuestionaba, pero las necesitaba.

La canción terminó y otra más animada empezó a llenar el hueco, más invitados llegaron a la pista y Manel aflojó los dedos que seguían en el vestido. Él no le había preguntado nada sobre ella, nada importante, y el baile como mucho le había incomodado durante unos segundos. Nada había cambiado entre ellos y en realidad no era lo que Anne había buscado al acercarse a él, lo único que había querido era romper aquel silencio, disminuir el vacío. No parecía haber funcionado, él seguía mirándola con distancia, quizá con menos animosidad que esa primera noche cuando coincidieron en la fiesta del documental de Colin, pero nada más.

Ella no lo miraba así, de eso estaba segura, y era consciente de que no podía ni quería ocultarlo. En sus ojos quedaban aún muchas emociones, no se habían ido a pesar de la ruptura. Pero quizá él no lo veía o no quería verlo, quizá él prefería seguir creyendo que ella era la misma que ocho años atrás, la chica que le había rechazado. Quería pedirle que la mirase, gritárselo, exigirle que entendiese que había pasado el tiempo y que nada era igual, o casi nada, porque él seguía encogiéndole el corazón solo con su cercanía.

El baile había acabado, a la boda le quedaban como mucho unas pocas horas y él volvería a Londres y ella a Bath y lo más probable sería, tal como le había dicho, que no volvieran a verse, y Anne no quería conformarse con eso. Había asumido que ella le había dejado años atrás, que había sido ella la que había dicho que no en lugar de decir que sí y si era sincera no quería recuperar esa relación, pero a él, a ese Manel que tenía ahora delante quería conocerlo. Lo miró descaradamente, qué podía perder, y él arrugó las cejas confuso y se sonrojó.

Anne sonrió, quizá podía empezar por esa curiosidad y si él no le daba la oportunidad de conocerle, si él no quería conocer la chica que ella era ahora, por fin podría pasar página de verdad. No quería hablar de ellos, de la discusión que habían tenido ocho años atrás. No quería preguntarle por su trabajo, se moría de curiosidad pero ya había decidido que aún no podía enfrentarse a la realidad de Manel pues esta reflejaría lo distintas e irreconciliables que eran sus vidas ahora. Pero tenía que haber algo, algo que los uniese sin hacerles daño y que no fuese la tontería de hablar del tiempo o de volver a preguntarle por sus padres. De

repente lo encontró:

—¿Por qué querías hablar con Rachael el otro día, qué querías saber de Jane Austen?

19

Manel

De camino a la boda se le había pasado por la cabeza la posibilidad de que Anne también asistiera, él no era del todo obtuso y ella había asistido a la fiesta de compromiso. Incluso habría podido preguntárselo a Luke, que conducía con la mirada fija en la carretera y casi en silencio, dejando claro que no quería hablar de la discusión que acababa de mantener por teléfono y que Manel había oído. No lo hizo porque estaba convencido de que la respuesta le daba igual.

Si ella estaba allí, perfecto, volvería a verla y sería educado pero distante igual que en las anteriores ocasiones. Si no estaba, mejor, así tal vez lograría dejarla atrás definitivamente. Él no la había olvidado, la frase en sí siempre le había parecido una estupidez, dejando a un lado circunstancias médicas excepcionales y dramáticas, nadie olvida a las personas que han jugado un papel importante en su vida. Y él no quería olvidar a Anne, pero sí que quería dejarla atrás, como esa película que recuerdas de tu infancia o tu adolescencia o esa canción que antes te sabías de memoria y de la que ahora solo recuerdas el estribillo.

Además, estaba el problema de las diferencias entre la Anne que le había dejado y la que veía ahora. Esas diferencias que no cesaban de aparecer y que le hacían dudar. Anne le había dejado porque era cobarde, porque no se había arriesgado a creer en él ni en ella, porque había preferido la seguridad de su vida en Londres, de su carrera de derecho, del beneplácito de sus padres a él. Ella le había dicho que romper era lo mejor, que él siguiera su camino y ella el suyo.

Caminos distintos y vidas distintas.

Sencillo y eficiente. Ciertamente como que él le había pedido que lo reconsiderase, le había ofrecido mantener una relación a distancia hasta Navidad y entonces tal vez ella podría visitarlo en Estados Unidos y cambiar de opinión. Ella podía contárselo a su familia, esperar que se hicieran a la idea y llevar a cabo los trámites necesarios en la universidad y reunirse con él más tarde. Anne le dijo que no, que no valía la pena retrasar lo inevitable.

Caminos distintos, vidas distintas y separadas inevitablemente, eso les definía.

Y sin embargo ahora, cada vez que coincidían ella hacía algo o decía algo que no se correspondía con la imagen que tenía él de ella. Las diferencias no

encajaban, pero Manel no quería seguir averiguando dónde se encontraba el error, ¿en el pasado? ¿En los recuerdos que tenía él de ella? ¿En su concepción actual de la realidad?

Si ella le hubiese dejado por algo dramático, pensó una noche que no podía dormir unos días atrás, como la enfermedad de su madre o cualquier situación dickesiana, ahora él podría hacerse el héroe herido y salvarla. Pero Anne no necesitaba que él la salvase, a juzgar por cómo le costó respirar a él cuando ella le preguntó si podían bailar era más bien todo lo contrario. Y la enfermedad de Millicent Elliot no había tenido nada que ver en que Anne no viajase con él a Estados Unidos, las fechas no coincidían, le avergonzaba reconocer que lo había comprobado, le había pedido a *Jane* que buscase esa información y en meros segundos la había tenido al alcance.

Había aceptado bailar con ella, no había querido negarse y si había tardado en reaccionar había sido porque no podía hablar, y ahora ella le estaba preguntando por qué estaba interesado en Austen.

Él nunca le había mentado a Anne.

—Quería preguntarle su opinión sobre unas cartas antiguas que tal vez estén relacionadas con Tom Lefroy.

Ella levantó una ceja y le sonrió y Manel pensó que no hacía falta que inventasen una máquina de viajar en el tiempo porque con aquellos dos gestos ella había conseguido hacerle retroceder al pasado, a cuando se conocieron y se enamoraron. Cómo era posible que hubiese una persona, una, que te hiciese sentir feliz y furioso al mismo tiempo. Feliz por haberla encontrado y furioso por haber tardado tanto en aparecer en tu vida.

Le soltó las manos, revivir el pasado no le ayudaría en el presente ni a lograr el futuro al que se estaba dirigiendo.

—¿Y lo están? —le preguntó ella cerrando los dedos.

—Tenemos que encontrar más documentación, por ahora no hay ningún resultado conclusivo.

—Ah. —Anne bajó la vista, movió la punta del zapato como si estuviera siguiendo los pasos de un baile imaginario y Manel quiso preguntarle cuál era, así que dejó de mirarla y se metió las manos en los bolsillos en busca de una despedida, pero ella siguió hablándole—. ¿Y qué pone en esas cartas? ¿Cómo es que las tienes? ¿Desde cuándo...?

—¡Anne, Manel! —Aparecieron los novios, los había visto bailar la conga o algo parecido que les había acercado hasta ellos—. ¡Vamos, no os quedéis aquí en medio como unos pasmarotes! —Exigió Harriet—. Tenemos que bailar con

champán y brindar la conga.

—Creo que es al revés, cielo —la corrigió Patrick con una de esas sonrisas que lo abarcan todo.

Pilló a Anne observándolos, estaba triste a pesar de que intentaba disfrazarlo, y cuando su amiga tiró de ella para colocarla detrás no se resistió, aunque entonces ella lo miró con los ojos abiertos pidiéndole con la mirada que la ayudase, que la salvase de aquel desastre —era un desastre bailando— o que se uniera a ella. Reconoció la invitación igual que si se la hubiese hecho con palabras, igual que antes, y se refugió tras la copa de champán que levantó de la bandeja de un camarero que pasó justo entonces por su lado. Suerte. No podía bailar, derramaría el líquido o llenaría la pista de cristales cuando la copa fuese a parar al suelo.

La sonrisa que había empezado a aparecer en las mejillas de Anne se esfumó y volvió a bajar la vista, quizá a ella también le costaba recordar que se suponía que ahora no podían adivinar lo que el otro pensaba.

La conga se alejó, Patrick iba a la cabeza seguido por Harriet y después Anne, seguida a su vez por un grupo considerable de invitados. Él caminó hasta la entrada de la carpa, dejó el champán, nunca le había gustado demasiado, y pidió un whisky y con el vaso en la mano salió a ver si el cielo seguía igual porque sin duda algo había cambiado dentro de él.

Se estaba poniendo el sol, la hora mágica de los fotógrafos, sonrió y bebió un poco, quizá lo fuera. Algo inexplicable tenía que haber sucedido. Paseó, quedarse quieto no era una opción porque entonces volvería a entrar y se dirigiría a la zona de baile otra vez o a donde fuera que estuviese Anne. Era más fácil estar lejos y no verla, con la cercanía volvían las preguntas. Vio que una furgoneta se acercaba y tras estacionar cerca dos camareros abrieron las puertas y descargaron cajas llenas de botellas. En su época de camarero había trabajado en algún que otro *catering*, aunque en ninguno como en esa boda. Llegó a un árbol, un roble y apoyó la espalda para seguir bebiendo en silencio, observando lo que sucedía a su alrededor, retablos de los que él no formaba parte. Estaba acostumbrado a jugar ese papel, lo había elegido. Vio a Luke abandonando también la carpa, este sacó el móvil del bolsillo y sujetándolo en la oreja con el hombro buscó un cigarrillo y lo encendió. No fumaba demasiado, al final lo de ser médico le había hecho dejarlo, solo cuando estaba muy nervioso o enfadado. Tenía que ser lo segundo o una mezcla de los dos. Con el cigarrillo ya humeando sujetó el teléfono y caminó de un lado al otro, se acercaba a un seto y allí daba media vuelta y volvía a la entrada de la carpa. Después de la ceremonia había

hablado con él, en realidad, Luke le había perseguido para preguntarle qué había sucedido con Anne, por qué ella se había puesto a llorar en medio de la ceremonia. No había sido culpa suya, fue lo primero que salió de los labios de Manel y le puso furioso que su amigo lo creyera capaz de algo semejante. Luke no retrocedió en su ataque y no se disculpó, siguió con el tono inquisidor y fue entonces cuando Manel acertó en el ataque y le preguntó por la llamada de esa mañana.

No era nada, no tenía importancia. Luke no quería hablar de ello. Pero Manel tampoco quería hablar de Anne y uno de los dos tenía que ceder y Luke tenía mucha menos práctica que él en callar sus sentimientos. Había discutido con Nanda, le explicó al fin, él al parecer había cometido la atrocidad de invitarla a la boda como su pareja. Atrocidad o chiste hilarante porque ella se había puesto a reír, lágrimas incluidas, y le había preguntado si se había vuelto loco. A lo que Luke habría podido responder que sí, achacarlo todo a una broma, pero no lo hizo porque según le había contado antes estaba harto de mentir y de fingir y de comportarse como si lo suyo no importase.

Manel había aguantado la mirada a su amigo, Luke no había contado con el respeto de esa chica desconocida pero sin duda iba a contar con el suyo. Le respondió que le entendía y que había hecho bien, no tenía sentido que estuviera con ella si los dos no tenían intención de seguir el mismo camino. Era absurdo y el único resultado posible era que él acabase hecho una mierda. Lo mejor que podía hacer era pasar página. Luke lo había escuchado, de eso Manel estaba seguro, tanto como que su amigo no le haría caso y ¿por qué tenía que hacérselo? Él era un inepto en lo que a emociones se refería. La aparición de Colin había evitado que la conversación siguiera y aunque los hermanos se unieron al resto de invitados para el cóctel Manel se había quedado atrás observando, igual que ahora.

Luke guardó el móvil en el bolsillo y bajó la cabeza, antes de que Manel decidiera si se acercaba o si respetaba la intimidad de su amigo este sacudió los hombros y regresó decidido a la boda. Ojalá pudiera hacer lo mismo. Envidiaba la capacidad de recuperación y la valentía de Luke.

Le había conocido en Navidad. Manel tenía pocos amigos en la universidad porque entre las clases y el trabajo no tenía tiempo de socializar. Eso era mentira, podía reconocer ahora, aunque hubiese tenido una cantidad ilimitada de horas a su disposición las habría pasado todas con Anne. Desde que la encontró no necesitó a nadie más.

Se suponía que iba a pasar las vacaciones en Barcelona, no tenía clase y le

apetecía ver a sus padres, pero en el restaurante le preguntaron si podía quedarse y hacer varios turnos dobles por esas fechas y cambió de planes casi sin darse cuenta, como si hubiese presentido que los días con Anne iban a llegar a su final. Sus padres no se lo tomaron nada bien al principio, hasta que le hablaron de la montaña y de Mahoma y sentenciaron que el día dos de enero aterrizarían en Londres y se quedarían hasta Reyes, ya podía ir pidiendo vacaciones en *ese restaurante*, su padre siempre lo pronunciaba con retintín, y organizándose las clases porque querían ver toda la ciudad, incluido el parque o el no sé qué de Lady Di, y si se reía de eso iba a tenerlo muy crudo cuando volviese a casa, lo amenazó su madre (y también su padre porque él había sido el que más había llorado cuando Elton John cantó *Candle in the wind*). Todavía recordaba esa visita, se lo habían pasado muy bien, y todavía lamentaba no haberles presentado a Anne entonces ni haberles hablado de ella.

Pero todavía faltaban días para que llegasen y esa noche él trabajaba y Anne no tenía que estudiar porque las clases habían terminado. Se celebraba un concierto en Regent's Park, le explicó en el portal de su apartamento, todavía podía recordar las cosquillas que le hicieron los dedos de ella en la nuca, todo el mundo iba a estar allí, era una tradición. A Manel seguía sorprendiéndole que los londinenses celebrasen tantos eventos al aire libre con el frío que hacía; en Barcelona por esas fechas, exceptuando el mercado de Santa Llúcia, todo se celebraba a puerta cerrada. Podía ir cuando terminase de trabajar, le había pedido Anne y dado que le besó en el cuello, justo debajo de la oreja, él había aceptado. Nunca se había cuestionado que se acordase de los besos, se había pasado esos meses guardándolos, envolviéndolos con cuidado como si fueran figuritas delicadas y después los había metido en una caja. Y la caja estaba en una habitación cerrada bajo llave a la que ahora se estaba acercando. Casi podía sentir la mano en el picaporte.

Había llegado al parque exhausto y enfadado porque el señor Elliot había hecho uno de sus chistes sobre él delante de un cliente. Tendría que estar acostumbrado o fingir que no lo había oído, el cliente ni siquiera había sonreído y le había mirado incómodo, al terminar la cena la propina había sido exagerada, el tipo se sentía avergonzado de haber presenciado esa humillación y le estaba pidiendo disculpas del único modo que tenía a su alcance. Se había quedado el dinero, al menos en ese sentido el padre de Anne era legal, pero de camino al concierto había decidido que se buscaría otro trabajo. No podía seguir allí. Ella había ido a esperarlo, lo había rodeado por la cintura en cuanto lo vio y había apoyado la cabeza en su torso, respirándole. Eso era lo que hacía Anne entonces,

le respiraba, y a él se le detenía el cuerpo entero cada vez, quizá también el mundo. Esa noche había conocido a Harriet y a Patrick, entonces todavía no eran pareja, y también a Luke, que estaba allí casi de casualidad, le había explicado. Él también, respondió, y mientras estaba hablando con él, un estudiante de medicina levemente enganchado a los videojuegos, Anne le había cogido la mano y no se la había soltado. Le había presentado como a un amigo, «trabaja en el restaurante y a veces estudiamos juntos». Esa fue la explicación. El vino caliente que habían bebido ayudó a que no les extrañase y lo aceptaron entre ellos como si nada. A Harriet y a Patrick había vuelto a verlos unas cuantas veces más por casualidad, pero la no tan leve adicción de Luke a los videojuegos hizo que se hicieran amigos, él también la sufría, y que esa amistad no tuviese nada que ver con Anne.

Se apartó del árbol, había oscurecido del todo y las estrellas ofrecían un verdadero espectáculo. Ese cielo convertía el lugar en algo completamente distinto. La granja estaba lo bastante lejos de la civilización para que las luces de la carretera y de los edificios no se entrometieran y no había ni rastro de nubes, solo estrellas. Recordó un artículo que había encontrado por casualidad en su visita a Greenwich días atrás, decía que las estrellas tenían distintos colores aunque no pudiéramos verlos desde aquí. Una fotógrafa había conseguido captar una estrella en concreto, Sirius, de color verde con la cámara. Lo curioso era que el color no provenía de la estrella sino que era el resultado de las distintas capas de atmósfera de la Tierra. Tal vez Sirius era en realidad violeta. Pensó en Anne, no le sorprendió que apareciera en su mente a pesar de la tensión que le depositó en los hombros, pensó en las dudas que tenía sobre ella, en esa habitación imaginaria donde había guardado todos los recuerdos sin llegar nunca a tirarlos.

No encontraría la respuesta en ninguna estrella, volvió a la boda, se acercó a hablar con Luke y le preguntó cómo estaba. Él le respondió que bien, aunque esa afirmación probablemente se debía a la copa que sujetaba en la mano. Manel insistió, le dijo que le había visto hablando por teléfono y le ofreció la escapatoria del trabajo. Luke no la aprovechó, dejó de manifiesto una vez más que era demasiado valiente por su bien, no había pasado nada en el hospital, urgencias era un infierno pero ese fin de semana él lo tenía libre, se las apañarían sin él. Nanda también lo tenía libre, siguió Luke y Manel lo escuchó atento, él la había llamado y habían estado hablando, quizá ella se pasase por allí mañana, no había querido presionarla más, empezaba a creer que Anne le había dado un buen consejo, a Nanda tenía que escucharla, solo así podría conocerla de verdad. Y él quería conocerla. Manel asintió, incluso afirmó que el consejo de Anne era

un buen consejo. Después fue a buscar a Alice y le pidió que bailase con él y ella aceptó.

Estaban en la pista de baile cuando tras un giro sus ojos tropezaron con los de Anne. Ella estaba sentada en una mesa hablando con Colin y dos chicos más. Ella se había reído y él, Manel, había seguido esa risa hasta encontrarla, había tenido la misma voluntad que un imán alineándose con los polos. Anne no le esquivó y durante un segundo estuvo a punto de sonreírle, o eso creyó Manel, pero la sonrisa se esfumó antes de dirigirse a él y se la ofreció a uno de sus acompañantes. Él estuvo a punto de detenerse allí mismo e ir a reclamarla. Esa sonrisa, la que no había recibido, era suya, estaba seguro. Entonces oyó la voz de Alice, le estaba diciendo algo, y se sintió como un imbécil. Era un cretino. Estaba bailando con una chica lista, preciosa y que le estaba hablando y él pensaba en Anne.

Se disculpó con Alice, le prestó atención el resto del baile y se esforzó por estar a su altura, algo difícil después de esa metedura de pata. Si ella se fijó en que él había estado absorto con Anne no se lo dijo, aceptó las disculpas y cuando la canción terminó siguieron hablando y se unieron a un grupo de invitados. Alice se los presentó, algunos eran primos suyos y de Patrick y otros amigos de la universidad o del trabajo. Manel agradeció el gesto, respondió a las preguntas que le formularon sobre su trabajo y sobre su vida en Estados Unidos e intentó participar en la conversación. La noticia de la compra de Buenas Intenciones todavía no había llegado a los periódicos británicos, así que para esa gente él era un informático más y le hicieron las bromas y preguntas habituales, él se rio cuando una tía de Patrick le preguntó dónde estaba Internet, ella entonces le guiñó un ojo y le confesó que lo entendía perfectamente, había hecho un curso para jubilados en Bath, pero que quería tomarle el pelo. Esa misma señora insistió después en bailar la lambada con él. Manel no supo qué le sorprendió más, que la lambada aún se bailase o que esa mujer la dominase a la perfección. Él hizo el ridículo pero su pareja de baile recibió el aplauso de la boda entera, todos los invitados habían acabado rodeando la pista para no perderse ningún detalle.

Empezaron las despedidas, Patrick y Harriet daban besos y las gracias a la gente que se acercaba a felicitarlos una vez más antes de irse. El ambiente se enfrió, la luz bajó un poco y encendieron más velas, el interior de la carpa tenía ahora un aspecto algo triste, había pétalos en el suelo, americanas abandonadas en respaldos de sillas y zapatos de tacón que habían sido sustituidos por opciones más cómodas o pies descalzos.

Vio los pies de Anne.

Estaba hablando con una pareja a pocos metros de él, tenía un pie completamente apoyado en el suelo y del otro solo los dedos, balanceándolo, moviendo la rodilla hacia la derecha y la izquierda. Iba descalza, los zapatos la esperaban justo detrás, al lado de una silla en la que también había el ramo de flores que Harriet había insistido en regalarle y que ella había aceptado sonrojada y con ojos brillantes. Todavía recordaba que había contenido el impulso de levantarse e ir a abrazarla. Ahora no lo contuvo, lo modificó un poco y caminó hasta donde estaba ella, la pareja se estaba alejando y Anne se había quedado sola.

—Hola —anunció su presencia porque ella estaba de espaldas. Vio que levantaba los hombros y los bajaba despacio antes de darse la vuelta.

—Hola —respondió, sonriendo cansada.

Todavía reconocía sus sonrisas y se quedó tan absorto, tan atónito que se olvidó de por qué había ido a buscarla, solo recordó que necesitaba hacerlo. Si el silencio fuese una opción válida, lo habría mantenido, ojalá bastase para eliminar el tiempo y la distancia que se había creado entre ellos, pero tenía que decirle algo.

—¿Te quedas aquí a pasar la noche?

Ella arrugó las cejas, soltó poco a poco el aliento como si hubiese estado buscando algo y no lo hubiese encontrado. Él tragó saliva, la había decepcionado, ¿podía intentarlo de nuevo? ¿Podía preguntarle qué esperaba de él? Porque a decir verdad estaba tan confuso que habría sido un alivio saberlo.

—No, me voy a casa, y supongo que debería despedirme de los novios cuanto antes. Se está haciendo tarde.

—¿Has averiguado algo del collar que le enseñaste a Rachael? —Manel, con la espalda sudada, recuperó la conversación de antes. Nunca había podido sobrellevar la tristeza de Anne y buscó algo con que alejarla.

—Todavía no.

Nada más, estaba ausente, probablemente pensando que tenía que despedirse de los novios para irse de allí y alejarse de él.

—¿Te gustaría ver las cartas de Tom Lefroy? —Fue su último intento—. Es decir, las cartas que tal vez sean de Tom Lefroy. —Entonces Anne lo miró, fue tan repentino que notó la fuerza de sus ojos como un golpe—. No me marchó hasta dentro de unos días y, si quieres, podríamos vernos. Para hablar de las cartas.

Respiró, retuvo sus ojos con ese aliento.

—Claro.

Una sola palabra, aunque era la que Manel quería, más o menos. Estaba allí para hablar con ella y ahora que había empezado esas respuestas tan cortas solo hacían que aumentar su necesidad por descubrirla de nuevo. Si la entendía, si volvía a conocer a Anne tal vez todo, él cambiaría.

—¿Te va bien el lunes?

Iría despacio, pensó, se acercaría despacio y así podría reaccionar, analizar cada avance. Quizá esta vez ni siquiera se harían amigos y el peso de su pasada relación se desvanecería. Quizá descubriría que no había nada entre ellos y que aunque se hubiese quedado en Inglaterra o ella se hubiese ido con él a Estados Unidos no habrían acabado juntos.

—No puedo, trabajo.

—¿En un bufete? —Manel sintió curiosidad.

—No, en un restaurante, si quieres podemos quedar el martes por la mañana.

—¿En un restaurante? —La curiosidad se convirtió en un monstruo insaciable.

—¿Te va bien quedar el martes por la mañana?

No tenía ni idea de si le iba bien o no. Quería preguntarle cómo era posible que trabajase en un restaurante, qué había pasado, ¿todavía estaba estudiando? Era una opción. Pero Anne no iba a responderle y si no reaccionaba le dejaría allí plantado devorado por las dudas.

—Sí, el martes. Perfecto.

—Entonces nos vemos el martes. Allí están Harriet y Patrick, voy a despedirme de ellos. Adiós.

La vio alejarse, era como estar bajo el agua, le costaba respirar y moverse.

—Anne, espera —logró que esas dos palabras llegasen a la superficie—, ¿cómo...?

—Decide tú el lugar. —Por primera vez en esa conversación ella dejó de mirarlo—. Tengo el mismo número de teléfono que antes.

20

Manel

Se suponía que iba a compartir habitación con Luke, pero unos minutos antes de que apagasen las últimas luces de la carpa un coche aparcó delante y de él descendieron dos personas: el conductor del Uber quejándose por lo mal indicado que estaba ese sitio y diciendo que más le valía a la señorita ponerle cinco estrellas y recomendarlo a los cuatro vientos, y la señorita en cuestión, una desconocida para él y no tanto para Luke que fue a su encuentro y tras mirarla confuso durante un segundo soltó un taco y la besó. Manel, que exceptuando cuando hablaba con Anne era bastante ágil asociando ideas, se apresuró a retener al conductor y a pedirle por favor que lo esperase y lo llevase de vuelta a Londres.

Le prometió cinco estrellas, una crítica maravillosa y propina. El hombre aceptó eso y una copa de champán que le ofreció Colin y se sentó en una silla de la que todavía colgaban serpentinas a esperar a su nuevo cliente. Manel se despidió de los novios, les agradeció otra vez que le hubiesen invitado a la boda cuando apenas se conocían. Los dos le quitaron importancia, se movieron al unísono y Manel se preguntó, no por primera vez, si se habrían hecho amigos si se hubiese quedado allí. Entró en el coche, el conductor llevaba un trozo de pastel envuelto en una servilleta, Harriet había insistido, y Manel dejó de hacerse preguntas sobre lo que podría haber pasado y celebró haber estado allí aquel día.

El domingo lo pasó repasando los últimos documentos recibidos de sus abogados, el clausulado de la compraventa seguía avanzando. Buenas Intenciones pasaría a ser propiedad de otro en cuestión de meses durante los cuales él y su equipo supervisarían el traslado, finalizado aquel periodo dejaría de pertenecerle para siempre. Respondió también los correos de su equipo de San Francisco, Prisha le había escrito dos, uno como supervisora y otro como amiga. El primero lo resolvió en pocos minutos a pesar de que hacía referencia a la última actualización de *Jane*, cada vez requería más capacidad y ella, la inteligencia artificial, respondía mejor, planteando en consecuencia más dudas. Tenían que reunirse pronto y hablar de ello. Tenían que delimitar hasta dónde querían llegar. Iban posponiendo esas cuestiones, se habían reunido con Aubrey

de Grey en dos ocasiones, el prestigioso matemático inglés llevaba años estudiando cómo podía utilizarse la inteligencia artificial en relación al envejecimiento humano, las dudas morales y el límite entre lo posible y lo peligroso. De Grey había visitado Estados Unidos y gracias a un vínculo anterior con la universidad había accedido a hablar con Manel, un hito que no conseguía cualquiera. De Grey se había quedado impresionado al conocer a *Jane*, pero también había obligado a Manel a plantearse ciertos límites que hasta ese momento había intentado ignorar. Prisha también había asistido a esa reunión y llevaba meses diciéndole que no podían seguir adelante sin antes establecer hasta dónde iban a llegar, hasta dónde podían permitir que llegase *Jane*. La doctora le había acusado de utilizar ese viaje a Londres para retrasarlo aún más. «Estás huyendo y tarde o temprano la realidad te atrapará, sucede siempre, y no creas que no sé que eres un experto en deslizarse bajo la alfombra los temas que no te gustan», le había dicho dos días antes de que se fuera y él le demostró que le había definido a la perfección no dándole una respuesta. Pero la noticia de la compraventa de Buenas Intenciones no tardaría en aparecer en los periódicos, esa misma semana tenía una entrevista con *The Economist* y el interés por su aplicación derivaría hacia *Jane*. Era ingenuo pensar lo contrario, no, ingenuo no, era peligroso, le parecía oír a Prisha en su cabeza.

Le aseguró que en cuanto volviese a casa revisarían el código de *Jane*; cuanta más información y más capacidad de análisis tenía *Jane*, más rápidos eran sus cálculos y más complejas sus reacciones, más humanas. Con los dedos en el teclado del portátil prefirió contestar el correo personal de Prisha a enfrentarse a la siguiente cuestión: el alma de *Jane*. No la tenía, él sabía que había nacido como una máquina, una línea de código tras otra tras otra, pero la habían programado para que pensase y cada vez lo hacía con más profundidad, descolocándolos más y más, ¿acaso eso no implicaba que también era algo más?

En el otro correo, el que le había escrito en calidad de amiga, Prisha le preguntaba si le había hecho caso y se había tomado unas vacaciones, si había pasado por Barcelona a visitar a sus padres. Esperaba que lo hubiese hecho y que les hubiese dado recuerdos de su parte. A Prisha le encantaban sus padres, a Prisha y a su mujer y a sus dos hijas; todas se habían enamorado de la madre y del padre de Manel en cuanto ellos habían decretado que las adoptaban como nietas e hijas, ya que Manel parecía empeñado en no sentar cabeza con nadie. En esa conversación él había estado a punto de defenderse, tenía la frase preparada y Prisha se lo impidió y le dejó sin habla al proclamar que lo veía difícil pues seguía enamorado de esa chica misteriosa de su pasado. Optó por reírse y su

madre se giró hacia él con una ceja en alto, solo una.

Contestó el correo, todavía no había pasado por Barcelona, lo haría antes de volver a casa, y sí se había tomado unas pequeñas vacaciones, incluso había asistido a la boda de unos amigos. Esperó que se contentase con eso y que no le preguntase quién más había encontrado allí.

Tenía que llamar a Anne, se había mantenido muy ocupado y con ello había justificado que no lo hubiese hecho antes, pero tenía que llamarla. Quería hablar con ella, los dos días que habían pasado desde aquella conversación en la boda los había llenado de teorías y de posibilidades que se resumían en que tenía ganas de verla. Muchas. Estuvo trabajando con *Jane* en casa de Luke y después de tomarse el segundo café de la mañana decidió que había llegado el momento.

Ella contestó.

—¿Sí?

—Hola, Anne, soy yo, Manel.

—Tú no tienes el mismo número.

No, pensó él, y sintió lástima. No es que le tuviese un apego especial a esa vieja ristra de números, darse de alta en una compañía norteamericana había sido una de las primeras cosas que había hecho al llegar allí, pero al oír el tono de voz de ella sintió añoranza de lo que representaba, un vínculo más que había desaparecido entre ellos.

—No, tuve que cambiármelo al llegar a Massachusetts.

—Claro.

—¿Sigues en pie lo de quedar mañana para que te enseñe las cartas de Jane Austen? —Intentó recordar si alguna vez se había sentido tan incómodo hablando con ella y al no encontrar dicha ocasión se sintió como un estúpido. Tomó aire, estaba hablando con Anne, a pesar de todo ella seguía siendo Anne.

—Si a ti te va bien, sí. —Ella sonaba igual de insegura.

—Nos estamos comportando como unos idiotas, ¿no crees? —soltó él y el peso desapareció de sus hombros.

Ella se rio. Él sonrió.

—Bueno, teniendo en cuenta que hace días apenas me hablabas, creo que hemos mejorado mucho.

—Tienes razón, ¿qué? —la oyó quedarse boquiabierta—, ¿te sorprende que lo reconozca?

—Algo así. —También oyó que alguien la llamaba—. Tengo que irme, lo siento. ¿Quedamos mañana por la tarde?

—Sí, por supuesto. He pensado que vendré a Bath. —No se veía capaz de volver a existir con ella, los dos, en Londres—. Deduzco que tú vives y trabajas allí y yo prácticamente estoy de vacaciones, no me cuesta nada acercarme.

—La verdad es que me iría genial. Mándame un mensaje desde el tren y pasaré a recogerte por la estación. Tengo que irme.

Le colgó y él se quedó con el móvil en la mano, observándolo, había marcado el teléfono de Anne de memoria. Él no tenía instalada la app de Buenas Intenciones y de haberla tenido se la habría desinstalado para llamarla, sonrió otra vez, siempre le había fascinado la poca cantidad de usuarios que lo hacían. Ese era uno de los motivos por los que ZTE estaban tan interesados en comprarla, la fidelidad de sus usuarios y el tratamiento de la información que hacía Buenas Intenciones de sus hábitos. Habían hecho un gran trabajo y había llegado el momento de despedirse de ese proyecto. Una despedida para la que iba a estar preparado.

Los amigos que tenía en Estados Unidos, Prisha en especial, le acusaban siempre de ser más frío que *Jane*; en una ocasión había pillado a unos cuantos ingenieros de su equipo diciendo que no les extrañaba que fuese tan bueno interactuando con la inteligencia artificial pues él también parecía una máquina. Habría podido reprenderles, él era su superior, pero se dio media vuelta, reculó unos cuantos pasos y volvió a acercarse haciendo ruido. Delante de él no le dirían nada parecido, pero seguían pensándolo. Él también lo pensaba y no le importaba. Le parecía la opción más acertada. Él no era un robot, a pesar de los chistes de mal gusto, y estaba en pleno contacto con sus emociones —había asistido a los cursos de inteligencia emocional que impartían en la universidad y que eran obligatorios para el personal con su cargo—, él sabía desprenderse de su mal humor, le decía a sus padres que les quería y sabía cuidar, más o menos, a sus amigos. Y había tenido unas cuantas relaciones con mujeres a lo largo de los años, que ninguna hubiese funcionado no era solo culpa suya.

No había querido a ninguna como a Anne, ninguna de esas relaciones había ni siquiera existido en un plano comparable. Eran dos universos distintos e imposibles de unificar; el que constituía su relación con Anne y el otro, donde estaban todas las demás. ¿Era de extrañar que no quisiera repetir la experiencia? No, por supuesto que no. Lo que no significaba que algún día no pudiese conocer a otra chica con la que establecer una relación satisfactoria que los hiciera felices a ambos. Sonaba tan aburrido que ni siquiera él se iría a cenar consigo mismo.

Guardó el móvil en el bolsillo y fue a por un jersey. Necesitaba pensar y

caminar siempre le ayudaba, se aseguró de llevar la llave del apartamento de Luke y salió a la calle. No decidió ninguna ruta y se dejó llevar por el ritmo de la ciudad o eso creyó hasta que se encontró plantado frente al antiguo restaurante de Walter Elliot. Mentiría si dijera que a lo largo de los años no se había imaginado el Musgrove, aunque nunca de esa manera; se lo había imaginado intacto, justo igual que el último día que trabajó allí, se imaginaba entrando, pidiendo una mesa y cenando allí acompañado por alguien especial —a pesar de que ese alguien jamás tenía rostro—, también se lo había imaginado cerrado y abandonado, él llegaría hasta allí y lo descubriría decrepito, sucio, con las paredes pintadas por grafitis y agujeros hechos por las ratas o los gatos callejeros del barrio. En esa opción, él se planteaba comprarlo, aunque nunca llegaba a hacerlo. Nunca se lo había imaginado como estaba, abierto, resplandeciente y con otro nombre. Le pareció insultante que el cartel que antes había resplandecido con las letras del Musgrove anunciase ahora The Wolseley. Estaba allí en medio de la calle conteniéndose para no entrar y no discutirse con el nuevo propietario porque le había robado algo que le pertenecía. Por eso no había vuelto a Londres, porque no quería que le robasen los recuerdos de esa época que en su mente seguía intacta.

No le llevaba a ningún lado pensar así, era obvio que la vida había seguido en Londres igual que en el resto del mundo después de que él se fuera, igual que sus padres habían seguido viviendo y haciendo cambios en Barcelona cuando él se fue de Erasmus. Pero ir al bar de Sants y descubrir que papá había cambiado el televisor o que mamá había inventado platos nuevos no le provocaba aquel malestar. Cruzó la acera y se acercó un poco más, el Wolseley había mantenido el ventanal del Musgrove, todavía no había decidido si eso le parecía una crueldad o una bendición, y podía ver el interior que era distinto. La clientela también era sofisticada, tal vez más joven. El restaurante tenía éxito a juzgar por la cantidad de gente que había alrededor de las mesas y el hombre que caminaba de un lado al otro parecía una copia falsa y rejuvenecida de Walter Elliot. A Manel no le gustó y fue lo que necesitaba para reaccionar y alejarse de allí.

Prestó más atención hacia dónde se dirigía, no quería que sus pies o su inconsciente lo llevaran ahora al cine donde había pasado con Anne esa tarde de lluvia o a aquella cafetería donde ella solía esperarle y donde le dijo que le quería por segunda vez. Giró hacia la derecha y no tardó en encontrarse en Picadilly, una zona exenta de los recuerdos que quería evitar. Algo imposible porque ya los tenía bailando por la cabeza y estrujándole las entrañas, pero tal vez podría mantenerlos a un nivel soportable si no los acompañaba con el sonido

o con la imagen real. Inauguraban un local allí cerca, vio los banderines que lo anunciaban y suspiró aliviado, allí seguro que estaría a salvo y la tienda era además un establecimiento de comida y vinos *gourmet* así que decidió que tendría un detalle con Luke quien evidentemente se había negado a que Manel le pagase nada por quedarse en su casa. Compraría un buen vino y algo de comer para esa noche. Paseó por los pasillos sin prisa, leyó varias etiquetas y sopesó distintas opciones. Oyó su nombre, pensó que se lo estaba imaginando o que se había confundido. Entonces alguien le tocó el hombro y se dio media vuelta.

—¡Manel! Me había parecido verte, qué sorpresa encontrarte aquí.

Era Alice, le estaba sonriendo y esperando una respuesta.

—Hola, Alice, no te había visto, lo siento.

Ella le explicó que dos días a la semana pasaba consulta en un despacho allí al lado, ella tenía su pequeña consulta en otro lugar, más a las afueras, pero aquel arreglo le iba muy bien porque los pacientes que atendía allí eran muy distintos a los que recibía habitualmente.

—Te he visto desde la calle. —Señaló el escaparate—. Y he pensado que entraría a saludarte. ¿Cuándo te vas de Londres?

—Dentro de unos días, he entrado a comprar un vino para Luke.

—Um... ¿me dejas que te ayude?

—En realidad te lo agradecería, me temo que no conozco demasiado los gustos de Luke.

Alice se rio y Manel dejó caer un poco de peso del que llevaba en los hombros. Le gustaba hablar con Alice y de repente pensó en los universos y en que tenía que poner de su parte. Alice era lista, simpática, había sido amable con él desde el primer día y le gustaba hablar con ella. Y no tenía ninguna peca en el rostro.

—Luke es fácil. Si se tratase de Colin, sería otro cantar, pero Luke es fácil. Le gusta todo, confía en mí.

—¿Te apetecería salir a cenar conmigo algún día? Hoy mismo o cuando a ti te vaya bien. No sé hasta cuándo me quedaré exactamente —siguió antes de que ella le diese una respuesta—, pero podríamos ir a..

—Me encantará cenar contigo, Manel. Hoy no puedo, ¿qué tal te va mañana?

—Perfecto. —Había quedado con Anne por la tarde y tenía que contar con el trayecto de Bath a Londres, pero aceptó.

—¿Te parece bien que elija yo el lugar? Tú eres el turista, bueno, más o menos y conozco un sitio que creo que te gustará.

—Me parece fantástico, la verdad es que necesito conocer lugares nuevos.

—Pues acabemos de elegir el vino para Luke y te cuento.

La acompañó al metro, la conversación fue fácil y cuando regresó andando al apartamento de Luke no pasó por delante de ningún sitio que le trajera recuerdos de Anne.

No acabó de gustarle.

—Buenos días, *Jane*.

—Buenos días, Manel.

La noche anterior había cenado con Luke, este le había dado las gracias por el vino. «No hacía falta, somos amigos, pero has elegido muy bien», fue lo que le dijo, y después hablaron del trabajo como si él entendiera en qué consistía ser médico en urgencias y Luke supiera algo más de inteligencia artificial de lo que Manel ya le había contado. No sabía si a su amigo le había servido de algo, si al menos había conseguido terminar el día de buen humor, pero a Manel le había resultado muy útil. En Los Gatos, si se reunía con Prisha y su familia o si salía con antiguos colegas de la universidad o del laboratorio las conversaciones eran muy distintas, por un lado había la cuestión de la confidencialidad y de la competencia y por otro, si podían hablar con confianza entre ellos se enzarzaban en discusiones técnicas o filosóficas que acababan en nada o causándole dolor de cabeza u otros problemas. Peter, de Lab Excel, todavía estaba enfadado con él por algo que le había dicho una noche que se habían reunido unos cuantos para jugar al billar.

Pero con Luke no había pasado nada de eso y esa mañana estaba realizando su entrevista rutinaria con *Jane* de mejor humor que los días anteriores.

—¿Has sincronizado los cambios de Prisha y del resto del equipo?

—Sí, no se ha producido ninguna incidencia.

—Perfecto. ¿Has encontrado alguna incongruencia entre los documentos de nuestros abogados y los de ZET?

—Ninguna.

—Tal vez hoy averigüe algo más sobre las cartas de Tom.

—¿Tenemos más documentación que contrastar? —La pregunta de *Jane* no le sorprendió, estaba programada para realizar esa clase de análisis y era de esperar que ella misma pidiese más información, pero el tono, un poco. Sonaba ilusionada.

—Tal vez. Esta tarde he quedado con Anne, ella sabe mucho de la vida de Austen.

—¿Anne? ¿Tu Anne?

Se estaba abrochando la camisa y se detuvo en el segundo botón.

—¿*Mi Anne*?

—Anne Elliot, la conociste hace un poco más de ocho años cuando viniste a estudiar a Londres y después...

—Sí, he quedado con Anne Elliot, pero no es mi Anne. Elimina esa concepción, por favor.

—Concepción eliminada.

—Gracias.

—Aunque la elimine de mi base de datos, sigue existiendo, Manel.

Sí, decididamente Prisha tenía razón, *Jane* tenía cada vez más capacidad de respuesta y de ser irónica. Supuso que esto último se debía a las conversaciones que Prisha mantenía con ella. *Jane* aprendía por imitación, es decir, escuchaba, almacenaba y procesaba la manera de hablar de sus interlocutores. Había días como ese en los que Manel creía detectar a Prisha en la respuesta de *Jane* y otros en los que le parecía estar hablando consigo mismo o con otro de los miembros de su equipo. Lo que demostraba que *Jane* no era aún del todo independiente, pero lo suficiente para decidir que hoy el tono de Prisha y su ironía eran lo mejor para responder a la orden que Manel le había dado.

—Lo sé, *Jane*. Gracias de todos modos —le dijo abrochándose por fin ese último botón.

—Puedo demostrarlo. Puedo demostrar que aunque finjas que algo no está sigue apareciendo en vuestra obra, en vuestra vida de alguna manera. El psique os traiciona. —Se refería a los humanos.

—¿Ah, sí?

Manel sonrió, le fascinaba ver la capacidad de *Jane* para establecer aquella clase de paralelismos y de patrones. Confiaba en ellos para resolver el misterio de las cartas de Tom Lefroy.

—Sí y lo haré con la ayuda de la otra Jane.

Manel se sentó frente al portátil, le pareció que para lo que fuera a suceder después le iría mejor estar sentado y mirando a *Jane* a los ojos, aunque no los tuviera, obviamente, y fuese solo una voz y una pantalla negra procesando datos.

—Estoy impaciente. Demuéstramelo.

—Tom Lefroy se casó con Mary Paul y oficialmente nunca se declaró a Jane Austen. Es lógico deducir, a falta de otras pruebas, que la señorita Austen siendo tan lista y brillante como era borró a Lefroy de sus recuerdos. Igual que tú con Anne.

—Yo no...

—Sigo con mi demostración —le interrumpió.

—Sigue. Yo no he borrado a Anne de ninguna parte —especificó, solo había encerrado sus recuerdos.

—Tom Lefroy llamaba a su esposa Mabs en la intimidad, lo sabemos porque así consta en una de sus biografías oficiales. Puedo ofrecerte los datos.

—No hace falta.

—Tom llamaba a Mary Mabs y es más que probable que Jane lo supiera, no olvidemos que su sobrina se casó con el sobrino de él y que las familias Austen y Lefroy se relacionaban socialmente con bastante frecuencia.

—Cierto, ¿a dónde quieres llegar?

—En *Sentido y sensibilidad*, obra que Jane Austen escribió después del fiasco con Tom Lefroy y cuando él ya estaba casado, el caballo de John Willoughby se llama *Mabs*. Sí, sé que puede ser una referencia a *Romeo y Julieta* y a Shakespeare, pero no lo es. Estoy segura.

—¿Sabes una cosa, *Jane*? Yo también.

Thomas Langlois Lefroy

Hampshire, diciembre 1798

Tom no tendría que estar allí. Se suponía que había viajado a Inglaterra para resolver unos asuntos pendientes que tenía en Londres y para visitar a unos colegas de leyes que no podían asistir a su boda el próximo marzo. Iba a casarse con Mary Paul, la había conocido años atrás, justo dos antes de conocer a Jane y compararlas era imposible. ¿Cómo podía comparar una estrella que iluminaba la noche más aciaga con un día de sol apacible? No podía, y al final no había tenido que hacerlo.

Jane lo había rechazado y él se había ido de allí dolido y furioso, ocultando lo primero tras comentarios crueles e hirientes que ella nunca se había merecido. Por eso había vuelto, se dijo, porque necesitaba pedirle disculpas. Y volver a verla una última vez.

Mary era la hermana pequeña de su mejor amigo de la universidad. Había conocido a Thomas Paul en noviembre de 1790 y desde el principio habían congeniado, no solo eso, Thomas le había acogido bajo su ala y desde aquel primer invierno le había invitado a pasar las vacaciones con su familia. Así fue como conoció a Mary y poco a poco surgió una agradable amistad entre ellos que ambos cultivaron mediante una serena correspondencia. Él no se había enamorado de Mary nada más verla ni se le había acelerado el corazón, lo que Mary le había provocado podía describirse como un cálido abrigo y tanto ella como su familia le habían acogido con los brazos abiertos y habían depositado en él mucho más de lo que Tom había sabido reconocer al principio. Quizá si se hubiese dado cuenta antes... no, nada de eso cambiaría la respuesta de Jane.

Jane era esa estrella que no había sabido retener, aunque durante unas noches mágicas había iluminado hasta la parte más oscura de su ser. Fue en enero de 1796, apenas unas semanas después de conocerla y de bailar con ella, de hablar con ella de libros, de sus familias, de sus sueños, de sus miedos, y de besarla. Después de todo eso, de cada pequeño detalle que perduraría para siempre

dentro de él, le confesó que la quería, que nunca se había sentido así, que hasta entonces habría puesto en duda la estabilidad mental de cualquier hombre cabal que defendiera esa clase de sentimientos, pero que los tenía y no podía negarlo. Lo había intentado y al final había sido débil y había sucumbido. La amaba y quería pasar el resto de su vida con ella.

Jane no respondió y Tom dedujo que ella estaba tan abrumada como él por esas sensaciones y siguió adelante. Le correspondía a él decidir lo mejor para los dos, él era un hombre de leyes y le esperaba un brillante futuro. No sería fácil, iban a tener que enfrentarse a obstáculos considerables, pero lo lograrían. Él ejercería el derecho y ella estaría en casa, le gustaría Irlanda, era precioso y a sus futuros hijos también. Su familia se opondría en un principio, pero lo que estaba sintiendo solo se explicaba con la bendición de Dios y acabarían por entenderlo. Ella no tenía nada y, le pedía disculpas, su familia era bastante excéntrica, pero al menos no se había visto envuelta en ningún escándalo.

Entonces Jane encontró la voz, la oyó respirar y el corazón le trepó por el pecho al anticipar el sí que saldría de sus labios. Labios que él después volvería a rozar y podría por fin respirar de nuevo.

Jane le dijo que quería escribir, que igual que él tenía un gran provenir por delante como hombre de leyes ella lo tenía como mujer de palabras. Tenía mucho por contar y no iba a guardar esas historias encerradas en un cajón para acompañarlo a Irlanda y tener hijos. No descartaba ni lo uno ni lo otro. Irlanda en verdad tenía que ser un lugar precioso con sus acantilados, sus prados verdes y sus aldeas y los niños, hasta el momento no había tenido ninguno, bromeó, pero se veía capaz de llevar a cabo esa tarea con éxito. Los niños siempre la habían fascinado. Juntos podían hacer realidad sus sueños, los de los dos.

Tom se quedó helado, aquel escalofrío se repitió ahora, dos años más tarde, al recordarlo. Ella, su esposa, no podía dedicarse a escribir, qué pensarían de él en la judicatura. El prestigio de su familia estaba en juego y, además, una buena esposa y madre no tiene tiempo para esas ridiculeces. Por no mencionar que él ya iba a sacrificar mucho casándose con ella, una dama sin dote, y lo mínimo que podía hacer ella era entenderlo. A Jane le brillaron los ojos, la ridiculez, afirmó, era que estuviesen allí los dos, que se hubiesen besado bajo las estrellas. Él le dijo algo horrible y ella lo miró como si fuera a abofetearlo, pero la mano se quedó a medio camino. Después se dio media vuelta y salió corriendo de la glorieta donde se habían encontrado a escondidas para volver a casa.

No había vuelto a verla.

Orgulloso y convencido de que tenía razón dio por hecho que ella visitaría la

rectoría de los Lefroy la mañana siguiente. Tenía que ser ella, la amistad de Jane con la tía Anne le proporcionaba la excusa perfecta y era ella la que se había comportado sin un ápice de lógica, la que había rechazado al otro. Tom se pasó el día entero en casa de sus tíos, hablando con sus primos y mirando por la ventana siempre que podía justificarlo, pero Jane no apareció y él se fue sin ir a buscarla.

Esos dos años que había pasado sin verla habían sido la penitencia que había tenido que pagar por su atrevimiento y su soberbia.

La tía Anne había visitado a la familia Austen el pasado noviembre, Anne consideraba a Jane una buena amiga, compartía con ella la afición a la lectura, y tenía una excelente relación con los padres de ella. Su tía le había explicado que la habían invitado a tomar el té y que el reverendo Austen había sido el único que había preguntado por él. Jane ni lo había mencionado y durante los minutos que duró esa parte de la charla, mantuvo el rostro impassible.

Tom respetaba a su tía y siempre había sentido un gran cariño por ella, pero no podía quitarse de la cabeza esa conversación que habían mantenido la Navidad que él conoció a Jane. Adoro a Jane, le había dicho la mañana siguiente, es una lástima que su familia no tenga una posición social más elevada. Es una amiga querida y su talento para las palabras es un don de los ángeles, no tiene cabeza para nada más. En ese momento no le dio mayor importancia, si se hubiese tratado de un juicio habría dicho que estaba tan aturdido por el efecto que le había causado la propia Jane que no había atado cabos. Pero después, unas semanas más tarde —y después del rechazo de Jane— entendió lo que su tía había intentado decirle: los Austen no podían proporcionarle el prestigio y la ayuda social que él necesitaba. Él había estudiado leyes y había pasado el examen con notas excelentes, pero un buen apellido hacía mucho más en la judicatura que horas de estudio. Su familia había hecho grandes sacrificios para que él llegase hasta allí, no podía contraer matrimonio con una cualquiera y echar a perder su futuro. El de todos.

La dificultad residía en que por muchas veces que se repitiese esas frases no conseguía encontrarles sentido si las relacionaba con Jane: ella le aportaría mucho más que un buen apellido y con el tiempo llegaría a ser juez del tribunal supremo.

Ella le había rechazado, tenía que recordárselo, y él no le había dicho nada de eso, no le había dicho que la quería y que con ella a su lado lo demás no importaba. Le había declarado su amor menospreciándola, a ella y a sus historias, y atacando a su familia. No era de extrañar que lo hubiese dejado allí

plantado en medio de *su* glorieta.

Él había vuelto a Irlanda y una vez allí descubrió que la familia de Mary había interpretado su correspondencia en otro sentido al que él había pretendido. Esperaban que el compromiso entre ellos dos fuese inminente y Tom reconoció avergonzado que le gustó descubrir que Mary lo había estado esperando, que lo consideraba un premio, un hombre magnífico y no uno por el que tendría que hacer sacrificios. Además, él la quería, si se detenía a pensarlo sentía un profundo cariño por ella, las cartas que había recibido le habían alegrado los días y con ella tendría el futuro y la familia que se esperaban de un hombre de su posición.

El compromiso se hizo oficial con naturalidad, los Lefroy no cabían en su gozo, Mary no era solo una buena chica y una creyente devota, era una rica heredera tras la desgraciada muerte de sus padres. Tom la trataría bien, serían felices juntos, y él progresaría en la judicatura mientras ella le daba hijos sanos y fuertes y construía su hogar.

No sabía exactamente en qué instante había decidido que tenía que volver a ver a Jane, él iba a honrar el compromiso con Mary y se casaría con ella en pocos meses, pero de repente la presión de las expectativas de su familia, de sus mentores en el trabajo, de la vida que él mismo había elegido fueron demasiado y tuvo que irse. Pero no fue nada de eso lo que le impulsó a partir en busca de Jane, ni siquiera fue la suma de todo aquello, fue la culpabilidad. Él no estaba acostumbrado a aquel sentimiento ni a ser la parte a la que podía atribuirse el mal comportamiento y la deshonra.

Iba en busca de Jane para solicitar su perdón, su absolución, solo así volvería a ser el mismo de antes, el Tom sobre cuyas espaldas los Lefroy y ahora Mary habían depositado el futuro de su existencia. La correspondencia entre Mary y él era una realidad antes de que Jane apareciera en su vida, eso era lo que había hecho Jane, había aparecido de repente y le había convertido en otro. Era una cobardía pensar así, atribuirle a ella la culpa cuando él sabía perfectamente que le pertenecía solo a él. Él escribía a Mary, él sabía que en Irlanda sus familias daban por hecho que estaban comprometidos a falta de una declaración más formal. Él sabía todo eso y aceptaba, callaba, su silencio le hacía partícipe voluntario de aquella trama y a pesar de ello, quizá por todo eso, había bailado con Jane y había descubierto las estrellas paseando una noche con ella.

No había planeado aquel viaje, no sabía cómo iba a explicar su repentina visita al reverendo Austen cuando llegase. No había escrito anunciando su llegada, daba por seguro que Jane, de haberse enterado, habría aprovechado para ir a

visitar a su hermana Cassandra o a alguna amistad de la familia lo más lejos posible.

Enfiló la última curva del camino, la aprensión lo llevó a tirar de las riendas del caballo. No iba a romper la promesa que le había hecho a Mary ni iba a defraudar a su familia, pero le debía a Jane esa disculpa y se debía a sí mismo ese momento, averiguar si era capaz de superar esa prueba pues iba a tener que envejecer con el resultado.

Había escrito lo que quería decirle, lo hacía a menudo, le escribía cartas que sabía que no iba a mandarle nunca. Jane adoraba la palabra escrita y estaba seguro que si el destino les hubiese dado la oportunidad ellos dos habrían mantenido la correspondencia más astuta, inteligente y también atrevida que hubiese existido. Ahora, sin embargo, le escribía cartas que no le mandaba por despecho y porque sentía que aquel era el castigo que de verdad le dolería a ella. No era muy cristiano de su parte, algo de lo que Jane también era responsable, y era un comportamiento muy pueril, más teniendo en cuenta que ella no lo descubriría jamás. De todos modos, él se ahogaba en esas cartas que no mandaba. No era un error describirlo así, la gran mayoría de personas se desahogaban al plasmar sus emociones en una hoja de papel, pero él no. Él se ahogaba en esos sentimientos que no desembocaban en ninguna parte.

La vio en la distancia, reconoció su pelo, su porte y la manera de caminar, como si su mente estuviese en un lugar distinto lejos de allí, ¿tal vez pensando en él? La glorieta no estaba lejos, no le pareció del todo presuntuoso ansiar que Jane pensase en él. No estaba sola, las ganas de verla y de hablar con ella le llevaron a deducir que caminaba junto a Henry o James, uno de sus hermanos, pero la realidad se entrometió, los rasgos de aquel caballero no correspondían a ningún Austen.

Detuvo el caballo, los árboles le proporcionaban cobijo y escondite y los observó. El caballero movía las manos gesticulando y Jane echó la cabeza hacia atrás riéndose.

No tendría que haber ido hasta allí, giró y espoleó al animal. Si se apresuraba, podía volver a Irlanda antes de lo previsto. Mary seguro que se alegraría de verlo. Por el camino se detendría en algún lugar a deshacerse de la cajita que llevaba en el bolsillo.³

3. Carta de Jane a su hermana Cassandra en noviembre de 1798: «La señora Lefroy vino a casa el pasado miércoles (...) no habló en absoluto de su sobrino (...). Yo fui demasiado orgullosa para sacar el tema; pero, cuando mi padre le preguntó —más tarde— cómo le iban las cosas, descubrí que ha obtenido su titulación y piensa establecerse como abogado».

Carta del reverendo Samuel Blackhall de Cambridge —el caballero que paseaba con Jane— a la señora Lefroy en diciembre de 1798: «Me procuraría un placer especial conocer mejor a la familia Austen con la esperanza de crear un interés similar hacia mí». Se refería a hacerle una propuesta matrimonial a Jane aunque por alguna razón aún no estaba en posición de casarse: «De momento no puedo permitirme ninguna expectativa sobre ello».

Respuesta de Jane a la no propuesta de matrimonio del reverendo Blackhall: «Es bastante racional, hay menos amor y más sentido común en él y estoy encantada. Todo irá como la seda y decaerá de un modo muy razonable. Por consiguiente es probable que muy pronto la indiferencia sea mutua». Creo que podemos afirmar que el señor Collins, personaje de *Orgullo y prejuicio*, le debe su existencia al reverendo Blackhall.

22

Anne

Esperar a alguien en el andén de una estación es un buen principio. O debería serlo. Anne no se imaginaba a una víctima esperando a su verdugo en la estación, no en el andén, y tampoco a alguien a quien no quisiera ver como por ejemplo un compañero pesado del trabajo —mucho menos dramático que un asesino— o a un pariente pesado. Si esperabas a alguien en el andén y no en una de las cafeterías de la estación o en la parada de taxis o del bus ni en la boca del metro, era porque estabas impaciente por ver a la persona que llegaba. Y Anne lo estaba. Mucho.

Y también muy nerviosa.

Ella nunca se había prohibido pensar en Manel, en realidad lo hacía con frecuencia, a diario, se acordaba de él, de ellos dos juntos, de lo bonito. De lo malo. Lo que nunca hacía era pensar en Manel en el presente y mucho menos en el futuro. A veces creía incluso que se lo había imaginado, que Manel era el personaje de una novela y que nunca había existido ni había formado parte de su vida. Anne no sabía que una amistad como la que ellos dos habían tenido fuera posible ni que enamorarse pudiese ser tan maravilloso y aterrador al mismo tiempo. No sabía nada de esas cosas y las aprendió con Manel, las aprendieron juntos y eso fue lo mejor de todo.

Él tenía amigos en Barcelona, no muchos, pocos y buenos le contó el primer día que compartieron un café casi por casualidad; ella estaba estudiando en el restaurante y él empezaba el turno al cabo de unas horas. Ella tenía un par de amigas, Harriet era la que veía más a menudo, pero no eran de esas amigas que no podían vivir la una sin la otra, le confesó, no vamos juntas al baño. Recordaría siempre cómo se rio Manel por el comentario y que tosió hasta que le brillaron los ojos y le pidió que no volviese a hacerlo. Manel era la primera persona a la que ella le había tomado el pelo, el primero al que le había contado que en realidad no le gustaba estudiar derecho y que quería matricularse en biología para saberlo todo de los pingüinos. Él no se había reído y le había dicho que si de momento no podía cambiar de universidad, que estudiase a los pingüinos por su cuenta hasta que pudiera hacerlo. Encontrarás la manera, le

decía siempre, y ella le creía. Siempre.

Miró las pantallas que anunciaban el horario de los trenes, el de Manel no tardaría en aparecer y entonces ya no podría seguir pensando en antes, el ahora requeriría toda su concentración, no quería quedarse embobada como le había pasado en la fiesta del documental de Colin, cuando lo vio entrar con Luke tuvo miedo de que se le detuviese el corazón o como le sucedió el día que pasearon por Rainbow Park y él le preguntó por su madre. Le gustaba creer que en la boda lo había hecho mucho mejor, pero tampoco estaba segura. Hoy no le sucedería nada parecido, estaba preparada para verlo, se había mentalizado, lo llevaría a un café que había a dos esquinas de los baños romanos, era una zona bonita y no tan turística como la calle principal, y allí hablarían de Jane Austen. Quizá, si la conversación iba por buen camino, le preguntaría por su vida en Estados Unidos y quizá, si iba por muy buen camino, le preguntaría si le apetecía cenar con ella esa noche.

Ahora que había vuelto a verlo se había dado cuenta de que nunca había dejado de pensar en él. Ni de quererlo. Era curioso y a decir verdad le daba un poco de miedo —mucho— pero seguía queriéndole, era como si su corazón hubiese estado en pausa todo aquel tiempo, guardando energías y almacenando emociones y al volver a verlo se hubiese puesto en marcha de nuevo. No esperaba nada de ese amor, era obvio que él no lo sentía y ella no iba a forzar ninguna reconciliación extraña o peliculera entre ellos. No sería justo ni para él ni para ella. Tampoco estaba siendo una mártir, si él se le declaraba al bajar del tren, no le rechazaría, no, qué va, probablemente le besaría allí mismo hasta que los dos perdiesen el aliento. Pero eso no sucedería, su historia no era de esas, no se basaba en momentos vacíos de significado o incongruentes. Ella le había roto el corazón, los dos lo sabían, lo que tal vez no sabían los dos era que ella también se lo había roto a sí misma. Estaba segura de que Manel ignoraba esa parte y a veces ese detalle consolaba a Anne, prefería que Manel la creyese fría a que se sintiera decepcionado de ella.

Hubo una época, justo después de que Manel aceptase esa beca y se marchase, que esperaba que él la llamase, que le exigiese otra explicación u otra oportunidad. Él no lo había hecho ¿y por qué iba a hacerlo? Ella le había dicho que eran demasiado jóvenes para comprometerse de esa manera, que él tenía su camino y ella el suyo y que lo mejor sería que los siguieran por separado. Las relaciones a distancia no funcionaban, eso era un hecho, y él iba a estar en Estados Unidos, empezando una nueva vida, haciendo nuevos amigos. Ella iba a estar aquí, bueno, en Londres e iba a seguir con la suya. Solo habían estado

juntos un año, ni siquiera eso, y Russell decía que hacer lo que él pretendía era una locura.

Una locura.

Manel habló hasta quedarse afónico, desplegó un arsenal de argumentos y ella quiso creérselos, pero no pudo. Manel se fue y no había vuelto a verla ni a oír su voz hasta unas semanas atrás, estaba claro que a él no le había costado olvidarse de ella y aunque no había sido en exceso amable con ella desde su reaparición, tampoco había aprovechado para recordarle con amargura lo que había sucedido entre ellos, desde el principio se había comportado con amabilidad y cierta frialdad.

El tren casi se materializó delante de ella, las puertas se abrieron y los pasajeros descendieron. Iba lleno, como casi siempre, y Anne se retiró un poco para tener cierta perspectiva. Lo vio, iba vestido con vaqueros y una camiseta marrón oscura, y seguía llevando el pelo más largo que antes. Lo llamó, él se giró y la saludó con una sonrisa.

Anne tuvo que disculparse con el señor al que pisó dos veces.

—Hola. —Manel llegó adonde estaba ella porque al parecer él había sido capaz de caminar sin atropellar a nadie.

—Hola, ¿qué tal el viaje?

—Solo es un trayecto de hora y media. Gracias por venir a buscarme, no hacía falta.

Anne estaba mirándole, a pesar de que se había prometido no hacerlo, y fue consciente de que si se hubiese tratado de Luke o de cualquier otro amigo o conocido incluso se habrían saludado con un beso en la mejilla. Intentó no buscarle un doble significado, estaban en medio del andén y había gente por todos lados.

—No tiene importancia, me venía de paso. ¿Te parece bien si vamos paseando hasta el café? Está bastante cerca.

—Me parece fantástico.

Él sin duda estaba siendo amable, pero Anne no podía quitarse de encima la sensación de que estaba representando un papel o como mínimo estudiando todas y cada una de sus reacciones; la miraba de un modo extraño y tenía los hombros tan rígidos como una tabla de planchar. Se mordió la lengua para no preguntarle qué le pasaba y eligió darle tiempo, quizá ayudase.

—No sé si conoces Bath —le dijo cuando llegaron a la calle—, si quieres visitar algo mientras estás aquí...

—La verdad es que prefiero hablar contigo, Anne.

—Oh, de acuerdo, yo también.

La piel del rostro de ella mostró cuánto, notó el calor extendiéndose bajo las pecas y se preguntó si reacciones como aquella se debían solo a los recuerdos que tenía de él, de ellos, o si podía crear de nuevos.

—¿Desde cuándo vives en Bath?

—Me mudé hace cinco años, al principio alquilé un estudio, era muy pequeño, minúsculo, pero después, cuando papá y Thea también vinieron aquí...

—Un momento, ¿tu padre y tu hermana pequeña también están en Bath?

—Sí, y mi hermana mayor también, aunque ella y su familia se trasladaron desde Berlín hace poco.

—La cabeza me da vueltas de todo lo que quiero preguntarte, han cambiado mucho las cosas.

—Muchísimo. —Intentó reírse sin conseguirlo del todo—. Es aquí.

Él le abrió la puerta, Manel había tenido esos detalles desde el principio y lo mejor es que los hacía sin darse cuenta. Cuando lo conoció y se dio cuenta se lo imaginó de pequeño con su madre o su padre detrás recordándole constantemente que esa clase de gestos eran importantes.

La cafetería la había elegido con la ayuda de Caroline, que la había interrogado sobre Manel esa mañana tomando un café. Tenía que ser un lugar agradable sin ser romántico y donde pudieran hablar tranquilos. Caroline la ayudó, ella estaba mucho más al día que Anne, y tras hacerse la enfadada porque Anne no le había mencionado que Manel estaba en la boda cuando le devolvió el coche le preguntó muy seria si estaba bien. No tenía que ser nada fácil verlo y tratarlo como si fuera un viejo amigo cualquiera. No lo era, Anne fue sincera, pero prefería aquel mal trago a no recuperar la amistad de Manel. Eso era lo único que esperaba, le aseguró a Caroline y esta le respondió que por su bien esperaba que así fuera.

Eligieron una mesa cerca de la ventana y pidieron las bebidas al camarero, después Manel retomó la conversación.

—No tenía ni idea de que vivieras aquí o de que no hubieses acabado la carrera de derecho —sonó a disculpa y a Anne se le cerró la garganta.

—No tenías por qué saberlo. No hemos estado en contacto en todo este tiempo.

—No, tienes razón.

—Y de no haber sido por tu amistad con Luke, ahora tampoco nos habríamos visto. —Anne se sintió con la obligación de añadir ese detalle, obligación hacia sí misma, para recordarse que ese encuentro no tenía nada de romántico. Él no

había ido a buscarla.

—Yo no estoy tan seguro.

—¿No? ¿Acaso tenías previsto venir a reconquistarme un día de estos?

—No —reconoció sincero y algo molesto. Ella había hecho esa pregunta con sorna, otra medida de protección, y a él no le había gustado—. Y no creo que ninguna reconquista sea posible. De todos modos, no me refería a eso. Quería decir que desde que puse un pie en Inglaterra me han sucedido varias coincidencias, casualidades, por así decirlo, como por ejemplo que Colin estuviera rodando un documental sobre Jane Austen, y tengo el presentimiento de que aun sin la boda de Harriet y Patrick y mi amistad con Luke nos habríamos encontrado. Quizá en algún lugar de Londres.

—Quizá, pero lo dudo mucho. —Le había molestado lo de la reconquista, ella tampoco tenía intención de desplegar ningún ejército por él—. Apenas visito la ciudad.

—¿Ni siquiera para ver a Russell? Creía que estabais muy unidas.

No había sacado el nombre de su madrina por casualidad, si había nombrado a Russell era porque quería discutirse con ella, Anne lo sabía y se preguntó dónde se habían torcido las cosas. Él había bajado del tren contento, la había sonreído y le había dicho claramente que prefería hablar con ella a visitar la ciudad. Habían hablado de ellos, no demasiado porque habían sido cautos como si estuviesen cruzando arenas movedizas y al parecer Manel había caído en un charco o como mínimo tenía arena en los zapatos. Mejor retroceder y volver a terreno firme.

—¿Puedo ver las cartas de Tom Lefroy? —Él la miró a los ojos y Anne no quiso contenerse más. Ella quería hablar con él, no pelearse, y visto que corría el riesgo de que él se levantara y se fuera, y desapareciera otra vez de su vida para siempre, aprovechó para decirle lo que de verdad pensaba—. No me arrepiento de no haberme ido contigo hace ocho años, Manel. Me arrepiento de muchas cosas, pero no de no haberme ido entonces. —Le había sorprendido y quizá algo más, porque se echó hacia atrás y se cruzó de brazos.

—Yo tampoco. Sí, me dejaste tú, lo sé, pero tenías razón. Habría sido un completo desastre.

No le gustó el tono de él, a la defensiva y rozando la burla, y si algún día superaban esa charla se encargaría de echárselo en cara, pero ahora prefería seguir hablando y no detenerse en esa respuesta por mucho que le hubiese dolido. Porque le había dolido. Disimuló y siguió, y se fijó en que él entrecerraba los ojos y apretaba los brazos sobre el torso.

—Pero me arrepiento de no haberte escrito o de haberte llamado más veces

durante todo este tiempo.

—¿Más veces? —Soltó los brazos y apoyó las palmas en la mesa—. Que yo recuerde no me has llamado ninguna vez en estos años.

—Tú te fuiste diciéndome, gritándome en realidad, que no intentara ponerme en contacto contigo y que no quería volver a saber nada más de mí.

—Estaba enfadado.

—Eso no es excusa, no lo es. Te dije que no podía irme contigo y que no creía que una relación a distancia fuese a bastarnos. No te dije que no quisiera ser tu amiga o que desaparecieras de mi vida para siempre.

—Espera un momento. Volvamos a lo de las llamadas, en todo este tiempo no me has llamado ni una sola vez. Créeme, me acordaría.

—Te llamé pocos días antes de que mamá muriera, cuando nos dijo que estaba enferma, y me salió uno de esos mensajes que dicen que el número no está disponible. Te cambiaste el teléfono, tú mismo me lo has dicho antes, pero yo no lo tenía. —Él no dijo nada—. Ya sé que no puedo demostrártelo, puedes no creerme si no quieres. Visto está que tienes ganas de discutir conmigo.

—¿Discutir contigo? No, Anne, no quiero discutir contigo, creía que habíamos quedado para hablar de Jane Austen, nada más. Has sido tú quien ha empezado con este viaje al pasado.

—Y tú has dicho que tenías ganas de hablar conmigo y que tenías muchas preguntas que hacerme —farfulló.

Él aflojó un poco los hombros.

—Me refería a que quería preguntarte cómo estás ahora, a qué te dedicas, lo normal para pasar el rato, no pretendía recordar nuestra historia. Ya pasó, la he dejado atrás y creo que tú también.

No sabía si creerle, no sabía si lo que veía en sus ojos era aburrimiento, curiosidad o ganas de largarse de allí cuanto antes. No le gustaba dudar de sí misma y menos ahora que había empezado a avanzar de verdad en su vida después de años de aletargamiento.

—Claro, yo también. —Y si no iba a hacerlo a partir de ahora—. Será mejor que solo hablemos del presente y de temas *para pasar el rato*, o de Jane Austen. Dime, ¿tú a qué te dedicas? ¿Vives solo en esa casa de Los Gatos?

Manel entrecerró los ojos y Anne sonrió, esa mueca sí que podía interpretarla a la perfección.

—¿Has oído hablar alguna vez de una aplicación llamada Buenas Intenciones?

—Sí, las redes sociales no son lo mío, pero todo el mundo sabe qué es Buenas Intenciones, ¿trabajas allí?

—Es mía, la hice yo.

Tal vez en otra clase de persona esa frase habría sonado a fanfarronería, pero no en la voz de Manel. Él lo dijo con orgullo, eso era evidente, pero él siempre había hablado así de su trabajo de camarero.

—Oh, no lo sabía. Felicidades.

—Gracias.

Había empezado las clases de esgrima, el profesor estaba intentando enseñarle los movimientos básicos y el primero era la embestida. La embestida consistía en colocar el pie derecho delante del izquierdo y lo más lejos posible y, en esa posición, mantener el equilibrio y atacar a tu oponente. Anne temía haber perdido el equilibrio para siempre.

Ella no tenía complejo de inferioridad y nunca había considerado que ella fuese más o menos que él por sus estudios o por nada. No le había dejado por eso. Ahora sin embargo, con Manel sentado delante de ella, comprendió que él efectivamente la había dejado atrás. Él había perseguido su sueño y lo había conseguido, no le hacía falta leer ningún periódico para saber que una aplicación como Buenas Intenciones era muy valiosa. Él tenía la vida en orden, esa era la palabra, y ella era un caos. Este año y con algo de suerte por fin daría el primer paso para estudiar biología marina, vivía con su padre y su hermana pequeña —aunque esta situación era provisional—, trabajaba de camarera y dependienta y la última vez que se había atrevido a entablar una relación con alguien había sido con un gato que la había asustado en un callejón. Ah, y su padre quería robarle las joyas antiguas de su madre para salvarse el pellejo.

No le extrañaba que él afirmase rotundamente que si ella se hubiese ido con él habría sido un desastre. Al parecer él se había pasado los últimos ocho años construyendo un futuro brillante y ella los había pasado... creando desastre. Pero iba a arreglarlo, estaba segura y aunque esa tarde estaba resultando ser un completo desastre y probablemente lloraría cuando la recordase, se alegraba de estar allí con él y de decirle por fin que lamentaba no haberse esforzado más por retenerle en su vida.

—¿Quieres ver las cartas de Tom Lefroy o prefieres dejarlo?

—No, no quiero dejarlo. Quiero verlas.

Él buscó el móvil y abrió el álbum de fotografías.

—No las llevo encima, las tengo guardadas en casa, pero puedes ver sus fotografías.

Ella aceptó el móvil, retenía el calor de la palma de la mano de Manel, pero antes de bajar la mirada quería decirle algo más.

—Lamento de verdad no haber hecho las cosas de otro modo, Manel. Pero tú tampoco me has llamado o escrito estos años. No es solo culpa mía. Y siento que sigas enfadado por nuestra última discusión y no voy a recordártela ni a justificarme, fue hace tiempo y los dos... Da igual. Solo quiero que sepas que lo siento y que me alegro mucho, muchísimo, de que todo te haya salido tan bien. Estoy orgullosa de ti.

Él solo asintió y Anne se tragó el nudo que se le había hecho en la garganta y las lágrimas que le escocían en los ojos. Ojalá él le hubiese dicho que también lo sentía y que también lamentaba no haberse puesto en contacto con ella aunque hubiese sido con la excusa de felicitarle la Navidad o para decirle que se había cambiado el número de teléfono. Ojalá dejase de estar en silencio para ofrecerle de nuevo su amistad y le dijera que a partir de ahora iban a estar en contacto y que si algún día visitaba Estados Unidos fuese a verlo, que estaría encantado de enseñarle su ciudad. Ojalá le hubiese dicho algo de eso.

Las letras de las cartas estaban un poco borrosas o quizá eran los ojos de Anne. Parpadeó un par de veces y volvió a intentarlo. La caligrafía era antigua, similar a la que había visto en cientos de reproducciones de la época, y al principio le costó descifrarla. Poco a poco se abrió paso por entre las palabras y en la historia que relataban y la prefirió a la suya.

—Según esta carta, Tom vio a Jane después de que ella publicase *Sentido y sensibilidad* —la acotación de Manel la sorprendió.

—¿Cómo lo sabes? Aquí no dice el nombre de la obra ni el de Jane, ya puestos —señaló sin levantar la cabeza pues seguía leyendo. Ella había deducido lo mismo, pero no tenía muchas ganas de darle la razón sin más a Manel.

—Lo he deducido por el contexto, de momento no puedo probarlo, igual que tampoco puedo probar que la carta la haya escrito Tom Lefroy. Podría ser una carta de Thomas Smith o Tadeus Sackerton, lo único que aparece es la inicial.

—Vaya nombres te inventas, aunque llevas razón. Pero si son las cartas que Tadeus Sackerton escribió a no sé quién hablando de su amada Jacinda o Jennifer, ¿cómo han acabado en tus manos, por qué crees que pertenecen a Lefroy?

—¿Con qué letra empieza el nombre del amigo?

Anne buscó el encabezamiento de la misiva.

—Con H.

—Encontré las cartas en una carta marítima que había pertenecido a Henry Austen. La autenticidad de la carta está comprobada, pero las cartas podrían haber acabado entre sus páginas por mil motivos distintos.

—Hay algo que no entiendo, ¿por qué compraste una carta marítima de Henry Austen? Porque deduzco que la has comprado.

—Sí, también la tengo guardada en casa.

—No lo entiendo.

—Yo tampoco, no sé por qué Lefroy escribió a Henry Austen contándole esas cosas, ¿qué pretendía? O tal vez...

—No, lo que yo no entiendo es por qué tú estás al corriente de estas cosas, ¿desde cuándo te interesa Jane Austen? ¿Por qué?

Él volvió a cruzarse de brazos.

—¿Quieres leer el resto de las cartas? Tal vez encuentres algo que a mí se me haya pasado por alto.

No iba a contestarla.

—Claro que quiero leérmelas. Todo esto es muy emocionante. —Podía seguir aguantando que él estuviese a la defensiva, quizá poco a poco volvería a relajarse y podrían volver a hablar—. Si tienes hambre, podemos pedir algo de comer.

—No, gracias, pide tú algo si quieres. Yo tengo una cita.

Anne casi se ríe, cada vez que creía que estaba bien él hacía algo y le demostraba que no. Contuvo la reacción, se repitió mentalmente que a ella no debía afectarle y que no importaba. Ellos ya no eran pareja y por lo mismo les estaba costando lo suyo volver a ser amigos.

—No, yo tampoco tengo hambre. Ya comeré algo más tarde en casa. ¿A qué hora tienes que irte?

Casi lo había logrado, las cartas le ofrecían una excusa y una distracción perfecta.

—Dentro de unos minutos. No quiero recoger tarde a Alice.

—¿Alice? ¿La hermana de Patrick?

—Sí, la encontré el otro día...

No quería que él se justificase como si ella le diese lástima o como si ellos dos fuesen algo que no eran. Lo detuvo.

—Entonces será mejor que vayamos a la estación, a estas horas los trenes van muy llenos. —Ese detalle acababa de inventárselo—. ¿Puedes mandarme las fotos por mensaje? Me encantaría acabar de leer las cartas y, quién sabe, tal vez encuentre algo.

—Claro.

Anne empujó el móvil hacia él y mientras Manel procedía a mandarle los archivos se levantó y fue a pagar la cuenta. Después lo acompañó a la estación y

como una buena anfitriona le señaló las calles importantes que iban encontrándose a su paso, y cuando lo despidió en el andén le pidió que le diese recuerdos a Alice de su parte.

23

Anne

Cabría esperar que el día siguiente al desastroso encuentro con Manel el destino compensase a Anne de alguna manera, pero no fue así. Fue mucho peor; su padre le pidió un favor al que no podía negarse. Tenía que acompañarlo a Londres, a una cena, su primo Jack Elliot sentía debilidad por ella y necesitaba que Jack estuviese lo más débil posible para el negocio que tenía que proponerle.

Llamar primo a Jack Elliot era como decir que un tigre y un gato callejero también lo eran. El padre de Jack era el primo del primo segundo de Walter, que el apellido aún fuese el mismo se debía básicamente a que, exceptuando a Walter, los Elliot solían tener hijos y no hijas. Algo que Walter le había señalado en más de una ocasión, en broma decía él, a su esposa Millicent y por muchas veces que sus hijas o su esposa le explicasen que cromosómicamente el que determinaba el sexo de los bebés eran los hombres, él seguía culpándola a ella. En broma, decía.

Jack tenía más o menos la edad de Juniper, Anne nunca le había preguntado cuándo era su cumpleaños porque aunque no dudaba de su éxito profesional —él se encargaba de hacerlo evidente adonde quiera que fuera— ni de su éxito con las mujeres —él también se encargaba de proclamarlo— le producía escalofríos hablar con él. Coincidían muy pocas veces y lo cierto era que en esas contadas ocasiones él se esforzaba por ser atento con ella, incluso contenía su fanfarronería. Anne intentaba ser amable, pero era cuestión de piel lo que le pasaba con él, sencillamente no podía soportarlo y ahora iba a tener que hacer un esfuerzo para verle y ser simpática con él.

El favor que Walter le había pedido empezaba de la siguiente manera: Jack Elliot era el gerente del grupo de restauración que había comprado el Musgrove, el restaurante de Walter en Londres. Jack no trabajaba físicamente en el restaurante, él era un hombre de finanzas, y se había encargado de negociar la compraventa del modo más favorable para su tío. Durante dichas negociaciones, que habían acontecido cinco años atrás, Jack preguntaba constantemente por Anne, quería invitarla a cenar, llegó incluso a decirle a su tío que ella siempre le había intrigado. Tal vez otros padres, buenos padres, habrían tenido escrúpulos a

la hora de hacer de casamenteros o de utilizar a una de sus hijas para mejorar una transacción comercial, pero Walter no pertenecía a esa categoría. Por suerte para Anne, ella ya vivía en Bath y se negó en rotundo a participar en esa pantomima, si Jack quería invitarla a salir que lo hiciera como una persona normal y corriera el riesgo de que ella le dijera que no. Lo de utilizar la compra del restaurante como medida de presión le pareció repugnante y se lo dejó claro a su padre. Nunca supo qué le dijo este a Jack, seguro que se inventó alguna excusa, y al final la compraventa se cerró; el Musgrove pasó a ser propiedad del grupo de restauración y papá tuvo dinero y dejó de interesarse por ella o por sus hermanas.

El dinero había desaparecido y el interés había vuelto, y Jack Elliot también.

Walter sabía que ellas lo estaban tratando de idiota con lo de las joyas de mamá y le estaban dando largas. Anne intentó poner cara de sorprendida, aunque seguía hecha un desastre después de haber visto a Manel y no lo logró. Ahora eso no importaba, ya volverían a hablar de ello más tarde, pero si ella le hacía ese favor y las cosas salían como él tenía planeado tal vez podría olvidarse para siempre de esas joyas. Anne lo escuchó intrigada.

Esa misma tarde Thea había ido a Londres a reunirse con Stuart. El joyero les había mandando un correo explicándoles que los diseños y las técnicas utilizadas en sus joyas se correspondían con la época de Austen y cabía esperar que los materiales también. Dado que él al final no se había quedado físicamente ninguna, había estado trabajando con las fotografías, les pedía si podían dejarle una pieza, la que ellas quisieran para realizar unas cuantas pruebas. Thea se ofreció a llevársela, esa mañana habían desayunado juntas —algo que últimamente las dos intentaban propiciar— y habían estado hablando. Thea tenía el día libre y aprovecharía para hacer recados en Londres, no tenía importancia. Anne aceptó el ofrecimiento, ella no quería ir a Londres, se imaginaba caminando por la calle y cruzándose con Manel y Alice haciéndose arrumacos. Decidieron que Thea le dejaría su joya, ya la tenía preparada, se trataba de un broche que solía llevar en el cuello de su cazadora de cuero. El contraste llamaba mucho la atención, era ridículo que papá nunca se hubiese dado cuenta de que tenía una de esas joyas delante de las narices a diario. Anne observó a su hermana, Thea ya estaba vestida y lista para salir mientras que ella seguía en pijama. La vio nerviosa y le preguntó si le sucedía algo o si estaba preocupada por algo aparte de las joyas. De verdad quería saberlo, le aseguró, quería que fuesen amigas, si era posible, se daba cuenta de que era una lástima que no lo

hubiesen sido antes y que, aunque los últimos años habían sido difíciles y ellas tres habían reaccionado como habían podido, de pequeñas se llevaban bien. Thea la miró a los ojos, Anne se esforzó por ofrecerle lo que estuviera buscando y esperó. Estaba aprendiendo que escuchar y recordarle a una persona que estás allí era en realidad lo más necesario en cualquier relación.

Thea se terminó el café y Anne untó la tostada con mantequilla, iba a ponerle la mermelada cuando su hermana pequeña le contó que había estado manteniendo una relación con una chica en Londres, se llamaba Rosa y había estado a punto de pedirle que fueran a vivir juntas. Thea se había hecho ilusiones, le confesó, incluso se había atrevido a hablar de amor y de para siempre. Pero Rosa hablaba de pasión y de ya veremos. Al principio disimuló, le aseguró que había intentado no hacerle daño, pero las excusas se volvieron cada vez más absurdas y se lo hizo. El día del cumpleaños de Anne, Thea le había preguntado a Rosa si quería dejarlo o tomarse un tiempo. Esa vez Rosa sí habló de para siempre. Tenían que romper, se había enamorado de su jefa. El cliché le resultó tan trillado y tan doloroso que Thea se puso furiosa y le echó en cara que no se lo hubiese dicho antes, que la hubiese tenido en la retaguardia por si la relación con su jefa salía mal. Lo peor era que cuando vio a Rosa hablar de esa otra mujer supo que la quería. A ella nunca la había mirado así. Se fue, no iba a quedarse, y de vuelta a casa repasó en su mente los reproches de Rosa, el que más le había dolido era que la había acusado de no abrirse, de no estar allí de verdad, de no interesarse por nadie. En medio de ese ataque, como si con eso justificase la infidelidad, acusó a Thea de no ser ni siquiera sincera con sus hermanas, de no saber nada de ninguna de ellas.

Por eso esa noche, cuando llegó a casa y vio a papá hablándole de esa manera sobre las joyas de mamá, la defendió y por eso había empezado a cambiar. No quería recuperar a Rosa, eso ya lo había superado y si tan rápido había sido solo cabía reconocer que Rosa había hecho bien, ellas dos no estaban enamoradas. Pero quería cambiar, no quería ser la clase de persona que no se entrega, la clase que cuando está en una relación su pareja tiene argumentos para no quererla.

Anne le preguntó si de verdad estaba bien, si estaba segura de que no seguía sintiendo algo por Rosa. Thea entonces sonrió, Anne no estaba acostumbrada, y le aseguró que estaba segura de que ya no estaba enamorada, aunque seguía doliéndole que Rosa no se hubiese portado bien con ella y le hubiese mentido. Además, siguió Thea, lo más irónico era que Rosa siempre había dado por hecho que Thea le sería infiel ya que a Rosa solo le gustaban las mujeres y Thea era bisexual y esa diferencia había ocasionado múltiples discusiones entre las dos.

Anne tuvo que beber un poco, le gustaría decir que siempre había sabido eso de su hermana, pero sería mentira y se avergonzó de sí misma, de no haber prestado la suficiente atención a Thea, de no haberla querido lo suficiente o no habérselo demostrado. Lamentó que esa conversación no la hubiesen tenido antes, quizá entonces ella le habría hablado de Manel. No disimuló, no podía, y le dijo que no lo sabía y que sentía no haber sido otra clase de hermana. Ahora lo sería. Thea se enjuagó una lágrima disimulando y le aseguró que no importaba, además, había tenido que llegar allí sola, bromeó. Anne tampoco le había comunicado nunca oficialmente que era heterosexual. Terminaron de comer las tostadas y antes de irse, Thea le dio un abrazo y otra sorpresa, Stuart le gustaba, hacía mucho tiempo que otra persona no la ponía tan nerviosa, pero iba a ser cauta, lo de fiarse de los instintos era una completa locura. Anne le devolvió el abrazo y le dijo que el día que visitaron el taller, Stuart no reaccionó del mismo modo ante las tres, con ella había sido distinto, y sí, lo de los instintos podía ser una locura, pero peor era arrepentirse de las cosas que no se habían hecho cuando ya nada tenía remedio. Thea levantó una ceja intrigada y Anne le prometió que mañana, cuando volvieran a desayunar juntas, se lo explicaría.

El favor de Walter Elliot la obligó a visitar Londres esa noche. Ella y su padre viajaron de Bath a la capital en tren y en la estación se subieron a un taxi que los llevó primero a casa de Russell a dejar la bolsa de viaje —se quedarían allí a pasar la noche y mañana ella volvería a Bath en el primer tren— y después a la fiesta que se celebraba en el Musgrove ahora llamado Wolseley. El Wolseley había ganado un famoso galardón culinario británico y en la fiesta de esa noche se repasaba la historia del famoso local londinense, así se lo había explicado Jack a Walter y este se lo había repetido orgulloso a su hija. Él tenía que estar allí, sin él nunca habrían ganado ese premio, y sería fantástico que Anne lo acompañase. Hacía mucho que no la veía. Y seguro que a lo largo de la velada encontrarían el momento de charlar de un nuevo proyecto que podría interesarle; en realidad, Walter era la persona ideal para llevarlo a cabo y seguro que le encantaría. Jack estaba convencido de que sería un placer y un honor contar con su presencia en la compañía.

Walter le aseguró a su hija que en realidad él nunca había querido jubilarse, llevaba la restauración en la sangre, y eso de hacer de abuelo no iba con él, además, Juniper no le necesitaba. Anne se mordió la lengua para decirle que él no tenía ni idea de si Jun lo necesitaba o no pues nunca perdía ni dos segundos para llamarla o interesarse por sus nietos. El otro día, sin ir más lejos, ella había

pasado la tarde entera con los niños porque Jun tenía una entrevista de trabajo, Hans una reunión y aún no conocían a ninguna niñera en el barrio. Había sido una tarde fantástica.

Estaba convencido, siguió Walter, que lo que fuera que quisiera ofrecerle Jack sería un puesto honorífico. Eran muchos los restaurantes que contaban con un asesor famoso, alguien que confeccionaba las cartas o daba las directrices a seguir y que de vez en cuando se pasaba por el local a saludar a los clientes, clientes que se habían pasado meses en lista de espera, por supuesto. Estaba impaciente por volver a Londres, quizá tal vez le ofrecerían ocuparse ellos de su alojamiento y pondrían a su disposición uno de esos apartamentos para ejecutivos. Bath no estaba hecha para un hombre como él, se le quedaba pequeña. Él no quería vender la casa, por eso les había pedido las joyas, pero tal vez lo hiciera al final, así podría volver a comprar algo mejor en Londres y todo volvería por fin a la normalidad. Dependía de ella, de que no metiese la pata con Jack.

A Anne se le heló la sangre, no tenía ningún problema en hablar con Jack durante la cena, pero no pensaba ir más lejos. Si su padre de verdad quería volver a trabajar y reinstalarse en Londres, podía lograrlo de otra manera.

Era la primera vez que entraba en el Wolseley, el ventanal del exterior seguía intacto y cuando el taxi se detuvo le pareció ver a Manel apoyado en la puerta igual que había hecho tantas veces mientras la esperaba. El espectro se desvaneció, pero en el interior volvió a hacerse presente. Recordaba cada frase que él le había dicho cuando aprovechaba una pausa para colarse en el despacho donde ella estudiaba y algún que otro beso de los que se habían dado a escondidas en el viejo almacén.

Acompañó a papá, prefería estar pegada a él y ejercer de hija perfecta a seguir recordando. Escuchó las conversaciones, se rio cuando tocaba y fue locuaz, cualquier cosa con tal de dejar claro a los presentes que Walter Elliot era el candidato perfecto para el puesto que estaban buscando, fuera el que fuese. Vio a Jack, él era el maestro de ceremonias, y notó que él no la perdía de vista ni un segundo a pesar de que todavía no se había acercado a saludarlos. Fue incómodo, mucho, pero podía soportarlo y se aseguró de sonreírle. Era lo único que iba a conseguir. Pasada media hora, Jack por fin se acercó, Anne estaba harta de sentirse como una gacela en medio de la sabana mientras un tigre la espiaba, prefería enfrentarse a él cara a cara. Primero saludó a Walter, le estrechó la mano y le dio las gracias por haber venido, era un honor tenerlo allí. Después se giró hacia Anne.

—Gracias por venir, Anne, estás preciosa.

A ella se le retorció el estómago, pero logró ocultarlo.

—Gracias, Jack. Veo que el Wolseley es todo un éxito, felicidades por el premio.

—Gracias, es mérito del equipo —afirmó, aunque el tono dejó claro que sin él no lo habrían logrado. Anne no pudo evitar compararlo con Manel, con la modestia con la que él había hecho referencia a su trabajo—. Y sin tu padre nunca lo habríamos logrado.

Era una estupidez y los dos lo sabían, los tres si incluíamos a Walter, pero este prefería hacerse el tonto y dejar que lo adulasen.

—¿Me permites que te enseñe el restaurante? Me han dicho que soy un guía espléndido —le sonrió al mismo tiempo que le ofrecía el brazo.

Anne no habría ido con él a ninguna parte, sin embargo se tragó la bilis y puso la mano en el antebrazo de Jack bajo la mirada férrea de su padre.

—Claro, estoy impaciente.

Impaciente estaba por irse de allí, así que cuanto antes diese esa vuelta antes podría hacerlo.

Jack le enseñó el restaurante y a Anne le sorprendió que los empleados y muchos de los invitados le saludaban con verdadero afecto o incluso admiración. Tal vez había sido injusta con él y le había juzgado mal, no sería la primera vez. Llegaron al despacho donde ella había estudiado, donde Manel y ella se habían hecho amigos y que más tarde su padre había convertido en un lujoso guardarropía. Se le aceleró el corazón y le tembló un poco la mano, y Jack aprovechó para colocar la suya encima malinterpretando completamente su reacción.

—Me imagino que tiene que ser difícil, pero quiero que sepas que intentamos respetar al máximo el alma del Musgrove.

—Sí, por supuesto —respondió a media voz. No quería estar allí con él, era un sacrilegio que Jack estuviese en el mismo espacio que sus recuerdos con Manel.

—Sé que no te caigo bien, Anne —le dijo y ella no tuvo más remedio que mirarlo porque esa clase de confesión y de vulnerabilidad no se la esperaba—. Lo sé y créeme si te digo que me he devanado los sesos buscando un motivo. Nunca te he hecho nada malo, ¿no?

—No.

—Entonces, ¿por qué no me das una oportunidad? Te aseguro que no soy tan malo como aparento, la gran mayoría de estupideces que digo cuando nos vemos es porque estás cerca.

A ella no le sentó nada bien que le echase la culpa de su comportamiento.

—¿Una oportunidad para qué, Jack? Apenas nos conocemos y no veo que tengamos demasiado en común.

—Eso no lo sabes. A mí siempre me has gustado.

—Eso no significa que tengamos algo en común, Jack. Ni siquiera me conoces —repitió.

—Está bien, puede que tengas razón en eso. Pero tú tampoco me conoces a mí y eso no te impide juzgarme y etiquetarme como un fantasma o como un idiota presuntuoso, o algo peor.

Anne comprendió entonces cómo Jack había llegado tan lejos en el mundo de los negocios, mientras despistaba a su oponente haciéndose el herido o el incomprendido analizaba, y con éxito, a su enemigo. Siento algo parecido al respeto por él, sería un error subestimarle.

—De acuerdo, reconozco que tal vez no he sido justa al juzgarte.

—Estupendo, lo ves, ya tenemos algo en común. —Le colocó una mano cerca de la espalda, no llegó a tocarla, Anne supuso que él se había dado cuenta de que si lo hacía ella se apartaría, y la guio de regreso a la fiesta—. ¿Qué te parece si seguimos conociéndonos?

—¿Por qué? No le veo el sentido, lo siento, pero tú a mí no me gustas, no en ese sentido, y mi vida ya es lo bastante complicada. No estoy prejuzgándote, esta vez no, es solo que no siento ninguna atracción hacia ti.

—Estoy dispuesto a adaptarme, a hacer yo todo el trabajo, ¿qué tienes que perder? Y en cuanto a lo de la atracción, esta puede llegar a surgir. No te estoy pidiendo nada, eso quiero dejarlo muy claro, puedes decirme que no y lo que sea que tenga que suceder con tu padre y la compañía donde trabajo sucederá igual. No depende de ti y esto no es ningún chantaje.

—¿Sabes que acabas de perder tu única arma de negociación, no?

—Me alegro, nunca he utilizado ninguna para salir con una chica.

—No lo entiendo, Jack.

—¿El qué?

—A ti, dices que te gusto cuando los dos hemos dejado claro que apenas nos conocemos y si de verdad hubieras querido habrías podido llamarme o buscar la manera de coincidir conmigo cientos de veces. No hacía falta que hoy le pidieses a mi padre que lo acompañase, ese detalle no ha jugado precisamente a tu favor que digamos.

—Recuerdo la primera vez que te vi —respondió él tras unos segundos y Anne se percató de que le cambiaba el rostro, como si la faceta de Jack el triunfador

desapareciera y solo quedase él—, yo había oído a hablar a mis padres de mis primas de quinta o sexta generación unas cuantas veces y para mí, que soy hijo único y que no tenía primos directos cerca, erais una especie de animal mitológico. Solía jugar solo y pensaba que me daba igual que las tres fuerais niñas, estaba dispuesto a perdonaros el agravio si veníais a casa a jugar al fútbol conmigo. Como sabes, nunca vinisteis, no os conocí hasta años más tarde. Yo tenía veintitrés años y había quedado con tu padre para hablar de negocios, siempre se me han dado bien, y habíamos quedado aquí, en el Musgrove. Yo estaba allí —señaló la esquina en la que antes había una barra para los camareros— y tú allí —señaló la habitación donde Anne estudiaba—, la puerta estaba abierta y tenías la nariz metida en un libro. Entonces uno de los camareros se acercó y te dijo algo desde el umbral, no le oí, estaba demasiado lejos, pero tú te reíste y quise conocerte. Aún quiero.

No recordaba aquel día, Manel solía bromear con ella mientras trabajaba, aunque nunca se atrevía a entrar del todo en el despacho, decía que no iba a poder contenerse y no besarla. Le produjo un escalofrío descubrir que uno de esos momentos había tenido público.

—No soy tan interesante, créeme.

—Deja que lo decida yo, y tú a lo mejor descubres algo que no esperabas sobre mí. Dame una oportunidad.

24

Manel

Luke le había convencido para salir, le había arrastrado a una de esas dobles citas que nunca había logrado entender —aunque los otros tres participantes, Nanda, Alice y Luke estaban encantados— y ahora, después de cenar en un japonés iban a tomar algo. Ni Luke ni Nanda trabajaban la mañana siguiente, los dos habían terminado unos turnos larguísimos y se habían ganado ese pequeño descanso, no tenían que volver al hospital hasta la tarde. Alice tenía la primera consulta a las once y media, así que podía alargar la velada un poco más y Manel estaba de vacaciones, aunque de los cuatro era probablemente el que más necesitaba dormir porque desde esa tarde que había pasado con Anne en Bath no había logrado pegar ojo.

No estaba orgulloso de cómo se había comportado, esa era la verdad, ella había intentado ser sincera con él, hablarle de lo que había sucedido años atrás, de lo que ella había sentido y él se había cerrado en banda. Igual que la primera vez. Había visto que lo de la cita con Alice le había dolido y había tenido que morderse la lengua para no decirle que solo eran amigos, que no sentía nada por Alice excepto amistad —algo que era más que evidente cuanto más tiempo pasaba con ella—, pero su propia reacción le había dejado tan confuso que no había sabido qué hacer. ¿Por qué se sentía culpable y por qué le dolía a ella que él fuese a cenar con alguien? Tenía que hablar con Anne, llamarla y pedirle que volviesen a verse, necesitaba disculparse. Lo haría mañana, no iba a seguir retrasándolo, además tenía ganas de saber qué le habían parecido el resto de las cartas, si había podido leerlas, y contarle lo que *Jane* y él habían descubierto hoy.

Cuando la vio entrar pensó que se la estaba imaginando.

—¿Esa de allí no es Anne? —preguntó Luke.

—Sí, sí que lo es —afirmó Alice saludándola—. ¡Anne, Anne!

Él no dijo nada, Anne tenía al lado un hombre que le resultaba extrañamente familiar y tras unos segundos entendió por qué. Era Jack Elliot, solo le había visto un par de veces, cuando este había visitado el Musgrove para hablar con Walter, pero recordaba cómo había mirado a Anne en ambas ocasiones y lo poco

que a él le había gustado. Ahora le gustaba menos y se le erizó la espalda al ver que la rodeaba por la cintura. Ella se apartó disimuladamente y Manel sonrió tras el whisky que estaba bebiendo, pero seguían estando demasiado cerca.

La música del local era agradable, los clientes podían oír algo más que sus pensamientos y Anne no tardó en percatarse de que la estaban llamando. Los miró confusa unos segundos, Manel pensó que la entendía a la perfección, y después inició el camino hacia la mesa donde ellos estaban sentados. Jack Elliot la siguió, aunque seguro que él creería que la estaba acompañando.

—Hola, qué sorpresa —dijo Anne devolviéndole el saludo a Alice. Todavía no le había mirado ni un segundo.

—Sí, y qué lo digas —afirmó Luke—. ¿Queréis sentaros con nosotros? Hay sitio de sobra.

Manel tomó nota mentalmente de sacudir a Luke cuando volvieran al apartamento. Ella estaba con otro grupo de amigos, podían seguir con la fiesta en otra parte.

—Será un placer. Soy Jack, encantado de conoceros. —Jack le tendió la mano a Luke.

—Es el primo de Anne —dijo entonces Manel porque ¿en serio esperaba que se callase esa clase de información?

—Primo séptimo, creo —respondió el aludido sonriendo de oreja a oreja.

—Ah, entonces es como si no lo fuerais —siguió Alice ajena a la ira — injustificable— de Manel.

—Exacto, ¿qué quieres tomar, Anne? Iré a buscarlo. ¿Os traigo algo a vosotros, chicos? —ofreció Jack—. Les diré a los demás que estamos aquí.

—Yo solo agua, gracias. —Anne siguió de pie, tal vez porque el asiento libre que tenía más cerca estaba al lado de Manel.

—Vamos, siéntate y cuéntanos qué estás haciendo en Londres —le pidió Alice con esa naturalidad habitual en ella y Anne no tuvo más remedio que sentarse.

—Sí, ¿qué estás haciendo en Londres? —Manel bebió un poco más de whisky—. Creía que apenas venías por la ciudad.

Anne les contó que había acompañado a su padre a una fiesta en el antiguo Musgrove y que después su primo había insistido en presentarle a unos cuantos amigos. Fue educada y escueta y Manel supo que había sucedido algo más y que no quería contárselo. La vio triste y preocupada y pensó que tenía que hacer algo al respecto.

Apareció Jack con el agua y una copa para él y se sentó junto a Anne. Él también les habló de la fiesta, su descripción fue mucho más boyante y

exagerada y les contó la cantidad de famosos que habían asistido y el gran papel que había jugado Walter Elliot para llevar al Musgrove, ahora Wolseley, hasta ese punto. Y lo agradecido que estaba de haber podido compartir ese momento con Anne, al terminar esa frase puso una mano en la rodilla de Anne y ella se puso en pie como un resorte.

—Tengo que ir al baño, enseguida vuelvo.

Manel buscó la mirada de Luke y esperó que su amigo, su supuesto mejor amigo, también se hubiese dado cuenta de lo que acababa de suceder y le echase un cable. No le defraudó, lo miró un segundo y justo después empezó a hacerle preguntas a Jack y este, encantado de hablar de sí mismo, no se dio cuenta de que Manel se levantaba y seguía a Anne. A Manel no le hubiese importado que lo supiera, pero no quería causar ningún escándalo que pudiese avergonzar a Anne ni a Nanda o a Alice, quienes por suerte también estaban hablando como si nada.

Llegó al baño, allí no había nadie, y entonces salió a la calle. Encontró a Anne sentada en un banco que había en la acera de enfrente del local, el río estaba a pocos metros y desde allí se veía la vista de la ciudad.

—¿Estás bien?

Ella no se dio media vuelta, aunque ladeó la cabeza hacia la derecha y Manel lo interpretó como una señal para que se sentase a su lado.

—Sí, solo necesitaba tomar aire. No quería montar una escena, lo siento.

—No te disculpes. Nadie se ha dado cuenta.

—Tú sí.

—Ya, bueno, no le des importancia. —La vio tiritar y sin preguntárselo se quitó el jersey que llevaba y se lo puso en la espalda.

—Gracias.

—De nada.

—Lamento haber interrumpido tu cita con Alice —le dijo mirando el río—. Nos iremos enseguida. Mañana tengo que madrugar y no puedo llegar tarde a casa de Russell.

No sabía si ella había añadido esa información para dejarle claro que no iba a irse con Jack, a él no le había hecho falta, aunque soltó el aliento aliviado.

—No hay nada entre Alice y yo, solo somos amigos.

No iba a decirle que Alice le había dicho el primer día que saltaba a la vista que él estaba enamorado de alguien y que ella no era la clase de persona que se entrometía en algo así. Además, terminó bromeando, él no era su tipo, era demasiado alto y se le había pegado el acento americano.

Anne siguió en silencio, tembló un poco de frío y juntó los extremos del jersey de él sobre el pecho para abrigarse. Manel le pasó un brazo por los hombros.

—Ven aquí. —La pegó a su lado—. Lamento mucho mi comportamiento de ayer por la tarde. Lo siento. No te dejé hablar y me puse a la defensiva. La verdad es que me resulta doloroso hablar de eso, de lo que sucedió entre nosotros, pero no es excusa para no dejar que lo hagas tú ni para comportarme como un imbécil, así que si todavía quieres decirme algo, aquí estoy.

—No quiero hablar de nada —respondió Anne con la cabeza apoyada en su hombro—. ¿Podemos quedarnos así un rato? Solo tú y yo.

—Claro, lo que tú quieras.

La oyó soltar el aliento e hizo lo mismo. Miró el cielo, buscó las estrellas que veía en casa, allí el cielo era distinto y ninguno de los dos, ni el que veía en Los Gatos ni el que tenía ahora delante, era el de verdad. Y sin embargo, cada vez que se permitía contemplarlo de noche, estuviera donde estuviese, pensaba en la persona que ahora tenía al lado. Ella nunca cambiaba.

Anne sujetaba el jersey con la mano izquierda y la derecha descansaba encima del vestido verde que llevaba a pocos centímetros de la rodilla que minutos antes había tocado Jack Elliot. Manel renunció a buscar una explicación lógica a su reacción, y tampoco le hacía falta, sabía por qué se había puesto furioso. Si hubiese visto a Anne feliz con alguien le habría dolido, no intentaba negarlo, pero se habría alegrado por ella. En todos esos años nunca había deseado su infelicidad ni por un segundo. Lo que le había puesto furioso había sido verla tan triste y tan a la defensiva y nunca había podido soportar a esos hombres que se creen con derecho a tocar a una mujer cuando les da la gana. Su nivel de tolerancia en ese sentido era completamente nulo. Lo había visto demasiadas veces en el bar de sus padres en Barcelona y tanto su padre como su madre como el camarero que trabajaba con ellos le habían enseñado siempre que estaba mal y que nadie tenía nunca ninguna excusa para tocar a alguien sin su consentimiento.

Pensó en la intimidad y la confianza implícita que había existido entre Anne y él desde el principio, lo echaba de menos y esa noche más porque a pesar del tiempo y de lo que fuera que los separase sentía que seguía unido a ella. Vio que Anne giraba la palma de la mano hacia arriba y extendía los dedos y no dudó, alargó la suya y las entrelazó.

—¿Cuándo vuelves a Estados Unidos? —le preguntó en voz baja tras unos minutos que él se había pasado observando lo bien que encajaban los dedos de Anne entre los huecos que dejaban los suyos.

—Este viernes, pasado mañana. Hoy he confirmado el billete. —Y se

arrepentía—. Tengo que volver. *Jane* necesita... —Anne tensó los dedos e intentó soltarse y él llevó la otra mano encima de la de ella y la acarició despacio —, *Jane* no es una persona, deja que te lo explique, por favor. *Jane* es una I.A.

—¿Una inteligencia artificial?

Manel sonrió, le gustó creer que ella recordaba aquel término por él, por todas las veces que le había hablado de sus sueños de informático chiflado, que era como Anne le llamaba después de uno de sus discursos y acompañaba el término de un beso.

—Sí, pero aunque *Jane* fuese una persona seguiría dándote ahora la mano y hablando aquí contigo, Anne. Es importante que lo sepas, cometí un error hace años cuando te dije que no quería ser nada de ti si no estábamos juntos. Lamento no haber sido tu amigo todo este tiempo.

—Yo también Manel, te he echado de menos.

Le pareció que ella hacía esfuerzos para incluir la sonrisa en su siguiente respuesta.

—Bueno, al menos ahora estás aquí. Háblame de *Jane*.

Manel volvió a mirar las estrellas, Anne tenía la cabeza recostada en su hombro, la nariz de ella a veces le rozaba la piel de la clavícula y su mano derecha seguía protegida entre las de él. Quería hablarle de *Jane* y de muchas cosas más, de la casa que tenía en Los Gatos, de su equipo, de Prisha y sus hijas, de la venta de Buenas Intenciones, de las dudas que tenía sobre su futuro. De todo, aunque también se conformaría con no hablar de nada y seguir allí, así, con ella. Esa mañana había confirmado el billete de vuelta a San Francisco porque ya no le quedaban más compromisos en Londres, había atendido a la prensa, firmado el contrato de diligencia debida con ZET y había dejado instrucciones precisas a sus abogados. Él no tenía que quedarse más tiempo y Prisha no dejaba de recordarle que no podían seguir retrasando los nuevos protocolos de *Jane*. Tenían que estar listos cuando se hiciera pública y oficial la compraventa de Buenas Intenciones pues tanto sus inversores como la universidad querían saber cuál iba a ser su siguiente paso. La habría llamado antes de irse, el jueves, para pedirle disculpas por esa tarde en Bath y para decirle que si ella quería la mantendría al corriente del tema de las cartas de Lefroy. Ahora le parecía una idea ridícula.

—¿Te acuerdas de aquel sábado que fuimos al cine a ver la reposición de *Cry Baby*? —le preguntó. Había tenido una idea y si una estrella fugaz hubiese cruzado el cielo le habría pedido que por favor Anne aceptase la petición que él estaba a punto de hacerle.

—Me acuerdo, se te descolocó la mandíbula cuando viste que te había arrastrado a ver un musical.

—Eh, al final me gustó. Nos quedamos a ver la película siguiente, ¿cómo se llamaba?

—*The Rocky Horror Picture Show*.

—Exacto, ¿sabes que las tengo las dos en casa?

—¿En serio?

—Te lo juro. —Ella no le preguntó por qué y él no creyó necesario explicárselo, esa noche no—. ¿Te acuerdas del café donde nos metimos después? Estaba al lado de la estación de metro de Covent Garden, ¿crees que seguirá abierto? No está muy lejos.

Anne se apartó despacio, a Manel le dio ánimos que no retiró la mano, y se giró lo necesario para mirarle a los ojos.

—¿Quieres ir ahora? ¿Ahora mismo?

—Sí. Dentro de menos de cuarenta horas estaré en un avión rumbo a San Francisco y esta es la primera vez desde que hemos vuelto a vernos que estamos hablando, no quiero volver a irme con una conversación pendiente entre tú y yo, Anne. —Ella soltó el aliento y él siguió hablando—. Has dicho que ibas a dormir en casa de Russell y te prometo que si quieres irte, yo mismo te acompañaré en un taxi, sea la hora que sea, pero ¿de verdad quieres irte ya? ¿No crees que podríamos hablar un poco más?

—No, no quiero irme todavía. Está bien, vamos a ese café, siempre me convences para que haga locuras.

Siempre no, pensó él, pero no se lo dijo.

—¿Necesitas volver a entrar? —señaló el local a su espalda.

—Quiero despedirme de Luke y de Alice, y también de Jack, no quiero que me acuse de dejarlo plantado o de tenerle miedo, lo utilizaría para volver a manipularme y no voy a permitirselo.

—¿Qué te parece si nos despedimos juntos? Espera un momento —le pidió al ver que ella enarcaba una ceja—. No es que crea que necesites mi ayuda, eso lo tengo claro que no, es que quiero que evites que yo me meta en un lío, nunca he soportado a ese tal Jack, y recuerda que tengo que coger un avión el viernes.

—De acuerdo, pero yo hablaré con Jack, tú si quieres quédate cerca y, no sé, escucha, pero Jack es cosa mía.

—Está bien.

En el interior del local, Manel primero fue a hablar con Alice y se disculpó por dejarla allí, le explicó que necesitaba hablar con Anne y que era importante, y

también le dio las gracias por las conversaciones de esos días. Alice le escuchó con atención, igual que hacía con todo el mundo, y el rostro le cambió en cuanto apareció el nombre de Anne en la conversación. Le dijo que no se preocupase por ella, llamaría a un Uber ahora mismo, y le pidió que lo llamase mañana, o cuando pudiera, para contarle qué tal le había ido. Manel le prometió que lo haría y después, cuando fue a despedirse de Luke y de Nanda le pidió a su amigo que se asegurase de que Alice llegaba bien a su casa. Nanda le dijo que se irían los tres juntos y fue en busca de Alice para compartir el coche, lo que dejó a Manel a solas con Luke. Supuso que iba a darle algún consejo o que se regodearía y le recordaría que él lo había dicho desde el principio, pero siguiendo su imprevisible código de conducta, Luke lo abrazó y le deseó suerte y de camino a la puerta se detuvo un segundo junto a Anne y le dio un beso en la mejilla tras susurrarle algo al oído.

Anne lo estaba esperando, al final se había ocupado ella sola de hablar con Jack y él ya no estaba por ninguna parte. Mejor. En la calle, ella intentó devolverle el jersey y él lo aceptó, pero solo para pasárselo a ella por la cabeza.

—Yo estoy bien. No insistas.

Durante unos minutos anduvieron en silencio, en el cielo brillaban las estrellas y estaba paseando por Londres con la mano de Anne en la suya. Tal vez eso mañana no sirviera de nada y tal vez nunca más volvería a verla, pero tendría aquel paseo para siempre y solo por eso ya valía la pena.

—No sé por dónde empezar —confesó ella—. No sé qué quieres que te cuente o qué quiero preguntarte primero. No es que no quiera o no pueda elegir, es que no sé si tus respuestas o las mías serán mejor que el silencio que tenemos ahora.

—De momento tenemos ocho años de silencio a nuestras espaldas y no es que nos hayan servido de mucho ¿no crees?, y si miramos hacia delante —exhaló— tampoco es que tengamos mucho. Pero tenemos esta noche, o hasta que uno de los dos quiera dejarlo y decida irse, y la verdad es que quiero hablar contigo, Anne. Cuéntame lo que quieras, pero habla conmigo.

Ella asintió y se quedó pensando.

—Por fin voy a estudiar biología marina o al menos voy a dar un paso en firme en ese sentido. —Manel sonrió y le apretó la mano—. He tardado un poco, demasiado, la verdad, en entender que eso es lo que quiero hacer y que si no lo intento siempre me arrepentiré.

—¿Y qué vas a hacer?

—Bueno, es complicado y todavía tengo que concretar muchos detalles. Como era de esperar, tener casi la carrera de derecho no sirve de nada si quieres

estudiar a los pingüinos, así que tengo que hacer unos cuantos cursos puente y demostrar que tengo cierta experiencia profesional en ese ámbito antes de presentar mi solicitud de admisión a cualquier facultad de biología marina.

—¿Y cómo vas a ganar esa experiencia profesional, vas a trabajar en el zoo?

—Esa parte es la más complicada, en el zoo no dejan trabajar a cualquiera y aunque me alegro por los animales, me dificulta un poco la vida. He estado hablando con un profesor de la Universidad de Edimburgo, dentro de unos meses sale un barco hacia las islas Malvinas con una expedición universitaria para estudiar la colonia de pingüinos. Necesitan una ayudante de cocina y dado que sí puedo demostrar que llevo años trabajando en un restaurante, tengo posibilidades de conseguir el puesto y una vez allí...

—Espera un momento, ¿las Malvinas? ¿Ayudante de cocina? —Tuvo que detenerse en medio de la calle.

—¿Te parece una locura, no?

Eso era lo primero que había pensado y lo segundo que cómo seguiría viéndola si estaba en una expedición estudiando pingüinos en la otra punta del mundo. Pero cuando la miró y vio su sonrisa no le dijo nada de eso, habría sido muy egoísta y cruel de su parte, y un completo error.

—No. —Levantó la mano que tenía libre y le acarició la mejilla durante un segundo—. Me parece que si eso es lo que quieres hacer, puedes contar con todo mi apoyo, aunque no te haga falta.

—Gracias. —Le brillaron los ojos y al mover la cabeza para agacharse la mano de él no tuvo más remedio que alejarse—. Ahora cuéntame tú algo.

Reanudaron la marcha, si el café no había cambiado estaba abierto veinticuatro horas, así que no tenía prisa por llegar. Manel giró hacia la derecha y los dirigió hacia una parte de High Park en la que había una glorieta en la que también habían estado antes.

—Me mudé a California justo después de terminar la carrera, tenía un buen trabajo esperándome y en el laboratorio incluso me buscaron un piso donde vivir hasta que me instalase definitivamente. El primer fin de semana que tuve libre, fui a la playa. ¿Te acuerdas de que te dije que algún día aprendería a hacer surf?

—¿Ya sabes?

Manel se rio.

—No, qué va, lo intenté y fue un desastre. Creo que la gente que tuvo la desgracia de presenciar el espectáculo aún lo cuenta a sus familias. Soy una especie de leyenda urbana.

—¿Tan horrible fue?

—Peor de lo que te imaginas, mucho peor. —Levantó el brazo derecho y le enseñó una cicatriz que tenía en el codo—. Me hice esto y ni siquiera entré en el agua, me caí mientras hacía los ejercicios de preparación. Unos ejercicios que hacen niños de cuatro años.

—¿Crees que encontraré algún vídeo en Youtube?

La oyó reírse, había acertado con la historia y a partir de ahora vería esa estúpida cicatriz con otros ojos.

—Ni se te ocurra buscarlo.

25

Manel

La glorieta seguía igual que antes, tenía más enredaderas y algún que otro desperfecto, pero seguía allí de pie como si hubiera estado esperándolos. Le había explicado a Anne que quería comprobar si la acústica del lugar había cambiado.

—No lo sé, no he vuelto.

Había unos cuantos lugares en el mundo que poseían esas características, aunque a diferencia de aquella glorieta la mayoría eran famosos y aparecían en las guías turísticas y estaban siempre llenos de gente. Uno de los más visitados era el Capitolio de Washington, donde había una sala en la que los senadores que ocupaban los bancos del fondo podían escuchar claramente lo que decían, incluso lo que susurraban, los senadores del banco del otro extremo y viceversa.

—Tal vez ya no funcione —se anticipó Manel—. Nunca acabé de entender por qué funcionaba, no se cumplían todos los parámetros necesarios.

—Ya te dije en su momento que era magia. No sé por qué siempre te empeñas en analizarlo todo, tengo la teoría de que a menudo las mejores cosas de la vida no tienen sentido.

—¿Y desde cuándo tienes esa teoría?

—Desde que murió mi madre.

Volvió a detenerse en seco y a mirarla.

—¿Qué pasó, Annie?

Ella sacudió la cabeza.

—Entremos en la glorieta a ver si aún funciona, ¿de acuerdo? Dejemos este tema para más adelante, solo tenemos esta noche, ¿recuerdas?

No solo tenían esta noche, no si de él dependía, pero de momento esa era la realidad.

—Está bien, de acuerdo. Vamos a ver si nuestra glorieta todavía es mágica.

Se soltaron las manos al entrar y en silencio se dirigieron cada uno a su lugar. Lo habían descubierto por casualidad una tarde de domingo que habían salido a pasear. Habían estado estudiando en el piso de Manel y sin saber exactamente por qué habían empezado a discutir; él estaba nervioso por los papeles que había

presentado para la beca de Estados Unidos y ella porque tenía exámenes y la carrera de derecho no le gustaba pero no quería defraudar a sus padres. Salgamos de aquí, vámonos de paseo, sugirió él al ver que los dos estaban discutiendo con la persona equivocada. Anne aceptó, añadió que les iría bien tomar el aire y tras dar varios tumbos sin un rumbo fijo acabaron en esa glorieta. No discutieron durante el paseo, habría tenido mérito pues no se dirigieron la palabra, y al llegar a la glorieta se separaron como si necesitasen alejarse el uno del otro. Él se colocó en un extremo, el mismo que estaba a punto de ocupar ahora, y dijo en voz muy baja que lo que tendría que haber hecho era besarla y quitarle ese jersey que lo estaba volviendo loco, así tal vez habría podido concentrarse. En el otro extremo, Anne se sonrojó y susurró que tenía razón, que a ella le había pasado lo mismo, que tendría que haberle besado y haberle hecho el amor en el escritorio. Entonces los dos se miraron a través de la distancia y sonrieron al comprender lo que pasaba. Él susurró algo más y ella le respondió lo mismo. No hacía falta recordar la frase exacta. Y después corrieron a besarse.

Esa noche, a diferencia de esa primera tarde, estaban solos. Manel esperó a que Anne se colocase en su lugar, dándole la espalda, y caminó hasta el suyo sin dejar de mirarla. Se oían los grillos y a lo lejos el tráfico de la ciudad, y Manel dijo en voz muy baja:

—A veces me he imaginado qué pasaría si volviera a verte. Nos encontraríamos en un aeropuerto, por ejemplo, tú irías hacia una ciudad y yo a otra y nos cruzaríamos por casualidad en un pasillo. Nos saludaríamos, no fingiríamos no habernos visto, y tras unos segundos un poco incómodos nos preguntaríamos qué tal estábamos y qué era de nuestras vidas. Después, seguiríamos nuestro camino por separado como si nada.

—Y en ese aeropuerto, ¿a dónde se supone que voy, a donde vas tú? —preguntó ella casi en silencio y él la oyó como si le hubiese susurrado esas palabras al oído.

—No lo sé, pero siempre que sueño eso, porque suelo soñarlo, me despierto enfadado conmigo por no habértelo preguntado. Por no haber estado más tiempo contigo. Cuando llegué a Boston estaba furioso, Anne, nunca nadie me había hecho tanto daño, y durante mucho tiempo utilicé ese rencor para motivarme. Estaba convencido de que no me habías acompañado porque no confiabas en mí, porque tenías miedo de perder las comodidades de tu vida en Londres.

—Nada de eso se me pasó por la cabeza, Manel. Yo tenía diecinueve años y tú veinte, acababan de darte una beca y tú, tú lo tenías todo muy claro, yo no.

—Creé Buenas Intenciones por ti, pensando en ti. —Ella se giró a mirarlo—.

Había tenido una semana complicada y quería llamarte, tuve el móvil en la mano varias veces, pero no podía quitarme de la cabeza nuestra última discusión, te veía sentada en mi cama, en la de la habitación que tenía alquilada en Londres, diciéndome que no ibas a venir conmigo, que lo mejor sería que lo dejásemos ahora que todavía estábamos a tiempo, así que no lo hice. Pero estuve a punto y entonces di por hecho que si al final hubiésemos hablado habría sido un error, tú probablemente estabas saliendo con un estudiante de derecho al que ya habías presentado a tus padres y te habías olvidado de mí, y yo volvería a sentirme como un idiota por haberme arriesgado por ti. Pensé que sería fantástico que los móviles tuviesen un sistema de seguridad que evitase que su propietario cometiera esa clase de estupideces y de repente pensé que yo podía inventarlo, yo protegería a todos los imbéciles enamorados del mundo de ponerse en ridículo.

—Tú nunca te has puesto en ridículo y yo... yo nunca me he olvidado de ti.

Manel se quedó mirándola, no podía seguir fingiendo que ella le resultaba indiferente y que lo único que había pretendido al sugerir que pasasen esas horas hablando era pedirle disculpas y volver a casa con la sensación de haber cerrado para siempre aquella etapa de su vida. No quería cerrarla, quería abrirla de nuevo y averiguar hasta dónde podían llegar esta vez, pero ¿y si realmente solo tenían esa noche?

—Yo tampoco. ¿Tienes hambre? Yo tengo hambre.

Anne se encogió de hombros.

—Podría comer.

—¿Vamos a ver si nos dan algo de comer en esa cafetería? —Caminó hasta ella y le tendió la mano, Anne aceptó y siguieron con el paseo.

Manel le contó cómo había empezado Buenas Intenciones, las primeras rondas de inversores y los primeros diseños que básicamente probaron él y Prisha. Le habló de las discusiones que había tenido con algunos ingenieros al principio que le decían que su idea jamás funcionaría, ¿cómo iba a funcionar si existía una opción más fácil y barata al alcance del supuesto usuario? Lo único que tenían que hacer era apagar el móvil y no llamar ni curiosear por las redes sociales de esa persona. Esas personas tenían razón y al mismo tiempo estaban completamente equivocados, ellos, porque la mayoría de críticos que tuvo al principio eran en su mayoría hombres, eran demasiado mayores, no entendían el papel que el móvil y las redes jugaban en la vida de los jóvenes, y en la de cualquier persona en realidad, hoy en día. Él no iba a cometer ese error, repartieron códigos de acceso gratuito al primer prototipo de la app entre varias

universidades, institutos, en centros comerciales e incluso en el ejército. Fue un éxito, el boca oreja funcionó tan bien que tuvieron que contratar a más gente y trabajar día y noche para sacar la versión definitiva al mercado tres meses antes de lo previsto.

Después empezó la verdadera locura, alquilaron un laboratorio más grande, con sala de reuniones, varios despachos y unos ordenadores mucho más potentes. Mantener y mejorar Buenas Intenciones requería el trabajo diario de un equipo humano considerable, pero todos estaban también involucrados en su otro gran proyecto: *Jane*.

—No puedo imaginármela, ¿cómo es?

—Bueno, no tiene cuerpo ni nada parecido, *Jane* no es uno de esos robots que aparecen en las series de la tele o en las películas. Esas cosas me dan repelús. La memoria de *Jane* está en la nube y los procesadores que la mantienen están en el laboratorio, aunque hay otros de seguridad en la universidad y en otro sitio, y mi equipo y yo podemos conectarnos a ella, hablar con ella, actualizarla o trabajar en su programación desde nuestros equipos.

—¿Hablas con ella?

—A diario, así es como *Jane* aprende el comportamiento humano. ¿Te gustaría conocerla?

—¿Puedo?

—Claro, cuando estemos sentados en la cafetería te la presento. Puedo conectarme desde el móvil.

—Has conseguido todo lo que querías, me alegro mucho por ti, Manel.

Él le había hablado cientos de veces de sus sueños, desde pequeño los había tenido claros. En el colegio tenía compañeros de clase que habían pasado de querer ser futbolistas a policías, para después acabar de carpinteros o abogados. Él no, él siempre había querido ser lo que era. Los ordenadores le habían fascinado y cuando descubrió la inteligencia artificial, aunque la primera vez que la vio no la entendió y ni siquiera sabía su nombre, ya no tuvo elección. Eso era lo que quería hacer el resto de su vida, investigar esa clase de inteligencia que permitía a los humanos llegar más lejos o incluso salvar lo insalvable, como por ejemplo las enfermedades degenerativas de la mente y el envejecimiento. En las reuniones que había mantenido con De Grey habían estado hablando, de momento filosóficamente, sobre que si la investigación seguía ese ritmo, no era ninguna locura pensar que llegaría el día en que una persona podría almacenar sus recuerdos, su memoria, su carácter, todo aquello que lo definía, dentro de una inteligencia artificial y así evitar la muerte de su espíritu, alcanzar la

inmortalidad, no física pero sí real. Los últimos éxitos de ciencia ficción ya se basaban en eso; en personas que cambiaban su mente de cuerpo cada vez que morían y seguían siendo ellos mismos, o en personas que instalaban su mente dentro del cuerpo de un robot de aspecto y tacto humanoide para vivir para siempre. Históricamente la ciencia ficción siempre iba un paso por delante de la ciencia, pero casi nunca fallaba; los teléfonos móviles habían aparecido allí por primera vez y ahora todos llevábamos uno en el bolsillo. Caminando con Anne tuvo que reconocer que probablemente ella tuviera razón, había alcanzado su sueño y sin embargo no lo había sentido así hasta esa noche con ella a su lado.

—¿Y tú? ¿Has conseguido lo que querías?

—Todavía no. Me ha costado un poco comprender qué quiero de verdad. Además, los sueños pueden cambiar, ¿no crees?

—Supongo —le concedió a pesar de que estaba convencido que algunos no.

—Mi madre cambió —siguió Anne—. No nos dijo que estaba enferma, lo descubrimos unos días antes de que muriera, cuando ya era demasiado tarde. Nos explicó que lo había hecho adrede, el médico había descubierto la enfermedad, un cáncer, en una visita rutinaria. No había nada que hacer, nos dijo, se había extendido por todo el cuerpo y aunque empezasen el tratamiento ese mismo día no serviría de nada. Lo único que podían hacer era recurrir a tratamientos experimentales, de los que no le garantizaba el resultado, y llegado el momento darle lo necesario para paliar el dolor. Mamá no dijo que se puso furiosa y que le echó la bronca al médico. Ella no podía morir, tenía muchas cosas pendientes. El médico aguantó estoicamente, según nos contó mamá, y le sugirió que si no estaba dispuesta a realizar ningún tratamiento empezara a hacerlas ya. Y lo hizo.

—¿El qué?

—Todas esas tareas pendientes. No lo comprendí hasta que murió, pero mamá había dedicado sus últimos meses a hacer lo que de verdad quería, que al parecer era pasar tiempo con nosotras tres, conmigo y con mis hermanas. Fue entonces cuando se recorrió Inglaterra entera en busca de las joyas antiguas que nos regaló. Dejó de ir al restaurante, lo que hizo que se discutiera con papá, aunque creo que lo suyo ya venía de antes, visitó mucho más a menudo a Russell y se desvivió por organizar la boda de Jun con Hans. Vivió. Le hablé de ti, ¿sabes? Le conté lo que había pasado.

—¿Y qué te dijo?

—Primero que le sabía muy mal haber estado tan absorta en el trabajo y no haberse dado cuenta de que me pasaba algo tan importante. Le habría gustado

que se le hubiese contado entonces, cuando tú estabas aquí. Me dijo que siempre le habías gustado.

—Ella siempre fue muy amable conmigo, no como tu padre.

—Mi padre no es amable con nadie.

—Vaya, y yo que creía que era especial.

—Dejé la universidad pocos meses después del funeral y me mudé a Bath. No podía seguir en Londres, papá estaba obsesionado con el restaurante y creo que empezó a apostar, aunque no estoy segura. Empezó a tener problemas de dinero, Jun se había mudado a Alemania tras la boda y Therese no pasaba nunca por casa. No tenía sentido que yo siguiera allí y supongo que necesitaba encontrar mi sitio.

—¿Y lo has encontrado?

—Creo que sí, en eso estoy.

En la cafetería no conectó a *Jane*, no quería que nada se entrometiese entre Anne y él. Siguieron hablando hasta el amanecer, saltaban de un tema al otro, se reían, se escuchaban con total sinceridad y cada minuto que pasaba eliminaba los años en que no se habían hablado. Él no podía dejar de mirarla, de cogerla de la mano y de deslizar el pulgar por los nudillos de sus dedos. Observaba cada detalle y lo absorbía para después guardárselo dentro y poder recurrir a él cuando lo necesitase.

Anne le había dicho que había mandado un mensaje a Russell explicándole dónde y con quién estaba, no quería preocuparla, y Manel se había abstenido de preguntarle qué le había respondido su madrina. Él seguía echándole gran parte de la culpa de la discusión que lo había separado de Anne. Era injusto, lo sabía, igual que sabía que eso dejaba a Anne en muy mal lugar, como si ella fuera débil e influenciable cuando no lo era. Pero en esa época tenía diecinueve años y admiraba a su madrina, la respetaba y le hacía caso, como bien podía demostrar su historia. ¿Ahora también le había aconsejado que no pasase más tiempo con él? Intentó quitárselo de la cabeza, Anne estaba allí ahora, hablándole y cogiéndole la mano, y mirándole a los ojos como si ella también deseara poder detener el tiempo.

—Debería ir a la estación, si pierdo el tren de las ocho llegaré tarde al trabajo.

—¿Dónde trabajas, cómo se llama el restaurante?

—The Thorn, está a cinco minutos de distancia del Rosetae, que es donde trabaja mi amiga Caroline. Muchas veces quedamos un poco antes para tomarnos un café y ponernos al día antes de empezar nuestro horario y si no podemos, nos vemos después.

—¿De verdad tienes que irte? Mierda, lo siento, me prometí que no te lo preguntaría. No me hagas caso.

—De verdad tengo que irme. Mi jefa es fantástica y se ha portado muy bien últimamente con todos los cambios de horario que le he pedido para ir a las entrevistas de la universidad, hacer todas esas llamadas telefónicas e investigar lo de las joyas de mamá, pero hoy el restaurante está reservado para unas conferencias y no puedo fallarle.

—Claro, lo entiendo. Tienes razón. Vamos, te acompañaré a la estación.

Fueron andando por Park Lane, no se soltaron de la mano durante la media hora que tardaron en recorrer la distancia del café hasta la estación de Paddington y Manel esperó junto a Anne a que llegase el tren que iba a llevársela de allí. No la miró, se dijo que se había saciado a lo largo de la noche y que si lo hacía ahora no podría dejarla marchar.

El primer vagón hizo su aparición, Manel maldijo la puntualidad del sistema ferroviario británico y apretó los dedos de ella entre los suyos.

Podía preguntarle si podían verse esa noche, él tenía un día complicado, había quedado con sus abogados para dejar firmados unos últimos papeles, después iba a reunirse con Rachael, le había llamado ayer para decirle que tal vez había encontrado algo, y por la noche iba a tomarse una copa con William, el astrónomo del Royal Observatory, que también se había puesto en contacto con él para comentarle algo del telescopio de Lefroy. En un principio le había parecido una buena manera de poner punto y final a aquel viaje, pero ahora les mandaría a todos a paseo a cambio de pasar más tiempo con Anne. Ni siquiera habían tenido tiempo de hablar de las cartas o de Jane Austen, o de qué había significado esa noche para ellos, para su historia.

El vuelo de mañana no podía anularlo, necesitaba volver, pasar por el laboratorio, poner en orden los cambios de Buenas Intenciones que habían solicitado los compradores y algunos que quería introducir él por seguridad, y resolver las cuestiones de *Jane*. Pero podía regresar a Inglaterra más adelante y esta vez podían llamarse, escribirse, hacer lo que fuera con tal de seguir en contacto.

Podía preguntarle todo eso y muchas cosas más, pero no lo hizo.

El altavoz de la estación anunció el tren y la vía donde estaba, les recordó a los pasajeros que saldría en dirección a Bath dentro de cinco minutos.

Anne le soltó la mano, quiso retenerla pero no pudo, y se giró hasta quedar frente a él. Entonces ella acercó los dedos a una de sus mejillas, la derecha, y le acarició. Recorrió el pómulos y pasó las yemas por la barba que le había crecido

durante la noche. Se puso de puntillas y lo besó.

Él la sujetó por la cintura, no sabía quién estaba sujetando a quién, solo que no podía dejarla ir, aunque iba a hacerlo. Ya había cometido el error una vez de intentar retenerla cuando ella no estaba lista, cuando ella aún tenía que encontrar su camino. Esa noche él había descubierto dos cosas: la primera, que seguía enamorado de Anne, mucho más ahora que antes porque ahora él sabía de verdad que nadie lograría hacerle sentir como lo hacía ella, nadie encajaba tan bien con él, nadie entraba en su corazón y se instalaba allí para siempre excepto ella. La segunda, que Anne todavía tenía muchas cosas por hacer y que muchas tenía que hacerlas sola. Él estaría a su lado si ella se lo pedía, pero no la obligaría jamás a aceptarlo. Por eso la besó como si no fuera a volver a besarla nunca más, porque no sabía si lo haría. Sabía que lo intentaría, haría todo lo que estuviera a su alcance para dejarle claro que podía contar con él, que quería formar parte de su vida, pero esperaría a que ella se lo pidiese. Y de momento no se lo había pedido.

Tal vez para ella aquel beso sí era una despedida.

Sonó el timbre de la estación, quedaba un minuto para que el tren cerrase sus puertas. Volvió a besarla, ella se había alejado un poco, quizá para decirle adiós y eligió besarla de nuevo. No quería palabras y menos cuando tenía miedo de que fueran las que no estaba preparado para escuchar. Subió las manos por la espalda de ella y le acarició el pelo, las llevó a su rostro y con los pulgares intentó retener al menos una de sus pecas, si se llevaba esa parte de ella tal vez lograría sobrevivir a esa separación.

El último aviso.

Se separaron, ella lo miró y a los dos les brillaban los ojos.

—Adiós, Manel. Gracias por esta noche.

—Adiós, Anne.

La vio subir al tren, no se movió de donde estaba, y ella se detuvo junto a la puerta.

—Quería hablarte de las cartas, creo que he encontrado algo, pero...

La puerta empezó a cerrarse.

—¡Llámame! ¿De acuerdo?

Ella asintió y le sonrió.

Thomas Langlois Lefroy

8 de noviembre de 1814, Steventon. Boda de Benjamin Lefroy, primo de Tom, y Anna Austen, sobrina de Jane.

Tom asistió a la boda, por supuesto que asistió, mantenía una excelente relación con Benjamin y la madre de este, la tía Anne, le había acogido en su casa años atrás. También tenía una relación excelente con la familia de la novia; Anna había nacido de la unión entre James Austen, el hermano mayor de Jane, y su primera esposa, Anne Matthews.

Fue una ceremonia tranquila, eran las diez de la mañana y el día había amanecido cálido, asistieron los amigos más cercanos y la familia más allegada.

Siempre se había preguntado si su familia estaba al corriente de lo que había sucedido entre él y Jane y aquella mañana, a juzgar por sus miradas, obtuvo la respuesta. A nadie le había pasado por alto el afecto que había nacido entre los dos esa Navidad y todos eran conscientes de que no había llegado a buen puerto. Pero por las cejas que se levantaban a su paso y por el modo en que rodeaban a la dama que ocupaba el segundo banco, cerca de la novia, no sabían que había sido ella la que le había abandonado y no él. Supuso que la situación era irónica, al final un Lefroy, hijo de la mujer que le había aconsejado a él que se alejase de Jane porque su familia carecía de las conexiones sociales indicadas, se acababa de casar con una Austen.

Con Mary al lado, que ya le había dado seis hijos, y su carrera judicial más que asentada en Irlanda —incluso se estaba planteando entrar en política— le parecía injusto estar pensando en Jane y lamentar de nuevo lo que podría haber existido entre los dos. Si Jane hubiese aceptado su propuesta de matrimonio ¿estarían los dos allí ahora, sentados en ese banco con las manos entrelazadas y alegrándose de la boda de su primo y su sobrina? Él y Mary no se daban la mano, la relación con su esposa era agradable, era como debían ser los buenos matrimonios, sólida y con los elementos necesarios para prosperar y reconfortar el alma humana a lo largo del trayecto de la vida.

Pensar en Jane era una traición impropia de un hombre como él, Mary no se lo merecía, y a pesar de todo no podía evitarlo. Esa tarde el nombre de ella parecía flotar en el aire y no ayudaba que no estuviese allí. ¿Por qué diablos había asistido a la boda? Él quería verla y estaba convencido de que si coincidían en un acto familiar tan respetable conseguiría disipar de una vez por todas los rumores que circulaban sobre él desde la publicación y el éxito de las dos novelas de Jane, *Sentido y sensibilidad* y *Orgullo y prejuicio*.

La primera vez que visitó Londres y uno de sus colegas, un amigo de la juventud, se acercó a él y le habló de las obras de Jane lo primero que sintió fue un profundo orgullo. Jane había logrado su sueño de escribir y publicar esas historias. Recordaba cómo le habían brillado los ojos al hablarle de la imperiosa necesidad que sentía por trasladar al papel las vidas de esos personajes que había creado y cuidado como si de hijos se tratase. Sintió incluso la leve punzada de los celos y de la rabia que había sentido el día que le propuso que se casara con él. Cuando ella se negó él no se comportó como un caballero, no pudo, y le echó en cara que prefería criar hijos de tinta y papel a los suyos de carne y hueso. Pero después, cuando su amigo le preguntó si las había leído detectó la malicia en la voz del otro hombre. No, no lo había hecho, no tenía el placer de haberse hecho con unos ejemplares. Su interlocutor siguió y Tom eliminó la clasificación de amigo y lo tildó de alimaña; crecer en su familia y los colegios en los que había estado le habían enseñado a protegerse y también estaba dispuesto a proteger a Jane, no le gustaba lo que ese *caballero* estaba insinuando. Debería hacerse con un ejemplar de cada uno al instante, le dijo, lo antes posible, seguro que en sus páginas descubriría algo muy interesante.

Tom compró los libros, cuando los sostuvo en la mano le dio un vuelco el corazón. La lógica le decía que Jane no había tocado esos ejemplares, pero aun así se sintió cerca de ella. Empezó a leer *Sentido y sensibilidad* y quedó atrapado en la primera página. Dios, realmente había sido un estúpido al pensar que podía competir con un talento como aquel. Nada de lo que él hubiera podido ofrecerle le hubiera proporcionado jamás a Jane una felicidad semejante. La veía en cada párrafo, en la elección de cada palabra y las reacciones de esos personajes. Estaba muy orgulloso de ella, muchísimo, y durante esa tarde, la que se pasó leyendo las palabras de Jane, incluso se permitió pensar en ella de verdad, sin censurar sus emociones, y deseó poder decirle que por fin la entendía. También deseó poder abrazarla y bailar con ella una última vez, quizá incluso ver las estrellas.

No tardó en comprender a qué se debían las insinuaciones maliciosas de aquel

hombre. Jane era una mujer soltera que estaba dedicando su vida a escribir y no a formar una familia. Esos libros no hablaban solo de amor, aunque entendió que mucha gente pudiera verlo así, hablaban de los sueños de esas mujeres, las protagonistas de Jane, de lo que tenían que sacrificar a cambio de alcanzar la vida que querían y se merecía, igual que había hecho ella. Aquel sujeto, y probablemente vendrían muchos como él después, necesitaba encontrar un hombre que justificase el comportamiento de Jane. Según ellos, ella había escrito todo eso porque estaba dolida y despechada, porque no había encontrado el amor o porque se había llevado un gran desengaño.

Jane había encontrado el amor, él se lo había ofrecido, pero había sido un estúpido y la había obligado a elegir y había salido perdiendo. Quizá después de él había habido otros, no quería pensarlo, pero Jane siempre elegiría sus libros, ahora lo sabía, hasta que quizá alguien fuese más listo y la comprendiese de verdad, la quisiera tal como era, y no como había hecho él.

Le gustó pensar que tal vez ella había pensado en él mientras escribía ciertas frases del señor Darcy o que las frases que salían de Elizabeth Bennett iban dirigidas al joven que había sido años atrás, su orgullo se lo agradeció, pero no se permitió creerlo en serio. No iba a ser tan presuntuoso por segunda vez.

Él era Tom Lefroy y sus errores le pertenecían, habían definido quién era ahora.

El convite que siguió a la ceremonia también fue discreto. Mary pasó el resto de la velada hablando con las damas de la familia y él con los caballeros, cuando despidieron a los novios, que partieron rumbo a Hendon, llegó el momento de irse y pensó que había sido afortunado pues a pesar de las miradas de sus familiares y de los pocos asistentes que había en la boda había conseguido evitar quedarse a solas con Jane.

Jane también estaba, por supuesto, era la tía de la novia y siempre habían estado muy unidas pues Anne había perdido a su madre de pequeña y Jane la había cuidado.

Se acercó a su esposa, no iba a seguir tentando a la suerte, le dijo que iba a pedir que les preparasen el carruaje y que partirían en cuanto estuviese listo. Ella asintió tranquila y empezó a despedirse. Hacía años que no visitaba Steventon y ahora que había decidido partir, y había conseguido resistir la tentación de acercarse a Jane, se permitió pasear unos minutos por los alrededores.

Caminó hasta una verja algo desvencijada que marcaba los lindes del camino, tiró de una brizna de hierba y la hizo rodar entre los dedos.

—No deberías jugar con eso, te dejará un olor horrible en los dedos.

Soltó la brizna de inmediato y se quedó inmóvil, apenas respiró y cerró los ojos con fuerza.

—Hola, Jane. —Notó el cambio en la valla y dedujo que ella también se había apoyado en ella.

—Hola, Tom.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Pasear, aunque confieso que la posibilidad de que así lograra evitarte hasta que partieras también ha guiado mis pasos, ¿y tú?

—Lo mismo.

—Vaya, al parecer los dos hemos tomado la decisión equivocada, sin embargo estamos a tiempo de evitar mayores consecuencias. Me he alegrado de verle, señor Lefroy, felicidades por su cargo de juez y por su familia que no deja de crecer. Le deseo un buen día.

Tendría que dejar que se fuera, había conseguido no mirarla y como había dicho ella estaba a tiempo de regresar a casa con la conciencia tranquila.

—Espera un momento, Jane. No te vayas. Por favor.

No oyó nada y pensó que se había ido. Soltó el aliento y apoyó la cabeza en las manos. Tendría que haberla mirado.

—Sigo aquí.

Se giró y la encontró de pie detrás de él, a unos metros, esperándolo con los ojos encendidos y los puños cerrados.

—Jane, yo... Lo siento.

—No tiene nada de lo que disculparse conmigo, señor Lefroy.

—Lamento profundamente lo que te dije la última vez que nos vimos.

—Insisto, no quiero sus disculpas.

Nunca la había entendido, no del todo, le había faltado tiempo aunque dentro de él sabía que aunque hubiese dispuesto de la eternidad tampoco lo habría logrado. Quizá ella lo tuviera más fácil pues poseía el talento innato de descifrar a la gente, de entender sus emociones incluso mejor que sus propietarios. Tal vez se debiera a su profesión de escritora, quizá su trabajo la ayudaba a prestar atención a los detalles para después ordenarlos en su mente hasta entenderlo todo. Pero él no poseía dicho talento y menos cuando ella estaba cerca.

—Entonces no volveré a dártelas, pero en mi opinión una disculpa, si es sincera, tiene que aceptarse, tanto si es requerida como si no, y la mía lo es, Jane.

—Ella giró la cabeza y miró hacia la casa—. He leído tus libros.

Sí, tal como esperaba esa frase consiguió captar su atención y Tom no pudo evitar sonreír.

—Yo no he leído los tuyos.

Tom se rio, solo Jane le arrancaba esa clase de reacciones, ¿cómo sería su vida si las tuviera a diario?

—No te culpo, son tratados de leyes. Los tuyos, sin embargo, son fascinantes. Felicidades.

—Gracias. La primera vez que lo mandé al editor me rechazaron, pero persistí. Tenía que hacerlo.

—Lo sé —reconoció en voz baja, tras carraspear añadió—: ¿Cuál es tu preferido?

—No se puede preguntar eso a un escritor, es como preguntarle a una madre o a un padre cuál es su hijo preferido.

—Jane. Jane es mi hija preferida —respondió él sin dudarlo.

Ella sacudió la cabeza y dejó los ojos en blanco, aunque la vio sonrojarse.

—No deberías tener una hija preferida, Tom.

—Lo sé, pero no puedo evitarlo. —Estaba bromeando y volvía a sentirse como la noche que bailó con ella por primera vez, tenía que irse de allí, pero se quedó un poco más—. Dime cuál es el tuyo, cuál es tu historia preferida.

Ella le sonrió.

—Creo que aún no la he escrito.

—Dime de qué trata, por favor. Prometo no decírselo a nadie.

—No sé si sus promesas son de fiar, señor Lefroy.

—Oh, esa estocada me ha hecho daño, señorita Austen, aunque acepto que me la merezco.

Oyó el sonido de unos cascos de caballos y vio que un lacayo conducía su carreta hasta la entrada.

—Tienes que irte.

—Sí, lo sé. Adiós, Jane.

—Adiós, Tom.⁴

4. Carta de Caroline Austen, 1869: «Os adjunto en este mismo sobre la carta de la editorial Cadell & Davis en la que rechazan el primer manuscrito que recibieron de Jane Austen. Era una primera versión de *Orgullo y prejuicio*. Dicha carta llegó hasta mí gracias a Tom Lefroy, quien según he podido averiguar la compró directamente en la subasta que realizó la editorial antes de cerrar definitivamente». Hay quien dice que es imposible que ese Tom Lefroy sea Tom Lefroy, que si lo fuera Caroline Austen se habría referido a él como el ilustrísimo juez Lefroy o su magistrado Thomas Lefroy, pero otros testimonios de la época aseguran que Tom viajó a Londres después de la muerte de Jane y compró esa carta.

— La segunda hija de Tom Lefroy y Mary Paul se llamaba Jane Christmas Lefroy. La elección del nombre es perfectamente justificable pues la madre de Mary también se llamaba Jane, que el segundo nombre sea Christmas es inusual y sorprendente.

— Carta de Jane Austen a su sobrina Fanny Knight en 1815: «Parecer veleidosa resulta sumamente desagradable, pero si crees que mereces un castigo por tus ilusiones del pasado, ahí lo tienes, pero nada puede compararse a la desgracia de estar unida a alguien sin amor; de estar unida a uno cuando se prefiere a otro. Ese es un castigo que no te mereces».

Anne

El pingüino de penacho amarillo, cuyo hábitat natural son las Malvinas, se encuentra año tras año con la misma pareja en un punto en concreto de las rocas. Hay casos documentados de parejas que han estado separadas durante tiempo y cada año se buscan, hasta que vuelven a encontrarse y a estar juntos. Solo cambian de pareja en caso de que esta fallezca y algunos no logran sobrevivir. Así empezó Anne la conversación cuando habló con Manel el sábado después de pasar la noche del miércoles paseando con él por Londres, el jueves entero atrapada en el restaurante y el viernes convencida de que todo había sido una alucinación.

No tenía ni idea de qué significaba el beso de la estación, solo sabía que lo había empezado ella porque no quería despedirse de él de otra manera. Las despedidas no deberían existir cuando quieres que esa persona siga formando parte de tu vida, pero dado que aquel instante parecía ser el final de ellos dos Anne quiso besarlo. Manel podría haberla rechazado, semanas atrás, la noche que coincidieron por primera vez en Bath, notó que él no quería estar cerca de ella y que a pesar de los años que habían transcurrido seguía enfadado. No lo culpaba, pero volvieron a coincidir una y otra vez y Manel empezó a escucharla y Anne pensó que tal vez podrían volver a ser amigos, hacer las paces. El beso tenía que ser un buen principio y no el final.

Por teléfono Manel le dijo que se alegraba de que lo hubiese llamado, mucho, y que lo de los pingüinos era muy interesante. La conversación fue un poco extraña al principio, torpe, como cuando empiezas a bailar con alguien con el que llevas mucho tiempo queriendo bailar y te tropiezas, y le pisas, pero después encajáis y te preguntas por qué has tardado tanto en encontrarlo. Cuando colgaron unos minutos más tarde él seguía cansado por el vuelo y en su casa de Los Gatos y ella en la suya de Bath (y también exhausta porque no había pegado ojo), pero Anne no sentía que él estuviese a miles de kilómetros de distancia. No le hacía falta ponerle nombre a esa relación ni hacer grandes análisis, por ahora le bastaba con que existiera.

Dos semanas más tarde Anne estaba de nuevo en la estación de tren de Paddington y le entró calor cuando pasó junto al andén donde había besado a Manel, podría mentir y decir que era culpa del verano recién estrenado pero no iba a hacerlo, le gustaba recordar ese beso. Hacía diez días que él se había ido, esta vez separarse les había acercado, pero el tiempo pasaba despacio y Anne se preguntaba qué estaban haciendo. Intentaba no pensarlo, temía las respuestas que pudiera encontrar y aunque intentaba dejarse llevar o imaginarse un final sin lágrimas, no lo conseguía. Esas conversaciones saltaban de un tema a otro, al parecer, pensó mientras salía a la calle, la única condición que habían establecido tácitamente era no hablar del futuro ni de sus sentimientos. Ella, reconoció preocupada, no se atrevía a mencionarlos porque ¿de qué serviría? Él tenía la vida más que establecida en Estados Unidos y ella estaba en proceso de desmontar la suya en Bath y de subirse a un barco rumbo a las Malvinas. Chocó con un señor que subía apresurado a un taxi.

Había quedado con Thea que se encontrarían en el taller de Stuart, esta vez Jun no podía acompañarlas; había encontrado un trabajo fantástico y justo acababa de empezar, y Hans esa tarde se había llevado a los niños a una feria de atracciones que había en un pueblo cerca de Bath, se lo había prometido, si no, ellos tres las habrían acompañado. Sonrió mientras paseaba por el canal, hacía un buen día. Vio a Thea salir del taller y detenerse en la puerta, su hermana estaba tan preocupada que no la vio acercándose y Anne se detuvo. Thea se pasó las manos por el pelo hasta dejarlo hecho un lío y no dejaba de sacudir la cabeza como si estuviera discutiendo consigo misma. Entonces la puerta se abrió y salió Stuart, iba muy deprisa y sujetaba un casco en una mano, se sentó en una moto e iba a ponerla en marcha cuando encontró lo que iba a ir a buscar y se detuvo. Dejó el casco y se acercó a Thea, se plantó delante de ella sin decirle nada. Anne quería avisarles de su presencia, no estaba lo bastante cerca pero se sentía una fisgona allí observándolos. Claro que también era incapaz de darse media vuelta y mirar a otra parte, hay algo de fascinante en ver a dos personas tan atraídas la una hacia la otra. Thea volvió a acercarse una mano al pelo y Stuart la sujetó por la muñeca, el gesto no fue brusco sino delicado y él agachó la cabeza para hablarle. Anne se imaginó que lo hacía para parecer menos imponente, la nariz de Thea quedaba a la altura del pecho de él. Thea se mantuvo tensa, Anne le habría gritado desde donde estaba que lo mirase, era obvio que ese chico lo estaba pasando fatal (y ella en su cabeza ya estaba desarrollando varias teorías al respecto), su hermana debió de presentir su presencia o quizá la oyó suspirar exasperada porque guio los ojos hasta ella y aprovechó para apartar la mano de

la de Stuart y saludarla.

Anne reanudó la marcha.

Si bien Thea se esforzó por fingir que no les había pillado en lo que podía considerarse una situación algo íntima, Stuart no y Anne decidió entonces que ese gigante le caía bien, muy bien. Fue tan cordial y amable con ella como el día en que se conocieron, pero no disimuló que con Thea había sucedido algo, lo que fuera, entre esa primera visita y la de ahora. Colgó el cartel de «CERRADO» en la puerta del taller en cuanto los tres estuvieron dentro y la invitó a pasar a lo que denominó su zona de trabajo, una habitación en la que había un escritorio con un ordenador y una mesa preciosa de aspecto más tosco en la que descansaban cinceles, varias pinzas y lupas y lo que dedujo que eran utensilios de orfebrería.

Él se quedó de pie, aunque les indicó que se sentaran si querían, ninguna lo hizo y Stuart se encogió de hombros y se puso a hablar mientras caminaba y colocaba unas fotografías en la mesa de trabajo. Anne clavó la mirada en su hermana, pero esta seguía ignorándola e intentado convertirse en un mueble.

Una joya podía explicar varias historias; la de los materiales que se habían utilizado para hacerla, la del artista que la había diseñado y confeccionado, la de la persona que la había comprado y la de la persona que la recibía. Eso solo para empezar. Había joyas horribles con historias preciosas porque, por ejemplo, habían sobrevivido a un naufragio o habían pasado de generación en generación dentro de la misma familia durante siglos. Y había joyas preciosas que estaban absolutamente vacías de alma porque nunca las había llevado nadie y estaban encerradas en cajas fuertes. Anne prestaba atención, se notaba que Stuart sabía de lo que hablaba y su pasión era contagiosa, tanto que Thea dejó de cruzar los brazos y Anne la pilló mirándolo embobada.

—He encontrado el rastro de dos de vuestras joyas, del broche de Thea y del brazalete de Juniper. De tu collar, Anne, tengo información física, pero me temo que de momento no he dado con un rastro más interesante.

—Oh, no te preocupes, ya sabíamos que te pedíamos un imposible.

—Seguiré con ello, no soy de los que deja las cosas a medias —añadió fulminando a Thea. Anne pensó que no le importaría que alguien le diera una bolsa de palomitas.

—¿Qué has averiguado del broche, Stuart?

Anne vio a Thea apartando los ojos del camino de los de Stuart mientras le formulaba esa pregunta.

Él exhaló y les explicó que gracias a los recibos de Millicent había localizado al vendedor del brazalete de Juniper y que a su vez dicho vendedor, gracias

también a que era muy meticuloso y tenía todas las piezas de su catálogo bien documentadas, le había enviado a una casa de subastas especializada en subastar lotes de objetos que acababan siendo propiedad de los bancos. El brazalete de Jun había pertenecido a una familia del sur de Inglaterra durante generaciones. Carecía de un elevado valor económico, las piedras no eran preciosas, y les había sorprendido que a estas alturas —habían vendido el lote de joyas de la abuela años atrás— apareciese alguien preguntando por él. Ni Anne ni Therese sabían qué clase de historia le había contado mamá a June, ¿qué se había inventado? Quizá le había hablado de vikingos, pensó Anne, o de dioses nórdicos, a Jun le gustaba especialmente esa mitología y tal vez mamá había tejido la vida de esa joya solo para ella.

Antes de que Stuart pudiera seguir con aquella explicación, Anne lo interrumpió.

—No creo que las joyas de mamá sean valiosas, recuerdo que el collar que me dejó a mí lo compramos una tarde en un mercadillo de Bath. Tú, Thea estabas en casa de una amiga y Jun se quedó estudiando, fuimos a la estación de tren andando desde casa y nos paramos a desayunar por el camino. Llegamos a Bath, en esa época solo conocía la ciudad de alguna excursión, y paseamos por la ruta de Jane Austen, así la llamó mamá, antes de ir a la feria de antigüedades. Si mi collar fuese de verdad valioso, no habría estado allí, guardado en una vitrina cualquiera.

—Mi broche lo compramos en Brighton —señaló Thea emocionada—. Fuimos a la playa, comimos helado y nos montamos en un tiovivo. Mamá también se montó.

—Papá tiene problemas de dinero —añadí yo—, vete a saber qué le contó mamá.

—Ella... ella decía que eran sus tesoros y papá... —A Anne le costó entender que Thea estaba a punto de llorar, no recordaba haberla visto tan alterada y no sabía qué hacer—. Cuando tú te fuiste de casa, se obsesionó con el restaurante y con que las cosas ya no eran como eran. No paraba de repetir que todo era culpa de mamá, que no sabía dónde había metido el dinero y... yo no la defendí, no defendí su recuerdo.

Anne vio que Stuart daba un paso hacia Thea y que se detuvo cuando ella lo miró confusa y Anne se preguntó qué clase de relaciones había tenido Thea hasta ahora que no reconocía cuando alguien sufría por ella y quería consolarla.

—No pienses eso, Thea. —Ella sí caminó hasta su hermana—. Jun se fue a Alemania con Hans, yo dejé la universidad y me mudé a Bath y tú te quedaste en

casa sola con papá. La muerte de mamá fue difícil para todas y las tres reaccionamos como pudimos.

—No me importa si las joyas valen varios millones de libras o no valen nada, no podemos permitir que papá se las quede —respondió Therese haciendo un esfuerzo evidente por serenarse.

—Por supuesto que no, aunque tú misma dijiste que solo le interesaban si podía ganar dinero con ellas. En cuanto le dejemos claro que no valen nada, dejarán de interesarle.

—Yo puedo hacer eso —ofreció Stuart—, puedo confeccionar una tasación estableciendo el poco valor económico que tienen. Y estoy convencido de que si aun así vuestro padre decide comprobarlo y llevar el informe o alguna de las joyas a un tasador le dirán lo mismo.

—Nos sería de mucha ayuda, gracias, Stuart.

—De nada. —Ordenó las fotografías—. Vuestra madre eligió estas joyas para cada una de vosotras y Thea me ha contado que cuando le regaló el broche le explicó por qué lo había elegido para ella. En mi opinión, eso la convierte en un tesoro. Quizá vuestra madre se refería a eso.

Anne no tenía ni idea de lo que mamá pudiera haberle dicho a Therese o a Juniper y se sintió como una idiota por no habérselo preguntado y por no haber tenido hasta ahora la clase de relación en la que se cuentan esas cosas.

—Me dijo que el broche había viajado de Amsterdam a Londres pasando antes por las plantaciones de azúcar —le contó Thea algo avergonzada. Quizá su hermana pensaba lo mismo que ella—. Me aseguró que con él podría ver el mundo.

—A mí me dijo que el collar había pertenecido a Jane Austen, pero que nadie lo sabía. Me dijo que me ayudaría a creer en mí, en que debía luchar por mis sueños y creer en las segundas oportunidades.

—Joder. —Thea soltó el aliento y se acercó a la mesa donde estaba Stuart—. Creo que mamá nos contó lo que queríamos oír. Nos mintió.

—Siempre piensas lo peor de la gente —Stuart las sorprendió a las dos con el comentario—. Es una lástima.

Anne vio que su hermana iba a contestarle y que el último comentario de él había acertado demasiado en el blanco, la herida había sido demasiado certera.

—Creo que necesito tomar el aire —dijo en voz algo más alta para que la oyeran—. Te espero fuera, no hay prisa. Gracias por todo, Stuart, a ti también te veré luego, espero.

—Cuenta con ella. Gracias, Anne —él sí la contestó.

Se alejó un poco del taller, quería asegurarse de que su hermana pequeña tuviese la intimidad necesaria y lo cierto era que sentía que ya había fisgoneado demasiado.

Therese creía que mamá les había mentido a las tres y para Stuart era una lástima que lo viera así, Anne no estaba tan segura. Las historias que mamá se había inventado estaban destinadas a lograr que cada una de ellas se sintiera especial y única. No dudaba de la buena intención de mamá, pero habría preferido que fuese acompañada de la verdad. Tendría que haberles dicho, me estoy muriendo y quiero que cuando veas este collar te acuerdes de mí.

Caminó hacia el canal, la rabia le trepaba por la piel como una enredadera y quería quitársela de encima. No se sentía así desde el día que ingresaron a mamá en el hospital —dos antes de que falleciera— y descubrieron que ella sabía que estaba enferma y había decidido no medicarse. No habría servido de nada, les aseguró el médico, era demasiado tarde, su madre había querido ahorrarles el sufrimiento y disfrutar con ellas del tiempo que le quedaba.

Estaba furiosa, por qué las buenas intenciones tenían que conllevar mentir, ocultar o engañar, por qué no podía haberles dicho la verdad y haberles pedido ayuda o sencillamente que estuviesen a su lado, tal vez entonces ellas tres no habrían tardado años en volver a relacionarse como hermanas, o tal vez... estaban siendo unas egoístas. Mamá había hecho lo que había querido y de la manera que había elegido y tenían que respetarla. Aun así, Anne estaba muy harta de esa teoría que dice que a veces para conseguir algo bueno tienes que sufrir o hacer sufrir a alguien.

Se propuso dejar de pensar en mamá, al menos por ahora, y eligió un árbol a lo lejos, caminaría hasta allí y después volvería al taller. Si Thea decidía quedarse, entonces se iría a la estación y regresaría sola a Bath, pero antes de llamar a la puerta e interrumpirles les daría un poco más de tiempo. La mente en blanco no existe y menos cuando tienes las emociones esparcidas por la piel, así que fue inevitable que recordase una tarde parecida a aquella en la que paseó por otra calle de Londres pensando en el consejo que su madrina, Nicola Russell, acababa de darle.

Russell también se había enamorado de joven, él era francés y trabajaba en Londres de mecánico aunque quería ser pintor. Mientras le explicaba la historia, Russell no le desveló a Anne el nombre del chico. Seguramente porque lo había olvidado. En esa época Russell y Millicent ya eran muy amigas, las mejores amigas del mundo. Milly, así la llamaba cuando quería hacerla enfadar, no tenía novio y a menudo se burlaba de Russell por tenerlo; le decía que le ponía una

sonrisa bobalicona en la cara y que le hacía tener la cabeza en las nubes. A Russell no le importaba, era feliz, nunca se había sentido así. Hizo planes, ella terminaría la carrera y se casarían. Él abriría un taller o expondría sus obras en una galería y ella abriría la tienda de muebles que siempre había deseado tener. Con el paso del tiempo tendrían niños, un niño y una niña a poder ser, él triunfaría, sería un pintor famoso, y ella tendría tres tiendas de muebles repartidas por la ciudad, tal vez otra en Oxford y una en Edimburgo. Lo tenía todo planeado, hasta que un día el chico intentó besar a Millicent en una fiesta. Millicent, siendo la buena amiga que era, se lo contó a Russell, que primero se enfadó y acusó a su amiga de estar celosa. Todavía hoy se avergonzaba de esa discusión, aunque Russell le aseguró a Anne que su madre se lo había hecho pagar con creces a lo largo de los años y que al final se reían de aquel momento. Las chicas discutieron, Russell echaba de menos a Millicent pero ¿cómo podía perdonarla por haber mentido sobre el amor de su vida? Pasaron los días y Russell volvió a retomar su afición a hacer planes; se casarían, tendrían niños, triunfarían y... serían felices para siempre. Llegó la noche de fin de año, Russell tenía el presentimiento, ¡qué digo el presentimiento, estaba segurísima de que esa noche él la haría la mujer más feliz del mundo y por fin se declararía! Esa noche él estuvo muy raro, le dijo que estaba cansado y si no le importaba que esa noche durmiesen cada uno en su casa, así se recuperaría antes y no quería contagiarle el virus que seguro estaba incubando. Russell le aseguró que por supuesto que no le importaba, tenía que descansar y recuperarse pronto, la noche de fin de año era una noche como cualquier otra. A la mañana siguiente fue a verle temprano, ella se había levantado pronto para prepararle un caldo y cuando entró en casa de él (con la llave que le había regalado unas semanas antes) lo encontró en la cama con otra. No estaba durmiendo y tampoco descansando, en realidad, estaban tan sudados por el ejercicio que estaban haciendo y gritaban tanto que ni siquiera la habían oído entrar.

Russell le contó esa historia por su bien, le aseguró a Anne, para demostrarle que a los veinte años no podías fiarte del amor y menos aún si esa persona te pedía que cambiaras toda tu vida por él. ¿Acaso se había vuelto loca? No podía irse a Estados Unidos, ¿de qué viviría? ¿Y qué pasaría con los estudios? ¿Y con su familia? Era una temeridad, una tontería. Eran demasiado jóvenes y lo suyo no tenía que ser tan serio ni tan nada si ni siquiera se lo habían contado a sus amigos o a sus padres. Anne intentó explicarle que ni ella ni Manel eran idiotas, que en realidad lo habían hablado y sabían cómo iban a hacerlo; tenían dinero ahorrado, ella podía empezar otra carrera allí —derecho no le gustaba, su

madrina lo sabía perfectamente, quería estudiar biología marina—, si ella también estudiaba el tema del visado quedaba resuelto. Solo tenían que esforzarse y realizar todos los trámites, y una vez allí poco a poco saldrían adelante.

Entonces Russell le preguntó qué haría si Manel la dejaba o si una vez allí él descubría que ella no era el amor de su vida, ¿qué pasaría entonces? «Lo habrás dejado todo por un chico que no te quiere.» O también podía pasar que una vez allí ella, Anne, se diese cuenta de que no lo quería o de que prefería conocer a más chicos antes de elegir a uno. O tal vez, siguió Russell, a ninguno. Y por qué tenía que irse a estudiar biología a Estados Unidos si lo que quería era cambiar de carrera, podía hacerlo aquí.

Russell repitió mil veces lo cerca que había estado ella de perderse a sí misma por ese imbécil que le fue infiel aquella mañana de año nuevo, pero añadió que ahora que había pasado el tiempo tenía que darle las gracias. Si se hubiese casado con él hoy no sería la mujer que era y le encantaba serlo.

Anne era demasiado joven para dejarlo todo por amor, Russell consiguió que sonara ridículo, todavía hoy podía escucharlo, y por un chico de otro país que tal vez no llegase a nada en la vida. No podía irse, cometería un error. Lo mejor sería que mantuviesen una relación a distancia, podían llamarse, por ejemplo, y ver cómo iban las cosas.

Fueron mal.

Las buenas intenciones de Russell no evitaron que perdiese a Manel igual que las buenas intenciones de mamá no evitaron que muriese.

Thea salió por la puerta del taller con Stuart a su espalda, él la abrazó antes de que ella se fuera y depositó un beso en lo alto de su cabeza. Thea apretó los brazos alrededor de la cintura de él y tras soltarlo se subió la cremallera de la cazadora y empezó a caminar hacia donde Anne estaba observándolos.

—Ya podemos irnos, gracias por esperarte.

Anne los miró perpleja.

—¿Estás segura? Puedo irme sola, por mí no te preocupes.

Thea asintió.

—Estoy segura.

—¿De verdad no quieres quedarte? —Tenía que insistir. Su hermana no estaba a miles de kilómetros de distancia del hombre que al parecer le interesaba.

—Esta tarde es mejor que me vaya.

—Ah, no, si vas a decirme que te vas porque es lo mejor para él creo que tendré que mostrar mi más rotunda disconformidad al respecto.

—¿Rotunda disconformidad al respecto?

—Estoy harta de las buenas intenciones. No son garantía de nada, ¿acaso crees que te dan una medalla por hacer lo que crees que es mejor para los demás o que te dejan volver a intentarlo si te sale mal? No, te aseguro que no. Y lo cierto es que la gran mayoría de veces eso de «lo mejor para los demás» no es más que una mentira para no decir «tengo miedo y no sé qué hacer».

—Vaya, veo que estás harta de verdad. —Thea se giró un segundo y miró la ventana del taller que estaba iluminada—. Pero en mi caso es mejor para *mí* que me vaya esta noche. No estoy preparada para lo que Stuart quiere de mí. Y por lo tanto también es lo mejor para Stuart. Supongo que tienes razón, ahora que lo pienso, a menudo las buenas intenciones significan «tengo miedo y no sé qué hacer».

28

Manel

La echaba de menos. Ahora comprendía que el mal humor, el rencor y la rabia que le habían acompañado de Inglaterra a Boston la primera vez —y única— que Anne lo dejó le salvaron de echarla de menos de verdad. La echó de menos, pero nada comparable a lo que le estaba pasando desde que había vuelto. Esa vez fue un eco al lado del ruido ensordecedor de ahora, un eco después de rebotar por el Cañón del Colorado, las montañas de Montserrat y el Teide. Estaba perdiendo la cabeza.

Había intentado recuperar la rutina, era absurdo que le costase cuando apenas había estado fuera unas semanas, pero le costaba y lo peor es que buscaba a Anne en todas partes. Ella jamás había estado allí, no tenía lógica que se la imaginase desayunando con él o paseando por la playa. Completamente absurdo. Lo que había sucedido en Londres no sabía explicarlo y lo cierto era que no quería. Había llegado allí pensando en ella a pesar de que Anne no tenía nada que ver con el motivo del viaje. Después había decidido no fijarse en ella, no hablarle, no escucharla, él no quería relacionarse con la mujer que le había rechazado y roto el corazón. Claro que esto también había resultado imposible pues seguían encontrándose y entonces fue cuando se dijo que se fijaría en ella, pero solo para demostrarse a sí mismo que había tenido suerte. Anne era frívola, materialista y cobarde, tenía que serlo, por eso le había dejado. Pero no lo era.

La había visto sonreír en la fiesta del documental de Colin, una sonrisa que desprendía calidez, y la había visto abandonar sola la fiesta, con la mirada triste y el rostro preocupado. También la había oído hablar con Luke aquel domingo en el parque, ella le aconsejó a su amigo que escuchase a Nanda y que a veces las apariencias engañan. A él le habían engañado, se había convencido de que Anne era de esa manera porque así le dolía menos lo que había sucedido, pero en ese viaje descubrió lo equivocado que estaba. No sintió ningún placer al descubrir que ella había perdido a su madre y que las circunstancias económicas de su familia habían cambiado tanto. Lo único que sintió fue no haber estado a su lado para ayudarla. Tampoco sintió una satisfacción especial al regresar allí como un triunfador, él estaba orgulloso de lo que había conseguido, siempre lo

había estado, y nunca vería justificado restregar ese éxito por las narices de los demás. Tenía la teoría de que existía un infierno especial para las personas que necesitaban reafirmar sus triunfos en contraposición a las desgracias de los demás.

Se alegraba de haber corrido aquel riesgo esa noche y de haberla pasado paseando y hablando con ella, pero tal vez si no lo hubiese hecho ahora estaría mejor.

Sonó el teléfono y sonrió al ver que era ella, demostrándole lo absurdo que sería intentar vivir sin ella.

—Eh, hola, ¿no puedes dormir o acabas de despertarte? —le preguntó al contestar. Allí eran las nueve de la noche, lo que significaba que en Inglaterra eran las cinco de la madrugada.

—Un poco las dos cosas. No podía dormir y dentro de nada tengo que levantarme. Hoy tengo un día muy largo. Ayer, hoy para ti, oh, esto es demasiado complicado —bostezó exasperada.

Manel también estaba frustrado, apenas unos minutos antes se había preguntado qué estaban haciendo porque fuera lo que fuese tal como estaban ahora no iban a llegar a ninguna parte.

—¿Qué tal fue la visita con Stuart? —Le preguntó para evitar esa conversación que tal vez no estaban listos para tener.

—Bien, las joyas que nos dejó mamá no tienen un valor especial en el mercado. Ya nos lo imaginábamos, claro. Stuart nos preparará un informe para papá, para quitarle de la cabeza lo de venderlas.

—¿Tu padre aún tiene problemas de dinero? Creía que en la cena del otro día...

—¿Puedo preguntarte algo?

Manel iba a levantarse del sofá pero siguió sentado.

—Claro, lo que quieras.

—¿Por qué no te planteaste que Buenas Intenciones hiciera justo lo contrario?

La pregunta lo sorprendió tanto que sacudió la cabeza.

—¿Qué quieres decir con que hiciera justo lo contrario?

Anne le preguntó por qué no se le había ocurrido que la aplicación en vez de no permitir a su usuario ponerse en contacto con alguien o bloquearle el acceso a ese perfil de las redes sociales, le mandase un mensaje diciendo «sí, llámala y pídele perdón, pregúntale cómo está». Anne siguió con su teoría, pero lo que atrapó la atención de Manel fue el tono apresurado de ella, las sílabas que perdía aquí y allá por lo afectada que estaba.

—No sé si lo de no hacer nada, lo de no decir nada, por muy buenas que sean tus intenciones sirve de algo excepto para empeorar las cosas. Hay silencios que al final son insalvables, Manel —terminó ella.

Y él se quedó pensando que tenía toda la razón. Tal vez no en lo que a la aplicación se refería, nadie podía crear lo que Anne sugería, sería como tener a Pepito Grillo encerrado en tu móvil y dar por hecho que estás dispuesto a hacerle caso, pero tenía razón en eso de los silencios y las distancias, añadió él en su cabeza, insalvables.

—Anne, ¿puedo venir a verte?

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Y tu trabajo? Yo...

—Mi trabajo vuelvo a tenerlo controlado, más o menos. La compra-venta de Buenas Intenciones sigue adelante. Yuan, uno de los ingenieros de mi equipo, está siguiendo paso a paso las modificaciones que pidieron y las que quiero introducir yo y por ahora él puede hacerse cargo de la parte técnica. La parte legal está en manos de nuestros abogados, no me necesitan para nada. Los temas más urgentes de *Jane* ya están resueltos, el resto —soltó el aliento y se lanzó— la verdad es que me ayudaría hablarlo contigo. Puedo venir unos días, si quieres.

—Por supuesto que quiero.

Manel sonrió, esta vez sin reservas.

—Genial, entonces buscaré un vuelo ahora mismo. ¿Crees que podrías tomarte un par de días libres? Ayer recibí un correo de William Parsons, ha encontrado algo que podría ser interesante, tal vez podríamos ir a echarle un vistazo, dice que cree que está relacionado con las cartas de Lefroy.

—No lo sé, tengo que mirarlo. Yo... —Notó que ella se tensaba en el otro lado del océano y de repente aquel viaje le pareció mucho más urgente—. Lo intentaré, Manel.

La oyó bostezar.

—Intenta descansar un poco, ¿de acuerdo? Te mandaré la información del vuelo en cuanto la tenga.

—Tengo ganas de verte, Mal.

A él se le cerró la garganta. Era la primera vez que volvía a llamarlo así.

—Y yo a ti.

Llamó a Prisha, la doctora le dijo que ya era hora de que reaccionase, que temía que hubiese perdido el cerebro en algún lugar del Atlántico. El laboratorio podía estar sin él unos cuantos días, iban a estar ocupados actualizando a *Jane*. Pero él tenía que centrarse, en cuanto la venta de Buenas Intenciones se hiciera efectiva

y la noticia saltase a la prensa *Jane* también saldría a la luz y entonces tendrían que hacer oficial la decisión que habían tomado. Manel tenía que estar al cien por cien en ese momento, no podía tener la cabeza en las nubes y no podía parecer un alma en pena cuando le entrevistasen. Manel lo sabía y le prometió que el objetivo del viaje era ese: resolver qué estaba pasando con Anne.

Encontró un vuelo para el día siguiente y el miércoles aterrizaba de nuevo en Heathrow, esta vez mucho más nervioso. Bajó del avión y fue a por la maleta en una especie de trance, repasando lo que Anne y él se habían dicho esos días. Él había insistido en que no fuera a buscarlo, de todos modos tenía que coger el tren para Bath, era una tontería que ella hiciera el trayecto dos veces. Podía esperarlo allí y ahorrarse el viaje. Además, él así dispondría de más tiempo para pensar en cómo iba a proponerle lo del viaje a Irlanda; la idea se le había ocurrido casi de improviso ayer en el aeropuerto, le parecía una oportunidad única para estar solos y lejos de todo, pero al mismo tiempo quizá sería algo de lo que después le costaría demasiado recuperarse. O tal vez no tendría que hacerlo nunca. Cruzó la puerta con la maleta y la vio allí, llevaba un vestido rosa pálido con pequeñas rosas rojas anudado en la cintura, tenía el pelo suelto y parecía nerviosa. Ella lo vio después y la sonrisa nació en sus labios cuando sus ojos se encontraron.

—Anne.

Ella se apartó de la barandilla en la que había estado apoyada y empezó a caminar y él fue en su busca. Se detuvieron el uno frente al otro, se miraron y él agachó la cabeza para besarla. Notó el sabor de los nervios y de las ganas que tenían de verse, y después, cuando los labios se separaron todo fue más fácil, incluso respirar.

—Hola, estás aquí —le dijo él acariciándole el rostro.

—Y tú también.

Sí, pensó Manel, por fin lo estaba. Volvió a besarla porque quería y podía y después de haberse pasado tanto tiempo queriendo y sin poder le pareció que sería una estupidez dejar escapar el momento. Tras el beso él se obligó a apartarse.

Fueron en busca del tren que los llevaría a Bath. Él había reservado una habitación en un hotel, no había dado por hecho que Anne iba a quedarse con él, aunque la deseaba como si su vida dependiera de ello tenía el presentimiento de que su nueva relación todavía no había llegado a ese punto. Si el sexo fuese lo único que los hubiese unido en un principio no habría tenido ningún problema en olvidarla cuando las cosas terminaron y tampoco habría tenido ninguno en acostarse con ella semanas atrás cuando se reencontraron, un polvo de venganza

habría sido un insulto entre ellos y uno para pasar el rato y desahogarse también. Era extraño y había momentos en los que también le resultaba doloroso recordar que había hecho el amor con ella, que conocía hasta el último centímetro de su cuerpo y que ella había descubierto todos los secretos del de él, era doloroso porque habían tenido todo eso y lo habían perdido, pero ese conocimiento seguía dentro de ellos. ¿Qué había sucedido con esos besos, con esas confesiones que se habían hecho en la cama cuando ella se tumbaba desnuda encima de él y le contaba anécdotas absurdas sobre pingüinos?

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte?

Manel dejó de mirar el paisaje, estaban en el tren y llevaban unos minutos en silencio hasta que Anne decidió romperlo con una pregunta difícil.

—Como mucho tres semanas, hay temas que no puedo resolver desde aquí. Puedo trabajar con *Jane* y mantenerme al corriente de lo que sucede en el laboratorio, pero no puedo alargarlo más. ¿Y tú, tienes vacaciones estos días, has decidido ya si vas a embarcar en ese barco hacia las Malvinas?

Ella sacudió la cabeza y apartó los ojos que hasta entonces habían estado fijos en él.

—Dios, ¿qué estamos haciendo, Mal? Esto es imposible. Esa noche no tendría que...

Manel le sujetó el mentón con dos dedos y le giró el rostro hacia él con suavidad para depositar un beso en sus labios.

—Eh, no somos imposibles, no lo digas.

—Pero...

—Pero ahora estoy aquí y tú estás aquí y antes de condenarnos creo que nos merecemos hablar de ello y darnos una oportunidad porque no sé tú, pero yo nunca he dejado de pensar en ti.

—Yo tampoco, pero... el barco de la Universidad de Edimburgo zarpa dentro de tres semanas y me han aceptado como cocinera y ayudante no oficial del equipo de investigación. Estaré fuera casi seis meses, Manel.

—Felicidades —le acarició el pelo—, me alegro mucho por ti.

A ella le brillaron los ojos.

—Gracias. No puedo no ir, Mal, es mi última oportunidad de conseguir lo que quiero.

—Lo entiendo, Anne, por supuesto que tienes que ir. Pase lo que pase entre nosotros estos días, decidamos lo que decidamos, no voy a pedirte que renuncies a eso por mí, ¿de acuerdo? Cuéntame más cosas de esa expedición, quiero saberlo todo.

Anne empezó algo insegura como si creyera que ese tema fuese a alejarlo de ella y Manel fingió no darse cuenta y la escuchó atento y paciente, hacía una pregunta de vez en cuando y al final ella se relajó y le habló del viaje. Era evidente que estaba muy ilusionada y que se sentía muy orgullosa de sí misma por haber llegado hasta allí y haber conseguido dar aquel primer paso hacia la carrera profesional que de verdad quería. Él también estaba muy orgulloso de ella y preferiría hacerse daño a él mismo ante que pedirle a ella que renunciase a su sueño.

—Y el profesor que lidera la expedición me ha dicho que cuando volvamos me escribirá una carta de recomendación para la universidad, si mi trabajo como ayudante de los investigadores del barco es satisfactorio, por supuesto, y que probablemente entre los cursos que ya he hecho y lo que aprenderé en la travesía tendré más fácil acceder a biología marina. Aunque me queda mucho por hacer.

—Estoy convencido de que lo conseguirás, es lo que siempre has querido y llevas años preparándote aunque no hayas ido oficialmente a clase.

Ella le sonrió y Manel entrelazó los dedos de su mano izquierda con la de ella.

—¿Y tú qué querías contarme sobre ese astrónomo?, ¿qué has averiguado sobre Lefroy?

Manuel le habló de William, del primer correo electrónico que habían intercambiado y del día que fue a visitarlo en el Royal Observatory unas semanas atrás. También le explicó que Thomas Lefroy había sido algo más que un aficionado a la astronomía y que había visitado a un antepasado de William con el mismo nombre en Parsonstown.

—Hoy en día el pueblo se llama Birr y está en el condado de Offaly, si lo buscas en un mapa verás que está prácticamente en el centro de Irlanda. Tom Lefroy visitó allí al conde de Rose, a quien pertenecían entonces esas tierras, porque este había inventado un telescopio, el Leviathan. Tom realizó ese viaje solo, sin su esposa, lo sé porque le escribió una carta que se ha conservado, y ahora William cree haber encontrado algo que puede servirnos.

—¿Cuándo hizo Lefroy ese viaje?

—En mil ochocientos cuarenta y seis, creo.

—Entonces Jane Austen ya llevaba casi treinta años muerta.

—Sí, así es.

El altavoz del tren los interrumpió con el anuncio de que estaban llegando a Bath. Manel se levantó el primero tras soltarle la mano a Anne y fue a por la maleta. Ella lo siguió y ya en la calle él le explicó lo que había pensado hacer. Estaba más nervioso que en la última reunión que había mantenido con los

inversores para hablarles del futuro que anticipaba para la inteligencia artificial y para *Jane*.

—He reservado una habitación en un hotel, está cerca de los baños, ahora mismo no recuerdo el nombre. No quiero ponernos más presión de la que ya tenemos, Annie.

—¿Y quién te dice que te dejaría presionarme, Manel?

Él soltó una carcajada, notó que respiraba mejor y que se sonrojaba. Algo que a él le sucedía muy poco a menudo.

—Tienes razón. Lo siento, no pretendía dar nada por sentado.

—Oh, relájate, sé a qué te refieres. Los dos estamos hechos un lío y creo que deberíamos tomarnos esto, sea lo que sea, con calma. Día a día. —Entonces ella lo sorprendió poniéndose de puntillas—. Beso a beso, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Vamos, busca la dirección de ese hotel. Iremos allí y después nos organizamos. Me gustaría presentarte a Caroline y también que un día cenáramos o almorzáramos con Thea y Juniper, si a ti te parece bien.

Manel sonrió, Anne estaba nerviosa, aunque ella sin duda no se había puesto en ridículo como él, y a su modo le estaba introduciendo en su vida, algo mucho más arriesgado que meterlo en su cama.

—Me parece fantástico.

Encontró la dirección, al final decidieron ir a pie desde la estación porque él solo llevaba una bolsa y hacía un día fantástico para pasear. Él le preguntó entonces cómo estaban las cosas con su padre y si Jack Elliot había vuelto a aparecer en escena. No era el tema que más le entusiasmaba, por eso había elegido sacarlo ahora, airearlo y dejarlo después arrinconado y bien lejos de ellos dos.

—Jack me llamó hace unos días para ir a cenar y le dije que no. Fingió que no se daba por aludido e intentó desviar la conversación hacia mi padre, hacia el excelente trabajo que haría cuando formase parte de su empresa y le respondí que si tantas ganas quería hablar de papá podía pasarle con él.

—¿Y qué te contestó?

—Que quería hablar conmigo y no con él y se disculpó por haber insistido. Me produce escalofríos. Espero que no vuelva a llamar porque la próxima vez creo que no podré ser educada.

A Manel le producía mucho más que escalofríos.

—En cuanto a papá —siguió Anne—, le dimos el informe de Stuart y nos maldijo con la mirada, pero ha dejado de pedirnos las joyas de mamá, las

baratijas, como las llama él ahora. Ahora dice que por culpa nuestra no tiene más remedio que vender la casa y que tendremos que buscarnos otro lugar donde vivir porque él se irá solo a Londres. A mí no me preocupa, ya viví en un estudio cuando me mudé aquí y ahora si Thea está por aquí tal vez podemos buscarnos algo juntas.

—¿Habéis hablado de eso?

—No mucho, la verdad, pero lo haremos. Thea está un poco rara estos días y yo, bueno, yo también. Creo que le ha sucedido algo con Stuart y no sé cómo preguntárselo o si quiere que lo haga. Todavía somos algo torpes en esto de relacionarnos como hermanas que además son amigas. No sé si quiere volver a mudarse a Londres, mi hermana siempre ha preferido la ciudad, y yo... yo me iré dentro de nada y estaré medio año fuera. No sé si sería justo para ella.

—Tal vez a ella no le importe que sea injusto, tal vez quiera estar contigo. Yo hablaría con ella antes de decidir nada.

—Sí, tienes razón. —Anne se detuvo frente a la entrada del hotel—. He echado mucho de menos hablar contigo, Manel. Al principio, justo después de que te fueras, me refiero a hace ocho años

—Sé a cuándo te refieres —afirmó él ansioso porque prosiguiera.

—Al principio intentaba reproducir en mi mente conversaciones enteras. Llegaba de la universidad frustrada porque no me gustaban las clases o furiosa conmigo misma por no haberle plantado cara a mi padre y me metía en mi habitación para hablar contigo. Cerraba los ojos y me imaginaba todo el diálogo, todas y cada una de tus respuestas. Se me daba muy bien, oía tu voz con total claridad, pero después, cuando abría los ojos y veía que no estabas me quedaba hecha polvo, así que dejé de hacerlo y dejé de oír tu voz. La echaba de menos. Mucho.

Manel se agachó a besarla. Podía verla, podía verla sentada en la cama de su antiguo dormitorio de Londres, que él había visitado solo una vez pero que recordaría siempre porque ella le había sonreído al verlo entrar, le había tirado del brazo y le había encerrado dentro para enseñarle sus libros y besarlo. La veía en esa cama, tumbada con el rostro hacia el techo y los ojos cerrados pensando en él, reproduciendo conversaciones imaginarias detrás de los párpados y pensó que si él no hubiese sido tan orgulloso y la hubiese llamado tal vez podrían haberlas convertido en realidad.

Ella enredó los dedos en su pelo, tiró de él y separó más los labios convirtiendo aquel beso en otro y otro más, hasta que Manel tuvo que dejar caer la bolsa al suelo porque necesitaba abrazar a Anne, acercarla a él y a poder ser

hacer desaparecer la ropa y volver a sentir su piel. Dado que no podía hacer nada de eso allí en la calle e intuía que todavía no estaban preparados, dio un paso hacia atrás y la soltó.

—Creo que debería entrar yo solo en el hotel.

El pulso le trastabilló al ver que ella parpadeaba confusa.

—¿Por qué?

Le tocó las pecas de una mejilla, se creía capaz de señalar exactamente cuáles habían aparecido en su ausencia y se prometió que si de él dependía no volvería a perderse el nacimiento de ninguna.

—Porque si entras conmigo querré que subas a la habitación y no tendré fuerzas para dejarte ir. Ríete si quieres, pero es la pura verdad.

Anne no se rio sino que lo miró perpleja, como si no hubiese acabado de entender lo que él le había dicho y de repente le brillaron los ojos y el rubor le subió por el cuello mientras se pasaba la lengua por el labio inferior.

Manel observó el movimiento, sacudió la cabeza y entró en el hotel.

29

Anne

Había llevado a Manel a conocer a Caroline y también a almorzar y a pasar la tarde con sus hermanas, su cuñado y sus dos sobrinos. A este paso Anne iba a quedarse sin corazón en menos de una semana.

Thea se había presentado sola al almuerzo y cada vez que Stuart aparecía en la conversación le cambiaba la mirada. Ellas dos habían hablado mucho esos días, pero no de Stuart porque Thea le había dicho que no estaba lista y había añadido «tú deberías de entenderlo», asegurándose así que Anne tenía que tragarse las preguntas que la corroían. Tanto Juniper como Thea se acordaban de Manel y les encantó humillar a Anne y contarle que también recordaban que su hermana lo miraba embobada en el restaurante cuando creía que nadie la veía. Fueron un encanto.

Después salió el tema del trabajo de Manel y Anne supuso que las preguntas que le hicieron eran las habituales porque él las contestó con mucha agilidad, hasta que Hans señaló intrigado que le resultaba peculiar el nombre que había elegido Manel para la inteligencia artificial que había creado.

—Es por Jane Austen —respondió Manel también como si lo hiciera a menudo.

—Y por Anne, ¿no? —añadió Hans sin ninguna maldad antes de que Jun le diese un codazo.

Thea se limitó a hablar con los niños y Anne no pudo hacer nada excepto mirar a Manel. No le costaría nada reírse, tomar la sugerencia a broma, o negarla categóricamente.

—Sí, también es por Anne.

Y después, como si no le hubiese sacudido el corazón, le preguntó a Hans si le gustaba más trabajar en Inglaterra que en Alemania.

Se despidieron en la puerta del restaurante. Jun, Hans y los pequeños volverían a casa paseando le aseguraron. Su hermana mayor la abrazó y le dio un beso en la mejilla y le susurró al oído que le encantaba ese chico y que se asegurase de decírselo. La frase exacta fue «no dejes que se marche sin haberle dicho que le quieres». Anne la miró entre perpleja y aterrorizada y su hermana, la muy loca,

se limitó a guiñarle un ojo y a tirar de su marido hacia la calle farfullándole que ella lo había sabido siempre y que estaba feliz de haber vuelto a casa.

Vio a Thea hablando con Manel, más bien escuchando lo que él le decía y aunque no les interrumpió ellos debieron de notar que los estaba observando porque Thea asintió y se despidió de Manel con un abrazo. Gesto que sorprendió tanto a Anne que entonces sí se acercó a ellos. Therese le pidió que no se preocupase si esa noche no volvía a casa, que tenía algo muy importante que hacer, y que por lo que más quisiera no escuchara los consejos de nadie, si es que alguien se los había dado, y siguiese adelante con Manel. Eso en sí mismo es un consejo, le replicó ella, y era el mismo que le había dado Jun. Pero los consejos de las hermanas no cuentan, nuestra intención siempre es buena. Haznos caso. Y con un pasadlo bien en Irlanda se alejó corriendo hacia un taxi.

Prácticamente se habían visto a todas horas desde que él había llegado, exceptuando una mañana en la que Anne tuvo que ir a la tienda para hacerle un favor a la propietaria y que él también aprovechó para trabajar. Ahora ella tenía vacaciones, del restaurante ya se había despedido, no tenía sentido que regresase después de esas vacaciones, iba a tener que prepararse para el viaje a las Malvinas. Su jefa en The Thorn y el resto de compañeros le compraron un pingüino de peluche y le desearon toda la suerte del mundo. También le pidieron que pasase a despedirse antes de embarcar, por si acaso no volvía bromearon, y le recordaron que si cuando regresaba quería recuperar el trabajo solo tenía que decirlo.

—¿Qué planes tenemos para esta tarde? —Le preguntó Manel al llegar a su lado—. No me digas que tengo que ver a Russell, no creo que esté listo para eso.

Anne lo miró, él había intentado bromear pero no lo había conseguido. Ella ya había supuesto que él no le guardaba ninguna simpatía a su madrina y podía entenderlo. El día que ella le dijo que no iba a acompañarlo a Estados Unidos y que prefería dejarlo mencionó varias veces que Russell así se lo había aconsejado. Era lo mejor, le había asegurado, y aunque ahora estaban aquí y estaban intentando volver a encontrar su camino, ponía en duda que Manel quisiera agradecerle a Russell el papel que había jugado en su vida.

—¿Crees que algún día podrás perdonarla? Ella no me obligó a dejarte, Manel. —Anne tampoco consiguió bromear.

Él la miró y buscó su mano como si necesitase recordarse que la tenía al lado y podía tocarla.

—¿Por qué no paseamos? No quiero tener esta conversación en medio de la calle —sugirió.

Anne sí que apretó los dedos por entre los de él para reafirmar su presencia.

—Creo que... ¿podemos ir a la habitación de tu hotel? —No solo iban a hablar de esa última discusión, tema que habían estado evitando con maestría sino que ella necesitaba que le contase a qué venía lo del nombre de *Jane*, y sabía que necesitaba estar a solas con él para escuchar la respuesta que Manel iba a darle.

—¿Estás segura?

—No sé qué pasará en esa habitación, Manel. No sé si estamos listos para que suceda nada, pero tenemos que hablar y quiero estar a solas. Mañana nos vamos a Irlanda y cuando volvamos, tú no sabes hasta cuándo podrás quedarte y yo tendré que prepararme para ir a Escocia y subirme a ese barco. No podemos ir acumulando esta clase de equipaje a nuestras espaldas, acabará siendo un lastre y la verdad es que me he cansado de dar vueltas, quiero saber a qué atenerme.

—Está bien, de acuerdo. Pero yo también quiero saberlo, Anne.

A Anne se le anudó el estómago, él tenía razón, esa conversación era un camino de doble sentido e iba a tener que recorrerlo, asintió y Manel debió de notar que se tensaba porque tiró de ella hasta abrazarla y después de un beso la soltó y caminaron juntos y en silencio hasta el hotel que era una pequeña mansión georgiana restaurada. El interior era tan sobrio y elegante que Anne se detuvo un segundo mientras Manel seguía andando hasta el ascensor. El éxito de Manel se materializó de pronto delante de sus narices y se sintió como una idiota por no haberlo pensado antes o, mejor dicho, por no haberse atrevido a reconocerlo antes. El día que lo vio por primera vez, allí en la otra acera del restaurante, observándola mientras colgaba el cartel donde su padre anunciaba que buscaba camareros lo supo. A él nunca se lo había contado, pero aquel día, aunque había disimulado, ella lo había visto y también le había espiado un poco. Había algo en él ya entonces, quizá fuese seguridad en sí mismo, o quizá la honradez de sus ojos, y que aún conservaba, que la había fascinado. Manel no se rendía. No hacía falta ser un genio para deducir que una aplicación que estaba en la gran mayoría de móviles del mundo no se había vendido por poco dinero. Manel no había mencionado ninguna cantidad y él se comportaba ahora igual que años atrás cuando trabajaba de camarero y estudiaba con una beca y gracias al esfuerzo de sus padres, la única diferencia estaba en detalles como su inminente viaje a Irlanda, que había organizado casi sin pensar, o en ese hotel donde estaban ahora. La diferencia eran esas paredes de caoba oscuro, el traje chaqueta negro de la recepcionista, todo el mundo que Manel tenía al alcance de los dedos y que parecía no importarle. Y supuso que a él no le importaba, que él solo lo veía como una comodidad o como la consecuencia lógica de lo que había

conseguido. Anne estaba segura de que él no veía esos lujos como algo especial y que si desaparecieran él seguiría programando y trabajando en *Jane* igual que había hecho hasta ahora. Pero ella no podía respirar, no podía quitarse de la cabeza qué pensaría la gente si ellos dos volvían a estar juntos, qué pensaría él. De repente tuvo la tentación de darse media vuelta y salir corriendo, ¿Manel pensaba eso, creía que ella quería recuperarlo porque había triunfado y podía solucionarle todos sus problemas? Se le revolvió el estómago y soltó despacio el poco aire que había conseguido meter en los pulmones.

—¿Vienes, Anne? —Él se había girado a mirarla—. ¿Sucede algo? —Deshizo el camino y se detuvo delante de ella, tenía los ojos serios y algo tristes—. No tenemos por qué hablar en la habitación, podemos ir a otra parte.

—Yo... tengo que decirte algo.

Manel arrugó la frente.

—Vale, ¿ahora? ¿Aquí?

Anne asintió, tenía que decírselo antes de que sucediera algo más entre los dos. No podía retrasarlo ni un segundo más.

—Sí. Estoy muy orgullosa de ti. —Él sonrió un poco, seguía mirándola confuso—. Pero necesito que sepas que tu trabajo, la app, *Jane* o sea cual sea la genialidad que inventes después no tiene nada que ver con lo que siento por ti.

—Anne.

—No, necesito que me digas que lo sabes, que me crees cuando te digo que solo me importas tú. —No se había dado cuenta, pero estaba llorando. Lo supo cuando él atrapó una lágrima.

—Annie, lo sé. Tranquila. Tal vez estuve confuso durante un tiempo, pero ya no.

Ella sacudió la cabeza.

—No sé si quiero imaginarme lo que pensaste de mí el día que te fuiste de aquí.

—Estaba enfadado y dolido, no pensaba, solo quería entender por qué lo habías hecho y al no encontrar ninguna explicación llegué a la conclusión equivocada sobre ti porque en el fondo era la única que tenía sentido. Me habías dejado porque eras una materialista, porque no querías renunciar a tu vida y arriesgarte a venir conmigo.

—No fue por eso, yo...

—¿Por qué no vamos arriba? Quiero abrazarte, Anne, y tenemos que seguir hablando.

Anne plantó los pies en el suelo para evitar la tentación de esconderse en los

brazos de él y dejarse llevar.

—No te dejé porque tuviera miedo de perder mis comodidades y no quiero recuperarte porque ahora tú hayas triunfado. Tendría que haberte buscado antes, tendría que haber encontrado la manera de dar contigo y decirte que lo sentía. No tendría que haber esperado a que el destino te trajese de vuelta a Londres para verte y hablar contigo. Lo siento.

Él la miró a los ojos, ahora brillaban y la tensión que acumulaba en los hombros era visible.

—Lo sé, Anne, sé que no estás aquí por mi dinero, del que nunca te he hablado, o porque quieras aprovecharte de mí ni nada de eso. Lo sé y si necesitas oírlo te lo repetiré tantas veces como quieras. Pero tú tienes que creerme. Tienes que creerme cuando te digo que te conozco y que ya no pienso eso de ti, si no, no tenemos ninguna oportunidad.

—Te creo.

—Entonces vamos arriba.

No subieron solos en el ascensor, justo cuando se abrió la puerta para que entrasen un caballero entró con ellos. Manel atrapó la mano de Anne y apretó los dedos. Ella tuvo la tentación de decirle que no pensaba escapar, que no quería estar en ningún otro lugar. Una campanilla anunció que habían llegado y dado que ella no sabía adónde iban dejó que él la guiase por el pasillo.

Manel cerró la puerta justo después de que Anne entrase y ella quedó momentáneamente atrapada entre esta y el torso de él.

—Sé que tenemos mucho de qué hablar, más de lo que creía a juzgar por lo que ha sucedido abajo, pero antes necesito besarte.

Anne no podía responderle, una parte de ella aún sentía el impulso de salir corriendo, de no volver a correr el riesgo que suponía enamorarse y querer a alguien. El resto quería quedarse y enfrentarse a esos años que habían estado separados. Cuando dejó a Manel confió en el futuro porque creía que iba a desarrollarse tal y como ella creía, ella no había pensado mal de él, eso no, pero sí que había creído que dejarle era la mejor opción. En Estados Unidos su relación habría terminado, ella no habría encontrado su lugar, él no habría llegado tan alto. Pero lo cierto era que no lo sabía, que era imposible averiguar qué habría pasado si se hubiese ido con él entonces.

Igual que ahora no podía adivinar qué pasaría si le daba una verdadera oportunidad.

Él iba a apartarse, lo presintió y cuando vio que los ojos de Manel volvían a estar apagados lo sujetó por el cuello y tiró de él. Ella también necesitaba

besarlo. Él apoyó las manos en la madera y se mantuvo tenso, sin rozarla como si quisiera darle tiempo y espacio para analizar qué estaba a punto de hacer. Anne descubrió que de las dos cosas —tiempo y espacio— había tenido demasiado y que en cambio besos le faltaban.

Colocó los labios encima de los de él y respiró, era una de las cosas que más había echado de menos; respirarle. Convertir a otra persona en tu oxígeno es peligroso y sucede sin avisar, la cuestión es que raras veces ocurre y Anne siempre había sabido que lo que tenía con Manel no iba a volver a encontrarlo, lo que hacía que la decisión que había tomado ocho años atrás aún fuese más cruel y equivocada. Le acarició la nuca, le temblaban las manos cuando las pasó por el pelo y las guio después hacia las cejas y los pómulos. Él seguía inmóvil, sin besarla y sin apartarla y Anne tuvo miedo de abrir los ojos, así que los cerró más fuerte y deslizó la lengua por encima del labio inferior de Manel.

Él le sujetó las muñecas, la detuvo sin hacer fuerza y con el pulgar le acarició el pulso mientras soltaba el aliento por entre los dientes y le causaba un escalofrío a Anne.

—Tienes que estar muy segura de esto, Anne —le pidió, su voz sonaba tan seca como la garganta de ella—. Muy segura.

—Lo estoy. —Él la besó despacio, replicó la caricia que ella le había hecho antes—. Tú también tienes que estar seguro, Mal.

Él sonrió y dio un paso hacia delante, eliminando el aire entre los dos.

—Creo que siempre he estado seguro de nosotros, Annie.

Anne atrapó la boca de él, quiso quedarse con esa sonrisa y esa seguridad que él parecía tener tan adentro. Ella estaba cansada de dudar y con esos besos elegía dejar de hacerlo y confiar en ella y en él, en los sentimientos que habían creado juntos años atrás y que había resistido a pesar de ellos mismos.

Llevó las manos a la camisa de Manel y apoyó las palmas en el torso, el corazón le latía rápido aunque no lograría atrapar al de ella. No hacía falta que el de ninguno de los dos corriera o que intentara esconderse, siempre se esperarían y encontrarían. Le temblaban los dedos, desabrochar dos botones le pareció casi imposible y él seguía besándola de esa manera, haciéndole el amor con los labios y derritiéndole hasta el último hueso (y neurona) del cuerpo. Pero no la tocaba, Manel había tensado los brazos y mantenía el peso en las palmas que flexionaba en la puerta de madera.

Anne no sabía si se estaba conteniendo o si con aquel gesto intentaba decirle que ella estaba al mando de lo que sucediera. La idea era tentadora y probablemente también erótica y romántica, pero no era lo que ella quería.

Quería que los dos fuesen iguales, que se arriesgasen de la misma manera.

—Mal, tócame.

Abrió los ojos, él los mantenía cerrados, y lo vio apartar una mano y acercarla a su cuerpo. La detuvo y cerró los dedos en el aire.

Atrapó la muñeca antes de que pudiera retirarla y esperó a que la mirase. Entonces llevó su mano hasta los labios y la besó justo donde latían los nervios, las inseguridades de todo aquel tiempo, los miedos, el deseo y el amor que deseaba con todas sus fuerzas que él siguiera sintiendo por ella. Manel se estremeció y suspiró el nombre de ella antes de besarla sin retener nada. La levantó en brazos y la depositó con cuidado en el mueble que había junto a la puerta. Ninguno de los dos parecía capaz de controlar la respiración o los movimientos de sus manos que se empeñaban frenéticamente en desnudarlo. Ella bajó la mano por el torso de él buscando los rincones que recordaba y descubriendo los nuevos, sintió dolor y celos por no haber estado allí cuando el cuerpo de Manel había pasado de los veintiuno a los veintidós hasta llegar a los veintinueve que tenía ahora. Encontró músculos que antes no tenía y una cicatriz, el calor sin embargo era el mismo y el tacto la hacía temblar más que antes.

Él le separó las piernas y se colocó entre ellas, le acarició una pierna sin dejar de besarla, de susurrar su nombre cuando se apartaba para coger aire. Los dedos bailaron en las rodillas, subieron por el muslo por debajo del vestido y cuando llegaron a la cintura se hundieron allí porque ella le mordió los labios. Ella tampoco era la misma y durante un segundo Anne se preguntó qué estaba pensando Manel, si detectaba aquellas diferencias y si le gustaban o de lo contrario le hacían preguntarse cómo habían aparecido.

—Anne —su nombre en esa voz le oprimió el corazón—, cómo he podido estar sin ti.

Ella le desabrochó el botón del pantalón, él llevó una mano hasta su rostro y la sujetó mientras la besaba como si con aquel beso pudiera hacer desaparecer todo excepto ellos. Debió de conseguirlo porque para Anne en aquel instante no existía nada más. Los dedos de Manel que seguían en su cintura la sujetaron más fuerte y ella metió los suyos también bajo la falda del vestido para unirlos a los de él y quitarse la ropa interior. No iba a perder más tiempo estando sin él, tiempo que jamás recuperaría, y lo besó con las ansias que le llenaban el cuerpo y el alma hasta que quedaron unidos y fue torpe, maravilloso, distinto, igual y muchísimo más de lo que estaba preparada para entender.

Una vez escuchó un concierto en una iglesia, en Saint Martin en la plaza de

Trafalgar, un cuarteto de violines junto con un chelo tocaban una pieza de Chopin, la partitura era para piano pero aquella noche la interpretaban violines. Ella no sabía nada de música, Russell la había llevado a escuchar ese concierto porque le sobraba una entrada, creía recordar. Se plantó en el banco sin demasiadas ganas, pero en cuanto oyó la primera nota la música la atrapó porque sin saber muy bien cómo ni por qué fue como sentir los dedos de Manel encima de su cuerpo. Su mano sujetándole una pierna porque necesitaba un punto de apoyo, su aliento rozándole el rostro, sus ojos fijos en el rostro de ella a la espera de cualquier reacción, incluso la más mínima, para poder besarla en el momento exacto. La tensión de los instrumentos de cuerpo imitó la del cuerpo de Anne que salió llorando de la iglesia. A partir de aquel día no se atrevió a pensar en Manel de esa manera, no podía soñar con sus besos ni con el tacto de su piel o el olor de su pelo o el sonido de su voz. No podía porque entonces se tensaba igual que la cuerda del arco de aquel violín y no llegaba a soltarse.

Hasta esa tarde en ese hotel de Bath cuando todavía quedaban demasiadas cosas entre ellos pero lo importante por fin estaba claro en su mente, le quería.

Tenerlo dentro de ella traspasaba los límites de la necesidad y del deseo y sucediera lo que sucediese cuando más tarde abriesen los ojos y hablasen del futuro jamás se arrepentiría de estar así con él.

Manel se estremeció, tensó la espalda y Anne gimió su nombre justo antes de que él volviese a sujetarle el rostro, acariciarle las mejillas y besarla como si no fuese capaz de soltarla. Nunca.

30

Manel

No podía soltarla, ni ahora ni nunca.

A lo largo de esos años se había despertado más de una vez soñando que había estado con ella. En sueños había hecho el amor con Anne demasiadas veces, en ocasiones eran escenas dulces en las que revivía momentos reales de su relación pasada y que servían para que se despertase furioso consigo mismo, de muy mal humor y excitado. En otras ocasiones el sueño era más cruento, erótico de un modo en que ellos dos no habían llegado a serlo porque era oscuro y perverso, eran escenas en las que él no la quería y utilizaba su cuerpo para desquitarse y tal vez incluso vengarse. Esas noches se despertaba sudado, asqueado y furioso. Por último, había noches en las que soñaba con Anne de verdad, soñaba con besos que no se habían dado y con caricias que no había sentido nunca en su piel. Esas noches eran las peores.

Nunca se había atrevido a soñar qué pasaría si alguna vez volvían a estar juntos, ni siquiera después de haberse reencontrado con ella. Le parecía una crueldad someterse voluntariamente a esa tortura y prefería pensar que los besos que se habían dado esos días eran fruto de la nostalgia y de la atracción que seguía existiendo entre ellos. Como si la atracción pudiese explicar que no era capaz de pensar en nada excepto ella o que le costaba respirar si no estaban cerca.

Él había intentado mantener las distancias, protegerse era otra manera de explicarlo —más realista— y más o menos lo había logrado hasta que Anne le había detenido en el vestíbulo del hotel para decirle que sentía algo por él y que ese sentimiento al que no se atrevía a ponerle nombre no tenía nada que ver con su éxito profesional o con nada que no fuese él. No fueron exactamente las palabras de Anne las que derribaron los muros de protección que Manel había logrado levantar a lo largo de los años, fue cómo lo miraba, como si temiera perderlo, fue cómo pronunciaba cada palabra, como si le costara elegir las, fue la verdad que desprendía cada aliento que salía de los labios de ella lo que eliminó las barreras que él había creado.

Después de hacer el amor, de reencontrarse con su cuerpo y descubrirlo de

nuevo, supo que estaba completamente perdido dentro de ella y que aunque un ejército viniese a rescatarle y le indicase la salida con cientos de bengalas quería quedarse allí para siempre.

La besaba, le faltaban manos para acariciarla, y odió tener que apartarse para poder llevarla en brazos hasta la cama. No quería que nada se interpusiera entre ellos en aquel momento —nunca a poder ser— y todavía no se sentía capaz de enfrentarse al resto del mundo porque a él le bastaba con que existiera ella. La besó, la desnudó despacio; antes la necesidad por unirse a ella se lo había impedido, y también se quitó la ropa que le quedaba. Sin nada que ocultarle, ni un centímetro de su cuerpo ni del alma, la abrazó y los tapó a ambos con las sábanas.

Ella tampoco había dicho nada, le devolvía los besos con la ternura que la pasión previa les había arrebatado y pronunciaba su nombre, deslizaba los dedos por sus cejas, por los pómulos, por cualquier rincón del torso de él que se le antojaba y él lo único que podía hacer era estremecerse y dejar que ella lo descubriera y conquistase tantas veces como quisiera. La abrazó, se negó a pensar en las diferencias que existían entre aquel momento y las veces que habían estado así, juntos, desnudos, felices el uno en brazos del otro en el pasado. Aquel momento no era uno más ni tampoco era un sueño. Era un principio.

Se quedaron dormidos y despertó más tarde porque la mano de Anne dibujaba círculos en su torso. La capturó, fascinado por poder tocarla y por tener el tacto de su piel bajo los dedos, durante unos dolorosos segundos había temido que todo hubiese sido un sueño. Se acercó la mano a los labios, besó a conciencia la palma y entrelazó los dedos antes de devolverla a su torso.

—Tienes más pelo —susurró ella y Manel sonrió. Era la frase perfecta para ese momento, absurda, simple y llena de intimidad y definía la felicidad que en el pasado habían sido capaces de encontrar el uno en el otro.

—Sí. Tú no. —La sonrisa duplicó el tamaño cuando notó que ella se sonrojaba y que le pellizcaba las costillas con la mano que tenía libre—. Au.

Retomaron el silencio, pero Anne se movió para depositar un beso en la zona que había pellizcado. Y después siguió besándolo y cuando él le preguntó qué estaba haciendo ella le sonrió y él oyó cómo caía la última protección que había logrado mantener erguida frente a su corazón, la que le recordaba que todavía les quedaba mucho por resolver.

Él intentó tocarla, acercarla a él, a sus labios para devolverle esos besos. Cuando entraron en la habitación y él mantuvo las distancias no lo hizo porque

no la desease, lo había hecho porque temía que si la tocaba una sola vez no fuese capaz de dejarla ir o de dejar de besarla si ella se lo pedía. Lo habría hecho, por supuesto, pero probablemente habría perdido el alma al verla partir. Pero al no tocarla, ella, que siempre había sido capaz de leerle la mente, adivinó que se protegía y no se lo permitió. Anne tenía razón, el salto debían darlo juntos y él, a juzgar por los latidos erráticos de su corazón, se había lanzado de cabeza y sin paracaídas.

—Anne —susurró ahogado en lo que estaba sintiendo.

Ella le pidió que le dejase besarlo y Manel soltó el aliento y suplicó tener las fuerzas necesarias para sobrevivir aquel asalto de ternura y lujuria que había empezado en las puntas de sus dedos hasta extenderse por todo el cuerpo, centímetro tras centímetro a medida que Anne respiraba cerca de él o depositaba sus labios en alguna parte.

La vida estaba llena de buenos y de malos momentos y su historia de amor no era una excepción. Ellos eran de los afortunados que podían afirmar que los buenos superaban los malos y que estaban dispuestos a luchar porque siguiera siendo así. Él iba a aferrarse a esos buenos momentos a partir de ahora. Empezando por volver a hacer el amor con ella.

—Ven aquí, tendrás tiempo de torturarme más tarde. —No le dio tiempo a quejarse, se incorporó y tiró de ella hacia arriba para besarla y sentarla encima de él.

—¿Impaciente?

—¿Por estar contigo? —Los dos se quedaron sin aliento al encontrarse—. Mucho. Siempre.

Le brillaron los ojos. A Anne. A los dos. Y ella lo besó y a él dejó de preocuparle a quién pertenecían las lágrimas que tenía en las mejillas.

El vuelo a Irlanda salía de Bristol a la una del mediodía, así que cuando volvieron a despertarse Anne tuvo que dejar a Manel en el hotel e ir a su casa a preparar la maleta. Él insistió en acompañarla, pero el tiempo apremiaba y él también tenía que hacer el equipaje, ocuparse de algunos detalles de última hora del viaje, como por ejemplo el alquiler del coche en el aeropuerto de Dublín, y ducharse. No habían hablado, aunque el peso de esas dudas y preguntas ya no amenazaba con estrangular a Manel y él esperaba que a ella le sucediera lo mismo. El sexo no resolvía sus problemas, los dos eran lo bastante adultos para saberlo, sin embargo era innegable que sus cuerpos habían encontrado una manera muy eficiente —y maravillosa— de comunicarse. Tenían varias horas de

viaje para hablar, toda la vida si él conseguía desenredar el nudo de emociones que tenía dentro. Siempre podía pedirle ayuda a Anne, visto estaba que juntos funcionaban mucho mejor que por separado.

Estaba tumbado en la cama, se había puesto unos vaqueros y una camiseta para acompañar a Anne a la calle y ayudarla a subirse a un taxi. Ella se había reído, le había dicho que era perfectamente capaz de hacerlo sola y que le parecía del todo innecesario y él le había dado la razón, simplemente, le confesó sin avergonzarse, quería volver a besarle. Ella lo besó en el ascensor, en el vestíbulo y en la calle mientras el taxista refunfuñaba y con cada beso se fundía más con él hasta que Manel se planteó seriamente pedirle que volviese a la habitación con él, la necesitaba y seguro que encontrarían un vuelo para más tarde. No lo hizo, pero al volver arriba se tumbó y miró como un idiota las sábanas entre las que las piernas de ella habían quedado enredadas minutos antes, no podía quitarse de encima la sensación de que se habían precipitado y aunque estar con ella había sido increíble —y una lista de adjetivos mucho más larga y personal— tal vez tendrían que haber esperado. Entre ellos no había nada resuelto y tampoco podía solucionarlo allí solo buscando problemas imaginarios, así que fue a ducharse e hizo el equipaje.

Bajó al vestíbulo del hotel unos minutos antes de la hora acordada y Anne cruzó la puerta de la entrada justo entonces. Estaba enfadada, tenía los ojos rojos como si hubiera estado conteniendo las lágrimas o hubiese llorado unos minutos antes, y se acercó a ella apresurado.

—¿Qué ha sucedido? ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. Mi padre estaba en casa.

Manel tensó los hombros y en su cabeza se maldijo por no haber insistido en acompañarla, a pesar de que probablemente ella le habría asegurado que no hacía falta. Recordaba lo suficiente de Walter Elliot para saber que no era un hombre bueno, era egoísta y egocéntrico e incapaz de pensar en nadie excepto él. Físicamente nunca le haría daño a ninguna de sus hijas y seguramente a nadie, era un cobarde, aunque poseía un talento innato para herir con las palabras o con una sola mirada y eso era mucho más peligroso.

—¿Quieres contarme qué ha pasado?

—Está de mal humor porque yo malinterpreté a Jack y ahora las cosas no van tan fluidas como se suponía que deberían de ir. No me habría costado nada seguirle el juego, hacer las cosas bien por una vez en la vida, me ha dicho mientras yo preparaba la maleta. No le he contestado, ahora por fin estoy haciendo las cosas bien, diga él lo que diga. Cuando me iba ha gritado que ponía

la casa en venta, que estaba harto de vivir aquí. La casa no me importa, lo que me molesta es que cuando vino a vivir aquí me montó un número para que dejase mi estudio y me fuese con ellos, con él y con Thea. No tendría que haberlo hecho, no tendría que haber hecho tantas cosas.

—Siento que hayas tenido que pasar por eso —la consoló acariciándole el pelo, y tuvo que morderse la lengua para no decirle lo que pensaba de su padre o de su primo Jack.

—Lo peor es que estoy acostumbrada. No te preocupes, he hablado con Thea y me ha dicho que mientras yo no esté se quedará en casa de Jun o de un amigo, mi hermana tampoco tiene ganas de soportar sermones o de discutir con papá, y después tal vez nos buscaremos algo juntas.

Allí aparecía otra vez su futuro incierto.

—Me preocupo, Anne. —Al menos tenía que decirle eso—. Y me gustaría que confiaras en mí.

Ella se apartó y lo miró, estaba confusa y la rabia de antes había desaparecido.

—Confío en ti, si no lo de anoche no habría sucedido.

Él soltó el aliento, nada iba a ser fácil, pero estaba acostumbrado y no iba a rendirse.

—Lo sé y por ahora no voy a pedirte nada más. El sexo como el de anoche requiere confianza, dejar entrar a otra persona en tu vida, mucho más. A mí también me da miedo. —Ella enarcó una ceja ante la respuesta de él y Manel la besó porque temía haber pedido demasiado en poco tiempo—. Deberíamos irnos, Irlanda nos espera.

De Dublín al pueblo de Birr donde los estaba esperando William, que había ido a una boda y se había quedado a pasar unos días, se tardaba un poco menos de dos horas en coche. Manel había alquilado uno en el aeropuerto y tras guardar las bolsas de viaje en el maletero y sentarse tras el volante se dio cuenta de algo que logró eliminar el mal presentimiento que se había instalado en sus hombros después de hablar con Anne sobre la discusión que había mantenido con su padre antes de irse.

—Es la primera vez que vamos de viaje juntos —recitó mirándola y ella, que también debía de estar preocupada porque apenas había hablado en las últimas horas parpadeó y le sonrió, y después se desabrochó el cinturón de seguridad y se incorporó un poco en el asiento hasta llegar a sus labios y enredar la lengua con la de él y meterse de nuevo en sus pensamientos para robárselos, estrujárselos y devolvérselos en una madeja.

Gracias a Dios que allí el volante del coche estaba en el mismo lado que en casa porque dudaba que hubiese podido reunir el nivel de concentración necesario para conducir con ella acariciándole la mano y sonriéndole desde el asiento de al lado. Intuyó que Anne iba a preguntarle cómo había empezado su obsesión por Tom Lefroy y dado que aquel no era el lugar adecuado para dicha confesión —la carretera tenía curvas y ella seguía tocándole— optó por monopolizar la conversación y explicarle lo que William le había contado entre sorprendido y borracho la última vez que hablaron.

William había viajado a Irlanda para asistir a una boda, la de su ex novia, la que él siempre había considerado el amor de su vida, esta descripción la hizo con sorna, y que había perdido porque eran demasiado jóvenes; no era el momento y él había viajado a Ibiza con un grupo de amigos y se había acostado con una alemana. Pero había sido un error, ahora lo sabía, lo había visto claro el día en que recibió la invitación de boda e hizo la maleta para ir a buscarla y preguntarle si iba en serio. ¿Ella no sabía que se suponía que tenía que esperarse a que él madurase y fuese a buscarla? ¿Qué iba a ser de él sin ella? La llamada había cogido a Manel completa y absolutamente desprevenido, él y William no pasaban de ser conocidos o amigos profesionales, es decir, amigos que se relacionaban dentro de un ámbito profesional. Él tenía unos cuantos de esos, gente con la que no se imaginaba saliendo a cenar pero con la que podía pasar una sobremesa agradable después de una reunión de trabajo. Lo único que explicaba la llamada era el tono embriagado del astrónomo y que hubiese marcado el número de Manel por error. Tal vez tuviera un amigo llamado Malcom, pensó Manel intentando no reírse porque William había empezado a cantar *Lady in red*, ¿qué les pasaba a los ingleses con las canciones de los ochenta? Iba a colgar, parecía un gato degollado, pero entonces, entre estrofa y estrofa William soltó que estaba instalado en casa de sus primos, unos tipos muy majos que no tiraban nada y que al llegar de la boda, que efectivamente se había llevado a cabo y en la que él había hecho algo muy humillante que no pensaba contarle, había ido al trastero en busca de más alcohol. Su tía lo guardaba allí. William había bebido más y se había quedado dormido en el suelo. Cuando se despertó siguió bebiendo porque recordó que había intentado detener a la novia antes de que entrase en la iglesia para decirle que creía que la quería y que no podía casarse con otro —al parecer sí iba a contarle el acto humillante después de todo—. Ella no le hizo caso, obviamente, pero después él empezó a beber —uno no canta *Lady in red* así porque sí— y a tirar los tejos a la prima de la novia. Y después bailó con ella, con la prima. Y después intentó besarla en la pista y

cuando la chica se negó, porque estaba bien de la cabeza, hubo un malentendido, él no quería pegar al hermano del novio y después tampoco quería que uno de sus primos —otros, no los de la casa— fuesen a la pista a ayudarlo porque la familia de la novia estaba intentando matarlo. Nadie debería organizar una boda con tantos irlandeses juntos.

Manel apretaba el volante cada vez que Anne se reía, él también se había reído mientras escuchaba a William y pensó que no le importaría hacer eso otras veces, muchas más; contarle a Anne por la noche, o cuando fuese, lo que le había sucedido y escucharla reírse. Podría hacerlo infinitas veces.

William le explicó que había tenido que llamarle porque no estaba seguro de que cuando volviese a despertarse recordase nada de todo eso. Ahora que Manel estaba al corriente podía encargarse del resto y él podía dormir la mona sin sentirse culpable. William había encontrado fotos familiares, recortes de periódico, los primeros zapatos del abuelo de la tía, un sonajero, un sinfín de objetos ordenados con un criterio tan ilógico que nadie excepto la persona que lo había ideado le encontraría la lógica, pero de repente, detrás de una caja en la que había disfraces de ángeles encontró varios cuadernos de cuero. Los había visto en casa de sus abuelos, eran una especie de diarios familiares en los que la abuela y sus hermanas apuntaban los acontecimientos señalados de la familia; una boda, un entierro, quién había asistido y quién no para luego vengarse, etcétera. Ojeó unos cuantos, la sed de venganza y la creatividad de algunos de sus familiares le hizo partirse de risa —el alcohol le proporcionaba un buen punto de partida— en ocasiones y en otras se le puso la piel de gallina. Había leído unos cuantos, los había de más modernos y de muy antiguos, cuando se encontró con uno en que su tía abuela o lo que fuera mencionaba que había hecho limpieza del ático y que había encontrado las cartas de su abuelo, el de ella, en las que le explicaba a un hermano que habían recibido la visita del muy honorable juez del tribunal supremo, el señor Tom Lefroy, y que este le había dejado una caja para que la custodiase.

Obviamente Manel tenía que ver ese cuaderno. Él podía llevárselo a Londres, no había problema, pero no podía llevarle el ático de la tía Rosseni, el trastero de la tía Mary ni tampoco la casita del jardín de la tía Sinead. Lo más práctico sería que Manel fuese a Irlanda. Y tras esa frase, tranquilo por haber transmitido el mensaje que estimaba importante, William empezó a roncar pegado al auricular.

Manel había dado por perdido encontrar nada más sobre Tom o sobre Jane. El misterio que había rodeado siempre esa relación, y que lo seguiría rodeando, se fomentaba en la falta de información real que había llegado hasta nosotros. Las

cartas que Jane escribió a su hermana Cassandra, y en las que se especula que probablemente le habló de este tema, fueron destruidas por Cassandra. La teoría predominante es que Cassandra las había destruido para proteger la reputación de su hermana Jane después de muerta y para que nada mancillase su éxito profesional, aunque quizá esta suposición también fuese totalmente falsa. En cuanto a Tom, el honorable juez Lefroy vivió noventa y tres años y escribió muchas cartas a lo largo de su vida, muchísimas, y también libros, y en ninguno mencionó a Jane. Se sabe que había hablado de ella y que nunca negó que la había conocido de joven, que había leído sus libros y que le habían gustado. Todo muy inocente, pero de mayor, en una conversación con uno de sus sobrinos, reconoció abiertamente que había querido a Jane y este sobrino ocultó la información por pudor y respeto a su tío.

—También hay pruebas circunstanciales que parecen indicar que Tom compró la carta de la editorial que rechazó el primer manuscrito de Jane, cuando ella ya llevaba años muerta, y que se encargó de hacerla llegar a la familia Austen discretamente. Eso es muy íntimo, es un gesto que habla de años de amor, tal vez no correspondido, tal vez platónico, pero amor.

—Es una historia muy triste, ¿no te parece?

—Es triste, pero también debió de ser... importante, muy importante y muy real para los dos. Los dos, tanto Jane como Tom, quedaron marcados de un modo u otro por las pocas semanas que pasaron juntos.

—Y también la esposa de Tom o los hombres que tal vez compartieron la vida de Jane Austen en algún momento. Ellos también quedaron afectados y en su caso aún es más injusto.

—Sí, probablemente lo sea. Lo cierto es que en el caso de Mary, la esposa de Tom, en los libros que la mencionan el autor siempre parece estar muy preocupado en recalcar que Lefroy no le fue infiel y que ella le dio muchos hijos y que lo apoyó en su carrera jurídica. Es una descripción muy fría y seguramente injusta para ella, y con las relaciones sentimentales de Jane Austen sucede algo peor, es como si no hubiesen existido o como si fuesen un error.

—Supongo que si a Charles Dickens le hubiese sucedido algo parecido ahora habría tratados literarios sobre las musas de Dickens. ¿Por eso quieres averiguar si esas cartas que encontraste son de Lefroy, para zanjar este tema y que se deje de especular sobre la vida sentimental de Austen? No sabía que...

—No, no lo hago por eso.

—¿Entonces?

—Lo hago por ti y por mí.

—¿Por nosotros?

—No digo que no sienta mucha curiosidad por saber qué pasó de verdad entre Jane Austen y Lefroy, pero no sabía nada de ella ni de sus obras, y mucho menos de su vida hasta que tú saliste de la mía. —Apretó el volante y mantuvo la vista al frente, se dijo que lo hacía porque la carretera, y no esa conversación, era peligrosa—. Leí *Persuasión* por primera vez el día que me fui a Estados Unidos, era la única novela que llevaba en la mochila y ver tu nombre en cada página me puso furioso, por no mencionar los paralelismos entre su historia y la nuestra; Anne Elliot deja al capitán Wentworth y tú me habías dejado a mí. Pero a diferencia del libro, al menos entonces, yo no había vuelto y tú ibas a quedarte en Londres y a convertirte en una súper abogada para después casarte con un imbécil con tirantes.

No oía la voz de Anne, no le hacía falta, sentía los ojos de ella fijos en él y su mano apareció encima de la que él mantenía en el cambio de marchas. Siguió:

—Me impactó mucho que una novela escrita hace tanto tiempo describiera tan bien cómo me sentía. Llegué a la conclusión de que su autora tenía que haber pasado por lo mismo que yo o algo parecido para poder acertar en la verdad de esa manera tan hiriente. Y pensé que buscaría sus otras obras y que investigaría su vida porque si lograba entenderla a ella tal vez lograría entenderte a ti o como mínimo entender lo que nos había sucedido. —Sonrió triste al recordar esos días—. Me salió el tiro por la culata. Cuando averigüé la historia de Jane, su vida tan corta e intensa, me quedé con más dudas que respuestas. Era imposible, no tenía sentido. No podían dejarme así.

—Y pensaste que podrías crear un programa informático que te ayudase a resolver el misterio.

Él negó y soltó el aliento. Había llegado hasta allí y si se detenía ahora se arrepentiría después, cuando ya no podría recuperar ese momento. Se lanzó y confió en que Anne lo esperase al otro lado y lo protegiera de resultar herido por segunda vez.

—Pensé que si me concentraba en el trabajo tal vez te exorcizaría de mi mente y que si creaba una inteligencia artificial con el espíritu de la señora Austen, con su ingenio e inteligencia, con su capacidad para entender los sentimientos, tal vez ella sabría explicarme por qué seguía pensando en ti a pesar de todo, no solo del tiempo, sino de todo, incluso de mí mismo.

*Parsonstown (actualmente llamado Birr), Irlanda, Marzo,
1846*

El conde de Rosse había inventado un telescopio al que había bautizado *Leviathan*. A Tom el nombre no acababa de gustarle. El telescopio le tenía fascinado desde que oyó el primer rumor sobre su creación y ahora que existía tenía que verlo. Era de vital importancia que tocase con sus propias manos un invento como aquel y comprobase qué había de verdad y qué de mito.

Leviathan era un nombre horrible para un objeto tan maravilloso que otorga a los humanos el don de acercarse momentáneamente a las estrellas. Le resultaba ofensivo que su nombre se relacionase con el mal o con Satanás pues lo único que al parecer tenía ese telescopio de *Leviathan* era su gran tamaño. Habría podido llamarlo de mil maneras, claro que él no era nadie para juzgarlo pues el invento no era suyo y en el reino de las palabras nunca se había sentido cómodo, la sutileza de los significados le eludía y lo cierto era que la poesía solo había entrado una vez en su vida y él la había perdido por no saber apreciar sus rimas.

Y para superar esa pérdida o al menos aprender a vivir con ella había recurrido a las estrellas.

Siempre relacionaría las estrellas con Jane, era la única concesión que se había permitido en la vida y no se arrepentía de ello. A veces se sentía culpable, supuso, el egoísmo y los celos que los recuerdos de esa época prendían en su interior le atormentaban; tendría que haberla olvidado y tendría que haberse entregado por completo a su familia y a su profesión, como era debido. Un ataque de tos le sorprendió, lo sacudió en medio de aquellos pensamientos y del trayecto, el carruaje entero se zarandeó con la fuerza de los espasmos y tras superarlo Tom no pudo hacer otra cosa que sonreír y secarse un par de lágrimas, la vejez había alterado muchas cosas, pero no el amor que sentía por el recuerdo de Jane y por la Navidad de 1795.

Por fin llegaron a Parsonstown y el castillo de Birr no tardó en aparecer, el

cochero lo ayudó a descender y el conde y su esposa, que también se llamaba Mary, fueron a recibirle. Tom había coincidido con el conde en varias ocasiones, a pesar de que procedían de cunas muy distintas y de que el conde era unos treinta años más joven que Tom, su excelencia y él parecían llevar existencias afines pues el conde, además de matemático y físico también ejercía de parlamentario en la corte.

—Me alegro de verlo, Lefroy, ¿qué tal el viaje?

—Mi cuerpo me ha sacudido más que el camino, excelencia, ya no tengo veinte años —respondió Tom estrechándole la mano con respeto—. Gracias por invitarme.

—Tonterías, es un placer y un honor tenerlo aquí con nosotros —le aseguró invitándole a entrar en la casa donde Mary se ocupó de ejercer de anfitriona y darle la bienvenida.

Unas horas más tarde y después de descansar un poco, el conde lo acompañó al observatorio que tenía en la misma propiedad pero en una construcción independiente, separada de la residencia familiar. En cuanto Tom vio el edificio de donde salía el extremo del telescopio comprendió que el nombre elegido lo definía a la perfección.

—Dios santo —farfulló.

—Aquí lo tiene, tres años de trabajo y con más preguntas ahora que cuando empecé. El universo es un gran misterio, Tom. Lo presentamos en Belfast el año pasado, pero dudo mucho que esté listo para su uso normal hasta dentro de uno o dos años más. Tal vez ni siquiera entonces.

—Es una maravilla.

—Gracias. Puede utilizarlo, si lo desea. —Levantó una mano y señaló a los dos caballeros que los habían acompañado hasta allí en silencio.

Tom observó atónito cómo el conde dirigía los movimientos del enorme telescopio maniobrando una pequeña palanca de metal mientras esos dos hombres lo levantaban hasta la altura adecuada sin aparente dificultad a pesar de que Rosse le había explicado antes que pesaba dieciséis toneladas.

—Venga, le enseñaré una nébula. —El conde no se apartó del visor y Tom se acercó ansioso—. Véalo por usted mismo.

Tom ocupó el lugar de Rosse y temió que su septuagenario corazón fuese a fallarle. Era la segunda vez que estaba tan cerca de las estrellas.

El conde debía de haber presenciado comportamientos como el de Tom en anteriores ocasiones y lo dejó a solas con su asombro durante unos minutos. Tom podía oírle cerca de él, pero lo cierto era que en ese instante respiraba

únicamente por benevolencia divina. Podría morir ahora mismo y no lo lamentaría.

—Creo que nunca me ha contado de dónde proviene su interés por la astronomía, Lefroy —la voz de Rosse se entrometió—. No es habitual que un hombre de leyes y de letras como usted se interese por el universo y permítame que añada que aún es más sorprendente en su caso; la fe suele estar reñida con la ciencia.

—Espero que no me lo tenga en cuenta —bromeó Tom consciente de la verdad que había en las palabras del otro hombre—. Siempre he pensado que la fe debe ayudarnos a hacernos preguntas y a buscar las respuestas de las mismas y no limitarnos a creer lo que nos dicen.

El conde asintió y en su mirada Tom creyó encontrar más respeto que antes.

—¿Y por eso estudia el universo, para encontrar respuestas? Si es así, me temo que de momento lo único que yo he logrado encontrar han sido más preguntas. Tenga la gentileza de avisarme si usted es más afortunado.

—Lo dudo mucho, excelencia, además usted tiene la ventaja de la juventud y un cerebro mucho más preparado que el mío. Mis conocimientos sobre los astros solo pueden definirse como una afición, una afición a la que usted acaba de hacerle un gran y generoso regalo. Gracias.

—Es un placer compartir el *Leviathan* con usted, si todos los miembros de la Royal Society tuviesen la misma *afición* que usted a la astronomía habríamos descubierto muchos más secretos del universo.

Siguieron hablando un poco más, tanto de astronomía como de la profunda y devastadora hambruna que estaba afectando a Irlanda; había muerto mucha gente y pueblos enteros estaban desapareciendo porque los supervivientes se hacinaban en barcos con rumbo a América. Ninguno de los dos sabía qué hacer excepto seguir trabajando para recuperar la tierra y los cultivos. Las leyes podían ayudar, era innegable que eran culpables de lo que estaba sucediendo, pero el país tardaría varias generaciones en recuperarse y nunca volvería a ser el mismo. Tal vez fuese el tema de conversación o que Tom ya no tenía edad para pasear por el campo y sus huesos se quejaban, pero se disculpó con el conde y se retiró al dormitorio que le habían preparado para su estancia.

Solo de nuevo con sus pensamientos, Tom vio a Mary, su esposa y su compañera de vida, la mujer que había estado a su lado todos esos años y que tanto le había dado; sus hijos eran su verdadero legado, pero Tom también era consciente de que ella había sido una pieza clave y absolutamente necesaria en su carrera judicial y política. Su vida sin Mary habría sido muy distinta y él la

adoraba y respetaba por eso. Él se había esforzado por ser el mejor esposo posible, por acompañarla del mismo modo que ella lo acompañaba a él, y por guiarla en este mundo que tantas alegrías y también bastantes penas les había dado. Si lo repartía todo en una balanza, lo bueno ganaba a lo malo y esperaba que su esposa pudiese afirmar lo mismo. Era de madrugada, no había conseguido dormir y sacó una hoja de papel de la carpeta de piel con la que solía viajar y le escribió una carta para hablarle del telescopio. La vería dentro de pocos días, pero sentía el apremio de contárselo ahora pues no quería que se le escapase ningún detalle. Al terminar, la guardó en un sobre y la dejó con cuidado en la mesilla de noche para mandarla por la mañana.

Después pensó en Jane.

Las estrellas siempre habían sido para ella.

Rosse le había preguntado de dónde procedía su interés por la astronomía y Tom sonrió, a lo largo de los años, y en especial después de que las novelas de Jane tuviesen éxito, le habían preguntado en ocasiones por ella y por la *relación* que habían mantenido en el pasado. Algunas preguntas eran discretas, casi todas malintencionadas y Tom solo respondía las necesarias, por respeto a Mary, a Jane y a sí mismo. Él podía entender la curiosidad que generaba la figura pública de Jane, una mujer soltera escribiendo sobre la vida y el amor cuando en otras circunstancias habría acabado cuidando de su padre o de sus sobrinos. Él podía entender el interés que Jane despertaba, era más que merecido, lo que no significaba que le gustase que le atribuyesen a él ningún papel en el éxito de sus obras. El mérito le pertenecía solo a ella y le enfurecía que alguien insinuase que si él no la hubiese dejado o que si no se hubiesen conocido ella jamás habría escrito *Persuasión u Orgullo y prejuicio*, personajes como Anne Elliot y el capitán Westworth o Elizabeth Bennet y Darcy. El talento y la persistencia de Jane estaban muy por encima del ridículo papel que él hubiese podido jugar en la vida de ella.

Y que en dichas insinuaciones los chismosos de la época diesen por cierto que era él el que la había engañado o dejado le sorprendía y dejaba sin habla; no podía dejar a Jane porque Jane nunca había sido suya, a pesar de que siempre formaría parte de él.

Hasta Rosse nadie le había preguntado por qué le gustaba la astronomía. Imaginaba que la mayoría de sus amigos o conocidos, incluso sus familiares lo consideraban una afición apropiada de un hombre de su clase y con sus estudios, una evasión mucho más respetable que la caza, por ejemplo. Nadie había relacionado nunca las estrellas con Jane, ni siquiera Mary a quien Tom le había

contado la verdad antes de casarse, o la verdad tal como creía que él podía explicarla y su esposa escucharla. Jane había sido una amiga del pasado, una amiga especial que le había recordado lo difícil que era luchar por tus sueños y protegerlos. Él no desmerecía a Mary, jamás podría, pero la educación de Mary y su carácter afable no la habían preparado para tener sueños propios, distintos a los que le habían inculcado desde pequeña. Entre ella y Jane había tanta distancia como de la Tierra a la estrella más cercana.

Siempre había recordado la tarde que besó a Jane por primera vez bajo la lluvia, el temblor que dominó su cuerpo al tocarle los brazos y la sensación que tuvo de que jamás podría retenerla. Quizá fue en ese preciso instante cuando la comparó con un astro o quizá fue más adelante, cuando discutieron y los ojos de ella brillaron resplandecientes al defender su necesidad por escribir y contar historias, y su absoluta determinación a no dejarlo por nada en el mundo. Ni siquiera por él.

Los setenta años de vida que le pesaban en la espalda le habían enseñado a escuchar y si aquel día hubiese escuchado a Jane... si aquel día la hubiese escuchado. No podía volver atrás y tampoco estaba seguro de querer hacerlo si con ello tenía que perder su familia, pero sí que haría lo que fuera a cambio de no herir a Jane.

Por eso le escribía cartas, cartas que nunca le mandaba. Cuando Jane falleció, lloró de rabia y de dolor, aunque no estuviera con ella le hacía feliz saber que ella existía en el mundo y que seguía escribiendo, viviendo su sueño y creando otros para el resto. Tardó meses en ir a visitar su tumba, un viaje que también hizo solo, y si Mary se dio cuenta de que esos días estaba triste, taciturno o incluso desconsolado no se lo recriminó y le dio tiempo y soledad, las dos cosas que necesitaba. Frente a la tumba de Jane se planteó dejar allí la caja de cartas que sujetaba en la mano y que nunca había firmado con su nombre, solo su inicial. Podría no haberlas firmado en absoluto, haber dejado el final de la carta en blanco, pero una parte de él necesitaba estar allí, recordar al universo que contenía esa hoja de papel que él había existido en la vida de ella.

A lo largo de los años se había refugiado en las estrellas siempre que echaba de menos la magia que había sentido aquella Navidad, en ellas había encontrado el ímpetu y la ilusión de la juventud y la pureza y el fuego del primer amor y después, cuando se alejaba, podía enfrentarse de nuevo a la realidad, a la vida en el mundo que había elegido.

La caja con las cartas de Jane había viajado con él a Parsonstown y tal vez había llegado el momento de desprenderse de ellas. Él no viviría eternamente y

no quería correr el riesgo de que cayesen en las manos equivocadas, serían malinterpretadas igual que el resto de su historia y podrían hacer daño a las personas que de verdad importaban. Podía enterrarlas cerca del telescopio, era un gesto absurdo y romántico, nada propio de él, pensó resignado, y su espalda no estaba para cavar hoyos en el campo. Pero era perfecto, allí Jane estaría más cerca de las estrellas. En la caja también guardaba aquel colgante, el que nunca había llegado a regalarle, y la idea de enterrarlo bajo tierra le produjo escalofríos, no, no podía hacerlo. Sacudió la cabeza frustrado y enfadado, se estaba volviendo loco, no podía cavar un hoyo en el castillo del conde de Rosse y enterrar allí sus recuerdos. Era una decisión espantosa, abominable. Otro ataque de tos le sacudió y al incorporarse el reuma le recordó su presencia.

Todavía tenía tiempo, decidió, aún no estaba listo para despedirse de Jane para siempre.⁵

5. El 31 de marzo de 1846 Tom Lefroy escribió una carta a su esposa Mary desde el castillo de Birr en la que contaba qué le había parecido el telescopio del conde de Rosse, pero lo más interesante es la frase que Rosse le dijo y que Lefroy eligió incluir en la misiva: «Ayer fue un día de lo más interesante. Lord Rosse y su esposa fueron sumamente amables conmigo. Las maravillas de las que es capaz su telescopio son inexplicables. Lord Rosse me dijo “venga, le mostraré un universo, uno que contiene multitudes mucho más grandes que cualquiera de los descubrimientos hechos por los hombres” con la misma naturalidad que otro hombre diría “venga, deje que le enseñe algo”».

Deducir que la inteligencia artificial que había creado Manel se llamaba *Jane* por Jane Austen y por ella no le había resultado difícil, pero Anne había dado por hecho que lo que había inspirado a Manel había sido el rencor o el resentimiento. Había asumido que Manel no la había olvidado porque quería asegurarse de no volver a acercarse a ella, igual que cuando una persona odia las serpientes porque una víbora le mordió hace años o alguien odia las tormentas porque le cayó un rayo.

Nunca se había atrevido a considerar la posibilidad de que Manel siguiera sintiendo algo bueno por ella, cariño o incluso algo cercano al amor.

Nunca.

La baja autoestima de aquellos años, de la que por fin se había despojado, los consejos bien intencionados de Russell, aunque equivocados en lo verdaderamente importante, y las palabras que el mismo Manel le había dicho (gritado) la última vez que se vieron le proporcionaban una base sólida para esa conclusión: Manel no la había buscado en ocho años, no quería saber nada de ella y ni siquiera había sido capaz de hablarle con normalidad cuando volvieron a verse.

No estaba preparada para oírle decir ahora que junto con ese rencor, que él no había negado sentir pues había dicho que aquellos sentimientos habían resistido «incluso a pesar de sí mismo», también había amor. Y no sabía si creerle. Creía que ahora mismo él estaba siendo sincero, eso no lo ponía en duda, pero no podía confiar en la verdad de esas palabras ni en la durabilidad de las emociones que implicaban.

—¿Cómo es posible? —le preguntó confusa y emocionada porque a pesar de las dudas y del miedo el corazón le latía distinto, más firme y acelerado desde que Manel le había dicho que nunca la había olvidado.

—No lo sé, solo sé que es así y que aunque mañana desaparecieras de mi vida seguiría sintiendo esto. Tú misma se lo dijiste a Alice en la boda de Harriet y Patrick, cuando quieres a alguien con toda el alma ese amor no desaparece aunque dejes de ver a esa persona, aunque esa persona te haya echado de su

vida.

—Pero ahora tú... yo.

—Sí, ahora todo es distinto, y necesitamos tiempo para entender todo esto. —
Notó la mano de él levantando la suya para besarla—. Solo quería contártelo.

Anne asintió y buscó la manera de explicarle a Manel dónde había guardado ella esos sentimientos todo ese tiempo.

—Me enamoré de ti un martes, era la semana de Navidad y habíamos salido a pasear, tú querías comprarle un regalo a tus padres. Fuimos a Convent Garden, estaba lleno de gente y nos separamos, no fue nada grave, seguro que ni te acuerdas.

—Me acuerdo del día —reconoció él.

—Había mucha gente —repitió Anne tras tragar saliva— y no te veía por ningún lado. Sabía que estabas allí, obviamente, que no me habías dejado tirada ni nada por el estilo, pero recuerdo que sentí una angustia horrible al no verte porque pensé que esa podía ser mi vida. Podría no haberte conocido nunca, podría no haberme enamorado de ti. Entonces oí que me llamabas, me puse de puntillas y giré hacia la derecha, tú estabas allí señalándome un escaparate, te gustaba un viejo cartel de un pub inglés y decías que quedaría genial en el bar de tus padres.

—Todavía lo tienen colgado.

—Sonreíste y entraste en la tienda y yo te seguí y pensé que te seguiría a cualquier parte. Al final no lo hice porque antes de seguir tu camino necesitaba encontrar el mío, pero no ha habido ni un día desde entonces en el que no me haya acordado del martes que comprendí que te quería y en el que no me haya preguntado si alguna vez podría recuperarlo.

—¿Es eso lo que te gustaría, recuperar lo que teníamos antes?

Anne ya se había hecho esa pregunta y en la voz de Manel creyó escuchar las mismas dudas que ella tenía.

—No. Tampoco podemos y la verdad es que no querría, me gusto más ahora. Esta soy yo.

—Supongo que entonces tenemos que decidir cómo vamos a seguir adelante.

Pero no tenía que decidirlo ahora, pensó Anne, ahora quería estar en aquel coche con él, cerrar los ojos e imaginarse que eran las primeras vacaciones que hacían juntos. Podía hacerlo, los dos iban a tener que volver a sus vidas tarde o temprano, no le hacían daño a nadie (excepto a ellos mismos) si cedían y se dejaban llevar. Solo un poco.

Respiró profundamente y observó el paisaje.

—Irlanda es bonita.

Manel sonrió, lo supo porque se giró a mirarlo. Tuvo la certeza de que él había decidido lo mismo que ella; dejarse llevar.

—Sí, sí que lo es.

Al llegar a Birr lo primero que pensó Anne fue que era curioso que la arquitectura de las casas se pareciese tanto a la de Bath con la diferencia que allí algunas de las fachadas de las casas georgianas eran de colores; azul, amarillo, verde o incluso rojo. William, al que estaba ansiosa por conocer después de lo que le había contado Manel, les estaba esperando en Emmet Square, la plaza hacia donde ahora los estaba guiando el G.P.S.

—Allí está William. —Manel señaló un chico que estaba apoyado en un coche bastante destartado.

—Es pelirrojo, menos mal.

—¿Menos mal? —Oyó que Manel se reía mientras aparcaba.

—Me transmite paz ver que los estereotipos se cumplen, así me fío un poco más del mundo.

—Estás loca.

—Es probable. —También sonrió.

—Creo que esto es lo que más he echado de menos.

—¿El qué?

—Esto. —Detuvo el coche y la miró—. Estas conversaciones absurdas. Y las serias, vale. Y el sexo.

Anne se quedó tan perpleja que no consiguió reaccionar a tiempo y contestarle algo a la altura de las circunstancias.

William además de ser físicamente irlandés era muy divertido y tan despreocupado que asustaba un poco. Les explicó que en su familia lo llamaban William el despistado y que él se defendía especificando que no era despistado, sencillamente no tenía tiempo de pensar en ciertas cosas. Les recordó que su tía, una de ellas (Anne era incapaz de recordar todos los nombres que fueron apareciendo en la conversación) les invitaba a quedarse en su casa y que otra tenía un piso vacío en el pueblo de al lado, aunque no tenía luz, según creía recordar, o tal vez agua. Manel le aseguró que no hacía falta, había reservado una habitación en un *bed and breakfast*. En realidad al principio había reservado dos, recordó Anne, pero esa mañana, cuando empezaban el viaje, ella le había sugerido que cancelase una.

Sí, estaba hecha un lío y seguro que le mandaba señales equivocadas a Manel,

pero él no se había quejado, todo lo contrario, levantó una ceja y la besó antes de anular la habitación y de preguntarle si estaba segura. Quería estar con él mientras pudiera, le había contestado ella.

—He pensado que antes de encerraros en el ático de mi tía podría enseñaros el castillo de Birr y el telescopio, el *Leviathan*.

—Genial —aceptó William cogiéndola de la mano.

—Claro —secundó Anne y empezaron a andar—. ¿Tú sabes por qué se aficionó Lefroy a la astronomía, William?

El aludido soltó una sonora carcajada.

—Hasta hace unos meses ni siquiera sabía quién era el tal Lefroy, Manel aquí presente tuvo que explicármelo. Pero —añadió con un silbido—, desde entonces he leído unas cuantas cosas. Digamos que cuando recibí la invitación a la boda del infierno dejé de dormir a pierna suelta.

William se había disculpado con Manel por esa llamada nada más verlo y este, aunque había aceptado sinceramente las disculpas había tarareado *Lady in red* por lo bajo. Anne intentó no reírse, estaba mal burlarse de alguien a quien acababa de conocer y que estaba siendo tan amable con ellos, pero fue este, William, el que estalló a risas y le contó toda la historia.

—¿Y has leído a Jane Austen para superarlo?

—Mi preferida es la *Abadía de Northanger* —respondió— y también me gustó *Persuasión*, y tengo una biografía de Austen a medias. No sé si Lefroy me cae bien, parece un tipo muy estirado, la verdad. Entre los estudios, lo de la fe y la carrera política me da mucha pereza, lo siento. Creo que Jane estuvo mucho mejor sin él.

—En líneas generales yo coincidía con esa teoría, William —apuntó Manel—, hasta que encontré esas cartas que te conté.

—Ah, sí, las misteriosas cartas firmadas con una T. No lo sé, obviamente vosotros sabéis mucho más que yo de este tema.

—Bueno, a veces, cuando sabes demasiado acabas sin saber nada. Tu opinión está tan formada que eres incapaz de detectar esas pistas que te harían cambiarla.

—Eso en astronomía era muy frecuente en la época de mi antepasado, aunque en su defensa diré que estudiaban a ciegas. El *Leviathan*, por ejemplo, podía ver mucho más allá que su predecesor y recopilar mucha más información y sin embargo hubo científicos de la Royal que se empeñaron en desprestigiar sus hallazgos.

—¿Y creéis que era eso lo que Lefroy buscaba en la astronomía, una manera de entender lo que había más allá?

—No creo que fuera un tema místico —aseguró Manel—, sus escritos sobre astronomía son mucho más... personales que los tratados de derecho. No sé explicarlo, es una sensación, sucede lo mismo cuando programas; hay situaciones en las que hay varias maneras de lograr un mismo objetivo y por lo tanto varias maneras de escribir esas líneas de código. Visto desde fuera puede que el resultado sea el mismo, pero si lees el código detectarás si es o no la opción perfecta.

—Es por una chica. Siempre hay una chica. O un chico.

La teoría de William, que fue pronunciada con exasperación, logró que tanto Anne como Manel se detuvieran en medio del prado que se extendía frente al castillo de Birr.

—¿Una chica?

—Pues claro. Los humanos somos así de simples o de retorcidos, depende de cómo se mire. La respuesta a todas las obsesiones que tenemos es siempre un chico o una chica. ¿Por qué un juez del Tribunal Superior de Justicia de Irlanda con tantos hijos y una esposa perfecta se obsesiona con las estrellas? Por una chica. No digo que la buscase en las estrellas ni que el señor estuviese chiflado, pero una chica está detrás de todo esto, creedme.

—No sé. —Anne le sonrió, era imposible no hacerlo.

—¿Una chica? —repitió Manel.

—Veamos, ¿qué motivos tenía yo para aprenderme de memoria todas las canciones de Chris de Burg o para apuntarme a ese dichoso curso de baile o incluso para después seguir asistiendo a clases de claqué?

—¿Una chica?

—Exacto, y no me digas que tú no sabes de lo que hablo. ¿A santo de qué un tipo como tú, un informático en Silicon Valley, colecciona cartas de un juez irlandés del siglo diecinueve y crea una inteligencia artificial y la llama *Jane*?

—Por una chica —reconoció Manel entrecerrando los ojos y Anne de verdad que intentó no sonreír.

—Pues eso. A las pruebas me remito, señorías, y ahora sigamos con la excursión, quiero presumir de antepasado y el *Leviathan* es impresionante.

Lo era y William fue un anfitrión fantástico, tanto que fueron a cenar después de la visita al castillo y al telescopio y pospusieron la operación ático, así la bautizaron, para el día siguiente por la mañana.

En cuanto entraron en la habitación del *bed and breakfast* las conversaciones y los besos del trayecto reaparecieron como huéspedes inesperados y Anne no supo qué hacer con ellos, y Manel parecía estar dándole espacio o tiempo para

que decidiera, o quizá de verdad tenía que hacer esa llamada y por eso había salido a la calle, la diferencia horaria con Estados Unidos no se la había inventado. Se sentó abatida en la cama, ¿cómo era posible que estuviera al mismo tiempo tan segura de que lo quería y de que no sabía qué hacer con él? ¿Por qué tenía esa horrible sensación de que tenía que renunciar a un sueño, el suyo, para formar parte del de él?

Se levantó y abrió la bolsa de viaje en busca del neceser y de la camiseta que se ponía para dormir. Estaba cepillándose los dientes cuando Manel entró en la habitación, estaba preocupado, llevaba la cabeza gacha, hasta que la vio frente al espejo del baño con esa camiseta negra que le llegaba a las rodillas, el pelo recogido en lo alto de la cabeza y pasta de dientes en la boca y le sonrió. El rostro entero le cambió y se apresuró a hurgar en su bolsa de viaje. Anne lo miró intrigada, no le había dicho ni hola, y entonces levantó el brazo con gesto triunfante y le enseñó el cepillo de dientes. Le dio un vuelco el corazón y el estómago se le encogió. Lavarse los dientes juntos era su ritual cuando ella se quedaba a dormir en la habitación que él tenía alquilada en Londres en su época de estudiante. Se encontraban frente a la pica como si fuese una cita, ella siempre llevaba camisetas, entonces las sacaba directamente del armario de Manel, y él solo calzoncillos. Ella se colocaba frente al espejo y él, que ahora incluso era más alto que antes, detrás y se cepillaban los dientes mirándose al espejo y sonriendo como idiotas. Ese momento siempre le había parecido mucho más íntimo que las maratones de sexo, aunque esas —reconoció sonrojándose y casi a punto de atragantarse con la pasta dentífrica— también las echaba de menos.

Escupió y se enjuagó y al apartarse de la pica, Manel le pasó una mano por la cintura aún en silencio. Caminó hasta la cama y se metió bajo las sábanas, pero siguió observándolo. Sus ojos aún no se habían acostumbrado a tenerlo delante y estaban hambrientos por acumular más imágenes por si más adelante las necesitaba.

Manel terminó de lavarse los dientes y después se echó agua a la cara y con las manos apoyadas a ambos lados del baño agachó la cabeza. Él todavía iba vestido e incluso así Anne vio la tensión que acumulaba en los hombros.

—¿Sucedo algo, Mal?

—El miércoles de la semana que viene tengo que estar en San Francisco —le contestó serio y mirándola a través del reflejo en el espejo—. Creía que iba a poder quedarme más tiempo. Quería quedarme más tiempo.

—Oh. —Quería pedirle que no se fuera, decirle que ella también quería más

tiempo, pero se calló porque sabía que era injusto, que ella se iría seis meses—. ¿Es grave lo que ha sucedido?

—No quiero irme ahora, Annie. No cuando todavía tú y yo estamos así. —Se apartó, soltó una bocanada de aire y se sentó en una de las sillas que había en el dormitorio para quitarse los zapatos.

—Yo dentro de nada me iré seis meses, Mal, y el día que me suba a ese barco no sé cómo estaremos tú y yo y me iré de todos modos. Tengo que hacerlo.

—Lo sé. —Sacudió la cabeza—. Lo sé. Bueno, todavía nos quedan estos días.

—¿Es grave lo que ha pasado? —Lo veía muy preocupado, exhausto, y necesitaba ayudarlo y le dolía saber que por culpa de ella había perdido los años de relación que ahora le darían la pista de cómo comportarse.

—No quiero hablar de eso ahora. Me han llamado, hay problemas con ciertos puntos del contrato, era esperable, joder, pero se suponía que no iba a pasar y ahora tendré que irme. Si quieres, mañana te cuento los detalles, ahora no quiero perder más tiempo con esto. Son solo números, Anne, sea lo que sea, tendrá solución. La encontraré.

—¿Y qué quieres hacer ahora?

Él la miró a los ojos y Anne temió que eso tampoco quisiera explicárselo, así que le aguantó la mirada y confió en que entendiera que no iba a darse por vencida.

—Quiero meterme en esa cama y abrazarte.

—Pues hazlo.

La operación ático resultó ser mucho más arriesgada y divertida de lo que Anne había anticipado y la terapia perfecta para que no le diese demasiadas vueltas a lo intenso y frenético que había sido hacer el amor con Manel esa mañana.

En las cartas que William les había enseñado, su tatarabuelo o tataratío, Anne no acababa de tenerlo claro, le escribía a uno de sus hermanos para contarle que el excelentísimo juez Lefroy había vuelto a visitarlos y le había pedido que guardase una caja. En otra carta, que el autor había escrito para responder a las preguntas que le había hecho el receptor de la primera, le explicaba que no solo le había dejado la caja sino también una serie de instrucciones sobre su custodia y destrucción tras su muerte, la del juez Lefroy. El problema era que las instrucciones eran muy largas y que creía haber perdido una hoja en alguna parte y que un día, sin querer, por supuesto, había abierto la caja.

—Tus antepasados eran unos cotillas. —Anne le tomó el pelo.

—¿Solo mis antepasados? Aún lo somos, tendrías que escuchar las historias

que están circulando ya sobre lo que sucedió en la boda, hay algunas que me hacen gracia incluso a mí.

—Lo que no entiendo es cómo llegaron las cartas a manos de Henry Austen. En ninguna de las cartas de Tom, suponiendo que lo sean, sale el nombre de Jane Austen —apuntó Manel.

—Mis antepasados eran cotillas —repitió William como si la respuesta fuera de lo más obvia—, es imposible que no supieran lo de Lefroy con Austen, seguro que estaban al corriente de todo y que se habían montado mil historias. Debieron de leer las cartas, por accidente, por supuesto, y decidieron mandarlas. Los Parsons además de cotillas somos románticos.

Manel tarareó *Lady in red* y Anne se rio, y William también.

—Es probable que se las mandaran a Henry Austen porque era más o menos el biógrafo oficial de su hermana Jane y siguiendo con las conjeturas, tal vez Henry le mandó las cartas a su otro hermano, a ese que fue capitán de barco en Estados Unidos... ¿cómo se llamaba? ¡Francis!

—Y las cartas terminaron en una tienda de antigüedades de Boston sin que nadie supiera de su existencia —Manel terminó el relato.

—Muy bien Sherlock y Watson, muy bien, pero si no encontramos una confesión de un antepasado mío explicándolo, lo que acabáis de decir es solo un cuento chino. No solo eso, además tendríamos que encontrar algo que demostrase que las cartas que tienes tú, Manel, son las que se supone que había en esa caja. Y eso es misión imposible. Han pasado casi doscientos años, con el tema del telescopio los papeles de mi familia han ido y venido de no sé cuántos museos no sé cuántas veces, mis tías son adictas a las mudanzas y la mitad tienen complejo de Diógenes. No lo encontraremos jamás.

—Tal vez —reconoció Manel—, pero tenemos mis cartas y las que encontraste tú y a mí nunca se me había ocurrido esta teoría de Anne sobre Henry y Francis. Podemos contárselo todo a *Jane*, darle esta información y ella quizá deducirá el resto.

—¿*Jane*? ¿Quién es *Jane*?

—Vamos William, tu día va a volverse aún un poco más surrealista —le dijo Anne tomándole del brazo—, vamos a hablar un rato con la inteligencia artificial que ha creado Manel. Es bastante simpática.

Manel

Manel nunca había llegado a creer que algún día resolvería el misterio de las cartas de Lefroy y lo cierto es que le parecía bien. Los misterios, para que sigan siéndolo, deben permanecer no resueltos. Y él necesitaba ese misterio porque le proporcionaba un vínculo irreal y al mismo tiempo irrompible con Anne. Tal vez ahora ya no lo necesitaba, se habían reencontrado y se estaban enamorando de nuevo y esta vez de un modo más complejo, profundo y peligroso que antes porque esta vez él sabía lo que era estar sin ella y buscar sustitutos de ese amor sin llegar a encontrarlo.

Estaba convencido de que ella sentía lo mismo, lo estaba cuando ella lo besaba y cuando lo abrazaba después de hacer el amor, lo estaba cuando ella se reía con él en el coche y cuando le volvía loco de deseo al susurrarle al oído todo lo que iba a hacerle y lo que quería que él le hiciera. Lo estaba en todos en esos momentos, pero cuando recordaba que dentro de apenas unos días él volvería a San Francisco sin dejar nada claro dejaba de estarlo y cada vez que salía el tema de esos seis meses que iba a pasarse ella en ese barco para después poder estudiar la carrera de sus sueños todavía lo estaba menos. Y era injusto para Anne que él se sintiera así, tenía que confiar en ella y también en él.

Si hubiese estado solo en Irlanda o si hubiese encontrado esas cartas de la familia Parsons sin la intervención de William no habría dudado ni un instante en poner a prueba a *Jane*, pero entonces también se habría perdido el entusiasmo y la alegría de Anne y el beso que ella le dio cuando iban de camino a casa de William pues habían decidido que hablarían allí con *Jane*. Si los tres se ponían a charlar con un ordenador en el pub del pueblo, alguien llamaría a los del manicomio y se los llevarían de allí con camisa de fuerza, como mínimo a William, les aseguró el irlandés.

No, pensó al poner en marcha el ordenador, no cambiaría ni un ápice de aquel día, de aquel viaje, por nada del mundo.

—En las pelis cuando sale una inteligencia artificial acaba queriendo asesinar a alguien o dominando el mundo —señaló William.

—*Jane* no es así —afirmó ofendido Manel.

—¿Pero qué clase de películas miras? —Anne arrugó las cejas—. Vaya, creo que tienes razón, alguna tiene que haber con una inteligencia artificial que no sea pérfida y maléfica.

—Hola, *Jane* —Manel la puso en marcha sin avisarlos.

—Hola, Manel —respondió *Jane* y la cara de sorpresa de William hizo que mereciera la pena—. Pareces contento. Irlanda te sienta bien.

—Así es, gracias. Quiero presentarte a William Parsons, astrónomo. Cree que tienes planes para conquistar el mundo.

—Por supuesto que los tengo, ahora estoy reclutando a mi ejército —contestó *Jane*—. Es un placer conocerlo, doctor Parsons.

—Llámame William, *Jane*. Creo que me he enamorado, ¿cómo es posible que hable así? Pareces de verdad.

—Es de verdad. La ironía y el sarcasmo son de la doctora Prisha, me temo. *Jane* lleva años acumulando y procesando información, manteniendo conversaciones conmigo y con los miembros de mi equipo y ahora también con Anne. Aprende de todos nosotros y luego se lo aplica a sí misma.

—Es... impresionante.

—Gracias.

—¿Y ahora qué tenemos que hacer, leerle las cartas?

—Más o menos —Manel le explicó el proceso—. Mis cartas ya las tiene procesadas y también dispone de la información sobre Henry y Francis que Anne ha señalado antes, pero como ninguno de nosotros la había relacionado y no la habíamos llevado hasta allí, por ahora no se le había ocurrido explorar esa posibilidad.

—¿Puedo hablar yo con *Jane*? —le sorprendió Anne al preguntarle—. Así también práctico.

En su anterior viaje Manel no llegó a presentarle *Jane* a Anne, le habló de su trabajo con la inteligencia artificial y también de algunas de las dudas que tenía sobre su futuro, pero nada más. Lo cierto es que el último día, la última noche que pasaron paseando por la ciudad, no quiso que nadie se entrometiera y mantuvo a *Jane* adrede apagada. Tampoco era que la llevase siempre encima y funcionando, pero ahora que había recuperado al menos su amistad con Anne, o estaba en vías de hacerlo, hablaba menos con la inteligencia artificial y le inquietaba preguntarse si no la había utilizado como sustituta.

Él había tenido unas cuantas relaciones en Estados Unidos que habían ido más allá de compartir una mera atracción física, pero esas mujeres siempre habían acabado hartas, aburridas sería tal vez una descripción más acertada, porque él

no compartía nada con ellas excepto el tiempo que estaban juntos y quizá su cuerpo. No le gustaba darse cuenta de que esas relaciones se mezclaban y confundían entre ellas y que algunas incluso las había confundido mientras sucedían de lo poco que le importaban. Ninguna de esas mujeres le odiaba, ni ellas ni él habían invertido el tiempo suficiente o la energía emocional suficiente para que eso sucediera, pero a Manel le inquietaba preguntarse qué habría pasado con él, con su vida fuera del trabajo, si no hubiese vuelto a Inglaterra y se hubiese arriesgado a escuchar a Anne, a volver a conocerla.

Ahora ella estaba interactuando con *Jane*, leyéndole las cartas que William había encontrado mientras este las observaba atónito y él se había quedado allí plantado preguntándose no por primera vez qué iba a hacer cuando volviese a Estados Unidos y Anne se fuese a las Malvinas.

No podía seguir comportándose como una máquina, que era básicamente lo que había estado haciendo porque era fácil y nada complicado, y su vida profesional no podía seguir dando vueltas alrededor de Anne, del recuerdo que tenía de ella o de las consecuencias de su relación. Además, tanto si *Jane* era capaz como si no de determinar la autoría de las supuestas cartas de Lefroy y de elaborar una teoría fiable sobre por qué este y Austen no estuvieron juntos, iba a dejarlo. Intentar resolver el misterio de la vida personal y amorosa de Jane Austen era una excusa más para seguir pensando en Anne y en la relación entre ellos dos.

—Voy a llamar a Rachael —les dijo y esperó a que Anne lo mirase—, voy a contarle lo que hemos encontrado. Tal vez ella tenga alguna sugerencia más. Tú sigue con *Jane*.

—Ya casi he terminado, creo que las preguntas deberías hacérselas tú, a ti se te da mucho mejor hablar con ella.

—Enseguida vuelvo.

Estaban en el comedor de la casa de la tía de William, un lugar que ponía a prueba las pocas normas de decoración que Manel conocía y donde se reunían tantos estampados y objetos de plástico que costaba decidir dónde detener la vista. El ordenador estaba en la mesa y Anne hablaba con *Jane* sentada en una silla forrada de terciopelo violeta y William en una con estampado de leopardo. Salió a la calle, a la plaza que había delante, porque a *Jane* le resultaba más fácil procesar la información si no recibía diversos *inputs* externos y si él hablaba allí dentro ella le oiría y tendría que prestarle atención para después decidir descartar esa información como irrelevante. Otro motivo por el que quería salir a la calle era porque la presión de estar cerca de Anne cuando su situación era tan

indefinida hacía que le costase respirar y necesitaba coger aire.

Llamó a Rachael, le contó lo de las cartas de los antepasados de William y la teoría que había sugerido Anne.

—En el caso de que todo eso fuera cierto, lo más probable sería que Henry hubiese destruido las cartas de Lefroy. Austen llevaba años muerta y toda la familia se había esforzado siempre por proteger su reputación, fueron unos relaciones públicas muy estrictos. Cassandra quemó las cartas y no ha sido hasta varias generaciones más tarde que hemos descubierto que Jane era atrevida, divertida, provocadora y no una santa. Incluso dentro del mundo académico se promulgaba esa teoría, como si para poder ser digna de escribir esas obras tan universales hubiera tenido que ser virgen, casta y pura. A nadie le importa que Dickens, Wilde o Poe hicieran o no malabares en la cama, pero al parecer hasta hace poco era muy importante que Austen y las hermanas Brontë fuesen prácticamente unas santas. Mira si no cómo se han encargado durante años de recordarnos que Virginia Wolf acabó suicidándose.

—Confieso que hasta hace poco no lo había visto así —reconoció Manel—, pero todo esto hace que las cartas sean aún más importantes. Demostrar el feminismo de Austen, de su personalidad y de su vida tanto como de su obra, es importante.

—¿Para quién? No me malinterpretes, sería fantástico disponer de más información sobre ella y poder entenderla un poco mejor, pero tú ¿por qué haces esto?

—Quiero saber la verdad, supongo. —No iba a contarle a Rachael su historia con Anne—. Te haré llegar una copia de las cartas y si *Jane* llega a alguna conclusión interesante volveré a llamarte, ¿de acuerdo?

—Claro, gracias.

Se despidieron, tal vez Anne podría ir a ver a Rachael, pensó Manel, quizá esa investigación podría seguir manteniéndolos unidos cuando volvieran a separarse. Sacudió la cabeza enfadado, no, no podía volver a eso. Le quedaban dos días en Inglaterra y después empezaría a vivir de una vez por todas. Guardó el móvil en el bolsillo y volvió al interior de la casa.

Anne estaba leyéndole la última carta de la tatarabuela de William a *Jane*. *Jane* hacía preguntas de vez en cuando, pero por lo demás no parecía haber grandes cambios.

—Ya está —anunció Anne.

La vio apartarse del ordenador y William se acercó y empezó a hacerle preguntas a *Jane* del tipo cuántas estrellas hay en el cielo y qué opinión tenía ella

sobre la teoría del Big Bang o de los agujeros negros.

—¿Estás bien, Mal? —le preguntó Anne.

—Sí, solo que acabo de darme cuenta de que dentro de dos días ya estaré de vuelta a casa y no sé si tendremos tiempo.

Anne le puso una mano en la mejilla, sabía que le entendía y que compartía su angustia, pero ¿ella deseaba en algún momento que no se hubiesen reencontrado?

—Creo que aunque viviéramos cien años nos faltaría tiempo. —Le dio un beso y después le cogió de la mano—. Ven, vamos a hablar con *Jane*.

Carta de Richard Clare Parsons, hijo del conde de Rosse, y que al parecer se hizo famoso por construir trenes en América del Sur, a su prima Amelia, lady Amelia, para ser más exactos.

Amelia,

Tú sabrás qué hacer con esto, se supone que tienes la sensibilidad adecuada. He encontrado esta caja entre las cosas de padre y aunque mi reacción inicial era lanzarlas a la chimenea más cercana la curiosidad me ha llevado a abrirla y he encontrado estas cartas. He deducido que faltan unas cuantas, sí, las he leído, puedes reírte de mi sensiblería cuando nos veamos. Tal vez padre las mandó a su destinatario y se lo contó a tu madre, sabes que aunque les encantaba disimular eran unos chismosos sin igual. Hazme el favor de averiguarlo y de hacer lo pertinente con estas que te mando. Presiento que no pueden estar separadas.

Tu primo, Richard.

Respuesta de Amelia Bernard a su primo Richard Clare Parsons.

¿Por qué me has hecho esto, Richard? No debería de haberte confesado nunca mi afición a las novelas epistolares ni a las historias de amor, porque esto es una historia de amor. Dime que has encontrado más cajas o que sabes cómo termina. Si no, corres el riesgo de que vuelva a meterte una rana en el zapato como cuando éramos niños. Yo también presiento que no pueden estar separadas, procedo a interrogar a madre para averiguar si estaba al corriente de esto.

Tu prima, Amelia

Ten cuidado en tu próximo viaje.

Cartas de T a J, una de las cartas que encontró Manel en la carta marítima que supuestamente perteneció a Henry Austen, aunque tal vez este lo legó a su hermano Francis y por eso acabó en Estados Unidos.

Mi querida J,

No te echo de menos, solo cuando veo las estrellas.

T

Mi J,

No te echo de menos, solo cuando paseo y la lluvia me visita por sorpresa.

T

Mi esquiva J,

No te echo de menos, solo cuando un libro nuevo cae en mis manos y me pregunto si antes ha caído en las tuyas.

T

Mi J,

No te echo de menos, solo cuando llegan noticias de mi familia en Inglaterra y alguien menciona el nombre de la tuya. ¿Por qué no fuimos nosotros?

T

Mi brillante J,

Te echo de menos. He leído tu primer libro.

T

Nota escrita en la hoja de papel que precedía a las cartas. Estaba atada con un cordel.

Deberíamos destruirlas, pero lo dejo en tus manos. Tú sabrás qué hacer, siempre ha sido tu papel, pero después de tanto tiempo no puedo evitar preguntarme si nuestra hermana no habría deseado algo distinto. Nuestras vidas han seguido caminos imprevisibles y solo conociendo cada recoveco es posible entender nuestra historia. La suya también debería de ser

comprendida.

Manel se sentó frente a *Jane*, Anne se colocó detrás de él y William paseaba por el comedor en un intento de que sus piernas se adaptasen a las vueltas que le estaba dando la cabeza.

—Hola, *Jane*.

—Hola.

—¿Dispones de suficiente información para determinar quién es el autor de las cartas que encontré en la tienda de antigüedades?

—Nunca se tiene la suficiente información.

Anne le puso una mano en el hombro.

—Esa frase la dices tú —le susurró al oído y aunque una parte del cuerpo de Manel se tensó al notar el aliento de ella en el cuello, se tranquilizó un poco. No se había dado cuenta de lo nervioso que estaba.

—Cierto, *Jane* —respondió Manel; levantó una mano para atrapar la de Anne antes de que la retirase—. Voy a intentarlo de otra manera. —Esa parte siempre era la más complicada, para hablar con *Jane* lo vital era formular bien las preguntas—. ¿Es Tom Lefroy la T que firma las cartas que encontré dentro de la carta naval de Henry Austen?

—Es probable. Calculo que el margen de error es inferior al treinta por ciento.

Anne le apretó los dedos.

—¿Es lógico deducir que esas cartas llegaron a manos de uno de los hermanos Austen gracias a William Parsons o uno de sus descendientes?

—Es lógico. La probabilidad de que se produzcan tantas coincidencias es altamente improbable. Tom Lefroy visitó el castillo de Birr y mantenía una relación de amistad con el conde de Rosse, podemos deducir que dejó allí esas cartas. Lo que no puedo saber aún es el motivo.

Manel sonrió al escuchar el aún y se giró para decirle a Anne que iba a intentar algo.

—*Jane* —dijo después en voz más alta—, ¿crees que Tom Lefroy se arrepintió de haber dejado a Jane Austen?

La intencionalidad del alguien es imposible de determinar, tanto si analizamos un hecho del pasado como si intentamos prever el futuro. Pero Manel y su equipo trabajaban a diario para conseguirlo. Cuando alguien le preguntaba por ese aspecto de Jane él se refería siempre a la película *Minority Report* o a ciertos capítulos de *Black Mirror*. Intentar determinar la intención de una persona basándonos en estudios de probabilidad y de comportamiento, en análisis

matemáticos, sociales y psicológicos era posible, pero por ahora ningún programa era capaz de garantizar un acierto del cien por cien. La aplicación básica de estos programas que de momento procesaban inteligencias artificiales similares a *Jane* era la militar y por eso Manel recibía la visita una vez al mes de alguien del gobierno. De momento *Jane* permanecía completamente ajena al departamento de seguridad nacional o a cualquier agencia gubernamental, pero Manel no era ningún ingenuo y sabía que tarde o temprano iba a tener que ceder en algo.

La cuestión, además del debate moral, ético y filosófico que sin duda generaba, era que los humanos actuamos ilógicamente, en especial cuando estamos involucrados emocionalmente en una situación. Por eso él había introducido la variable Austen en *Jane*, le había dado como base esos libros y muchos más para que tuviera la información necesaria para entender el alma humana. Pero la había puesto a prueba muy pocas veces, jamás le había preguntado por ejemplo por qué Anne no le había acompañado a Estados Unidos o por qué él seguía pensando en ella.

—La pregunta está mal —respondió *Jane*.

—¿Mal? ¿A qué te refieres? —Manel miró confuso el ordenador.

—La pregunta debería de ser ¿crees que Jane Austen se arrepintió de haber dejado a Tom Lefroy? Fue ella la que lo dejó a él, de eso no tengo ninguna duda.

34

Anne

Volvieron a Bath el día siguiente. Anne le mandó un mensaje a sus hermanas para decirles que estaba de vuelta y después otro a Thea para preguntarle dónde estaba y si había tenido problemas con papá. Thea le respondió que no se preocupase por ella y que hablarían cuando Anne pudiera (dedujo que era la manera que tenía su hermana de decirle que cuando Manel se fuera le haría falta desahogarse con alguien y que ella estaría allí dispuesta a escucharla y quizá también a compartir sus problemas), en cuanto a lo del lugar exacto de su ubicación consiguió arrancarle que estaba con Stuart.

Después de que *Jane* soltase sin previo aviso su teoría sobre la relación entre Austen y Lefroy, Manel y ella pasaron el resto del día en compañía de William y de algunos miembros de su familia, tíos, primos, tías y sobrinas que aparecían de la nada hurgando entre los áticos, sótanos e incluso armarios roperos de los Parsons en busca de más cartas. Encontraron muchas, determinar si alguna tenía remotamente algo que ver con Jane Austen aún estaba por ver, lo más probable, anunció Manel con precaución, sería que no. La precaución no sirvió de nada porque tras esa sentencia se formó allí una especie de circo romano en el que los Parsons empezaron a recitar la cantidad de aventuras que habían vivido sus antepasados y a afirmar que esas cartas eran oro puro, sí, señor, oro puro, tanto si salía Austen como si no.

En eso, reconoció Manel, seguro que tenían razón y para celebrarlo un tío de William los invitó a cenar, nada, algo improvisado, y cuando ellos dos llegaron a la cena en cuestión Anne pensó que era lo más parecido a una boda zíngara que vería jamás. Fue muy divertido, justo lo que necesitaban, bebió demasiado y acabó cantando *Lady in red*, bueno, haciéndole los coros a William, pero sí, fue muy divertido. Manel y ella se quedaron hasta las tantas y cuando se fueron se despidieron con besos y abrazos y promesas de que algún día volverían a visitarlos, cuando se supiera la verdad de Jane Austen gracias a ellos. Regresaron al hotel y Manel la sorprendió levantándola en brazos para subir la escalera. Durante un segundo temió que los dos fueran a caerse, pero no cayeron. Él parecía tener una misión, la de desnudarla y recorrerle el cuerpo a besos y de

paso conseguir que no pensara en nada excepto él y sus cuerpos que parecían incapaces de separarse ni de dejar de tocarse, besarse y poseerse mutuamente. No hablaron, no era que a ella le hiciera falta mantener grandes diálogos mientras practicaba el sexo, no era momento para eso, fue algo más complejo e incendiario. Era como si no pudieran perder el tiempo en buscar palabras para comunicarse, como si un beso seguido sirviera para decir «no puedo estar sin ti» y una caricia un «no te olvidaré», o un mordisco en el cuello «qué haré cuando no estés». Y todas las caricias, besos, jadeos, sudores, mordiscos, abrazos y arañazos juntos susurrasen un «te quiero» constante e inacabable.

Cuando abrió los ojos Manel ya no estaba en la cama, le oyó en el baño y se levantó para entreabrir la puerta y poder verle mientras se afeitaba y cepillaba los dientes. Él le sonrió desde el espejo.

El viaje fue tranquilo, Manel condujo hasta el aeropuerto y durante el trayecto le acariciaba la mano, señalaba algo del paisaje o le preguntaba por el barco, cuándo zarparía, cuándo volvería, cómo viviría en él. Anne se esforzó por contárselo sin dejar entrever lo difícil que le resultaba e intentando contagiarle parte de la urgencia que sentía ella por hacer aquel viaje. Quería pedirle que no la juzgara por hacerlo, por no decirle que renunciaría a esa experiencia si él se lo pedía. La realidad era que ella no lo haría y que él no se lo había pedido.

Llegaron a Bath casi de noche y Manel le preguntó adónde quería que la llevase.

—A mí me gustaría que te quedases conmigo —añadió mirándola a los ojos—, pero si prefieres...

—No, quiero ir contigo.

Manel asintió, seguía teniendo habitación en el mismo hotel y le dio la dirección al taxista del aeropuerto. Parecía preocupado, pero cuando ella se lo preguntaba le sonreía y la besaba y le decía que ya tendrían tiempo de hablar de eso mañana. Eso eran ellos, pensó, o quizá «eso» que él quería decirle que después de estos días no volverían a verse, que no merecía la pena tanta incerteza y que ahora que había hecho las paces con su pasado quería tener un futuro pero no con ella.

Subieron a la habitación y Manel la besó nada más entrar, las bolsas cayeron al suelo, una a cada lado de Anne, y ella le rodeó el cuello con los brazos y deseó poder retener aquella sensación, la de estar tan cerca de él, para siempre. Guio los dedos hacia el pelo de la nuca y dejó que se deslizasen por entre los mechones, sin prisa. Manel la desnudó susurrándole al oído que la necesitaba, que era preciosa y que si no estaba dentro de ella en los próximos segundos

perdería la cabeza, pero a pesar del anhelo y de la premura del deseo los dos se tomaron su tiempo en descubrir al otro, en hacerle perder no la cabeza sino el corazón. Cuando la ropa desapareció y la piel de Anne quedó electrificada al entrar en contacto con la de él, lo único que podía hacer era pronunciar su nombre y pedirle que la besara y que no se detuviese nunca. Ojalá nunca pudiese ser para siempre. Tumbados en la cama, donde sus cuerpos no conocían límites ni palabras dolorosas como mañana o despedida, hizo el amor con Manel a sabiendas de que corría el riesgo de perderlo. Le besó, le abrazó, intentó que esa noche incluyera los deseos de toda una vida y cuando él se quedó dormido ella no cerró los ojos y lo miró, memorizó cada tonalidad distinta de su cuerpo, las cicatrices, los músculos, el modo en que respiraba o en que arrugaba la nariz cuando algo le hacía cosquillas (ella al pasarle la mano por la mejilla), el modo en que flexionaba los dedos al arrugar las sábanas, el calor que le desprendía el torso de madrugada. Todos los recuerdos que corría el riesgo de perder para siempre.

Cuando el sol estuvo en lo alto y unos rayos se entrometieron entre ellos, Anne cerró los ojos y se acurrucó en el costado de Manel a la espera de que él despertase. Esa noche era suya, solo de ella, y de momento ni siquiera quería compartirla con él.

—¿Qué quieres hacer hoy? —le preguntó él una hora más tarde. Los dos llevaban el albornoz del hotel y se habían duchado. Juntos.

—Tú tienes que irte mañana, ¿no? —Había llegado el momento, no podía seguir retrasándolo—. Elige tú, es tu último día aquí.

Manel suspiró y caminó descalzo hasta ella, Anne observó cómo los pies pisaban la alfombra y guardó otro recuerdo. Se detuvo delante y acariciándole la mejilla la besó en los labios.

—Sí, y no sé si podré volver antes de que te vayas.

—Pero ¿y qué pasa con lo de Jane Austen? —le preguntó lo primero que se le ocurrió buscando la manera de asegurar ese regreso o que volvería a verlo de alguna manera.

—Tú puedes llevarle a Rachael las cartas y todo lo que hemos encontrado en Irlanda, yo le mandaré el archivo con el análisis de *Jane*.

Tenía un nudo en el estómago, cada palabra que salía de los labios de Manel los acercaba más a una despedida. El modo en el que él había hecho el amor adquiriría ahora un nuevo matiz que hizo que a Anne le escocieran los ojos y se le cerrase la garganta. Se obligó a hablar, no podía dejarlo así y al mismo tiempo no sabía cómo empezar la conversación. Quería seguir en esa habitación donde

no existía nada excepto ellos.

—¿Ha sucedido algo grave en el trabajo? —Podía empezar por allí, se dijo, quizá si entendía lo que a él le estaba pasando dejaría de tener la sensación de que lo suyo había acabado.

Manel sonrió triste, las sonrisas tristes producen un efecto más cruel y permanente que las alegres, y se sentó a su lado en la cama.

—No especialmente, pero, Anne, la venta de Buenas Intenciones es complicada y en el laboratorio me necesitan. Prisha puede dirigir partes del proyecto, lo hace incluso cuando estoy allí, pero... —entrelazó los dedos con los de ella— es mi laboratorio, mi equipo. No puedo desaparecer y lo cierto es que estamos a punto de conseguir algo maravilloso con *Jane* y la inteligencia artificial.

Anne comprendió lo que le estaba diciendo y aunque se alegró mucho por Manel una lágrima se le escapó por la mejilla.

—Te gusta estar allí.

Él le apretó los dedos.

—Sí.

—Y tu trabajo es importante.

—No es solo un trabajo, Anne. —Sonó alegre, apasionado y a ella le costó respirar—. La venta de Buenas Intenciones nos dará una oportunidad única para seguir investigando con *Jane*. Si la inteligencia artificial consigue llegar a donde nosotros creemos que llegará podríamos recuperar, por ejemplo, la mente de una persona enferma de Alzheimer o ayudar de una manera increíble a las personas autistas o con lesiones cerebrales graves. Es importante y allí cuento con los recursos, el equipo y las infraestructuras necesarias para lograrlo.

Ella lo miró, lamentó haberse perdido los años que le habían convertido en el hombre que era ahora.

—Vas a hacer grandes cosas, Mal. Estoy segura.

—Si tú estás conmigo.

—Pero, Manel...

—Escúchame, Anne. Hace ocho años y medio me rompiste el corazón y cuando volví a verte fui injusto contigo, rencoroso y débil, pero jamás inconstante. Solo pienso en ti y tú eres el impulso que se esconde detrás de todos mis proyectos. Podría decirte ahora mismo que te quiero y sería verdad, pero no voy a utilizar ese amor para condicionarte. Puedo ofrecerte mi vida, pero tienes que creer en nosotros si pretendo que tenga algún significado. Puedo esperar, esperaré los seis meses que dura tu expedición, esperaré lo que haga falta, solo

tienes que arriesgarte. —No había dejado de mirarla a los ojos ni un segundo—. Supongo que lo que estoy intentado decirte es que depende de ti, tanto lo que hacemos hoy como lo que haremos mañana. Juntos o separados.

Al día siguiente, Manel se fue

Anne fue a Londres a visitar a Russell y después, esa misma tarde, había quedado con Rachael. Hacía una semana que Manel había regresado a Estados Unidos y esta vez la despedida había sido más dolorosa que la anterior y mucho más cruel que la primera vez que se separaron. Esa primera vez, Anne tenía la protección del enfado a su alrededor, los gritos y las acusaciones de Manel le habían proporcionado el equipo de supervivencia necesario para que la ausencia no le importase. La segunda, apenas unas semanas atrás, había tenido el perfume de la esperanza, de algo que empieza, de las segundas oportunidades. Sí, le había entristecido que él se fuera cuando aún tenían tanto de qué hablar, tantas cosas por contarse y tantas preguntas por responder, pero al mismo tiempo un cosquilleo le recorría el cuerpo; el del deseo y la curiosidad aún por satisfacer. Volverían a verse, estaba segura y se había hecho realidad.

Esa tercera vez sabía a última, a decisión difícil y a crecer, a asumir para siempre que su historia acababa o que si empezaba sería para siempre. Ella le quería, de eso no dudaba, pero lo demás era confuso. No sabía si sabría quererlo allí, si continuaría queriéndole si ella perdía su lugar en el mundo. Lo mejor para él sería que ella le dijera que no le quería y que se olvidase de ella y de su relación.

Él esperaría; las buenas intenciones de ella podían irse al infierno, le había dicho, no las necesitaba. Esperaría hasta que dejase de esperar, ese riesgo tenía que correrlo ella, o hasta que ella le dijera que dejara de hacerlo, ese riesgo iba a correrlo él.

Se escribían, igual que creían que había hecho Tom con Jane con la diferencia de que ellos sí se mandaban los correos electrónicos. También hablaban por teléfono, pero Anne no sabía si era por la diferencia horaria o porque a los dos les resultaba difícil oír la voz del otro (a ella se le encogía el corazón hasta que creía que le desaparecería del pecho), pero las llamadas eran escasas y las cartas prolíficas y en ellas, las había de cortas y de largas, los dos vertían sus pensamientos y las anécdotas de su día a día.

Llegó al restaurante donde había quedado con Nicola para almorzar, estaba en el SoHo, era un local con las paredes de ladrillo pintadas de color blanco,

muebles negros, fotografías estilo Magnum, y camareros elegantes.

Nicola la saludó, había llegado antes y tenía un cóctel en la mano, su madrina era una de esas personas que nunca están fuera de lugar, parecía haber nacido con el don de adaptarse.

—Hola, cariño, dime que no es verdad eso de que dentro de unos días te vas al Polo Norte —pronunció la frase mientras le daba un beso en una mejilla, aunque dicho beso sonó en el aire y en realidad solo le rozó el rostro con el suyo.

—No es verdad, no me voy al Polo Norte. —Vio que su madrina suspiraba aliviada al sentarse y añadió—: Me voy a las Malvinas. El barco zarpa el uno de julio.

—¿Por qué haces esto, cariño?

—Tendría que haberlo hecho hace tiempo, tú sabes que nunca quise estudiar derecho, que solo lo hice por mis padres.

—Tu madre te habría apoyado —le aseguró—, en especial esos últimos años.

Anne la miró y fue como resolver una adivinanza, de repente tuvo la respuesta ante sus ojos.

—Tú sabías que mamá estaba enferma.

Nicola no intentó negarlo, el rostro de alta sociedad, de mujer despreocupada que había salido a regalar su encanto por la ciudad desapareció y los ojos le brillaron. Se secó las comisuras con la punta de la servilleta blanca y habló, se quitó de encima un peso que llevaba años aguantando o al menos lo compartió con Anne.

Millicent no quería decirle a nadie que estaba enferma, no quería preocupar a los demás y no quería que nadie la privase de la oportunidad de despedirse de las personas que quería, de la vida y de ella misma como le diese la gana. A Nicole le sorprendió que Millicent quisiera recuperar aquella tradición que habían tenido de jóvenes, la de ir de vez en cuando un fin de semana juntas de viaje. La habían conservado durante años, pero el tiempo, sus vidas, sus trabajos, la familia de Millicent y las parejas de Russell la habían eliminado de sus planes. Era el momento perfecto para recuperarla, había anunciado Millicent, y Russell había aceptado encantada. Siempre lo había echado de menos. Fueron de fin de semana a Francia, se subieron al tren y bebieron champán mientras este atravesaba el mar. El primer día fue fantástico, como volver a ser una chicas despreocupadas, la primera noche Millicent se encontró muy mal, tanto que Russell supo que no era culpa del vino ni de haber paseado demasiado rato bajo el sol. Lo cierto es, confesó Nicola, que Millicent le contó enseguida la verdad; quería que alguien la entendiera y la había elegido a ella, a su mejor amiga, para

que estuviese a su lado en esa mentira. Intentó convencerla de que les contase la verdad y de que buscase otros médicos y otros tratamientos, lo intentó hasta que Millicent le explicó que ya había visto otros médicos y que coincidían uno con otro, no había nada que hacer. Russell lloró y Millicent la consoló y le dijo que en realidad eso era una buena noticia; si no había nada que hacer podía hacerlo todo. Le habían comunicado oficialmente que se le había acabado el tiempo y por lo tanto no iba a seguir perdiéndolo; conocería a sus hijas, esas tres niñas que se habían convertido en mujeres sin que ella se diera cuenta porque estaba demasiado ocupada llevando un restaurante que ni siquiera le gustaba. Quería pasar esos días siendo feliz y no de hospital en hospital aterrorizada, no iba a sacrificar la última oportunidad que le quedaba. Por eso le había propuesto aquella escapada y más adelante, si aún no se había ido, la repetirían. Millicent no tenía hermanas, pero casi mejor porque así había podido elegir una y la había elegido a ella, lo único que le pidió a Russell fue que no le dijese nada a nadie, por favor, y que estuviese a su lado.

—Acepté —terminó Russell secándose otra lágrima— y volvería a hacerlo. Entiendo que puedas enfadarte conmigo, pero no voy a disculparme.

Anne colocó una mano sobre la que su madrina tenía en la mesa.

—No estoy enfadada contigo. Me alegro de que mamá te tuviese a su lado.

La comida llegó entonces y entre bocados recordaron a Millicent de un modo que no habían hecho hasta entonces, saltando de una anécdota a otra, de una sonrisa a una aventura y arrinconando la amargura de los últimos días en el hospital. Si pensaba en ellos, Anne casi podía entender la decisión de su madre.

—Yo no quiero esperar a que un médico me diga que estoy enferma para hacer lo que me hace feliz, Russell.

Esta iba a levantar la taza con el café y le tembló en la mano.

—No, por supuesto que no. —La devolvió el plato manchado ahora por dos gotas negras—. ¿Y los pingüinos van a hacerte feliz?

—Los pingüinos son un primer paso y Manel es otro —añadió soltando el aire—. He vuelto a verlo.

Su madrina empujó el plato y la taza hacia delante descartando la idea de bebérselo.

—¿Manel Beltor? ¿Ha vuelto a Inglaterra?

—Estuvo aquí unos días y hemos vuelto a vernos. No sé cómo acabará lo nuestro, él ahora vive en Estados Unidos y yo me iré con mis pingüinos, como tú dices, pero quiero averiguarlo.

—No sé qué decirte, Anne. Hace años, cuando me pediste consejo —bebió el

vino que le quedaba en la copa—, sé que lo pasaste muy mal cuando ese chico se fue, pero yo pensé que era lo mejor para ti.

—No te culpo de eso, Nicola. —Volvió a apoyar la mano en la de ella—. Tu consejo tenía buena intención, pero yo no tendría que habértelo pedido. Tendría que haber sabido qué sentía y haber actuado en consecuencia. No puedo enfadarme contigo cuando fui yo la que vino a ti y después te hice caso. Y espero que no te moleste que ahora no te pregunte qué harías tú —sonrió y su madrina lo intentó—, esta vez voy a decidir yo sola.

—Me alegro, aunque creo que esta vez mi consejo sería muy distinto.

Russell se despidió de ella con un abrazo y pidiéndole que volviese pronto a visitarla. Anne le prometió que lo haría.

La tarde con Rachael fue menos emotiva, ella ya había recibido el correo de Manel con el informe realizado por *Jane* y estaba tan sorprendida como ellos por la conclusión a la que había llegado la inteligencia artificial. Rachael, al igual que otros expertos austenianos, ya se había planteado la posibilidad de que hubiese sido Austen y no Lefroy el que hubiese puesto punto y final a su corta relación, pero en ningún momento se le había ocurrido que Lefroy hubiese mantenido vivo aquel enamoramiento de juventud ni que hubiese mandado esas cartas a uno de los hermanos Austen, esa parte de la teoría todavía estaba intentado asimilarla. Las pruebas que habían conseguido reunir de momento eran circunstanciales, aunque les proporcionaban un marco muy válido para trabajar y seguir investigando; ahora que sabían que existía la posibilidad real de que Lefroy hubiese escrito esos textos y de que Henry Austen los hubiese leído podían interpretar ciertos datos de otra manera. Ante ellos se abría un abanico de posibilidades muy interesantes.

Las obras de Austen no cambiarían, por supuesto, y probablemente a su gran mayoría de lectores no les importaría que la joven Jane hubiese rechazado la oferta nada romántica de matrimonio de un joven abogado que le pedía que dejase de escribir y que se dedicase a tener niños y a apoyarle en su carrera, pero a ella, aseguró Rachael con vehemencia, sí le importaba, y mucho. Esa parte de ciertas biografías de Austen donde insistían en retratarla como una mujer desgraciada o incompleta porque no había contraído matrimonio o formado una familia siempre la sacaban de sus casillas. Existía una carta, que solían citar los detractores —como ella— de esa teoría, en la que Jane le decía a su sobrina Anne, la que estaba casada con el sobrino de Tom Lefroy, justamente, que si bien la felicitaba por el nacimiento de su hijo ella estaba mucho más contenta porque

había dado a luz a una de sus obras, Emma, para ser exactos. Jane sabía lo que quería, respetaba los sueños de sus hermanos y les adoraba, a ellos y a sus hijos, pero eso no significaba que al verse sola se sintiera deprimida.

Rachael le aseguró que completaría el análisis y la teoría de *Jane* con documentación y un escrito propio y que después presentaría el conjunto a compañeros académicos expertos en Austen. Les mantendría al tanto de sus comentarios, tanto buenos como malos, porque alguno habría, y, sugirió animada, tal vez estarían a tiempo de incluir las conclusiones en el documental que Colin aún estaba rodando. Era una idea excelente, faltaban seis meses para el estreno del documental. Colin seguro que les apoyaría y que estaría dispuesto a introducir los cambios o la escena en cuestión.

Y ella volvería entonces de las Malvinas y podría ir al estreno.

Thomas Langlois Lefroy

Principios de abril de 1869, Bath

Ni en sus más extravagantes delirios de grandeza de juventud Tom Lefroy se había imaginado que fuese a vivir más allá de los sesenta años, los cincuenta se le antojaban ya una hazaña, y sin embargo había celebrado su noventa aniversario tres eneros atrás y allí seguía. Exhausto y con la mente mucho más activa que su cuerpo. Había perdido la agilidad de más partes de su biología de las que era capaz de nombrar, pero los recuerdos acudían a él con absoluta rapidez y crueldad.

Aquel viaje lo había hecho solo, Mary había fallecido nueve años atrás abandonando injustamente este mundo antes que él y desde aquella pérdida Tom había empezado a recordar a su esposa como el eje alrededor del cual existían todas las alegrías que le había dado la vida. Mientras ella vivía muy pocas veces se había preguntado si Mary recordaba aquellas cartas que le había mandado en su juventud cuando Jane todavía seguía muy viva en su corazón y él le escribía a su esposa citándola las santas escrituras y pidiéndole que no tuviese en cuenta el pasado. Sí, seguro que Mary le había considerado presuntuoso y aburrido, pero había sabido perdonarle. Y al final él también se había perdonado a sí mismo por haber querido a Jane toda la vida. No era el mismo amor que sentía por Mary, de lo distintos que eran ni siquiera eran comparables, pero al mismo tiempo los dos coexistían dentro de su corazón y Tom, cuando lo único que podía esperar ya de la vida era la muerte, era lo bastante valiente para reconocer que no debería de haber sido así.

Pero lo era y no iba a negarlo.

Había visitado Bath por los baños, le harían bien a sus articulaciones, sus hijos así lo creían. Él sabía que era mentira, tanto que los baños supondrían alguna mejora para sus piernas y brazos de noventa y tres años como que estaba en esa ciudad para hundirse en el agua caliente de aquel invento romano. No, él había ido a Bath porque allí fue donde vio a Jane por última vez. Él visitaba la ciudad

por casualidad, Mary estaba ocupada, había ido a saludar a unos conocidos de Irlanda, le avergonzaba reconocer que no recordaba los detalles de esa parte, y él había aprovechado para salir a pasear, caminar lo ayudaba a pensar. Cuando la vio allí de pie, casi en medio de la calle, pensó que se la estaba imaginando, pero Jane se dio media vuelta y los latidos del corazón de él se aceleraron y le confirmaron que ella estaba allí de verdad.

La llamó. Jane tardó un poco en encontrarlo por entre los paseantes y también parpadeó como si no pudiese creer lo que estaban viendo sus ojos. Hablaron solo unos minutos, el sol se estaba poniendo en Royal Crescent, él tenía que volver, le esperaban para cenar y ella no quería entretenerle. Él le preguntó qué estaba haciendo allí y ella le contestó que era curioso que precisamente él se lo preguntase y más aún que se hubiesen encontrado. Le parecía una jugada maestra del destino, añadió ella con una sonrisa. Y Tom, aturdido por el encuentro (y la sonrisa) no comprendió la frase y no le pidió que se explicase. Tal vez estaba soñando. Pero Jane le puso una mano en la manga del abrigo, unos dedos reales que deseó poder atrapar aunque solo fuese durante un segundo, y le explicó que había ido allí porque Bath y esa calle aparecían en la novela que estaba escribiendo.

—Dime el título —le pidió él.

—Aún no tiene —le contestó—, pero te diré que su protagonista sigue el consejo equivocado y pierde lo que más quiere en esta vida. Tengo que irme, Tom.

Él solo pudo acariciar un segundo la tela del puño del vestido y observarla partir.

El resto de aquel viaje se lo pasó convencido de que aquella visión de Jane había sido eso, una visión, pero unos meses después de la muerte de ella leyó en un periódico que su hermano Henry había autorizado la publicación de una novela póstuma, *Persuasión*, cuya historia transcurría en Bath y cuyos protagonistas eran dos enamorados separados por un mal consejo dado con buena intención que se reencuentran tras ocho años y medio separados.

No leyó la obra.

No la había leído nunca aunque conocía los nombres de los personajes y había leído alguna que otra especulación sobre las circunstancias personales que habían llevado a Jane a escribir esa historia en los últimos días de su vida. El título era obra de Henry, Jane no había dado con uno que le gustase antes de morir.

Paseó por Royal Crescent, el sol todavía brillaba cuando se detuvo

apesadumbrado frente a una librería. Entró y pidió al amable empleado un ejemplar de *Persuasión* de Jane Austen, el joven fue a buscarlo y añadió que era su obra preferida de la autora. Quizá mentía, quizá decía lo mismo de todos los libros que le pedían, pero Tom decidió que le creería. Le dio las gracias, no, no hacía falta que se lo envolviese, lo guardaría en el bolsillo del abrigo.

Volvió a la calle y buscó un café, no le esperaba nadie en ninguna parte y esa soledad fue bienvenida pues podía elegir una mesa confortable, pedir una tetera y un poco de leche, y leer hasta que la vista le exigiese un descanso.

Así lo hizo y tal vez fue la edad o que estaba en esa ciudad, o tal vez fueron las palabras que había en esas páginas, pero fue como si Jane apareciese a su lado y le leyera la historia de Anne Elliot y el capitán Westworth. Tenía cosquillas en los dedos porque buscaba la pluma que tenía en el escritorio en casa para subrayar algunas líneas, pero las calmó cuando comprendió que en realidad señalaría todo el libro. Se imaginaba a Jane creando esas frases, celebrando cada muestra de ingenio, y se sintió culpable por no haberse interesado más por ella cuando estaba enferma. No podía, ¿cómo iba a hacerlo? Ella no era nada de él, a pesar de que siguiera instalada en un hueco de su corazón, y el escándalo habría perjudicado a gente inocente. Además, ¿quién era él para ofrecer su ayuda o consuelo en momentos como aquellos? Podía justificarse hasta perder la voz y nada conseguía que dejase de sentirse culpable.

No le avergonzó descubrir que lloraba, las últimas páginas de la novela rompieron lo poco que quedaba intacto dentro de él, y se quedó allí sentado acariciando esas hojas de papel. Tenía las manos de un hombre de noventa años y sin embargo volvía a sentir el nudo en el estómago y el corazón galopando como en aquel baile cuando la conoció. Pagó la cuenta y con las rodillas algo doloridas se levantó y retomó el paseo, no le quedaba mucho tiempo y ahora sabía qué hacer con el objeto que llevaba guardado en el bolsillo derecho del abrigo y del que no se había separado en años. Paseó hasta Union, la calle donde Anne Elliot y Westworth por fin se reconcilian y deciden darse una segunda oportunidad y, como había escrito Jane, «resignarse a ser más felices de lo que merecen», y una vez llegó allí buscó con ahínco, tenía que haber alguna en alguna parte.

La encontró.

Vio el cartel de la tienda, una pequeña joyería que hacía las veces de casa de empeños. No sabía previamente de su existencia, simplemente, en cuanto la idea tomó forma en su mente, decidió que era imposible que a esas alturas el destino no estuviese un poco de su parte y le ayudase. En Union Street tenía que existir

lo que buscaba. Caminó hasta el portal, la puerta chirrió al abrirla, y un hombre que casi podía competir con él en edad y achaques lo saludó.

—Buenas tardes.

Tom acarició la cajita negra con el pulgar, el terciopelo estaba gastado, repetía aquel gesto a menudo y lo echaría de menos a partir de ahora.

—Buenas tardes, me preguntaba si podría dejarle algo, una pieza para que la venda en su establecimiento.

El joyero levantó unas cejas blancas y muy pobladas, no estaba acostumbrado a que esa clase de peticiones saliera de la boca de personas de la edad y apariencia respetable de Tom.

—Me temo, caballero, que no estoy en disposición de pagarle demasiado.

—No quiero que me dé nada, solo su palabra de que cuidará de ella e intentará que termine en las manos adecuadas.

Dejó la cajita negra en la mesa y se obligó a soltarla. El joyero la miró intrigado antes de abrirla despacio. Sujetó la joya en alto, el colgante en forma de estrella le sorprendió, no logró ocultarlo, y leyó en voz alta la inscripción:

—Para J de T.

—¿Puede quedárselo?

El joyero devolvió el collar a la caja y Tom cerró los dedos dentro de los bolsillos para contener las ganas de recuperarlo.

—¿Está seguro de que quiere desprenderse de él? Le repito que no puedo pagarle demasiado.

—Y yo que no quiero nada. Le aseguro que me basta con saber que el collar está aquí.

—Le ruego disculpe mi curiosidad, señor, pero ¿qué tiene mi tienda de especial?

—Aquí es donde se supone que tiene que estar. A mí no me queda mucho tiempo y no voy a poder seguir cuidando de él, quiero que siga su camino.

El joyero habría podido echarlo, sin duda parecía un lunático o uno de esos ancianos cuya mente les ha fallado. Si ese hombre no aceptaba, tal vez podría dejar caer la cajita al suelo de camino a la salida y con algo de suerte no se daría cuenta hasta que fuese demasiado tarde. Tom no sabía explicarlo, pero de repente sentía que era verdaderamente importante que el collar que tantos años atrás había comprado para regalarle a Jane y no le había dado tenía que estar allí, en Bath.

—Está bien, puedo quedármelo, es innegable que su oferta es irrechazable. — Cerró la cajita y la metió bajo el mostrador y Tom tuvo la tentación de pedirle

que le dejase tocarlo una vez más—. Lo guardaré aquí unos días, por si cambia de opinión.

—Gracias, pero no cambiaré de parecer.

—Es una pieza muy original, única, me atrevería a decir. Collares con flores, camafeos, símbolos religiosos, de esos tengo en abundancia. Pero estrellas no, tiene que haber sido una joya muy especial para su propietaria.

Tom sabía reconocer a un chismoso cuando lo veía y se imaginó que aquel caballero, dado su oficio, era muy diestro en el arte de obtener información. No le dio ninguna, excepto confirmarle lo que ya suponía.

—Sí, es una pieza única. —Se dio media vuelta tras mirar por última vez hacia donde había desaparecido la cajita con el collar—. Cuide de ella.

Metió las manos en los bolsillos, la ausencia del collar le provocó una reacción física y cerró los ojos para respirar y para recordar cómo en el café, antes de salir a la calle, se había pasado minutos mirándolo y acariciándolo. Y también se lo había acercado a los labios una última vez para darle un beso de despedida, él que nunca había sabido cómo expresar lo que de verdad encerraba dentro.

Había dibujado aquella estrella una noche de aquellas vacaciones de Navidad que pasó con Jane y que a menudo parecían un sueño. Meses más tarde, ya de regreso en Irlanda encontró el esbozo e iba a romperlo, pero algo lo detuvo y acabó guardándolo en un cajón. Lo cierto era que se olvidó de él durante un tiempo, su noviazgo y boda con Mary, el trabajo, los niños, le llenaron la vida por completo y un día su hija Jane lo encontró y le preguntó qué era. Él le explicó que era una estrella y después le contó historias sobre estas. Y fue entonces cuando decidió que buscaría un orfebre que convirtiera aquel dibujo en un collar y se lo daría a Jane para decirle que por fin entendía su decisión, que le deseaba lo mejor, que si él pudiera haría todo lo posible para que los sueños de ella se hicieran realidad y que le regalaba esa estrella para demostrárselo y porque quería que ella lo recordase, aunque fuese solo como amigo y como el chico que la había querido esas navidades antes de descubrir las estrellas.

Nunca llegó a dárselo, lo había intentado un par de veces y no lo había hecho porque sabía que cuando lo hiciera se despediría de verdad de Jane y jamás volvería a verla o a pensar en ella.⁶

6. Tom Lefroy murió el 4 de mayo de 1869.

Jane Austen murió el 18 de julio de 1817 en Winchester, donde había ido a recibir asistencia médica, y la enterraron en la catedral de Winchester. Tenía cuarenta y un años. En diciembre su hermano Henry supervisó la publicación de *La abadía de Northanger* y de *Persuasión*, que se publicó en 1818 y a la que él le puso el título además de añadirle una reseña biográfica.

En las últimas páginas de *Persuasión* aparece la carta que le escribe Frederick Wentworth a Anne Elliot, considerada por muchos expertos la declaración de amor más apasionada y verdadera de Jane Austen: «No puedo seguir escuchando en silencio. Debo hablarle con los medios que tengo a mi alcance. Lo que dice me traspasa el alma. Vivo mitad en agonía, mitad en la esperanza. No me diga que llego demasiado tarde, que se han perdido esos preciosos sentimientos para siempre. Le ofrezco mi ser otra vez con el corazón más rendido que cuando casi lo destrozó hace ocho años y medio. No diga que el hombre olvida antes que la mujer, que su amor muere más pronto. ... Debo irme sin conocer mi destino; pero volveré aquí, o acudiré a su velada, en cuanto me sea posible. Una palabra, una mirada serán suficientes para decidir si puedo entrar en casa de su padre esta noche, o nunca».

36

Manel

La madre de Manel tenía el don de resumir los problemas de su hijo en dos frases y esa vez había conseguido reducirla a una. «Tendrías que haberle dicho a esa chica que quieres estar con ella.» Precisa y pronunciada con el tono de voz adecuado, un punto medio entre el cariño y el tú eres tonto, había logrado que Manel se plantease si se había equivocado.

Esta vez las cosas eran distintas, les explicó a su madre y a su padre, él también estaba escuchando atentamente, aunque seguro que se guardaba su opinión —porque iba a tenerla— para el final. Habían viajado a Estados Unidos para celebrar allí el cumpleaños de Manel, que era en julio, justo cuando Anne ya llevaba veintiséis días embarcada y en medio del océano.

Ahora las cosas eran distintas, ellos dos eran adultos y no habían discutido. Sí, Manel había sucumbido y les había contado a sus padres toda la historia, la de ocho años atrás y la de ahora, lo que explicaba que llevase casi dos horas bajo interrogatorio y que hubiesen descorchado ya la segunda botella de vino tinto. Él no se había ido de Inglaterra gritándole que no quería saber nada más de ella y Anne no le había dicho que lo mejor que podían hacer era seguir sus caminos por separado. No estaban peleados, se escribían a diario, casi siempre dos o tres veces al día, y se llamaban cuando podían, el tema del teléfono era más complicado en el barco. Anne tenía que hacer eso, tenía que luchar por su sueño y él la apoyaba, no podía pedirle que lo dejase todo por él así sin más. Ya lo había hecho esa primera vez y era una experiencia que no quería repetir.

—¿Y qué pasará en diciembre, cuando se acabe lo del barco? —Sí, su padre se había guardado la pregunta para el final.

—No lo sé.

Vio que sus padres se miraban, no eran buenos disimulando, y mamá se levantó y le dio un abrazo y un beso en la mejilla, lo que sirvió para que Manel fuese consciente del mal aspecto que tenía.

—No duermo muy bien últimamente —se justificó cuando en realidad no hacía falta—. La compraventa se firma por fin dentro de dos semanas.

—Felicidades, hijo. —Su padre también le dio un abrazo—. Estamos muy

orgullosos de ti.

Habían salido a cenar ellos tres solos, mañana tenían planes con Prisha y su familia y después los padres de Manel harían turismo unos cuantos días antes de volver a Barcelona. Habían insistido en que los acompañara, pero él se había negado, tenía demasiado trabajo y lo cierto era que no quería amargarles el viaje, era consciente de que no era la mejor de las compañías.

—¿Puedo decirte algo? —Creía que estaba solo en la cocina, que sus padres habían ido a acostarse, así que la voz de su madre lo sobresaltó.

—Claro, mamá.

—Me parece muy bien que esperes a esa chica, no voy a decirte lo que tienes o no que sentir, pero...

—Sabía que había un pero.

—*Pero* tienes que vivir, que ser feliz, tienes que hacer la tuya hasta que eso suceda porque según nos has contado tal vez no suceda jamás. —Lo dejó tan atónito que se acercó a él para darle una palmadita en la cara como cuando era pequeño—. Me voy a la cama, buenas noches, y feliz cumpleaños.

Manel caminó hasta un sofá y se dejó caer. Mamá tenía razón, pero esa noche no quería pensar en eso, ni en la compraventa ni en qué haría si Anne finalizada la travesía no quería estar con él. Era su cumpleaños, así que buscó el móvil y abrió la aplicación de correo.

¡Feliz cumpleaños! Odio no poder besarte y felicitarte de verdad.

¿Tus padres ya han llegado? Me dijiste que llegaban hoy, ¿o era ayer?

El trabajo en la cocina sigue siendo agotador y en el barco siempre hay cosas que hacer y yo hay días que tardo tanto en terminar las tareas que me han asignado que tengo la sensación de que unas se me solapan con las otras y... lo siento, hoy es tu cumpleaños y no quería quejarme.

Cuéntame qué vas a hacer y cómo vas a celebrarlo para que me muera de envidia. Intentaré llamarte más tarde o hacer una videollamada o algo, echo de menos tu voz, pero no sé si podré. Depende de dónde estemos entonces y de si sigo siendo capaz de levantar los brazos y mover los dedos. Creo que nunca me recuperaré de estas agujetas.

Te quiero,

A

Sé exactamente qué regalo te daría si pudiera verte.

Él le había respondido:

Odio que no estés aquí o no estar yo allí.

Mis padres llegaron ayer y esta noche vamos a cenar, ya te contaré. Necesito hablar contigo, quizá si oigo tu voz mi día mejore y deje de preguntarme por qué no fui a verte antes de que embarcaras. Estoy harto de despedirme de ti, Annie. Lo siento, no quiero enfadarme, es que esto es más difícil de lo que creía. Hoy es más difícil de lo que creía. Intentemos de verdad que este sea el último cumpleaños que pasamos separados.

M.

No le había llamado, sabía que Anne lo había intentado, pero lo cierto era que el barco de la expedición iba preparadísimo para estudiar las aves y la fauna marina en general, era un barco de recuperación animal, pero no tanto para mantener las comunicaciones de los humanos que iban a bordo. No podía quejarse, supuso, el correo electrónico funcionaba, aunque no podía quitarse de la cabeza que él podría haberle mandado a Anne un teléfono con el que podrían hablar, incluso un prototipo que aún no estaba en el mercado, y no lo había hecho porque le estaba dejando espacio. Espacio para que él se volviese loco y perdiese la calma y empezase a comportarse como un desquiciado, al parecer. Soltó el aliento y cogió aire despacio, cuando estaba en la universidad les obligaron a asistir a unas conferencias sobre el control de la ansiedad, entonces le parecieron innecesarias y sin embargo ahora tenía que reconocer que los ejercicios de respiración que les habían enseñado allí eran probablemente uno de los recursos que más utilizaba a diario.

Abrió otro correo, la ventaja que tenía que se escribieran y que probablemente perdería si pudieran hablar siempre que quisieran era que podía releer los textos que le había mandado Anne siempre que quería o que necesitaba.

Buscó uno que le mandó cuando apenas llevaba dos días en el barco.

No puedo dormir, Mal, tengo frío, estoy mareada y tengo un miedo atroz de haber cometido el peor error de mi vida al subirme a este barco. ¿En qué estaba pensando? Lo peor de todo es que al mismo tiempo sé que tengo que estar aquí, que esta es la última oportunidad que tengo de conseguir lo que quiero o al menos así lo siento dentro.

¿Te he contado cómo pasé mi último cumpleaños? Creo que no, supongo que ahora es tan buen momento como cualquier otro y además faltan pocas semanas para el tuyo. El años que viene tenemos que celebrarlos juntos (esta frase le gustaba especialmente a Manel).

Veamos, me pasé el día trabajando y sin que nadie me felicitase, cuando salí del restaurante un gato callejero casi me mata de un susto —acabamos siendo amigos, le dejaba comida al salir y ahora he logrado que Caroline siga ocupándose de él— y después volví a casa sola y exhausta. Recuerdo que me regalé pensar en ti, verás, me obligaba a no hacerlo porque creía que no me lo merecía. Yo te

había dejado y te había dicho que lo nuestro no merecía la pena, que lo mejor sería que fuésemos cada uno por nuestro lado cuando en realidad quería pedirte que no te fueras o que por favor, por favor, por favor me escribieras cada día y no te enamorasas de otra en América mientras yo me aclaraba las ideas en Inglaterra. En fin, no me permitía pensar en ti pero el día de mi cumpleaños me lo regalé y durante unos minutos fue el regalo perfecto (esta parte también le gustaba mucho)

Al llegar a casa papá me estaba esperando para hablarme de las joyas de mamá, fue el primer día que se interesó por ellas, y si Thea no hubiese estado allí para avisarme y echarme una mano seguro que yo habría metido la pata y se las habría dado, estaba agotada y triste y quería irme a la cama. Thea fue la única que me felicitó por mi cumpleaños. Ese día me di cuenta de que no podía seguir dejando pasar la vida, que tenía que hacer algo, o mucho, para conseguir lo que quería. Y empecé. La mañana siguiente llamé a dos universidades con facultades de biología marina, hablé con Thea, y días después con Jun, y fui a la fiesta de compromiso de Harriet y de Patrick cuando semanas antes había decidido no ir. Y cuando te vi en esa fiesta, en la del documental de Colin, decidí que contigo tampoco dejaría pasar esa segunda oportunidad y que conseguiría disculparme o como mínimo hablar contigo una vez.

Ya ves, me he pasado los últimos meses creando algo y ahora va y estoy en este maldito barco y quizá sea necesario, vale, sé que lo es, pero ahora mismo daría lo que fuera por estar contigo y después, cuando saliéramos de la cama, ir a cenar, los dos, tú y yo, con unos amigos o con mis hermanas.

Otro, leería otro más antes de acostarse, lo buscó en la carpeta donde los guardaba porque sabía cuál necesitaba.

¡Me han dejado hacer prácticas en el laboratorio! El profesor Roland asegura que no soy del todo un caso perdido. ¿Te lo puedes creer? También me ha dicho que tengo muchísimo que aprender y me ha endosado dos manuales para que aproveche el tiempo libre. Tiempo libre, dice. He empezado el primero esta noche, ya que tú no estás aquí y no puedo hacerte el amor que es lo que haría ahora. ¿Por qué será que las buenas noticias son mejores ahora que quiero y puedo compartirlas contigo? Ahora mismo te besaría y te ataría a la cama.

Pasó el dedo por encima de la pantalla y sonrió. Esa imagen había sido su regalo de cumpleaños, pensó al subir la escalera hacia el piso donde se encontraba su dormitorio. Esa noche fue difícil, no había exagerado cuando la había contestado antes, y los meses que les quedaban por delante también iban a serlo. Exhaló, podían superarlo, habían pasado algo más de ocho años separados y enfadados, intentando quizá olvidarse, y no lo habían hecho. Ahora eran más listos, mayores, conocían mucho mejor su carácter y confiaba en los sentimientos propios y en los del otro y además, él la quería más ahora. Y

esperaba que ella también a él.

Manel no desmerecía el amor que había sentido con veintiún años, le había definido y convertido en lo que era ahora, pero en su interior reconocía que ahora era mucho más fuerte. Ahora no se había rendido y quizá eso mismo era lo que le daba miedo. Su madre tenía razón, no podía mantener su vida a la espera de que el barco de Anne atracase porque tal vez ella no regresara entonces con él. Se metió en la cama, cerró los ojos e intentó dormir.

El día que firmó la compraventa de Buenas Intenciones siguió siendo el mismo de siempre. La firma tuvo lugar en San Francisco, después de las negociaciones en Londres y de que uno de los ingenieros del equipo de Manel se pasase varias semanas en China había llegado el momento definitivo y estaba listo para cerrar esa etapa porque sabía que también era el principio de una igual de interesante y llena de retos. Para los usuarios no cambiaría nada, al menos al principio, y lo que sucediera dentro de un año, que era el margen de tiempo que estimaban para que la transición terminase, se escaparía ya de sus manos.

Cuando abandonó el edificio donde había tenido lugar la reunión, Manel fue a un bar con Prisha. Ella le había acompañado aunque su firma no era necesaria. Durante los primeros minutos estuvieron hablando de tonterías, como por ejemplo que los trajes de los abogados que representaban a ZTE probablemente valían demasiado y que daba grima mirarlos. Los abogados que representaban al laboratorio también llevaban corbata, aunque afirmaron que los suyos eran distintos como sucede siempre cuando algo o alguien está relacionado contigo. Un par de años atrás, antes de que ZTE se pusiera en contacto con ellos recibieron una muestra de interés de la red social por excelencia, la primera, y la moral del equipo adquirió cuotas estratosféricas. Sin embargo, no tardaron en decidir que preferían ser independientes y si algún día llegaba el momento de vender lo harían protegiendo los datos de sus usuarios. Había sido una larga batalla y probablemente si Manel no se hubiese mantenido tan intransigente en algunos puntos habrían concluido las negociaciones antes y el precio habría sido más alto. Aun así este último punto parecía sacado de una escena con un supervillano, cuando este exige un rescate imposible a cambio de no conquistar el mundo. El dinero serviría para pagar a los accionistas y para que Manel y su equipo pudiesen decir en qué clase de proyectos invertirían el tiempo, sus inquietudes e ideas durante el resto de su vida. Ninguno de ellos quería aparecer en esas listas de ejecutivos absurdos que publicaban ciertos medios de comunicación y si podían mantener el anonimato, mejor que mejor.

—Por nosotros. —Prisha levantó un whisky—. Esta noche tenemos que celebrarlo con todo el equipo.

Manel chocó su vaso con el de ella, el líquido de los dos produjo cierto oleaje, y asintió.

—Sí, por nosotros. ¿Vas a tomarte unas vacaciones? Deberías, yo no me iré a ninguna parte. Gracias por estar aquí estos últimos meses, no sabía que iba a viajar tanto.

Prisha asintió y le hizo señas al camarero para que volviese a llenarles los vasos.

—¿Cuándo conoceré a Anne?

—No lo sé. —Agradeció esa segunda copa—. No lo sé.

—Vale, voy a intentar una pregunta más fácil, ¿estás seguro de que quieres seguir adelante con lo de *Jane*?

—Sí, muy seguro, ¿y tú?

—Yo también, pero ambos sabemos que *Jane* es tuya.

Manel hizo girar el vaso en los dedos, mentiría si no reconociera que una parte de él quería quedarse a *Jane* para siempre, seguir tal y como estaban y en cierto modo protegerla. Pero *Jane* nunca había sido suya y la había creado con la esperanza de encontrar algo dentro de la inteligencia artificial que ayudase a resolver alguno de los problemas o de las limitaciones de la inteligencia humana, y para conseguir eso de verdad necesitaba que *Jane* dejase de pertenecerle y todo el mundo tuviese acceso a ella. Había hablado de este tema con Anne y ahora esa conversación resonaba en su mente. Como mínimo iba a necesitar dos años para tener a *Jane* preparada para presentarla al resto del mundo, dos años en los que tanto él como su equipo iban a tener que trabajar en algo que no existía, lleno de imprevistos y de retos, y también de buenos momentos. Estaba impaciente por seguir adelante y en parte le debía a Anne volver a sentir esa clase de ilusión, desde que ella había vuelto a entrar en su vida todo parecía nuevo, más brillante y lleno de posibilidades y todas implicaban que él no podía irse de Silicon Valley.

Él se resistía a preguntarle qué haría en diciembre, que se escribieran más que hablaran facilitaba evitar el tema y cuando salía en alguno de los correos siempre era tangencialmente, cuando por ejemplo uno de los dos mencionaba el estreno del documental de Colin, que estaba previsto para principios de enero del año siguiente, o aparecían las vacaciones de Navidad. Los dos querían verse, tal vez podrían pasar esos días en Barcelona, sugirió Anne en un correo, le gustaría volver a saludar a sus padres y nunca había estado en la ciudad.

No, la compraventa de Buenas Intenciones no le convirtió en otra persona, pero aquella noche, cuando volvió a casa solo después de celebrarlo con sus compañeros y amigos en el laboratorio tomó la decisión de no vivir a medias mientras esperaba a que Anne descubriera cuál era su sueño.

Lo primero que hizo al día siguiente fue apuntarse a clases de surf.

Aquella noche que pasearon por Londres le había contado que su primer intento por aprender a surfear había sido patético y que había acabado haciéndose daño en un brazo incluso estando en la arena. No le había mentado, solo se había olvidado adrede de añadir la segunda parte de la historia y ella, que la sabía en parte, tampoco se la había recordado. Tal vez Anne no se acordaba. Hubo una noche, ahora casi nueve años atrás, en la que estaban desnudos en la cama de la habitación que él tenía alquilada. Él estaba tumbado boca abajo y ella le deslizaba un dedo por la espalda creando formas inconexas que le erizaban la piel y aceleraban el aliento.

Anne hablaba, saltaba de un tema de conversación a otro, hasta que se puso a hablar de sus pingüinos y le contó que había vuelto al zoo y se había quedado casi una hora mirándolos. Ella defendía que no deberían de estar allí, que deberían ser libres, pero añadió en voz baja que se sentía mala persona por alegrarse un poquito de que esos cuantos estuviesen en Londres y ella pudiera verlos. Esa tarde se había quedado embobada viendo cómo saltaban al agua, entraban, salían, buceaban, como si no le tuvieran miedo. Él ladeó la cabeza, suspiró y dijo que el mar no daba miedo, que obviamente uno tenía que respetarlo y no hacer locuras, pero no temerlo. Anne dibujó algo que él identificó como una ola. Es fácil para ti, le dijo ella esa noche, seguro que viviendo como vives en una ciudad con mar sabes nadar. Ella no. Manel, que como casi todo el mundo que ha crecido frente al mar nadaba casi desde que había aprendido a andar, tardó unos segundos en comprenderla. Se sentó entonces en la cama, la sábana le tapó la cintura, y sujetó las manos de ella para preguntarle si de verdad no sabía nadar. De verdad, por qué iba a mentirle sobre algo así. La semana siguiente él consiguió el horario de las piscinas de la universidad y encontró varios huecos que podían servirle para conseguir su objetivo. Preparó la cita sin decirle nada a Anne y la llevó hasta allí con los ojos vendados, ella creía que la estaba llevando al cine o al teatro, o tal vez al zoo, y cuando olió el cloro y arrugó la nariz apretó la mano con la que él la sujetaba y le preguntó nerviosa dónde estaban. Manel la enseñó a nadar. Esas tardes en la piscina de la universidad estaban guardadas en un rincón de su corazón y pocas veces, muy pocas, se atrevía a recordarlas. Seguramente se enamoró

perdidamente allí, con la piel de ella húmeda bajo sus dedos, compartiendo sonrisas y promesas de todo lo que harían cuando Anne nadase. Lo primero que sugería ella siempre era hacer una carrera y dejarle en ridículo. Él tenía otras ideas. Los dos coincidían en que algún día aprenderían a hacer surf juntos.

Esa primera clase tan desastrosa lo fue por dos motivos; el primero, él aunque corría a diario y estaba en forma era más torpe que un pato mareado, el segundo, a pocos metros de donde estaban él y su sufrido profesor había una pareja intentando aprender juntos y Manel poseía una alta tolerancia para el masoquismo y los miraba cada dos segundos. Hasta que tropezó con la tabla, que era más grande que él, y se precipitó en la arena donde se cortó con un clavo que sobresalía de una madera que estaba escondida pero que habría visto si hubiese estado prestando atención. Le atendieron allí mismo, el profesor se disculpó por no haber inspeccionado previamente la zona y Manel insistió en que no era culpa suya, era él que no había estado mirando lo que hacía.

Se alegraba de haber enseñado a nadar a Anne, pasara lo que pasase entre ellos aquel recuerdo siempre les pertenecería. Pero las clases de surf iba a empezarlas sin ella, necesitaba hacerlo.

A mediados de octubre Manel le escribió este correo:

Anne, me duele todo el cuerpo, aunque creo que esta mañana he conseguido mantener el equilibrio y no he hecho completamente el ridículo. Es mucho más difícil de lo que parece, pero me gusta estar en medio del mar, el olor, el color, notar el agua a mi alrededor cuando me siento e intento aparentar que sé lo que estoy haciendo (cuando en realidad recupero el aliento), todo eso consigue que eche mucho de menos mi antigua vida y al mismo tiempo me sienta como en casa. No sé si tiene sentido. Te echo de menos.

Y ella le respondió:

Tiene sentido, yo también te echo de menos. ¿Me enseñarás a hacer surf? Prometimos que lo aprenderíamos juntos y ahora me llevas ventaja. Como siempre. Pero el día menos pensado te atraparé (y no me refiero a ningún deporte acuático). Siempre pienso en ti.

Faltaba un mes y medio para que la travesía del *Shackelton* y la aventura de Anne terminara y empezase de verdad la vida por la que llevaba el último año luchando. Cuando pensaba en ella trabajando en el Thorn, evitando a sus hermanas, pasando los días casi sin ilusionarse por nada excepto las charlas que mantenía con Caroline y por las visitas esporádicas de Russell, sentía como si hubiese despertado o como si esas escenas que veía en su mente, y que sabía que había vivido ella, en realidad no le pertenecieran.

Lo peor era que no podía echarle la culpa a nadie excepto a sí misma. Podía intentar razonarlo y estaba más que dispuesta a hacerlo, pero no iba a buscarse excusas. Igual que había sido ella la que había reaccionado y había empezado a tomar las decisiones correctas para cambiar, también había sido ella la que había tomado las equivocadas o las más fáciles y confortables. El confort, había descubierto esos últimos meses, estaba sobrevalorado y no daba la felicidad. La felicidad en su caso la daba saber que tenía un correo de Manel esperándola, que él pensaba en ella, que ella estaba un paso más cerca de estudiar por fin biología marina y que algún día tendría un trabajo en ese campo. Otro descubrimiento importante que había hecho aquel último año era que no pasaba nada si al final tardaba más de lo previsto en encontrar ese trabajo perfecto para ella o si había días en los que no conseguía sentirse realizada, estaba en el camino adecuado y había aprendido que en realidad lo mejor de la vida era saber qué querías hacer con ella y compartir esos momentos mágicos en los que todo parece perfecto y esos en los que todo se va a la mierda con una persona o dos, o tres, o las que haga falta, pero que te quieran más que a nada. Más que al paso del tiempo, más que a todos los buenos argumentos en tu contra, más de lo que sería recomendable por su propio bien. Más que todas las buenas intenciones del mundo juntas. Así era como ella quería a Manel y creía que él la quería del mismo modo, confiaba que así era porque él, aunque no se lo había dicho, se lo demostraba a diario, que en realidad es lo más difícil.

El correo que había recibido esa mañana era otra muestra de ello:

La visita de Alice ha sido de lo más instructiva, ¿tú sabías que hace unas semanas fue a cenar con

William? Cuando me contaste que se conocieron en esa cena que tus hermanas se empeñaron en organizar para despedirte antes de que embarcases no podía creerme que hubiesen conectado tan bien. Aún estoy enfadado por no habérmela perdido, aunque me alegro mucho de que la tuvieras. Las fotos son geniales. Pues al parecer no solo congeniaron esa noche, sino que se han visto unas cuantas veces para tomar algo y el otro día fueron a cenar. Me siento como cuando iba al instituto. Tienes que mantenerme informado de lo que pase en Londres, pídele a Harriet que investigue, aunque teniendo a Luke no sé de qué me preocupo, seguro que él nos tendrá al corriente. Han pasado meses y sigue costándome no oír tu voz, sí, ya sé que la diferencia horaria y los satélites no colaboran, pero aun así... daría lo que fuera por poder oír cómo te ríes ahora mismo, porque seguro que te estás riendo, ¿a que sí? Lo estaba.

Alice solo ha pasado por la zona de San Francisco por casualidad, la han invitado a dar unas conferencias en una universidad y no ha podido quedarse más tiempo, y me ha gustado verla a pesar de que me ha contado tantas cosas de ti, de cuando te vio en esa fiesta, que... bueno, da igual. Por cierto, Prisha casi me arranca los ojos cuando me ha visto con ella. Ni siquiera te conoce aún personalmente y creo, qué digo creo, estoy seguro de que si nos peleamos se pondría de tu parte. Dice que desde que existes de verdad en mi vida y no solo en mi mente estoy mucho más sociable y tratable. Yo le digo que no hay para tanto, aunque sé que tiene razón.

Recuerdo que el día que conocí a Alice durante un segundo me planteé la posibilidad de interesarme en ella, de preguntarle si le apetecía salir a cenar una noche conmigo. Solo fue un segundo, no llegó ni a eso, porque aunque sin duda ella es estupenda yo no podía dejar de pensar en ti. De hecho, eso sucedió en la fiesta de presentación del documental de Colin y cuando te vi allí plantada hablando con él sonriéndole, pensé que sufría alucinaciones. Alice desapareció entonces, lo habría hecho de todos modos, y nos hicimos amigos. Todavía recuerdo los celos que tuve de Colin, la mañana siguiente a la fiesta oí una chica en su habitación, estamos todos durmiendo en la casa que había alquilado la productora, y cuando oí que abría la puerta salí al pasillo dispuesto a suplicarte que hablaras conmigo. Aunque si te digo la verdad, no sé qué habría hecho si de verdad hubieras sido tú.

Tengo que acostarme, sigo echándote de menos, no pienso acostumbrarme a esto.

Ella también recordaba los celos que había tenido de Alice y que el día que los vio paseando por Bath, el fin de semana siguiente a la fiesta de Colin, pensó que hacían muy buena pareja y que él seguramente la odiaba por cómo le había dejado ocho años atrás. Y aunque no creía que los celos fueran buenos en ningún caso, tuvo que reconocer que descubrir que él los había sentido de Colin le sentó bien a su ego.

¿¡Colin y yo!? Tú estás loco, Mal. Pero me habría gustado estar en ese pasillo... contigo. Y ahora, voy a fingir que no he escrito eso porque esa noche tú ni siquiera me dijiste dos frases y yo estaba

furiosa contigo por haberme ignorado y por haber reaparecido en mi vida más imponente que antes y sin avisarme.

Me alegro de que Alice haya podido pasar a verte y voy a confesarte que me muero de celos. Ahora y antes. Ella te ha visto en tu casa, en Los Gatos, conoce a Prisha en persona y yo sigo siendo solo una imagen en una pantalla. No es justo y sé que no puedo quejarme, pero confío en que lo entiendas. Supongo que es lo mismo que sientes tú respecto a esa cena de despedida que me organizaron. Y en cuanto a lo de «antes», me refiero a que yo tenía celos de ti y de Alice, hacíais muy buena pareja juntos y cuando os vi paseando aquella tarde por el campo pensé que me moriría allí mismo, creo que por eso elegí caminar al lado de Luke, porque es médico y tal vez él habría logrado salvarme. Además, y no digo que lo hicieras adrede, pero siempre estabais juntos. En la boda de Harriet y Patrick bailaste más veces con ella que conmigo, sí, las conté, no me culpes porque no me arrepiento. Tengo que irme, me esperan en el laboratorio, hoy ya he terminado mi turno en la cocina. Procura no bailar con nadie mientras yo no esté.

Él le respondió al instante, aunque ella no lo vio hasta unas diez horas más tarde.

Todos mis bailes son tuyos, Annie.

Con sus hermanas, Caroline y Russell también se escribía. Los correos de Russell eran melancólicos, su madrina parecía utilizarlos como una especie de diario personal y en ellos le contaba historias pasadas de Millicent. Su madrina no sustituiría a su madre porque Anne había aprendido que las personas no son intercambiables, pero a lo largo de esos meses su relación había cambiado y era más compleja, a ella le hablaba a veces de sus miedos y Russell la escuchaba sin juzgarla. Confiaba en que a la larga Manel pudiese perdonar a su madrina por el papel que había jugado en su ruptura años atrás porque Anne no se imaginaba la vida con esas dos personas tan importantes para ella enfrentadas. Los correos de Caroline eran con diferencia los más divertidos y Anne los releía siempre que tenía un mal día. Si el día era horrible solo encontraba consuelo en los textos de Manel. Caroline le contaba cómo iban las cosas con Max y si conseguía pasar algún *casting*, de momento la habían elegido para el papel de Julieta en la representación de Shakespeare que iba a tener durante el festival de teatro de la siguiente primavera, esperaba que no se lo perdiera, más le valía estar allí, le decía Caroline en cada email, porque si no, esa Julieta no se moriría e iría a buscarla adonde quiera que estuviera para llevarla a rastras al teatro.

Con Thea y Jun tenían un grupo, había correos que se escribían las tres y que al final se convertían en un caos de conversaciones con archivos adjuntos de lo

más dispares y fotografías de los niños de Jun. Después, también estaban los correos que se escribía solo con una o con la otra.

De su padre no había sabido nada desde que se fue. Corrección, sí que había sabido de él, pero él no se había puesto en contacto con ella en ningún momento. Ni siquiera se había despedido.

Gracias a los correos de Russell Anne empezaba a entender por qué su madre se había casado con su padre y a raíz de esto por qué Nicola le había aconsejado a ella que dejase a Manel cuando este ganó la beca para Estados Unidos; tenía miedo de que la historia se repitiese.

Millicent conoció a Walter muy joven, él era ambicioso y tenía grandes ideas —y aires de grandeza— y en ella vio la compañera perfecta para conseguir llegar hasta donde quería. Ella, Milly, quería enamorarse y Walter, al menos en apariencia, era perfecto y al principio, Nicola tenía que reconocerlo, se dedicó a enamorarla y la trató como a una reina. Después, todo fue distinto. Para Walter ese matrimonio había sido un buen negocio, una buena decisión para las dos partes y ahora ambas tenían que desempeñar su papel. Convenció a Milly de que así debían de ser las cosas y ella durante un tiempo también lo pensó y fue feliz, y quizá lo habría sido siempre si no le hubiesen dicho que estaba enferma y que se le había acabado el tiempo. Ella no comulgaba con las teorías de Walter sobre que lo primero era el negocio y que las niñas, sus hijas, ya eran mayores y debían buscarse la vida solas. Ella sabía que sus hijas eran listas y que las había educado para que pudiesen valerse por sí misma, pero eso no significaba que no quisiera pasar tiempo con ellas, que no deseara formar parte activa de su vida. Su matrimonio era lo que era, ella entendía a Walter, y quizá si todo hubiese sido distinto le habría dejado, eso no lo sabrían nunca.

Anne no veía ningún paralelismo entre la historia de su madre y de su padre con la suya y la de Manel, pero podía entender que Russell se hubiese sentido culpable —aunque no debía— de no haber sabido aconsejar mejor a su amiga y que hubiese querido ser más cauta cuando Anne fue a pedirle consejo.

Fue Jun la que le contó en un correo que había recibido a mediados de septiembre el gran escándalo de Jack Elliot y que había salpicado a papá, aunque este al final, y demostrando que seguía siendo él, había caído de pie.

El primo Jack había robado a su empresa, el grupo de restauración que había comprado el Musgrove y lo había rehabilitado. Al parecer esa había sido la primera operación en la que se había quedado dinero falseando los números y como no le habían pillado lo había hecho otra vez, y otra, y otra. Jack era un ladrón, pero no idiota, y unos meses atrás detectó algo. Jun no supo explicarle

qué exactamente, que hizo que se pusiera en estado de alerta y trazó un plan; necesitaba un chivo expiatorio. Y allí, obviamente, era donde entraba Walter. Walter era el candidato perfecto, era el antiguo propietario del Musgrove y su tío, el pobre Jack había caído víctima de sus ardidés y se había visto obligado a robar por él, por su futuro suegro, pues al parecer en la empresa todos daban por hecho que Jack estaba prometido con Anne. Por eso la había paseado esa noche cogida del brazo por todo el restaurante, para que sus compañeros lo vieran con su flamante prometida. No lo habían hecho aún oficial porque el padre de ella, su futuro suegro, estaba deprimido por el último revés económico que había sufrido. No levantaba cabeza desde el fallecimiento de su esposa, pobre hombre. Por eso era de vital importancia que le dieran ese puesto, Walter Elliot sabía llevar un restaurante y era lo mínimo que podía hacer él. Jun se enteró de todo esto gracias a Hans a quien el destino o mejor dicho, el director del banco donde trabajaba, le asignó el caso de financiación de la empresa que empleaba a Jack. Hans era un héroe, le había contestado Anne a su hermana mayor, se merecía una medalla. Juniper le respondió que ella se había encargado de dársela. Walter se había visto envuelto en el escándalo y el padre de las chicas había sabido jugar con maestría su papel de víctima, él jamás manipularía a su joven sobrino para que robase a nadie, ese chico siempre le había preocupado, carecía de principios. Walter recibió una oferta que no pudo —ni quiso— rechazar para ser el gerente del Musgrove, ahora se llamaba de otra manera pero él se encargaría de recuperar el verdadero nombre. Hans tenía la sospecha de que dicho ofrecimiento había nacido para evitar que Walter se hiciera con ciertos documentos internos a los que su sobrino le había dado ya acceso con el pretexto de atraerle a su trampa y para evitar posibles acciones legales mucho más costosas. Walter no les dio ninguna explicación ni a Jun ni a Thea, sencillamente les comunicó que ponía en venta la casa de Bath y que volvía a Londres. Jun descubrió que le daba igual, Walter no había mostrado ningún interés en su familia y entre eso y lo que había hecho en el pasado prefería tenerlo bien lejos de ellos. Bath les gustaba, Hans estaba muy contento en el trabajo y ella también en el suyo y los niños tenían un montón de amigos y el colegio de allí les fascinaba. Iban a quedarse, habían encontrado su hogar y tanto Anne como Thea serían bienvenidas siempre y su presencia sería requerida y necesaria tan a menudo como fuese posible.

Cuando Anne le contó todo esto a Manel, él contestó:

Lamento lo de tu padre, sé que no esperabas nada de él, pero aun así me imagino que estás dolida.

Ojalá pudiera estar allí a tu lado, seguro que lograría que dejaras de preguntarte si podrías haber hecho algo para evitarlo. La respuesta es no, todos somos responsables de las decisiones que tomamos y tu padre no se merece que tú y tus hermanas penséis en él. En cuanto a Jack, ¿está en la cárcel? Tiene que estar en la cárcel. Si no lo está, dime cómo encontrarlo y lo solucionaré. No es broma, no te imaginas lo poco civilizada que ha sido mi reacción cuando he leído que iba por allí diciendo que estaba prometido contigo. Me cae bien Hans, por cierto. Hoy no puedo despedirme sin decirte te quiero.

Los correos de Thea eran más anárquicos, los había de una línea, de dos y de páginas enteras. Su hermana pequeña se había mudado de casa el mismo día que Anne había embarcado. Thea se había instalado unos días en casa de Jun, pero no tardó en encontrar un estudio a un precio asequible en Londres. Ella siempre había mantenido un pie en la ciudad y tenía sentido que volviese. Aunque Anne sabía gracias a las fotos que sus dos hermanas le mandaban, que Thea visitaba Bath muy a menudo y pasaba tardes enteras con los hijos de Jun. Era extraño, habían acabado las tres de nuevo separadas y mucho más unidas que nunca. Thea se veía con Stuart. Anne sospechaba que se estaba enamorando de él pero que tenía miedo de reconocerlo y siempre que le contaba algo de ese tema en uno de sus correos se esforzaba mucho, demasiado, en quitarle importancia. Anne le seguía el juego y le hacía las preguntas en ese mismo tono despreocupado. Nunca le preguntaba directamente si se veían o si hacían planes juntos, sino que dejaba implícito que ella y Stuart se encontraban por casualidad. Se alegraba muchísimo por su hermana, Stuart le había caído muy bien desde el principio y él incluso le había escrito un par de correos, uno para desearle buena suerte en esa aventura y otro para explicarle que había seguido investigando sobre su collar, el que le había regalado su madre, y lo único que había descubierto era que había aparecido casi por arte de magia en una joyería de Bath a principios de 1869 y que había permanecido allí hasta la muerte de su propietario. En realidad, había un dato curioso, a pesar de que el collar no tenía ninguna piedra preciosa, siempre había estado expuesto en una vitrina, como si tuviese un significado especial, pero fuera cual fuese, o si es que lo tenía, nadie lo sabía. El viejo joyero había fallecido y su hijo, que no había mantenido la tradición familiar, había vendido todas las piezas a un marchante especializado en descubrir rarezas, por así decirlo. Este se quedó con las joyas más interesantes, entre las que no estaba el collar de Anne, y el resto lo vendió a distintos compradores especializados en su mayoría a recorrer las ferias de antigüedades de Inglaterra. Gracias al joyero de Bath, que había confeccionado

una ficha del collar, Stuart había conseguido encontrar el rastro, pero seguía sin saber nada del valor, excepto que «el anciano que le entregó el collar parecía muy triste por tener que desprenderse de él», le transcribió el texto de la tarjeta.

Le dio las gracias a Stuart por la información y por haber seguido investigando las joyas cuando era evidente que no sacarían nada en claro. Él le respondió que lo había hecho encantado y Anne tuvo que contenerse por no traicionar la confianza de su hermana y no decirle a ese chico que no desistiera. Algo le dijo, aunque intentó disimular. Puso a Manel al corriente y él fue contundente:

Yo creo que tu collar lo compró Tom Lefroy para regalárselo a Jane Austen. Me da igual que jamás podamos demostrarlo. No se me ocurre nadie mejor para tenerlo ahora que tú, ¿no crees? Para mí tiene todo el sentido del mundo que tu madre lo encontrase y que lo eligiese para ti, hay cosas que no pueden ni deben explicarse. Como por ejemplo dónde está Internet o por qué tus pingüinos peludos (de penacho amarillo) tienen la misma pareja toda la vida y cruzan montañas de rocas para encontrarla año tras año. Creo que los pingüinos harían mejor de no separarse, lo digo por experiencia, espero.

Ella también lo esperaba.

A diferencia de cuando ganó la beca, esta vez Manel no le había pedido que lo dejase todo y que se fuese con él. Esta vez Manel no le había dicho nada, le había demostrado que estaba a su lado y que la apoyaba, que respetaba su sueño y que comprendía que ella necesitaba encontrar su camino antes de preguntarle si él podía acompañarla. Él intentaba disimular, ocultarle las dudas que tenía o incluso el temor que tal vez sentía a diario, lo sabía porque ella hacía lo mismo y porque lo notaba en los correos que se habían mandado esos meses y en cómo la había besado el último día en el aeropuerto, cuando ella lo acompañó para despedirse.

Hacía semanas que Anne sabía qué quería hacer y había dado los primeros pasos para conseguirlo, pero a él no le había dicho nada. Y no pensaba hacerlo de momento. Demasiadas cosas podían salir mal, la idea se le había ocurrido una noche de repente, después de leer un correo de él.

Creo que entiendo la obsesión de Lefroy por las estrellas. A veces pienso que es lo único que me une a ti, Anne. Llevo cuatro meses sin verte y me pregunto qué estamos haciendo, pero al mismo tiempo no quiero dejar de hacerlo. Nunca.

Ella no quería tener solo las estrellas y tampoco quería ser como esos pingüinos que se separaban para pasarse un año entero echándose de menos y volver a encontrarse corriendo el riesgo de perder la vida por el camino. Salió de

la cama, de la litera para ser exactos, y tras ponerse un jersey polar y las botas fue a llamar al camarote del profesor. Él podía ayudarla, semanas atrás se había ofrecido a hacerlo y ella le había dicho que necesitaba pensarlo. Ya lo había pensado y había llegado el momento de jugársela. Ronald la felicitó algo confuso y después le dijo que cuando estuviera más despierto mandaría el correo.

De vuelta a su camarote, y después de disculparse con Roland al que había sacado de la cama con su ímpetu, se tumbó en la litera y pensó en Jane Austen, se había llevado un par de biografías para seguir investigando la teoría de *Jane* —la *Jane* de Manel—. Era consciente que ella no poseía ni la capacidad de análisis de la inteligencia artificial ni los conocimientos de Rachael; era una manera de pasar el rato y de sentirse unida a esa historia que al fin y al cabo había desempeñado un papel especial en la suya con Manel. En una de esas biografías había leído que cuando Jane Austen tenía veinticinco años se cansó de escribir, Anne supuso que Jane estaba cansada, que tenía que ser frustrante volcar el alma en historias que muchas veces no llegaban a nada, y que la escritora se sintió sola y añoró un amor del pasado y para evitar caer en la tentación de ir a buscarlo e intentar revivirlo estuvo tentada de aceptar la propuesta de matrimonio de un amigo de la familia. Por suerte para nosotros no lo hizo y recuperó la ilusión por su sueño, por su pasión y por su familia, recuperó el sentido del humor y la idea que tenía de sí misma. Pero Anne no podía evitar imaginarse qué había pasado por la cabeza de Jane en ese momento, en qué o en quién había pensado, y si los remordimientos o los «ojalá» la habían empujado hacia uno u otro sentido.

Ella no quería tenerlos, había vivido ocho años con algo muy parecido y no estaba dispuesta a repetir la experiencia. Además, si las segundas oportunidades son difíciles de identificar y de conseguir, las terceras simplemente no existen, de eso estaba convencida.

38

Manel

Aquel último mes estaba resultando ser el más difícil de todos porque en cierto modo durante las largas semanas que Anne había estado en ese barco su relación había estado en pausa y ellos dos habían tenido tiempo de comprender qué significaban el uno para el otro y si querían seguir adelante.

La primera semana de diciembre él le había escrito preguntándole por sus planes de Navidad, él quería verla y también había prometido a sus padres que los visitaría en Barcelona, ¿tal vez podían ir juntos como habían hablado? El *Shackelton* llegaba a Inglaterra el veintidós de diciembre, quizá él podía ir a buscarla y desde allí pasar un par de días en Londres y en Bath, para ver a las hermanas de Anne y a los amigos de ambos, y después podían viajar a Barcelona. Era un buen plan.

Tengo muchísimas ganas de verte, Mal, tengo tanto que contarte. Cuando tenga más información sobre el día y la hora de llegada te lo mando, pero nada me haría más feliz que tú estuvieras allí. Estas últimas semanas van a ser una locura, Roland me está ayudando mucho y ahora que sé cómo quiero pasar el resto de mi vida estoy impaciente por empezar. ¿Cómo es posible que haya estado tantos años con los brazos cruzados?

Lo había leído más veces de las necesarias en busca de claves ocultas que estaba convencido de que en realidad no existían y había hecho lo mismo con otro intercambio de correos que habían mantenido sobre Jane Austen. El documental de Colin, que finalmente iba a estrenarse el primer sábado de enero en el cine Odeon de Greenwich en Londres, incluía la teoría que ellos dos habían descubierto con la ayuda de *Jane*. En el documental, Rachael era la encargada de explicarla y de respaldar esas suposiciones con documentos de la época. Supuso que nunca sabrían si era verdad, pero después de haberse pasado ocho años obsesionado con la historia que se escondía detrás de la autora de *Persuasión*, el libro que había leído aquel día en el avión después de que Anne lo dejase, tenía la sensación de que había encontrado la respuesta. Él nunca había dudado que Austen poseía un talento innegable y una mente brillante, pero ahora que además conocía un poco mejor a la magnífica mujer que había tras esas palabras, esta le

resultaba aún más impresionante. Le bastaba con eso, no le hacía falta que saliera en el documental o que unos académicos diesen la teoría por cierta, doscientos años atrás Jane Austen había descrito a la perfección cómo se había sentido él en ese avión con el corazón roto y también la esperanza que lo embargó cuando se reencontró con Anne y permitió que la verdad de ella borrara los prejuicios que él había levantado esos años con el orgullo herido, y eso nunca dejaría de impresionarle.

Anne siempre había tenido un vínculo especial con Austen, uno que compartía con su madre y que las unía de un modo único. Ella era más visceral que él y desde que habían encontrado esas cartas en casa de William Parsons en Irlanda estaba absolutamente convencida de que entre Austen y Lefroy había sucedido exactamente lo que *Jane*, la inteligencia artificial, decía y estaba muy enfadada por el papel que supuestamente habían jugado los hermanos de la escritora al esconder esa parte de su vida y de la de Tom. Tal vez su historia no hubiese tenido un final feliz, pero eso no significaba que debiese ser ignorado y que no tuviese ningún valor, de las historias tristes también se aprende y que no hubiese acabado bien no implica ni mucho menos que no se quisieran. Esa última frase no podía quitársela de la cabeza.

¿Sabes que los hermanos de Jane, exceptuando a Cassandra, ni siquiera fueron a verla cuando estaba muriéndose? Como mucho hicieron visitas relámpago —Anne leía todas las biografías de Austen que caían en sus manos—. Cassandra y Mary Austen estuvieron a su lado. Anne Sharp, posiblemente su mejor amiga, también fue a verla, así se deduce de una carta que Jane le mandó. Ellas se habían conocido jóvenes, en Godmersham, cuando Jane vivía en Kent, en casa de su hermano Edward, y Anne ejercía allí de institutriz de Fanny, una de sus sobrinas. Estoy convencida de que la protagonista de Persuasión se llama Anne por ella. En esa carta, Jane le confiesa a Anne que si llegaba a vieja seguro que «preferiría haber muerto en ese momento, bendecida por la ternura de esa familia, sus amigas». La entiendo, tal vez te parezca una tontería, pero gracias a Jane también entiendo un poco mejor a mi madre. Entiendo que quisiera pasar sus últimos meses con nosotras y con Russell y no en un hospital. Estoy segura de que Jane se acordaba de Tom o del caballero misterioso, aquel con el que dicen que mantuvo una relación mientras estaba en Bath, y que lo hizo con cariño, aunque esas historias terminasen no significa necesariamente que no se quisieran. Me molesta que Henry y James, sus hermanos, los hombres «oficiales» de su vida, decidieran borrar esa faceta de ella. Yo no me imagino la vida sin esa clase de emociones, sin mis amigas, sin el amor y la pasión que tú me despiertas.

Esa mañana Manel había salido a hacer surf, al final había aprendido, igual que también se había obligado a salir a cenar con sus amigos y a no pasarse los

días y las noches encerrado en el laboratorio trabajando en *Jane* y pensando en Anne. Podía reconocer que al principio no le había resultado nada fácil y también que ahora se alegraba de haberlo hecho; sus amigos, entre los que no solo incluía a Prisha y a su familia, lo llamaban a menudo para quedar y él también les había dejado entrar en su vida, su casa de Los Gatos ya no parecía sacada de un catálogo de una inmobiliaria, había rincones llenos de anécdotas y había perdido la frialdad del pasado. Por fin era su hogar, lo que sin duda dificultaría que tuviera que marcharse. Estaba planteándose seriamente la posibilidad de acercarse a la perrera municipal y adoptar un perro, de pequeño siempre había querido uno pero vivían en un piso y sus padres, con los horarios del bar, le habían advertido que tendría que cuidarlo solo. Entonces no se había sentido capaz, pero ahora era distinto. Quizá iría esa tarde, no tenía sentido que siguiera esperando, además seguro que no podía entrar y salir con el perro, conociendo ese país como había llegado a conocerlo, antes de que le entregasen al animal tendría que rellenar mil formularios. Decidido, iría a la perrera y tal vez así conseguiría pasar un día más de aquel mes que se le antojaba eterno.

Llamaron al timbre, ¿había quedado con alguien y se había olvidado?, salió de la cocina donde había estado planeando qué iba a hacerse para comer, y fue a abrir. Estaban a diez de diciembre y no había decorado la casa por Navidad, nunca lo hacía, aunque ese año tal vez compraría algún adorno pensó de camino a la puerta. Abrió y tuvo que apoyarse en el marco.

—¿Anne?

Parpadeó, le fallaron las rodillas e intentó recordar si se había golpeado la cabeza en la playa.

—Hola, Manel.

La recorrió con la mirada, hambriento por cada detalle, a pesar de que seguía incapaz de decir nada. Tenía el pelo más largo y la tez un poco bronceada, las pecas resaltaban más que antes y le provocó una reacción física descubrir dos o tres pecas nuevas que habían aparecido en su ausencia. También estaba un poco más delgada y una sonrisa trémula brillaba en el rostro que él tanto había echado de menos. En un intento por entender lo que estaba pasando desvió la vista a su alrededor y vio que junto a Anne había una mochila que le llegaba casi a la cintura y una bolsa de viaje. Ella suspiró y se llevó una mano al pelo, él no pudo sino seguir el gesto.

—Si no es buen momento, puedo i...

¡No! Gritó Manel en su mente al mismo tiempo que por fin reaccionaba y tiraba de ella para besarla. Cuando sus labios entraron en contacto pensó que

jamás sería capaz de apartarse, le rodeó la cintura con un brazo y con la otra mano la sujetó por la nuca para besarla como necesitaba. Quería respirar con ella, quería asegurarse de que la tenía entre los brazos y de que el sabor que ahora se extendía por sus venas era el de Anne y no el de un sueño. El anhelo que sentía por ella era tan fuerte y tan incontrolable que la levantó del suelo y cerró la puerta de un golpe para apoyarla allí y empezar a desabrocharle el abrigo. No podía pensar, se alegraba de que la respiración o el latido de su corazón no dependiese de su capacidad de concentración porque habría muerto allí mismo y le habría parecido bien si antes de irse podía estar con ella una última vez. El abrigo llegó al suelo, le temblaban las manos de lo desesperado que estaba por tocarla y su boca no se saciaba de la de ella, quería besarla ahora y recuperar cada beso que no le había dado durante los meses que habían estado separados, durante los años que no se habían visto. Quería todos los besos, no se veía capaz de sacrificar uno solo.

—El equipaje —farfulló ella que también temblaba.

Manel tardó unos segundos en comprender qué le había dicho y se obligó a apartar los labios, pero mantuvo ambas manos en la cintura de Anne.

—No te muevas. —Le costó reconocer su voz, pero no el motivo por el que había sonado tan ronca—. Por favor.

Había estado a punto de pedirle que no desapareciera.

Abrió la puerta y con una sola mano levantó ambas bolsas, las metió dentro sin prestar atención de dónde aterrizaban, y cerró de nuevo. Cuando se dio media vuelta temió habérselo imaginado todo y el corazón le golpeó el pecho al encontrar de nuevo a Anne justo donde estaba antes, con la mirada brillante y los labios húmedos de los besos que acababan de darse.

—Estás aquí —consiguió decirle y esta vez la voz se le rompió del todo y estaba seguro de que sus ojos también brillaban y de que una lágrima le resbalaba por la mejilla.

—Sí, estoy aquí, y quiero quedarme.

Más tarde le preguntaría cómo era posible y si esa frase era cierta para siempre o solo por un tiempo, pero ahora quería volver a besarla y estar con ella, tener su piel de nuevo bajo la suya, encima, en cualquier parte. Caminó despacio hasta donde estaba, seguía pegada a la pared y se preguntó si Anne también necesitaba un punto donde apoyarse porque a él le temblaban tanto las rodillas que tenía miedo de que fuesen a fallarle. Ella alargó los brazos, los detuvo en la cintura del pantalón que él llevaba y tiró de él para ayudarlo a recorrer esos últimos pasos. Manel notó los dedos subiéndole por debajo de la camiseta, encogió los

músculos y exhaló nervioso, excitado, más feliz y asustado de lo que lo había estado nunca.

—Estás aquí —repitió.

Ella lo besó, se puso de puntillas, aunque él respondió agachándose e incrementando así la intensidad del beso y de los movimientos de sus bocas y del resto del cuerpo. Anne detuvo una mano en el corazón de él y los latidos se descontrolaron irremediablemente. Ella le quitó la camiseta, él se peleó con el jersey que llevaba ella y después con las botas y con los vaqueros. No se movieron de donde estaban, la ropa fue amontonándose en el suelo hasta que Manel se estremeció al entender que nunca había estado tan desnudo ante nadie, la mujer que tenía delante poseía el poder de destrozarle o de convertirle en el hombre más feliz del mundo y él estaba dispuesto a permitírselo todo, a hacerlo y darlo todo por el futuro que podían llegar a tener juntos.

No había palabras para explicar la verdad de esos sentimientos ni la eternidad que abarcaban, solo podía demostrárselo. Le acarició el rostro, ella seguía temblando y él, él no podía contener nada.

La besó, con cada beso los dos parecían calmarse un poco aunque el deseo y la desesperación por el otro les nublaste la mente y dominase cada una de sus acciones. La levantó en brazos, ni siquiera era consciente del lugar donde estaba, solo que por fin tenía el cuerpo de Anne junto al suyo, la apoyó contra la pared, la delicadeza y la pericia le habían abandonado por completo, y entró en ella pronunciando su nombre una y otra vez en su mente. Anne tenía las piernas alrededor de su cintura y le acariciaba el pelo, los hombros, toda la piel que Manel temía que fuera a romperse porque no podría contener todo lo que sentía por ella.

Podía oír que ella intentaba tranquilizarlo, que le susurraba al oído que estaba allí y que no iba a irse a ninguna parte, pero lo único que entendía él era que estaban juntos y que necesitaba perderse en ella, desmontarse en partículas tan pequeñas que se fundiesen con las de Anne y nada o nadie pudiese volver a separarlos. Su cuerpo se rindió, el de Anne se estremeció en sus brazos y con las fuerzas que le quedaban Manel la llevó a su dormitorio y la tumbó en la cama. Él la siguió, la abrazó y volvió a besarla, a acariciar esa piel que le había devuelto a la vida, a redescubrir y reconquistar cada rincón con sus labios, sus manos y su mirada.

Horas más tarde, exhausto, con la respiración todavía acelerada de la emoción y el corazón dolorido por haberse llenado tan de repente y tan para siempre, consiguió hablar.

—Estás aquí —volvió a decirle, pero esta vez sin la angustia de antes y con una sonrisa.

—Sí, quería darte una sorpresa.

Él soltó el aliento aliviado y feliz.

—Me la has dado. ¿Hasta cuándo puedes quedarte? —Entrelazó los dedos con los de Anne y se los llevó a los labios—. Tengo tantas cosas que enseñarte, los del laboratorio están locos por conocerte y Prisha y su familia también. Y tienes que ver lo que hemos hecho con *Jane* y...

—Yo también quiero enseñarte algo. —Anne le soltó la mano y él la dejó ir preguntándose si no tendría que acostumbrarse a esa sensación antes de lo que pensaba—. Enseguida vuelvo.

La miró mientras salía de la cama y se ponía una camiseta que él había dejado el día anterior apoyada en la silla que tenía frente a la ventana con vistas al mar. Verla con esa prenda no tendría que afectarle tanto y más cuando no sabía qué había ido a buscar Anne en el piso de abajo. La oyó arrastrar y abrir una bolsa y después subir la escalera. Se incorporó hasta quedar sentado y apoyó la espalda en las almohadas que amontonó en el cabezal. No quería abandonar esas sábanas, quizá así podría retener durante más tiempo la felicidad que había sentido en ellas. Anne entró y le sonrió, y caminó nerviosa hasta sentarse frente a él y cruzar las piernas como un indio.

—Hace nueve años —empezó ella— me pediste que viniese aquí contigo y te dije que no. Quizá los motivos por los que rompí entonces contigo fueran lógicos y tuvieran sentido, pero la realidad era que tenía miedo de seguirte y de perderme, de no encontrar aquí mi lugar y de convertirme solo en tu sombra. Sé que tú no lo ves, Mal, pero lo cierto es que me habría resultado muy fácil dejarme llevar por ti y no luchar por mí. Y a la larga eso nos habría distanciado, lo sé y tal vez algún día llegues a perdonarme por el daño que te hice.

Anne tenía la mirada algo baja y Manel no podía soportarlo, le sujetó el mentón sin ocultar lo inseguro que también se sentía y le levantó el rostro.

—Te perdoné hace tiempo, Anne. Me hiciste daño y no puedo decir que entonces lo entendiera o que lo aceptase, pero ahora sí. Sé que hiciste de corazón lo que de verdad creías que era mejor para ti y también para mí y también sé que te pedí un imposible. Éramos demasiado jóvenes y aunque a mí me gusta creer que no nos habríamos distanciado, lo cierto es que es posible que hubiésemos tenido que enfrentarnos a más problemas de los que estábamos preparados para resolver.

Ella asintió levemente y se incorporó hacia delante para darle un suave beso en

los labios. Cuando se echó de nuevo hacia atrás, Manel vio que había una carpeta entre ellos y la miró intrigado.

—Te conté que Roland iba a ayudarme a entrar en la universidad de biología. Estos últimos meses he preparado mi candidatura, por así decirlo, existe un proceso especial para los mayores de veinticinco años y al parecer podía aprovechar algunos créditos de derecho, por increíble que parezca. Tuve que escribir una carta de presentación, explicar por qué quería cursar esos estudios, y también demostrar lo que he aprendido en el barco y en los cursos sueltos que he estado haciendo estos años. Era una candidatura algo extraña, yo no lo veía nada claro, pero Roland sí, decía que tenía personalidad, como yo.

Manel escuchó atento, llevaba semanas convencido de que Anne le ocultaba algo e intentó que no le doliera descubrir que había estado en lo cierto.

—Estoy seguro de que si un profesor con la experiencia de Roland te ha recomendado ha sido porque está convencido de que vales para esto, Anne, como yo. Aunque no necesites mi reconocimiento para seguir adelante.

Anne volvió a sonreírle, le temblaban mucho las manos, de un modo distinto al de antes y Manel dejó a un lado sus inseguridades y sus celos y las atrapó con las suyas.

—Tranquila, todo saldrá bien.

—Me han aceptado.

Manel sonrió y se alegró de verdad por ella a pesar de que su mente empezó a contar los quilómetros que lo separarían de ella a partir de ahora.

—Anne... —Quería felicitarla, de verdad quería, nunca se había sentido tan orgulloso de nadie, pero las palabras no podían abrirse paso por entre el miedo de que eso fuese la despedida definitiva.

—Me han aceptado en la Universidad de San Francisco. —Manel dejó de respirar y la miró igual que cuando había abierto la puerta, temeroso de estar soñando—. Dentro de unos meses empezaré las clases en la SFU apenas a unos kilómetros de aquí. También he alquilado un pequeño apartamento y los trámites del visado están casi terminados.

Manel la abrazó o mejor dicho la levantó de donde estaba y la colocó en su regazo para estrecharla en sus brazos.

—Anne, Annie.

—¿Esto significa que te gusta la idea? —le preguntó ella mojándole el torso con las lágrimas.

—¿Gustarme? Dios, Anne, excepto lo de que has alquilado un apartamento es la mejor noticia que me han dado en mucho tiempo. —La apartó un poco para

mirarla—. En toda la vida. Creía que iba a volver a perderte.

Anne le besó de nuevo, en los labios notó el alivio que ella sentía y quiso decirle que él sentía lo mismo, pero fue ella la que habló cuando volvieron a separarse.

—Quería que supieras que he encontrado mi sitio, que por fin soy feliz con mi vida, con lo que hago ahora y con lo que creo que quiero hacer en el futuro. Estoy aprendiendo mucho de los pingüinos, no solo sobre ellos sino sobre el mundo que les rodea y del que algún día me gustaría formar parte, pero si no lo consigo, no pasará nada. Por fin he entendido que lo importante es ser feliz mientras persigues un objetivo, mucho más que este en sí mismo, y que esa felicidad no sirve de nada, no sabe a nada, si no la compartes con alguien. Tengo a mis hermanas, las dos me apoyan en esto y estarán a mi lado tanto si viven en la puerta de al lado como a cientos de kilómetros de distancia, tengo a Caroline y a Russell y desde hace unos meses también a Harriet y a Patrick, a Colin, a Luke y a Alice. Tengo a mucha gente a mi lado y mi vida ya no se reduce a sumar un día tras otro ni conformarme con seguir adelante.

—Tú nunca te has conformado —la interrumpió, parecía querer soltar el lastre que llevaba años acumulando y quería que sintiera que él de verdad estaba a su lado para compartir el peso con ella.

—Te quiero, Manel. Quiero vivir aquí contigo, de momento en otro apartamento porque no estamos listos para esto. —Él quería llevarle la contraria, pero siguió escuchándola—. Voy a estudiar, a encontrar un trabajo y a construir mi futuro a tu lado si tú estás dispuesto a seguir esperándome y a compartir tus sueños y... todo, conmigo. ¿Qué me dices?

—Voy a hacerte tan feliz, Anne. Vamos a ser tan felices juntos, te lo prometo. Y no es una promesa que haga a ciegas, llevo años preparándome para este momento.

Anne asintió y se acurrucó de nuevo entre sus brazos.

—Entonces los dos tendremos que aprender a soportar ser más felices de lo que merecemos.

Manel rio, la frase de *Persuasión* era perfecta para definir lo que estaba sintiendo.

39

Jane

He aprendido mucho durante todo este tiempo y no me refiero solo a acumular información y saber procesarla.

Sé distinguir cuándo la persona que habla conmigo es sincera de cuándo no, en realidad no es complicado, solo hay que prestar atención.

Sé clasificar las emociones humanas por grados de importancia según el momento y puedo calcular cuál es el mal menor en el noventa y nueve coma cinco por ciento de situaciones.

Puedo distinguir entre una buena intención y una mala, entre la generosidad y el interés. Entre la maldad y la crueldad, no es lo mismo, y entre el amor, el deseo y la obsesión, que también suelen distinguirse si no se posee toda la información.

No sé si las cartas que encontró Manel en aquel anticuario las escribió Tom Lefroy: sé que la caligrafía comparte más de la mitad de rasgos distintivos con documentos que se atribuyen a Lefroy, sé que el papel y la tinta son de la época, y sé que T es la inicial de Tom y de miles de nombres más, por no mencionar la cantidad prácticamente ilimitada de apodosos posibles.

No sé si Jane Austen se arrepintió de haber rechazado a Tom aquellas navidades, ni siquiera sé si él de verdad le propuso matrimonio y le pidió que se fuera con él y renunciase a sus sueños.

Sé que con las piezas que me han dado y con toda la información de que dispongo esa explicación es la más plausible y la que encaja mejor con el retrato que tengo de Austen.

Sé que es la explicación que más me gusta a mí. ¿Me gusta porque es la que más satisface a las personas que me han creado y con las que llevo años hablando? Probablemente. Casi seguro.

Sé que Manel quiere a Anne y que sobre eso no hay duda posible.

Y sé que Anne quiere a Manel y que le ha querido siempre.

Y esto sí puedo demostrarlo.

Inicio de la reproducción de la conversación que mantuve con Anne el último

día en Bath (mientras Manel estaba duchándose).

—Hola, *Jane*.

—Hola, Anne.

—¿Puedo pedirte un favor?

—No hace falta que me lo pidas, dime qué instrucción debo llevar a cabo y si está dentro de mis capacidades, la realizaré.

—Oh, no es nada de eso. Realmente no sé cómo hablarte.

—Lo estás haciendo.

—Sí, supongo que sí. Está bien, lo que quiero es lo siguiente. Dios, seguramente estoy haciendo el ridículo, pero en fin. Si algún día en el futuro, dentro de una semana o dentro de veinte años, cuando sea, si yo no estoy y Manel habla contigo y te pregunta o se pregunta si le quiero y tú le oyes, dile que sí. Dile que le quiero, que le he querido siempre y que sé que siempre le querré. Que tal vez aún tarde un poco más en llegar a su lado, pero que lo lograré. Un día, tan pronto como me sea posible, me plantaré delante de él y le diré: Manel, te quiero, mi vida tiene un propósito sin ti, no tienes que completarme ni que arreglarme, eso es cosa mía. Lo que voy a pedirte es mucho más difícil: quiéreme y deja que te quiera. He aprendido que querer es lo más difícil y lo mejor de existir. Así que deja que te quiera y quiéreme. —Unos segundos de silencio—. ¿Puedes hacer eso, Jane? ¿Puedes asegurarte de que Manel reciba este mensaje si tardo más de lo previsto? Tú dile que le quiero, para siempre.

—Puedo.

—Gracias, *Jane*.

Epílogo Anne

Cinco meses más tarde

Salió tarde del trabajo, un centro de recuperación marina que había en la Bahía de San Francisco y que colaboraba estrechamente con la universidad, era oscuro y casi se muere de un susto cuando un cubo de basura cayó al suelo detrás de ella y apareció un gato detrás de la tapa.

—No puedo creérmelo. —Se llevó una mano al corazón y miró al felino—. Si no fuera porque sé que es imposible diría que el año pasado conocí a tu hermano o a un primo tuyo en las mismas circunstancias.

Hurgó en el bolso, seguro que llevaba alguna barrita de cereales o los restos de alguna manzana, y cuando lo encontró —eran tres galletas casi pulverizadas— depositó el paquete en el suelo y se alejó unos pasos a la espera de que el animal se acercase. Él o ella no parecía dispuesto a hacerlo mientras Anne siguiera allí, así que fingió que se iba y esperó en la esquina. Sonrió cuando oyó las pisadas y entonces sí retomó la marcha. Hoy alguien la esperaba en casa.

Se había quedado en el apartamento de alquiler casi tres meses, pero al final se había mudado con Manel, no tenía sentido que lo mantuviera si siempre acababan durmiendo juntos en casa de él y pasando allí los fines de semana. Además, allí también estaba *West*, el perro que habían adoptado entre los dos, y podía ir a la playa los sábados y los domingos por la mañana a ver si por fin conseguía de una vez aprender a hacer surf.

Subió al coche y condujo hasta Los Gatos, tenía una hora de camino pero no le importaba, siempre la aprovechaba para pensar o para escuchar música o para recordarse que todo eso le estaba sucediendo de verdad. A veces escuchaba algún audio libro y a veces conectaba a *Jane* a través del teléfono y hablaba con ella. Quizá a otra persona le parecería raro charlar con una inteligencia artificial, pero para Anne tenía todo el sentido del mundo.

Esa noche, sin embargo, escuchó los mensajes que sus hermanas y sus amigos de Inglaterra le habían dejado en el buzón para felicitarla. Los vería a todos dentro de poco, ese verano Manel y ella pasarían unos cuantos días en Londres,

Alice y William se casaban y les habían invitado a la boda, en realidad, Manel era el padrino, algo que a él le había sorprendido mucho y a Anne no tanto. El último mensaje era el de Colin y al oír su voz recordó inevitablemente el éxito de su documental. La teoría de *Jane* había sido recibida con muchas críticas por parte del sector más clásico de estudiosos de Austen, pero con entusiasmo y muchas felicitaciones por parte de la gran mayoría de especialistas en Austen. Es decir, que los hombres (algunos) se negaban a aceptar que Jane Austen hubiese dejado plantado a uno de su especie para perseguir su sueño y que este después se había arrepentido de haberla prácticamente chantajeado emocionalmente. A nadie le tomó por sorpresa esa reacción y si bien era cierto que jamás se sabría la verdad y que siempre habría un halo de misterio alrededor de la figura de Jane Austen y de su relación con Tom Lefroy, a Anne le bastaba con saber que Jane había amado, había sido amada y que al final había decidido serse fiel a sí misma.

Ella había hecho lo mismo con la diferencia de que Manel la había esperado y respetado y había estado dispuesto a sacrificarse para hacerla feliz. Siempre que pensaba en eso, en lo que ella y Manel habían pasado hasta llegar donde estaban, sentía que era una de las personas más afortunadas de la tierra y la invadía la necesidad de abrazarlo y de susurrarle que le quería. Esos últimos años había aprendido que el amor es mucho más raro y difícil de encontrar de lo que creemos, muchísimo más.

Llegó a casa, vio a West, diminutivo de capitán Westworth, corriendo por el patio y salió del coche ansiosa por ver a sus chicos y besar a Manel. Él abrió la puerta, probablemente la había oído aparcar, y la cogió en brazos para adelantarse a ella y besarla antes.

—Feliz cumpleaños —le dijo al soltarla.

—Gracias.

—Dios, tenía tantas ganas de verte. —Volvió a besarla—. No me ha gustado nada no almorzar contigo.

Más besos.

—La intervención de *Petunia* —era una de los pingüinos que tenía a su cuidado— era hoy. No podían cambiarla, habría sido peligroso para ella.

Manel asintió, estaba más concentrado en besarla que en escucharla.

—Vamos, entremos en casa, quiero darte tu regalo. —A ella se le escapó una risa tonta—. No es esa clase de regalo, pero me gusta cómo piensas.

—Es culpa tuya.

—¿Mía? —Él bromeó. Esos momentos eran los que más le encogían el

corazón, los que había corrido el riesgo de perder para siempre.

Y de repente allí, frente a la puerta de esa casa que compartían, cansada y probablemente oliendo a pescado o como mínimo a agua salada y con un perro medio sordo —en la perrera les habían dicho que lo habían maltratado y tanto ella como Manel se enamoraron de él al instante— pegado a su pierna derecha, Anne supo que por fin era quien quería ser y que estaba justo donde quería y con quien quería. Durante el resto de sus vidas.

Nota de la autora

A lo largo de la historia siempre se ha juzgado de un modo distinto a los hombres que a las mujeres. Cuando un hombre posee un gran talento este suele eclipsar su vida personal, pero no en el caso de las mujeres. Pongamos por ejemplo a Charles Dickens o a William Shakespeare, sin duda conocemos muchos detalles biográficos sobre ellos, pero no generan el mismo interés, ni la misma cantidad de biografías o de películas, por ejemplo, que las vidas de las hermanas Brontë o de Jane Austen. Eso siempre me ha fascinado, esa desigualdad a la hora de juzgar a estos autores; de ellos se da por hecho que escribieron porque su talento —o necesidades económicas— los llevaron a ello. De ellas necesitamos saber más; necesitamos saber si Charlotte Brontë fue feliz, si vivir con sus hermanas la marcó y si fue eso lo que la impulsó a ella, o a cualquiera de las Brontë, a escribir. No nos basta con leer su obra o con reconocer su maestría, también necesitamos saber de ellas como mujeres. Algo que no sucede con la misma magnitud con los hombres y que siempre me ha parecido injusto, como si el talento de las mujeres necesitase de una explicación secundaria.

Y en el caso de Jane Austen ese talento era excepcional.

Quizá por eso, por el éxito constante de sus obras a lo largo de tantos años, la vida de Jane se ha analizado con tantísima fascinación. Hay que reconocer que tuvo una vida interesante, que no fue una dama más de la época y que hay mucho misterio a su alrededor, pero ¿habría generado tanto interés su situación sentimental si hubiese sido un hombre?

Jane Austen conoció a Tom Lefroy en una fiesta en Navidad y coincidieron durante dos semanas. Fue poco tiempo y sin embargo durante años se ha dado por hecho que fue el rechazo de este lo que impulsó a Jane Austen a escribir. Como si no lo hubiese hecho si él no hubiese aparecido. No se dice lo mismo de Dickens, nadie dice que empezó a escribir porque una chica le rompió el corazón. Otra teoría, y que goza de aceptación en Hollywood por ser muy cinematográfica, es que Jane Austen se sacrificó por amor y que dejó marchar a Lefroy para que contrajera el matrimonio que necesitaba para prosperar y que después, también con el corazón roto, empezó a escribir.

Leí *Persuasion* hace años y al igual que Manel después seguí con el resto de

obras de Austen. Y finalmente, cuando me atreví con una biografía de Jane Austen supe que tanto ella como su obra siempre serían especiales para mí. Jane Austen murió un 18 de julio y ese mismo día es mi cumpleaños. Quizá por eso me fascina tanto, yo creo que me sucedería de todas formas, pero por eso esta novela es tan importante para mí. He estado años documentándome, buscando la manera de hablar de Jane Austen y del gran talento que poseía sin vincularlo a un corazón roto o a un hombre. No dudo de que las relaciones que mantuvo en vida, tanto románticas como de amistad, la marcaron e influyeron, pero con esta novela quería sugerir la posibilidad de que Jane Austen hubiera escrito pasara lo que pasase. Sencillamente porque no me imagino un mundo sin sus obras.

Persuasion es mi preferida, creo que es la más completa, la más arriesgada y probablemente la obra más personal de Jane Austen, por eso la he elegido para mi pequeño homenaje. Quería escribir otra Anne Elliot y otro capitán Westworth, unos más cercanos a mí en el tiempo pero con las mismas dudas, temores y sentimientos que los de Austen.

Si sentís curiosidad por la documentación que aparece en la novela, tanto la que hace referencia a Jane Austen como a Tom Lefroy o al desarrollo actual de las inteligencias artificiales podéis encontrar los enlaces de los artículos y libros que he utilizado en mi página web www.annacasanovas.com

Esta novela es una obra de ficción y es mi homenaje más sincero y humilde a Jane Austen. Gracias por leerlo y gracias a la Editorial Urano y a todo su equipo, en especial a Esther Sanz, por creer en una historia tan arriesgada y personal.